



PALABRA



ROMAN

La ciudadela

A. J. CRONIN

A. J. Cronin

La ciudadela

PALABRA



ROMAN

Título original: *The Citadel*

Copyright © A. J. Cronin, 1937

© Ediciones Palabra, S.A., 2017

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 — (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: Enrique Pepe

Diseño de portada: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-563-8

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Primera parte

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Segunda parte

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Tercera parte

Capítulo primero

Capítulo II

Cuarta parte

Capítulo primero

Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Ya entrada la tarde, un día de octubre de 1924, un hombre joven, vestido despreocupadamente, miraba con aire distraído a través de la ventanilla de un compartimento de tercera clase en el tren casi vacío que, procedente de Swansea, ascendía penosamente por el valle de Penowell. Durante todo aquel día, Manson había viajado desde el norte, transbordando en Carlisle y Shrewsbury, y, no obstante, en la etapa final de su tedioso viaje, se hallaba excitado ante la perspectiva de su destino —el primero de su carrera de médico— en esa extraña e inhóspita región.

Fuera, una lluvia torrencial oscurecía el espacio comprendido entre las montañas que se alzaban a los lados de la única vía férrea. Las cimas de los montes quedaban ocultas en la gris extensión del cielo, pero sus laderas descendían negras y desoladas, con las cicatrices de las excavaciones mineras, manchadas aquí y allá por grandes montones de escoria por los que vagaban algunas ovejas sucias, con la vana esperanza de hallar pasto. No se veía un solo arbusto ni brizna de vegetación. Los árboles, contemplados a la luz declinante, eran escuálidos espectros. Tras una pronunciada curva de la línea férrea, surgió el resplandor rojizo de una fundición, iluminando a una veintena de trabajadores desnudos de cintura para arriba, con los torsos tensos y los brazos levantados en actitud de golpear. Aunque el cuadro desapareció rápidamente tras la confusión de las maquinarias de una mina, persistía una sensación tensa y vivida de fuerza. Manson suspiró profundamente. Sintió una afluencia de energía, una súbita y sobrecogedora alegría, nacida de la esperanza y la promesa del futuro.

Había llegado la noche, remarcando lo extraño y remoto de aquella visión, cuando, media hora después, la máquina se detenía resoplando en Drineffy. Por fin había llegado. Con la maleta en la mano, Manson saltó del tren y recorrió la plataforma buscando afanosamente una señal de bienvenida. A la salida de la estación, junto a un farol azotado por el viento, esperaba un anciano de rostro amarillento, con sombrero y un impermeable amplio como un camisón. Escudriñó a Manson con ojos ictericos y, al hablar, su voz sonó con un tono desagradable.

—¿El nuevo ayudante del doctor Page?

—Así es. Me llamo Andrew Manson.

—¡Oh! Yo soy Thomas. Suelen llamarme *el viejo Thomas*. Este es mi coche. Suba... a menos que prefiera andar.

Manson colocó la maleta en la parte de atrás y trepó al desvencijado cochecito, tirado por un caballo negro, grande y huesudo. Thomas subió tras él, empuñó las riendas y arreó al animal.

—¡Vamos, *Taffy*! —gritó.

Atravesaron el pueblo, que, pese a los esfuerzos de Andrew por distinguir sus formas, permanecía prácticamente oculto a la vista a causa de la fuerte lluvia. Solo se veía un confuso agolpamiento de casas alineadas bajo las altas y siempre presentes montañas. Durante varios minutos el viejo cochero no pronunció una palabra, limitándose a dirigir miradas pesimistas a Andrew por debajo de la chorreante ala de su sombrero. No parecía en absoluto el orondo cochero de un médico establecido; al contrario, presentaba un aspecto desaliñado y despedía un peculiar y penetrante olor a establo.

—Acaba de obtener su título, ¿eh? —dijo al fin.

Andrew asintió con una inclinación de cabeza.

—Lo sabía. —El viejo Thomas escupió. El acierto de su predicción lo volvió más locuaz—. El último ayudante se fue hace diez días. Todos acaban yéndose.

—¿Por qué? —preguntó Andrew, sonriendo a pesar de su nerviosismo.

—Me temo que el trabajo es excesivo para uno solo.

—¿Y para dos?

—Usted mismo podrá juzgarlo. —Un instante después, del mismo modo que un guía señala la presencia de una hermosa catedral, Thomas levantó el látigo y señaló el extremo de una hilera de casas. Desde una pequeña puerta iluminada, salía una nube de vapor—. Esa es mi casa. Mi mujer se encarga de lavar la ropa. —Una secreta complacencia le hizo encoger el largo labio superior—. Quizá pronto necesite venir a conocerla.

Allí terminaba la calle principal. Tras doblar por una corta y accidentada calle transversal, atravesaron un terreno baldío y entraron en la estrecha cochera de una casa aislada, situada detrás de un fresno achaparrado. Sobre la puerta se leía el nombre de Bryngower.

—Hemos llegado —dijo Thomas deteniendo el caballo.

Andrew descendió. Cuando se disponía a entrar en la casa, se abrió la puerta de repente y fue efusivamente saludado desde el vestíbulo por una mujer alta, enjuta y sonriente, de unos cincuenta años, de rostro sereno y ojos azules.

—Bien, bien. Usted debe de ser el doctor Manson. Adelante, por favor, pase. Yo soy la hermana del doctor, la señorita Page. Espero que no haya tenido un viaje accidentado. Me alegro de verle. He estado como fuera de mí desde que nos dejó ese terrible mozalbete que nos ayudaba. Tendría que haberlo visto. Era despierto como pocos..., pero, bueno, eso ya no importa. Ahora está usted aquí, y todo irá bien. Pase, le mostraré su cuarto.

La habitación de Andrew, situada en el altillo, era una pieza pequeña provista de una cama de bronce, una cómoda barnizada de color amarillo y una mesa de bambú con una palangana y una jarra. Mirando en torno a él, mientras los claros ojos azules de ella inquirían en su rostro, dijo con angustiada cortesía:

—Parece muy comfortable, señorita Page.

—Sí, lo es. —Ella sonrió y le dio unas maternales palmaditas en la espalda—. Estoy segura de que usted triunfará aquí. Trátame amablemente y yo le trataré amablemente. No puedo hablar con mayor franqueza, ¿verdad? Y ahora vamos a conocer al doctor Page. —Hizo una pausa, interrogándolo aún con la mirada y esforzándose por ser espontánea—. No sé si se lo decía en mi carta, pero... el doctor no ha estado muy bien últimamente. —Andrew la miró con súbita sorpresa—. ¡Oh!, no es nada grave —añadió rápidamente antes de que él pudiera hablar—. Lleva varias semanas en cama, pero pronto estará bien. No se preocupe.

Andrew la siguió perplejo hasta el final del pasillo, donde ella abrió una puerta exclamando alegremente:

—Aquí está el doctor Manson. Edward, nuestro ayudante. Viene a saludarte.

Mientras Andrew entraba en el dormitorio, una habitación alargada y mal amueblada, con cortinas de felpilla bien cerradas y un pequeño fuego en la chimenea, Edward Page se dio la vuelta lentamente en el lecho, pareciendo realizar un gran esfuerzo. Era un hombre grande, huesudo, de unos sesenta años, con facciones armoniosas y ojos brillantes y cansados. Su rostro denotaba sufrimiento y una especie de fatigada resignación. Y había algo más. La luz de la lámpara de aceite que se proyectaba sobre la almohada descubría la mitad de su rostro, inexpresivo y cerúleo. El lado izquierdo del cuerpo se hallaba igualmente paralizado, y la mano izquierda, que descansaba sobre un cobertor hecho de retazos, estaba contraída. Parecía un cono brillante. Al observar estos signos de un ataque grave y nada reciente, Andrew tuvo la sensación de experimentar un súbito desmayo. Se produjo un extraño silencio.

—Confío... en que esto... le agrade —dijo por fin el doctor Page, trastabillando—. Espero que el trabajo no le resulte excesivo. Es usted muy joven.

—Tengo veinticuatro años —respondió secamente Andrew—. Es cierto, es mi primer trabajo, pero el trabajo no me asusta.

—¿Lo ves, Edward? —dijo la señorita Page—. ¿No te dije que con el próximo tendríamos suerte?

El rostro de Page adquirió una inmovilidad todavía mayor. Observaba a Andrew. Luego su interés pareció decaer y dijo con voz fatigada:

—Espero que se quede.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señorita Page—. ¡Qué cosas dices! —Se volvió a Andrew, sonriente y como disculpándose—. Es que hoy ha estado un tanto decaído. Pero pronto lo verá usted en pie y trabajando. ¿No es cierto, querido? —Se inclinó y besó cariñosamente a su hermano—. Bien. En cuanto cenemos nosotros, haré que Annie te suba algo de comer.

Page no respondió. De perfil, su rostro de aspecto pétreo dejaba ver la boca torcida.

Alargó su mano sana hacia el libro que había sobre la mesita de noche. Su título era *Los pájaros silvestres de Europa*. Aun antes de que el doctor comenzase a leer, Andrew supo que la entrevista había terminado.

Mientras bajaba al comedor, sus pensamientos se extraviaron penosamente. Había solicitado esa ayudantía en respuesta a un anuncio del *Lancet*. Sin embargo, en la correspondencia que había intercambiado con la señorita Page —que había llegado a asegurarle el puesto—, no se hacía la menor referencia a la enfermedad del doctor. Pero Page estaba enfermo, y no cabía duda respecto a la gravedad del derrame cerebral que lo había dejado postrado. Pasarían meses hasta que se hallase de nuevo en condiciones de trabajar, si es que no quedaba incapacitado para siempre.

Con un esfuerzo, disipó la inquietud de su mente. Era fuerte, joven, y no tenía inconveniente alguno en realizar el trabajo extra al que quizá lo obligaría la enfermedad de Page. En realidad, llevado por su entusiasmo, esperaba un alud de llamadas.

—Está usted de suerte, doctor —dijo con ánimo la señorita Page al entrar en el comedor—. Esta noche podrá cenar enseguida. Nada de atender enfermos. Dai Jenkins se ha encargado de ello.

—¿Dai Jenkins?

—Es nuestro boticario —respondió inadvertidamente la señorita Page—. Un muchacho muy dócil. Y animoso también. Algunos hasta lo llaman «doctor Jenkins», aunque, por supuesto, no puede comparársele con el doctor Page. Estos últimos diez días ha atendido el consultorio y ha hecho algunas visitas.

Andrew la miró con renovado interés. Todo cuanto se le había dicho, todas las advertencias que le habían hecho acerca de los dudosos procedimientos médicos empleados en esos remotos valles del País de Gales, acudían a su memoria. De nuevo tuvo que hacer un esfuerzo para callarse.

La señorita Page se sentó a la cabecera de la mesa, de espaldas al fuego. Cuando se hubo arrellanado confortablemente en su silla, provista de un almohadón, suspiró con anticipada felicidad y agitó la pequeña campanilla que tenía delante. Una sirvienta de mediana edad, de cara pálida y limpia, entró con la comida, dirigiendo a Andrew una furtiva pero atenta mirada.

—Annie, ven —dijo la señorita Page, poniendo mantequilla a un trozo de pan tierno que se llevó a la boca—. Es el doctor Manson.

Annie no respondió. Silenciosa y circunspecta, la mujer sirvió a Andrew una tajada muy delgada de carne hervida y fría. A la señorita Page le sirvió lo mismo y, además, un poco de leche fresca. Tras llevarse a los labios el inofensivo líquido, la señorita Page le explicó:

—Hoy he hecho un almuerzo muy ligero, doctor. Además, tengo que observar mi dieta. Debo tomar un poquito de leche para la sangre.

Andrew masticó resueltamente el insípido trozo de carne y bebió agua fría. Tras ese primer momento de decepción, solo podía recurrir al sentido del humor. Desde luego, no podía pretender que hubiese manjares deliciosos en aquellos áridos valles.

La señorita Page comió en silencio. Puso mantequilla a la última rebanada de pan, terminó el trozo de carne y apuró el vaso de leche. Luego, tras limpiarse los labios, se echó hacia atrás en la silla, descansando su cuerpo delgado contra el respaldo, y miró a Andrew, como evaluándolo. Parecía decidida a permanecer en la mesa, dispuesta a intercambiar confidencias, quizá tratando de estimular a Manson con su ejemplo.

Lo observó fijamente. Era un joven delgado, moreno, de rasgos firmes, pómulos salientes, mentón afilado y ojos azules, unos ojos que, cuando miraban, eran extraordinariamente firmes y escrutadores, a pesar de la nerviosa tensión de las cejas. Aunque Blodwen Page no lo supiese, se hallaba frente a un tipo celta. Si bien reconocía el vigor y la despierta inteligencia que revelaba el rostro de Andrew, lo que más le agradó de él fue su aceptación sin reparos de aquella mezquina tajada de carne de tres días. Pensó que, a pesar de su aspecto hambriento, no resultaría difícil alimentarlo.

—Estoy segura de que todo irá bien —dijo nuevamente en un tono muy afable—. Solo necesitamos un poquito de suerte para que todo cambie. —Melosamente le refirió sus tribulaciones y le trazó un vago esbozo de las tareas del consultorio y de la situación general—. Ha sido terrible, amigo mío. No se lo puede ni imaginar. Con la enfermedad del doctor Page..., los mezquinos e ineptos ayudantes, con escasos ingresos y muchos gastos... ¡Y el trabajo que me ha costado mantener satisfechos al gerente y a los empleados de la mina! De ellos nos viene el dinero, naturalmente —añadió encogiéndose de hombros—. En Drineffy, las cosas funcionan así: en la lista de personal sanitario de la Compañía figuran tres médicos... aunque, por supuesto, el doctor Page es el más capacitado. Además... ¡lleva muchísimo tiempo!, treinta años o más. Ahora bien, estos médicos pueden tener tantos ayudantes como deseen: el doctor Page a usted, y el doctor Nicholls a un joven con muchas ínfulas llamado Denny; pero los ayudantes no figuran en la lista de la Compañía. Como le decía, la Compañía deduce una cantidad de los sueldos del personal de las minas y de las canteras y paga con ese dinero a los médicos registrados, conforme al número de hombres inscritos voluntariamente en sus respectivas listas.

Se interrumpió, observando a Manson interrogativamente.

—Creo que comprendo cómo funciona, señorita Page.

—¡Bien! —La hermana del médico rio—. Entonces ya no tiene que preocuparse por eso. Lo único que debe recordar es que trabaja para el doctor Page. Esto es lo fundamental. Recuerde que trabaja para el doctor Page, y a los dos nos irá bien.

A Manson, silencioso y observador, le pareció que la mujer se había humillado demasiado. Tras echar una mirada al reloj, la señorita Page dobló la servilleta y la puso

en el servilletero de asta. Luego se puso en pie. Su voz era ahora diferente, seria, formal:

—A propósito, hay una visita pendiente en la calle Glydar, número siete. Nos avisaron pasadas las cinco. Sería mejor que fuese usted enseguida.

CAPÍTULO II

Andrew acudió inmediatamente a la visita, poseído de una extraña sensación de alivio. Se alegraba de poder desembarazarse de las curiosas y contradictorias emociones que le había suscitado su llegada a Bryngower. Tenía ya una vaga idea de cómo funcionaban allí las cosas y de qué quería Blodwen Page de él. Era una situación extraña, muy distinta de la visión romántica que su imaginación había forjado. No obstante, lo único importante era su trabajo, y lo demás, meras trivialidades. Deseaba comenzar. Insensiblemente apresuró el paso, dispuesto, ansioso, por entrar en acción. Era su primer caso.

Llovía aún cuando atravesó la cenagosa oscuridad del terreno baldío y recorrió la calle Chapel en la dirección vagamente indicada por la señorita Page. De una forma confusa, a medida que lo atravesaba, el pueblo iba adquiriendo forma ante sus ojos. Comercios y capillas —Zion, Capel, Hebron, Bethel, Bethesda—, luego los almacenes de una gran cooperativa y una sucursal del Banco de los Condados del Oeste. La sensación de estar sepultado muy abajo, en las grietas de las montañas, era singularmente opresiva. Transitaba poca gente. En ángulo recto, cubriendo una corta distancia a ambos lados de la calle Chapel, se veían hileras de casas de obreros con techos azules. Y más allá, al comienzo del desfiladero, bajo un resplandor que se extendía como un gran abanico en el cielo opaco, las minas de hematites de Drineffy y las fundiciones de mineral.

Llegó al número 7 de la calle Glydar, golpeó impaciente la puerta y enseguida fue conducido a la cocina, donde, en una cama arrinconada, yacía la paciente. Era una mujer joven, esposa de un pulidor de acero llamado Williams. Mientras se aproximaba al lecho, con el corazón sobresaltado, Andrew sintió abrumadoramente el significado de aquel momento, el verdadero punto de partida de su vida. ¡Cuántas veces lo había imaginado mientras, rodeado de otros estudiantes, observaba alguna demostración en las salas del profesor Lamplough! Ahora no había nadie que lo apoyara, ni se trataba de realizar una sencilla exposición. Estaba solo, frente a un caso que debía diagnosticar y tratar sin ayuda de nadie. De pronto, con una súbita angustia, tuvo conciencia de su estado de nervios, de su inexperiencia y de su absoluta falta de preparación para semejante tarea.

Mientras el marido de la enferma permanecía de pie en un rincón de la habitación, atestada de objetos, mal alumbrada y con suelo de piedra, él examinó a la paciente con escrupulosa meticulosidad. Estaba enferma, no cabía duda. Se quejaba de que le dolía insoportablemente la cabeza. Temperatura, pulso, lengua, todo indicaba algún tipo de trastorno, un trastorno serio. ¿De qué tipo? Andrew se hizo esta pregunta con forzada intensidad mientras la auscultaba una vez más. Su primer caso. ¡Ah! Se sentía sobreexcitado. ¿Y si cometía un error, un espantoso disparate? Y lo que era peor, ¿si no

era capaz de establecer un diagnóstico? No había descuidado nada. Nada. Sin embargo, aún se debatía, intentando hallar la solución al problema, agrupando síntomas que pudieran hacer pensar en alguna enfermedad conocida. Al fin, comprendiendo que era inútil prolongar más su examen, se irguió lentamente y plegó el estetoscopio, mientras buscaba las palabras.

—¿Ha estado resfriada últimamente? —preguntó mirando al suelo.

—Sí —respondió ansiosamente Williams, quien se había mostrado asustado durante el prolongado examen—. Hace tres..., cuatro días. Estoy seguro de que fue un resfriado, doctor.

Andrew asintió, procurando transmitir una confianza que no sentía.

—Pronto se recuperará. Venga al consultorio dentro de media hora. Le daré un frasco de medicina.

Se despidió de ellos y, con la cabeza baja, regresó al consultorio, una ruinosa construcción de madera que se alzaba a la entrada de la cochera de la casa de Page. Encendió el gas y comenzó a pasear de un lado a otro, junto a los frascos verdes y azules de los polvorientos estantes, devanándose los sesos, tanteando en las tinieblas. No había nada sintomático. Sí, debía de ser un resfriado. Pero en su fuero interno sabía que no se trataba de un resfriado. Exasperado, desalentado, se lamentaba de su incapacidad. Sin quererlo, cedió al impulso del recuerdo. El profesor Lamplough, cuando se hallaba ante algún problema desconocido, apelaba a una fórmula exacta que aplicaba con sumo acierto: P. O. D. (pirexia de origen desconocido). Era algo ambiguo y preciso, ¡y de una admirable apariencia científica!

Rebuscó tras el mostrador del dispensario y sacó un frasco de seis onzas; tras mirarlo con ceño adusto, comenzó a preparar un compuesto antipirético. Ácido clorhídrico, salicilato de sodio... ¿Dónde diablos estaba el salicilato de sodio? ¡Oh!, allí estaba. Trató de consolarse pensando que todas ellas eran drogas excelentes que harían descender la temperatura y producirían una mejoría. El profesor Lamplough decía a menudo que no había droga de aplicación general como el salicilato de sodio.

Acababa de preparar el medicamento, y cuando estaba escribiendo el nombre y el resto de la información en la etiqueta, con una suave sensación de triunfo, sonó la campanilla del consultorio, se abrió la puerta exterior y entró un hombre pequeño, de unos treinta años, grueso, vigoroso, con la cara roja, seguido de un perro. Hubo un silencio mientras el perro, un mestizo, se sentaba sobre las patas traseras embarradas; luego, el hombre, que llevaba un viejo traje de pana, medias de punto, botas claveteadas y una capa empapada sobre los hombros, miró a Andrew de arriba abajo y, con un tono cortésmente irónico y desagradablemente estudiado, dijo:

—Vi luz en la ventana y creí conveniente entrar para darle la bienvenida. Soy Denny, ayudante del estimado doctor Nicholls, L. S. F., iniciales, por si no lo sabe, que quieren

decir «Licenciado de la Sociedad de Farmacéuticos», la más elevada distinción conocida de Dios y de los hombres.

Andrew lo miró, retrocediendo con expresión de extrañeza. Philip Denny encendió un cigarrillo que sacó de un paquete arrugado, arrojó el fósforo al suelo y avanzó insolentemente. Cogió el frasco del medicamento, leyó la dirección, las instrucciones, lo destapó, lo olió, lo volvió a tapar y lo dejó, mientras su roja cara malhumorada adquiría un tono suavemente amable.

—¡Espléndido! Empieza usted bien. Una cucharada cada tres horas. ¡Dios todopoderoso! Es tranquilizador encontrarse con las viejas y bien amadas supercherías. Pero, doctor, ¿por qué no tres veces al día? ¿No se da usted cuenta de que, en estricta ortodoxia, el contenido de las cucharadas debería descender por el esófago solo tres veces al día? —Se detuvo, adoptando un afectado e hiriente aire de seguridad—. Dígame, doctor, ¿qué contiene? Ácido clorhídrico, por el olor. ¡Maravilloso producto el ácido clorhídrico! ¡Maravilloso, maravilloso, mi querido doctor! Carminativo, estimulante diurético, y se puede beber a discreción. ¿No recuerda usted lo que dice el librito rojo? Ante la duda, recétese ácido clorhídrico o solución yodurada. ¡Vaya, vaya! Creía que me había olvidado de algunos conocimientos elementales.

Reinó otra vez el silencio en el cobertizo de madera, solo interrumpido por el tamborileo de la lluvia en el techo de cinc. Denny se echó a reír de repente, como burlándose de la angustiosa expresión del rostro de Andrew. Dijo burlonamente:

—Dejando de lado la ciencia, doctor, ¿podría usted satisfacer mi curiosidad? ¿Por qué ha venido aquí?

Esta vez Andrew estuvo a punto de perder la paciencia. Contestó ásperamente:

—Pensaba hacer de Drineffy un lugar de curación, una especie de estación termal.

Denny rio de nuevo. Su risa era un insulto, y Andrew sintió la tentación de pegarle.

—Ingenioso, ingenioso, mi querido doctor. El auténtico y aplastante humor escocés. Desgraciadamente, no puedo recomendar el agua de aquí como idealmente apropiada para una estación termal. En cuanto a los señores médicos..., mi querido doctor, en este valle son la canalla de una profesión verdaderamente noble y gloriosa.

—¿Incluido usted?

—¡Precisamente! —asintió Denny. Calló un momento, contemplando a Andrew por debajo de sus cejas rojizas. Enseguida abandonó su ironía burlona, y sus feas facciones adquirieron de nuevo un aspecto agrio. Su tono, aunque amargo, era serio:

—Mire, Manson. Comprendo que usted se halla en camino a Harley Street, pero, entretanto, hay una o dos cosas referentes a este lugar que debe conocer. Usted no lo encontrará conforme a las mejores tradiciones del ejercicio ideal de la profesión. No hay hospital, ni ambulancia, ni rayos X; no hay nada. Si quiere operar, deberá hacerlo en la mesa de la cocina y lavarse después en el fregadero. No hay ni que pensar en la asepsia.

En los veranos secos, los chiquillos mueren como moscas del cólera infantil. Su patrón, Page, es un buen hombre, pero está acabado, consumido por el exceso de trabajo, y no volverá a moverse. Nicholls, mi jefe, es un mísero avaro que ejerce la obstetricia. Bramwell, el rey de las enfermedades pulmonares, no sabe más que unos cuantos pasajes sentimentales y el *Cantar de los Cantares*. En cuanto a mí, es mejor que le anticipe la buena nueva: bebo como un cosaco. ¡Ah, y Jenkins, su humilde boticario, hace por su cuenta un lucrativo negocio con pildoritas para desarreglos femeninos! Creo que esto es todo. Ven, *Hawkins*, nos vamos. —Llamó al mestizo y avanzó pesadamente hacia la puerta. Allí se detuvo, mientras sus ojos iban del frasco que estaba en el mostrador a Manson.

—Yo, en su lugar, temería un caso de tifus en la calle Glydar —dijo con tono indiferente—. Algunos de estos casos no son exactamente típicos.

Sonó otra vez la campanilla de la puerta. Antes de que Andrew pudiera contestar, el doctor Philip Denny y *Hawkins* desaparecieron en la oscura lluvia.

CAPÍTULO III

No fue el colchón de lana apelotonada lo que hizo dormir mal a Andrew aquella noche, sino la creciente ansiedad que le producía el caso de la calle Glydar. ¿Era tifus? La observación de despedida de Denny había desencadenado una nueva serie de dudas y recelos en su desconcertada mente. Temiendo haber descuidado algún síntoma capital, reprimió con dificultad la tentación de levantarse y revisar el caso a esa inusitada hora de la madrugada. Mientras se volvía y revolvía a lo largo de aquella inquieta noche, se preguntó a sí mismo si sabía realmente algo de medicina.

El temperamento de Manson era extraordinariamente impresionable. Con toda probabilidad, lo había heredado de su madre, una campesina que en su infancia había contemplado las auroras boreales desde su hogar en Ullapool. Su padre, John Manson, pequeño agricultor de Fifeshire, había sido un hombre fuerte, trabajador y tenaz. Nunca había tenido éxito en el campo, y, al caer muerto en el cuerpo de caballería durante el último año de la guerra, había dejado los asuntos de su pequeña propiedad en una lamentable situación. Durante todo un año, Jessie Manson había tratado de explotar la finca como una lechería, llevando incluso el carromato del reparto, pues Andrew estaba demasiado ocupado con sus libros para hacerlo él. Luego, aquella tos que había soportado durante años sin sospechar nada malo se convirtió en algo serio, y de repente sucumbió de la enfermedad pulmonar que hace estragos en ese tipo de gentes de pelo oscuro y piel suave.

A los dieciocho años, Andrew se halló solo, en su primer año de estudios en St. Andrews University, disfrutando de una beca de cuarenta libras anuales, pero por lo demás sin un penique. Su salvación había sido la Dotación Glen, esa fundación típicamente escocesa que, en la ingenua terminología del difunto sir Andrew Glen, «invita a los estudiantes meritorios y necesitados, bautizados con el nombre de Andrew, a solicitar préstamos no superiores a cincuenta libras anuales, durante cinco años, con tal de que se hallen dispuestos en conciencia a reintegrar tales sumas cuando obtengan su título».

La Dotación Glen había enviado a Andrew para el resto del curso a St. Andrews y luego a la Medical School de la ciudad de Dundee. Y la gratitud a la Dotación, junto con una honradez nada productiva, lo habían encaminado apresuradamente a Gales del Sur —donde los ayudantes con títulos recientes podían disponer de la más alta remuneración— por un sueldo de doscientas cincuenta libras anuales, cuando en el fondo de su alma hubiera preferido un cargo clínico en el Edinburgh Royal, con unos honorarios equivalentes a la décima parte de aquella suma.

Y ahora estaba en Drineffy, levantándose, afeitándose y vistiéndose en medio del

angustioso ofuscamiento ocasionado por su primer paciente. Desayunó rápidamente y corrió de nuevo a su habitación. Abrió la maleta y sacó un pequeño estuche de cuero azul. Lo abrió y miró seriamente la medalla que contenía, la Hunter Gold Medal, que St. Andrews concedía anualmente al alumno más brillante en prácticas médicas. Él, Andrew Manson, la había ganado. La estimaba por encima de todas las cosas, había llegado a considerarla su talismán, su inspiración para el futuro. Pero esa mañana no la miraba con orgullo, sino con una extraña y secreta súplica, como tratando de restablecer la confianza en sí mismo. Después salió rápidamente a su labor matinal en el consultorio.

Cuando llegó, ya estaba Jenkins en la casita de madera dejando correr el agua del grifo sobre una gran vasija de barro. Era un hombrecito diminuto y vivaracho, de mejillas con venas purpúreas hundidas y unos ojos que miraban a todas partes a la vez. En sus delgadas piernas llevaba los pantalones más ajustados que Andrew había visto jamás.

Saludó a Manson procurando captarse su buena voluntad.

—No tiene por qué venir tan temprano, doctor. Yo puedo hacer los preparados y las recetas antes de que usted llegue. La señorita Page tiene el sello de goma con la firma del doctor.

—Gracias —respondió Andrew—. Prefiero ver yo mismo a los enfermos. —Se detuvo, distraído momentáneamente de su ansiedad con los preparativos del boticario—. ¿Qué hace?

Jenkins pestañeó.

—Sabe mejor sacada de aquí. Nosotros sabemos, doctor, lo que significa el agua natural. Pero los enfermos, no. Sería de tontos llenar los frascos en el grifo a la vista de ellos.

Sencillamente el pequeño boticario quería mostrarse comunicativo, pero en ese instante una voz poderosa salió desde la puerta trasera de la casa, a unos cuarenta metros de distancia.

—¡Jenkins, Jenkins! Te necesito... ahora mismo.

Jenkins saltó. Evidentemente, su estado de nervios era lamentable.

—Excúseme, doctor, la señorita Page me está llamando. Debo... debo ir corriendo.

Afortunadamente había poca gente en la consulta matinal, que terminó a las diez y media, y Andrew, tras recibir de manos de Jenkins la lista de llamadas, partió al momento con Thomas en el cochecito. Con expectación casi dolorosa, le dijo al viejo que le llevara al número 7 de la calle Glydar.

Veinte minutos después salía del número 7, pálido, con los labios fuertemente apretados y una extraña expresión en el rostro.

Anduvo dos puertas más abajo, hasta el número 11, y cruzó la calle hacia el número 18. Después dobló la esquina hacia la calle Radnor, en la que Jenkins había anotado otras dos visitas como ya atendidas el día anterior. Además, en el intervalo de una hora efectuó

siete visitas en las inmediaciones. Cinco de ellas, incluyendo la del número 7 de la calle Glydar, que presentaba ahora una erupción típica, eran casos evidentes de tifus. Durante los diez últimos días Jenkins había estado tratándolos con creta y opio. Ahora, a pesar de las torpes dudas de la noche anterior, Andrew se daba cuenta, con un estremecimiento de temor, de que tenía en sus manos una epidemia de fiebre tifoidea.

Realizó el resto de las visitas tan rápidamente como pudo, en un estado de ánimo rayano en el pánico. Durante el almuerzo, en el que la señorita Page dio cuenta de un plato de pescado hervido que, según explicó malhumorada, «hice preparar para el doctor Page, pero él parece no apreciarlo», Andrew meditó el problema en un helado silencio. Viendo que no obtendría gran información ni ayuda alguna de la señorita Page, decidió consultar al doctor.

Pero, cuando entró en la habitación de este, las cortinas estaban corridas y él yacía postrado, con un fuerte dolor de cabeza y la frente intensamente encendida y arrugada por el sufrimiento. Aunque invitó al visitante a que se sentara con él un momento, Andrew pensó que, en tal situación, sería una crueldad comunicarle sus preocupaciones. Cuando se levantaba para irse, después de permanecer sentado junto al lecho algunos minutos, se limitó a preguntar:

—Doctor Page, ¿qué es lo mejor que puede hacerse si sobreviene un caso de enfermedad infecciosa?

Hubo una pausa. Page replicó con los ojos cerrados, inmóviles, como si el mero acto de hablar fuera suficiente para agravar su malestar:

—Es complicado. No tenemos hospital, y menos aún una sala aislada. Si se encuentra con algún caso muy difícil, acuda a Griffiths, en Toniglan. Está a algo más de veinte kilómetros, valle abajo. Es el médico jefe del distrito. —Otra pausa, más larga que la anterior—. Pero temo que no sea de mucho provecho.

Fortalecido por esta información, Andrew bajó al vestíbulo y llamó por teléfono a Toniglan. Mientras esperaba con el receptor en el oído, divisó a Annie, la sirvienta, que le observaba desde la puerta de la cocina.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿La casa del doctor Griffiths, en Toniglan? —Por fin había logrado comunicación.

Una voz masculina respondió con gran cautela:

—¿Quién pregunta por él?

—Manson, de Drineffy, el ayudante del doctor Page. —El tono de Andrew era firme—. He detectado hasta ahora cinco casos de fiebre tifoidea. Necesito que el doctor Griffiths venga inmediatamente.

Hubo una larga pausa; enseguida se oyó la respuesta con una entonación melosa, muy galesa y obsequiosa:

—Lo siento mucho, doctor; lo siento de verdad, pero el doctor Griffiths ha ido a

Swansea, por un importante asunto oficial.

—¿Cuándo estará de vuelta? —gritó Manson. La línea no funcionaba bien.

—Doctor, no podría decirlo con certeza.

—Pero, oiga...

Se oyó un «clac» en la lejanía. Muy suavemente el otro había cortado. Manson soltó un juramento en voz alta, con nerviosa violencia.

—¡Maldito! Seguro que era Griffiths en persona.

Volvió a llamar al mismo número, pero no obtuvo comunicación. Estaba a punto de intentarlo de nuevo, cuando se volvió y vio a Annie, que había avanzado hasta el vestíbulo, con las manos cruzadas sobre el delantal, mientras sus ojos lo miraban reposadamente. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, muy limpia y arreglada, con una suave y constante placidez en la expresión.

—No he podido evitar escucharlo, doctor —dijo—. Usted no encontrará nunca al doctor Griffiths en Toniglan a esta hora. Va al golf, a Swansea, casi todas las tardes.

Andrew respondió con rabia:

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que era él.

—Puede ser. —Ella sonrió débilmente—. He oído comentar que, aunque esté en casa, él siempre hace ver que está en Swansea, o que está a punto de ir. —Lo miró con tranquila simpatía antes de marcharse—. Yo, en su lugar, no perdería el tiempo con él.

Andrew volvió a colgar el receptor con un sentimiento de creciente indignación y angustia. Salió maldiciendo y visitó a sus enfermos una vez más. Cuando regresó, era la hora de la consulta de la tarde. Durante hora y media permaneció en el cuchitril que tenía por consultorio, atestado de gente, trabajando duramente hasta que las paredes se humedecieron y el ambiente se saturó con el vapor de los cuerpos húmedos. Mineros con golpes en la rodilla, dedos cortados, nistagmus —una enfermedad de los ojos típica de los mineros—, artritis crónica... También sus esposas y sus hijos, con tos, resfriados, torceduras..., todos los achaques menores de la humanidad. Lo natural era que él se hubiera complacido en ello, que hubiese aceptado contento el examen tranquilo de esas gentes de piel oscura y cetrina, con quienes podía practicar. Pero ahora, obsesionado con el otro asunto más grave, su mente vacilaba frente a esos males insignificantes. Sin embargo, estuvo todo el tiempo afirmándose en su decisión, mientras anotaba prescripciones, auscultaba pechos y daba consejos:

«Fue él quien me dio la pista. Lo aborrezco. Sí, lo odio como al infierno, es el mismo demonio. Pero no puedo evitarlo. Tendré que recurrir a él».

A las nueve y media, cuando el último paciente hubo abandonado el consultorio, salió de aquel cuchitril con una resolución reflejada en sus ojos.

—Jenkins, ¿dónde vive el doctor Denny?

El pequeño boticario, cerrando apresuradamente la puerta exterior por miedo a que

entrara algún rezagado, se volvió con una expresión de horror, casi cómica, en el rostro.

—Espero que no se relacione demasiado con ese tipo. La señorita Page... no lo puede ver,

Andrew preguntó secamente:

—¿Por qué no le gusta a la señorita Page?

—Por la misma razón que a los demás. Se ha portado muy descortésmente con ella.

—Jenkins se detuvo; luego, leyendo en la mirada de Manson, añadió como contra su voluntad—: Bueno, si desea saberlo, vive con la señora Seager, en el número 49 de la calle Chapel.

A la calle otra vez. Había andado todo el día de un lado para otro, y, sin embargo, cualquier signo de cansancio que hubiera podido sentir quedaba sepultado por el sentimiento de responsabilidad; el fardo de esas enfermedades pesaba insistentemente sobre sus hombros. Su principal sensación fue de alivio al encontrar a Denny en su casa.

Si Denny se sorprendió al verlo, lo disimuló. Después de una larga e irritante mirada, se limitó a preguntar:

—¡Bien! ¿Aún no ha matado a nadie?

Todavía de pie ante la puerta del salón tibio y desordenado, Andrew enrojeció. Pero, haciendo un gran esfuerzo, reprimió sus nervios y su orgullo.

—Tenía usted razón —dijo bruscamente—. Era tifus. Debería ser fusilado por no haberme dado cuenta. He detectado cinco casos. No puedo decir que venga aquí por gusto, pero todavía no estoy al tanto de las cosas. Llamé al médico del distrito y no pude sacarle una palabra. He venido a pedirle su parecer.

Denny, medio encogido en la silla junto al fuego, escuchaba atentamente, con la pipa en la boca, e hizo un gesto de desagrado.

—Será mejor que entre. —Y, con súbita irritación, añadió—: ¡Oh, y por Dios, siéntese! No se quede ahí de pie como un párroco presbiteriano en trance de lanzar excomuniones. ¿Le apetece beber algo? ¡No! Me lo imaginaba.

Aunque Andrew aceptó con desgana la invitación sentándose, y aún a la defensiva, encendió un cigarrillo, Denny no pareció apresurarse. Se irguió en la silla y azuzó al perro *Hawkins* con la punta gastada de su zapatilla. Al fin, cuando Manson hubo terminado el cigarrillo, dijo con un movimiento de cabeza:

—Échele una ojeada a eso, si le parece.

Sobre la mesa había un microscopio, un hermoso Zeiss, y algunos portaobjetos. Andrew enfocó uno por inmersión, luego lo hizo girar e inmediatamente percibió los innumerables núcleos de bacterias en forma de bastoncitos.

—Es muy tosco, por supuesto —dijo Denny rápida y cínicamente, como anticipándose a la crítica—. En realidad, una chapuza de aparato. ¡Yo no soy un comerciante de laboratorio, gracias a Dios! Soy un cirujano, si es que soy algo. Bajo

nuestro odioso sistema, no somos más que unos sabelotodo. No hay duda, ni siquiera a simple vista. Los herví en agar en mi homo.

—¿También le han tocado casos a usted? —preguntó Andrew con el mayor interés.

—Cuatro. Todos en el mismo sector que los suyos. —Se detuvo—. Y estos bichos vienen del pozo de la calle Glydar.

Andrew lo miró vivamente, ardiendo en deseos de hacerle una docena de preguntas, comprendiendo de algún modo la actitud de aquel hombre, y, sobre todo, muy contento de que se le hubiera señalado el foco de la epidemia.

—Ya lo ve usted —prosiguió Denny, con la misma ironía fría y amarga—. El paratífus es más o menos endémico aquí. Pero pronto, muy pronto, lo veremos recrudecer. La culpable es la alcantarilla principal. Destila como un diablo y se cuele en la mitad de los pozos de la parte baja del pueblo. Se lo he repetido a Griffiths hasta el cansancio. Es un cerdo devoto, perezoso, esquivo e incapaz. Cuando lo llamé la última vez, le amenacé con aplastarle el cráneo en la primera ocasión que lo encontrara. Tal vez por eso se ha negado a venir esta tarde.

—Es una vergüenza —exclamó Andrew, dejándose llevar por un súbito ímpetu de indignación.

Denny se encogió de hombros.

—No quiere pedir nada al Consejo, temeroso de que el gasto se lo descuenten de su mísero sueldo.

Hubo un silencio. Andrew tenía grandes deseos de que la conversación continuara. A pesar de su hostilidad contra Denny, encontraba un extraño estímulo en su pesimismo, en su escepticismo, en su cinismo frío y calculado. Sin embargo, ya no tenía pretexto alguno para prolongar su visita. Se levantó de la silla y avanzó hacia la puerta, ocultando sus sentimientos, procurando expresar una gratitud formal, dar alguna señal de su alivio.

—Le estoy muy agradecido por su información. Me ha hecho comprender la situación. Me inquietaba la causa, la creía relacionada con algún agente portador, pero, ya que usted la ha localizado en el pozo, la cosa es mucho más sencilla. De aquí en adelante cada gota de agua será hervida en la calle Glydar.

Denny también se levantó.

—Es Griffiths el que debe ser hervido —refunfuñó. Luego, recuperado su humor satírico, agregó—: Ahora nada de agradecimientos patéticos, por favor, doctor. Es muy probable que tengamos que soportar recíprocamente algo más antes de que esto concluya. Venga a verme cada vez que pueda tolerarlo. No tenemos mucha vida social por aquí. —Miró al perro y terminó rudamente—: Hasta un doctor escocés será bien acogido. ¿No es así, *sir John*?

Sir John Hawkins azotó el felpudo con la cola, mientras le sacaba burlonamente la rosada lengua a Manson.

Sin embargo, de camino a casa por la calle Glydar, donde dejó instrucciones estrictas sobre el empleo del agua, Andrew se dio cuenta de que no detestaba a Denny tanto como había creído.

CAPÍTULO IV

Andrew se entregó a la campaña contra el tifus con todo el fuego de su temperamento impetuoso y ardiente. Amaba su trabajo y se consideraba afortunado por haber logrado tan temprano, en su carrera, una oportunidad semejante. Durante aquellas primeras semanas trabajó alegremente. Atendía primero los casos corrientes, y luego volvía triunfante a sus enfermos de tifus.

Tal vez tuvo suerte en este su primer combate. A medida que se aproximaba el fin del mes, todos sus enfermos de tifus iban mejorando y parecía que había controlado la epidemia. Cuando pensaba en sus precauciones, tan rígidamente aplicadas —hervir el agua, la desinfección y el aislamiento, las sábanas impregnadas en fenol, al igual que las puertas, las libras de cloruro de cal que había hecho comprar a cuenta del doctor Page y que él mismo había echado a los desagües de la calle Glydar—, exclamaba entusiasmado: «Está dando resultado. No lo merezco. Pero ¡por Dios! ¡Lo estoy haciendo!». Hallaba un placer secreto y perverso al constatar que sus enfermos iban mejorando antes que los de Denny.

Este todavía lo desconcertaba, lo exasperaba. Naturalmente se veían a menudo, debido a la proximidad de sus enfermos. A Denny le encantaba desplegar toda la fuerza de su ironía cuando hablaba de la obra que Manson y él estaban realizando. Decía que estaban «batallando inflexiblemente contra la epidemia», y paladeaba la frase estereotipada con una fruición vengativa. Pero a pesar de sus comentarios satíricos, de sus mofas, «no lo olvide, doctor, estamos defendiendo el honor de una profesión verdaderamente gloriosa», visitaba asiduamente a sus enfermos, se sentaba en sus camas, colocaba sus manos sobre ellos y pasaba horas en sus habitaciones.

A veces Andrew llegaba casi a apreciarlo por sus breves instantes de tímida y orgullosa sencillez, pero luego todo se malograba por una palabra áspera y burlona. El ofendido y desilusionado Andrew acudió un día a la Guía Médica en busca de información. Era un ejemplar de hacía cinco años que había encontrado en los estantes del doctor Page, y contenía unos datos sorprendentes. Presentaba a Philip Denny como un distinguido estudiante de Cambridge y de Guy, máster en ciencias, que por aquella época practicaba en un cargo honorario en la ciudad ducal de Leeborough.

El 10 de noviembre recibió una llamada telefónica inesperada de Denny.

—Manson, me gustaría verle. ¿Puede venir aquí a las tres? Es importante.

—Muy bien, allí estaré.

Andrew se fue a almorzar pensativo. Mientras comía su porción de pastel de carne, sentía los ojos de Blodwen Page fijos en él, escrutándolo.

—¿Quién ha llamado por teléfono? Era Denny, ¿eh? No debería relacionarse con ese

hombre. No sirve para nada.

Él la miró fríamente.

—Al contrario, me ha sido muy útil.

—¡Haga lo que quiera, doctor! —La señorita Page parecía enojada por la respuesta—. Es un ser excéntrico. La mayoría de las veces no da remedio alguno. Mire, cuando Megan Rhys Morgan, que toda su vida ha necesitado medicación, fue a verlo, le dijo que subiera un par de kilómetros cerro arriba cada día y que dejara de tomar porquerías. Esas fueron sus palabras exactas. Ella vino a vernos enseguida, y desde entonces Jenkins le ha administrado frascos y frascos de magníficos remedios. ¡Ah, es un demonio insolente! Según cuentan, ha conseguido casarse en alguna parte. Viven separados. ¡Mire! Casi siempre está ebrio. Apártese de él, y recuerde que está trabajando para el doctor Page.

Mientras ella le repetía la orden una vez más, Andrew sintió que le abrasaba una oleada de cólera. Hacía todo lo que podía para agradarla, pero sus exigencias no tenían límite. Su actitud, que oscilaba entre la dureza y la jovialidad, parecía siempre calculada para aprovecharse de él al máximo. Andrew experimentó una súbita e irracional indignación. El pago de su primer mes ya se había retrasado tres días, tal vez por mero descuido de ella, pero eso le había preocupado y molestado considerablemente. Al verla allí, audaz y segura de sí misma, convertida en juez de Denny, se le agotó la paciencia y dijo con vehemencia:

—Tal vez me resultaría más fácil recordarlo si me pagara mi sueldo del mes, señorita.

La señorita Page enrojeció de tal modo, que él tuvo la certeza de que realmente no le había pagado por descuido. Luego irguió la cabeza:

—¡Lo tendrá! ¡Por supuesto!

Durante el resto de la comida se mantuvo altanera, sin mirarlo, como si él la hubiera insultado. Y Andrew se sentía ahora enojado consigo mismo. Había hablado sin pensar, sin intención de herirla. Comprendía que su impetuoso temperamento lo había colocado en una posición comprometida.

Al terminar la comida no pudo por menos que reflexionar sobre su relación con aquella mujer. La verdad era que se percató de que no simpatizaban en cuanto llegó a Bryngower. Quizá la culpa fuese suya —esta idea le puso aún de peor humor—, pues sabía que su carácter era inflexible y difícil.

Sin duda Blodwen Page era una mujer estimable, una buena y ahorrativa ama de casa que no despreciaba un minuto de tiempo. Tenía muchos amigos en Drineffy y todos hablaban bien de ella. Y, a fin de cuentas, la generosa devoción por su hermano y la instintiva lealtad respecto de sus intereses hacían de ella un verdadero modelo.

No obstante, para Andrew era una solterona estéril, enjuta y seca, cuya sonrisa jamás podría convencerle de que la cordialidad que expresaba fuese real. Si estuviese casada y

rodeada de una bandada de chiquillos retozones, le habría resultado más agradable.

Después de comer, la señorita Page lo llamó a la salita. Su tono era digno, incluso austero.

—Aquí tiene su dinero, doctor. Sé por experiencia que los ayudantes prefieren el pago en efectivo. Siéntese, lo contaré delante de usted. —Se acomodó en el sillón de felpa verde y puso sobre la falda la cartera y una cierta cantidad de billetes, que fue depositando en las manos de Manson, contándolos meticulosamente. Uno, dos, tres, cuatro... Al llegar a veinte abrió la cartera y, con idéntica prolijidad, contó dieciséis chelines y ocho peniques. Luego subrayó—: Creo que es la cantidad exacta, doctor, lo correspondiente a un mes. Habíamos establecido una remuneración anual de doscientas cincuenta libras.

—Absolutamente exacta —contestó embarazosamente.

Ella lo miró con indiferencia.

—Ahora ya sabe usted que no pretendo engañarle, doctor.

Andrew salió de la habitación ardiendo de indignación. El reproche le había herido tanto más cuanto que lo sabía justificado.

Cuando llegó a Correos, compró un sobre certificado y expidió las veinte libras a la Dotación Glen, conservando para sí las monedas; advirtió que el doctor Bramwell se aproximaba y su expresión se encendió aún más.

Bramwell se acercó lentamente, con sus grandes pies, pisando majestuosamente el pavimento, erguida su desaliñada figura, con los albos y descuidados cabellos flotando sobre el cuello manchado y los ojos fijos sobre el libro que mantenía a prudente distancia. Cuando alcanzó a Andrew, al que había divisado a media manzana de distancia, fingió reconocerlo en ese momento con ademanes teatrales.

—¡Ah, Manson, hijo mío! Estaba tan abstraído que casi ni lo veo.

Andrew sonrió. Ya había establecido relaciones amistosas con el doctor Bramwell, quien, al contrario que el doctor Nicholls, el otro doctor de la lista, le había dispensado una cordial acogida a su llegada. La clientela de Bramwell no era numerosa y no se permitía el lujo de un ayudante; pero tenía buenas costumbres y algunas cualidades dignas de un gran médico.

Cerró el libro, señalando el punto con un sucio dedo índice, y luego se metió ampulosamente la mano libre en el pecho, dentro de su descolorida chaqueta. Tenía unos modales tan artificiosos que no parecía real. Pero ahí estaba, en la calle principal de Drineffy. No era extraño que Denny lo llamara «el rey de las enfermedades pulmonares».

—Bueno, ¿qué le parece nuestra pequeña sociedad médica, querido amigo? Como le dije cuando nos visitó a mi mujer y a mí en El Retiro, no es tan mala como parece a primera vista. Tenemos nuestro talento, nuestra cultura. Mi querida mujer y yo hacemos

lo posible por fomentarla. Mantenemos la antorcha, Manson, aun en el desierto. Debería venir a visitarnos una noche. ¿Canta usted?

Andrew temió no poder contener la risa. Bramwell prosiguió con pomposidad:

—Por supuesto que todos hemos oído hablar de su buen hacer en los casos de tifus. Drineffy está orgullosa de usted, amigo. Solo hubiera deseado que la oportunidad se me hubiera presentado a mí. Si alguna vez puedo serle útil, llámeme.

Una punzada de remordimiento (¿quién era él para mofarse de un hombre mayor?) impulsó a Andrew a responder:

—¡Gracias, doctor Bramwell! Tengo un caso de mediastinitis secundaria realmente interesante, muy raro. Podría verlo conmigo, si dispone de tiempo.

—¿Sí? —preguntó Bramwell con un ligero enfriamiento en su entusiasmo—. No deseo molestarlo.

—Es aquí, a la vuelta de la esquina —dijo Andrew apresuradamente—. Y dispongo de media hora antes de encontrarme con el doctor Denny. Estaremos allí en un segundo.

Bramwell dudaba, reflexionó un momento como si fuera a rehusar, y luego hizo un gesto resignado de asentimiento. Bajaron hasta la calle Glydar y entraron a ver al enfermo.

Como había dicho Manson, el caso era de extraordinario interés, un raro ejemplo de persistencia de la glándula timo. Estaba realmente orgulloso de haberlo diagnosticado y experimentó un cálido sentimiento de ardor comunicativo mientras invitaba a Bramwell a compartir la emoción de su descubrimiento.

Pero el doctor Bramwell no parecía compartir el entusiasmo del joven. Siguió a Andrew al cuarto lentamente, respirando solo por la nariz, y se aproximó al lecho con ademanes un tanto afeminados. Se detuvo, y desde una distancia segura realizó un precipitado examen del enfermo. No estaba dispuesto a quedarse. Solo cuando abandonaron la casa y hubo inhalado una larga bocanada de aire fresco, recuperó su elocuencia normal. Miró vivamente a Andrew.

—Me alegro de haber entrado con usted, hijo mío; en primer lugar, porque entiendo que forma parte de la vocación del médico no retroceder jamás ante el peligro de infección, y en segundo lugar, porque me regocija la posibilidad del progreso científico. ¡Créame, es el caso más claro de inflamación de páncreas que he visto jamás!

Le dio un apretón de manos y se fue rápidamente, dejando a Andrew estupefacto. El error de Bramwell no era un mero desliz verbal. Toda su actitud revelaba su ignorancia. Simplemente no sabía. Andrew se pasó la mano por la frente. Pensar que un profesional de la medicina, en cuyas manos estaban las vidas de cientos de seres humanos, no conocía la diferencia entre el páncreas y el timo, cuando uno se halla en el vientre y el otro en el pecho... ¡era suficiente motivo para desplomarse!

Caminó calle arriba hacia la casa de Denny, sintiendo una vez más que toda su

ordenada concepción del ejercicio de la medicina vacilaba en torno a él. Él se sabía inexperto, inadecuadamente preparado, muy capaz de cometer errores por su inexperiencia. Pero Bramwell sí la tenía, y por eso mismo su ignorancia era inexcusable. Inconscientemente, sus pensamientos volvieron a Denny, que nunca cejaba en sus burlas contra la profesión que ellos ejercían. Al principio, Denny lo había exasperado con su enfadosa afirmación de que en toda Gran Bretaña había miles de médicos incapaces, que no se destacaban sino por su absoluta estupidez y su tendencia a engañar a los pacientes. Ahora comenzaba a preguntarse seriamente si no había algo de verdad en ello. Resolvió insistir en la cuestión esa misma tarde.

Pero, cuando entró en el cuarto de Denny, comprendió que no era el momento indicado para discusiones académicas. Philip lo recibió con malhumorado silencio y frente ceñuda. Al cabo de un momento manifestó:

—El pequeño Jones ha muerto esta mañana a las siete. Perforación. —Hablabla tranquilamente, con una furia fría y sosegada—. Y ahora me han surgido dos nuevos casos de tifus en Ystrad Row.

Andrew bajó los ojos, acongojado, sin saber qué decir.

—No finja —continuó Denny amargamente—. A usted le es grato ver que mis enfermos no mejoran y los suyos sí. Pero no será todo tan bonito cuando esa maldita alcantarilla le infecte su camino.

—¡No, no! Lo siento sinceramente —dijo Andrew con vehemencia—. Tenemos que hacer algo al respecto. Debemos escribir al ministro de Sanidad.

—Podríamos escribir una docena de cartas —respondió Philip conteniendo su impaciencia—, y lo único que conseguiríamos es que nos enviaran a un funcionario parásito dentro de seis meses. ¡No! Lo he pensado bien. Solo hay una manera de hacer que construyan una nueva alcantarilla.

—¿Cuál?

—¡Hacerla volar!

Durante un segundo, Andrew pensó si Denny no habría perdido el juicio, pero luego comprendió. Lo miró consternado. No había manera. Denny siempre conseguía imponer sus ideas. Murmuró:

—Se montará un gran revuelo...

Denny alzó la mirada arrogantemente.

—Usted no está obligado a acompañarme, si no lo desea.

—No, estoy con usted —respondió pausadamente Andrew—. Aunque solo Dios sabe por qué.

Durante toda la tarde Andrew estuvo de mal humor, arrepintiéndose de la promesa que había hecho. Ese Denny era un loco que, tarde o temprano, lo metería en algún lío. Lo que le había propuesto era algo terrible, una acción completamente ilegal, que, de ser

descubierta, los llevaría ante los tribunales, y aun pudiera ser causa de que los echaran del cuerpo médico. Un estremecimiento de horror le sacudió al pensar en su hermosa carrera, que se dilataba tan brillantemente delante de él, truncada de pronto, arruinada. Maldijo a Philip y juró una docena de veces para sus adentros que no lo acompañaría.

Sin embargo, por alguna extraña y compleja razón, no retrocedería, no podía retroceder.

Aquella noche a las once, Denny y él salieron juntos, seguidos de *Hawkins*, en dirección al final de la calle Chapel. Estaba muy oscuro, hacía un viento borrascoso y la llovizna les azotaba la cara en las bocacalles. Denny había trazado su plan, ajustando los tiempos con precisión. Hacía una hora que había entrado en la mina la última tanda de obreros. Junto a la casa del viejo Thomas, al comienzo de la calle, había un grupo de muchachos, pero en el extremo opuesto no había nadie.

Los dos hombres y el perro avanzaban tranquilamente. En el bolsillo de su pesado abrigo, Denny llevaba seis cartuchos de dinamita que Tom Seager, el hijo de su patrona, había robado para él aquella misma tarde en la cantera. Andrew llevaba seis botes de cacao con la tapa agujereada, una linterna eléctrica y un trozo de mecha. Deslizándose con la cabeza agachada, levantadas las solapas de la chaqueta, mirando medrosamente por encima del hombro y la mente convertida en un torbellino de encontradas emociones, Andrew respondía lacónicamente a las breves observaciones de Denny, mientras meditaba sobre lo que pensaría de él Lamplough, su circunspecto profesor de medicina ortodoxa, si lo supiera envuelto en aquella aventura nocturna.

Atravesaron la calle Glydar y llegaron a la entrada principal de la alcantarilla, una tapa de hierro herrumbroso incrustada en una frágil obra de cemento, y se pusieron manos a la obra. La oxidada tapa no había sido tocada en años, pero, tras varios intentos y no sin esfuerzo, la levantaron. Entonces Andrew dirigió la linterna a las profundidades malolientes, por cuya ruinoso construcción de piedra se deslizaba un torrente de agua sucia.

—Hermoso, ¿no? —murmuró Denny—. Eche una mirada a las grietas que hay en aquel punto. Un último vistazo, Manson.

No dijeron nada más. Inexplicablemente, la actitud de Andrew había cambiado y ahora sentía un salvaje impulso, una resolución igual a la del mismo Denny. La gente se estaba muriendo a causa de aquella pestífera abominación, y la Administración no había hecho nada. No era momento de medidas clínicas ni del inofensivo frasco de medicina.

Rápidamente, metieron los cartuchos de dinamita en los botes de cacao y cortaron y ataron mechas de longitudes apropiadas. Un fósforo brilló en la oscuridad, iluminando el rostro pálido y duro de Denny y sus temblorosas manos. Chisporroteó la primera mecha.

Uno por uno, fueron lanzando a la mansa corriente los botes de cacao, comenzando por los provistos de mechas más largas. Andrew no podía ver con claridad. El corazón le

golpeaba excitado. Aquello no era medicina ortodoxa, pero sí el instante más hermoso que había vivido. En el momento en que lanzaron la última lata con su corta mecha crepitante, *Hawkins* salió corriendo a la caza de un ratón. Angustiados por las espantosas consecuencias que tendría una explosión bajo sus pies, lo persiguieron hasta darle alcance. Rápidamente salieron de allí, colocaron la tapa de la alcantarilla y corrieron como locos calle arriba.

Cuando llegaron a la esquina de la calle Radnor, miraron a un lado y a otro, y en ese momento... ¡pam!, voló la primera lata.

—¡Por Dios! ¡Lo hemos hecho, Denny! —exclamó Andrew, regocijado. Experimentaba un sentimiento de camaradería con el otro; le daban ganas de tomarlo efusivamente de la mano y gritar.

A continuación, se sucedieron puntualmente el resto de explosiones subterráneas, dos, tres, cuatro, cinco, y, al final, una detonación impresionante que debía de haberse producido a casi medio kilómetro valle abajo,

—¡Ya está! —dijo Denny con voz apagada, como si toda la secreta amargura de su vida se le escapara en esa sola palabra—. Este es el fin de una porción de podredumbre.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando se produjo un gran revuelo. Se abrieron puertas y ventanas, iluminando la oscura calle. La gente salía corriendo de sus casas. En un minuto la calle se vio atestada. Al principio circuló el rumor de que se trataba de una explosión en la mina. Pero enseguida fue desmentido, pues los estampidos provenían de la parte baja del valle. Se formulaban argumentos y juicios en voz alta. Una partida de hombres salió a explorar con linternas. El barullo y la confusión se apoderaron de la noche. Al amparo de la oscuridad y el ruido, Denny y Manson se escabulleron en dirección a sus casas por calles apartadas. Andrew se sentía triunfante.

A la mañana siguiente, antes de las ocho, llegaba en automóvil al lugar del suceso el doctor Griffiths, gordo, con su cara de ternero pálida por el pánico, después de haber sido sacado de su tibio lecho por el consejero Glyn Morgan. Griffiths podía negarse a contestar las llamadas de los doctores locales, pero le era imposible resistir al áspero mandato de Glyn Morgan. Y, la verdad, Glyn Morgan tenía motivo para estar iracundo. El nuevo chalet del consejero, situado a casi un kilómetro valle abajo, había amanecido casi cercado por un foso de inmundicia de tintes medievales. Durante media hora, el consejero, secundado por sus partidarios, Hamar Davies y Deawn Roberts, le manifestó al médico del distrito, con palabras que muchos pudieron oír, exactamente lo que pensaban de él.

Después, enjugándose la frente, Griffiths se dirigió vacilante hacia Denny, que estaba junto a Manson, entre la curiosa multitud. Andrew experimentó un súbito desasosiego al ver aproximarse al funcionario de Sanidad. Una noche de inquietud había socavado su entusiasmo. A la fría luz de la mañana, avergonzado por la desolación del despedazado

camino, se sintió de nuevo molesto, perturbado. Pero Griffiths no podía sospechar.

—Esto es increíble —le dijo a Philip—, tendremos que conseguir rápidamente una alcantarilla nueva.

El rostro de Denny continuó inexpresivo.

—Se lo advertí a usted hace meses —dijo fríamente—. ¿No lo recuerda?

—Sí, es verdad. Pero ¿quién iba a imaginar que esa mísera alcantarilla terminaría de esta forma? Es un misterio para mí cómo ha ocurrido esto.

Denny lo miró fríamente.

—¿Dónde está su conocimiento de la salubridad pública, doctor? ¿No sabe usted que los gases de las cloacas son altamente inflamables?

La construcción de la nueva alcantarilla fue iniciada el lunes siguiente.

CAPÍTULO V

Era una hermosa tarde de marzo, tres meses después de los hechos narrados. La promesa de la primavera perfumaba la suave brisa que soplaba desde las montañas, donde suaves manchas verdes parecían desafiar a la fealdad dominante. Bajo el rasgado cielo azul, incluso Drineffy resultaba hermoso.

Mientras acudía a atender una llamada que acababa de recibir del número 3 de la calle Riskin, Andrew sentía rejuvenecer su corazón con el día. Poco a poco se iba aclimatando a aquel extraño lugar, primitivo y aislado, sepultado entre montañas, sin lugares de diversión, ni siquiera un cinematógrafo, nada, sino su hosca mina, sus canteras y sus fundiciones de mineral, sus filas de capillas y sus casas heladas, una comunidad extraña y silenciosamente cohibida.

Y las gentes también eran extrañas. Sin embargo, Andrew, que las veía tan ajenas a sí mismo, no podía evitar sentir impulsos de afecto hacia ellas. A excepción de los comerciantes, los predicadores y unos cuantos profesionales, todos eran empleados de la Compañía. Al final y al comienzo de cada turno, las pacíficas calles despertaban súbitamente, resonando con pisadas de zapatos claveteados y animándose con un ejército de figuras en marcha. Los zapatos, las ropas, las manos y las caras de los trabajadores de la mina de hematites estaban cubiertos de un polvo rojo brillante. Los picapedreros usaban pieles de topo y almohadillas atadas a las rodillas. Los pulidores se daban importancia con sus pantalones de sarga azul.

Hablaban poco, y casi siempre en galés. En su reserva, daban la impresión de ser una raza aparte. Sin embargo, eran bondadosos. Sus diversiones eran sencillas, normalmente se los encontraba en sus casas, en las capillas o en la reducida cancha de rugby, en la parte alta del pueblo. Su pasión dominante era, tal vez, la música, no las melodías fáciles del momento, sino la música severa, clásica. No era raro que Andrew, caminando de noche por las calles, oyera los sonos de un piano proveniente de uno de esos hogares pobres: una sonata de Beethoven o un preludio de Chopin, magníficamente interpretados, flotando en el aire quieto y elevándose hasta más allá de las impenetrables montañas.

Su posición con relación al doctor Page ya estaba clara. Edward Page ya no volvería a ver a ninguno de sus pacientes. Pero a estos no les agradaba «abandonar» a Page, que los había servido lealmente durante más de treinta años. Y la audaz Blodwen, combinando el engaño y la lisonja, había conseguido que Watkins, el administrador de la mina y encargado de las contribuciones médicas de los obreros, mantuviera a Page en la lista de la Compañía, recibiendo una buena renta, de la que pagaba una sexta parte a Andrew, que era quien hacía todo el trabajo.

Andrew estaba profundamente apenado por el estado de Edward Page, alma buena y sencilla, que no había gozado mucho de su solitaria vida de soltero. Se había agotado, literalmente, en el estricto cumplimiento del deber en aquellos áridos valles. Ahora, acabado y postrado en el lecho, era un hombre sin interés. En realidad, Blodwen y Page se tenían un cariño recíproco, que ella alimentaba ocultamente, a su modo. Page era su querido hermano. A veces, cuando Andrew se hallaba sentado junto a él, Blodwen entraba en la habitación, luciendo una sonrisa, pero con un extraño sentimiento de celos.

—¡Eh! —exclamaba—. ¿De qué conversan?

Era imposible no sentir afecto por Edward Page, que sin duda poseía cualidades espirituales de sacrificio y abnegación. Allí estaba, desvalido e impotente en el lecho, consumido, dependiente de los cuidados de su hermana, agradeciéndolos simplemente con una mirada, con una contracción de las cejas.

No tenía necesidad alguna de quedarse en Drineffy, y ansiaba irse a un sitio más templado, más benigno. Una vez que Andrew le preguntó: «¿Qué desearía, señor?», él respondió, suspirando: «Me gustaría salir de aquí, hijo mío. He estado leyendo acerca de esa isla, Capri; van a hacer allí un santuario para los pájaros», y enseguida había recostado la cabeza sobre la almohada. El anhelo que palpitaba en su voz era muy triste.

Nunca hablaba de su profesión, salvo para confesar ocasionalmente con voz quebrada: «Me atrevo a decir que no he sabido gran cosa. Sin embargo, he hecho lo que he podido». Pasaba horas enteras, inmóvil, observando el alféizar de la ventana, donde Annie colocaba cariñosamente, cada mañana, migas, restos de tocino y coco rallado. Los domingos por la mañana un anciano minero, Enoch Davies, entraba a visitarlo, muy tieso en su viejo traje negro descolorido y su pechera de celuloide. Ambos observaban los pájaros en silencio. En una ocasión, Andrew encontró a Enoch que bajaba ruidosamente la escalera, excitado. «¡Buen Dios! —decía el viejo minero—, hemos tenido una mañana hermosa como pocas. Dos avecillas jugando como a él le gusta en el alféizar durante casi una hora». Enoch era el único amigo de Page. Tenía gran influencia entre los mineros. Juraba firmemente que ni un solo nombre se borraría de la lista del doctor mientras él tuviera un soplo de vida. No sospechaba qué flaco servicio le hacía su lealtad al pobre Page.

Otro visitante asiduo de la casa era el gerente del Banco de los Condados del Oeste, Aneurin Rees, un hombre alto y enjuto, calvo, de quien Andrew desconfió nada más verlo. Rees era un vecino sumamente respetado, que por ningún motivo cruzaba la mirada con nadie. Venía a pasar sus cinco minutos de rigor con el doctor Page y luego se encerraba una hora seguida con su hermana. Estas entrevistas eran perfectamente morales. Hablaban de dinero. Andrew sospechaba que Blodwen tenía una gran cantidad invertida a su nombre, y que, bajo la admirable dirección de Aneurin Rees, incrementaba solapadamente sus haberes. Por aquel tiempo el dinero no significaba nada para Andrew.

Le bastaba con pagar puntualmente a la Dotación, y guardaba unos cuantos chelines en el bolsillo para cigarrillos. Se contentaba con tener trabajo.

Ahora apreciaba más que nunca cuánto significaba para él su profesión. El conocimiento era como una conciencia íntima y cálida, siempre presente, como un fuego que le reanimaba cuando se hallaba cansado, deprimido, perplejo. Pero últimamente habían surgido en su interior, agitándose con más fuerza que antes, nuevas y aún más extrañas perplejidades. Como médico había comenzado a pensar por sí mismo. Tal vez, Denny, de temperamento radical y destructivo, era el polo opuesto de todo lo que le habían enseñado a él. El lema de aquel hombre parecía ser: «Yo no creo».

Educado en los grandes principios de la medicina tradicional, Manson había mirado el porvenir con la confianza de un sólido libro de texto. Había adquirido un conocimiento superficial de Física, Química y Biología..., y había estudiado, al menos, la lombriz. Después se le habían enseñado dogmáticamente las doctrinas aceptadas. Conocía todas las enfermedades, sus síntomas y los correspondientes remedios.

La gota, por ejemplo. Se curaba con cólico. Todavía podía ver al profesor Lamplough diciendo suavemente a sus alumnos: «*Vinum Colchici*, señores, veinte o treinta dosis mínimas, específico definitivo para la gota». Pero ¿era cierto? He aquí la pregunta que ahora se hacía. Hacía un mes había ensayado el cólico llevando las cosas al extremo, en un caso genuino de gota, un caso grave y doloroso. El resultado había sido un absoluto fracaso.

¿Y qué decir de la mitad, de las tres cuartas partes de los demás remedios de la farmacopea? Esta vez escuchó la voz del doctor Eliot, profesor de Materia Médica. «Y ahora, señores, pasamos al elemí..., un tipo de resina, la fuente botánica de algo indeterminado, pero que probablemente es el *Canarium commune*, importado al parecer de Manila, empleado como ungüento, en proporción de uno a cinco, un admirable estimulante y desinfectante para quemaduras y esas llagas denominadas *issues*».

¡Disparates! Sí, disparates absolutos. Ahora lo sabía. ¿Había experimentado Eliot alguna vez con el ungüento de elemí? Tenía la convicción de que no. Toda la información de ese erudito provenía de un libro, y esta, a su vez, de otro libro, y así sucesivamente, en línea directa acaso hasta la Edad Media. La palabra *issue*, ahora enterrada, confirmaba esta idea.

Denny se había burlado de él aquella primera noche por preparar ingenuamente un frasco de medicina. Denny siempre se burlaba de los preparadores de medicinas y de los grandes «bebedores» de medicinas. Él sostenía que solo media docena de drogas servían para algo, y el resto lo calificaba cínicamente de «basura». Tal idea era como para hacer perder el sueño, un pensamiento disolvente, cuyas consecuencias Andrew todavía no podía captar sino vagamente.

En este punto de sus reflexiones llegó a la calle Riskin y entró en el número 3. El

paciente era un niño de nueve años, llamado Joey Howells, que daba muestras de padecer un sarampión leve, propio de la estación del año. El caso no tenía importancia, pero dadas las circunstancias económicas de su familia, muy pobre, anunciaba molestias para la madre de Joey. El propio Howells, trabajador diurno de las canteras, había estado en cama tres meses con pleuresía, sin derecho a compensación alguna, y ahora su esposa, mujer delicada, que acababa de limpiar la capilla Bethesda, se veía en la necesidad de atender a otro enfermo.

Al término de la visita, mientras Andrew conversaba con ella en la puerta de la casa, la observó con pena:

—Usted trabaja demasiado. Es una lástima que deba tener en casa a Idris, sin ir a la escuela. —Idris era el hermano menor de Joey.

La señora Howells levantó rápidamente la cabeza. Era una mujer humilde, de manos coloradas y brillantes coyunturas digitales, hinchadas por el trabajo.

—Pero la señorita Barlow me ha dicho que no tiene por qué quedarse en casa, que puede ir a la escuela.

A pesar de la conmiseración que le inspiraba el caso, Andrew sintió una sensación de enojo.

—¿Y quién es la señorita Barlow? —preguntó.

—Es la maestra —dijo la cándida señora Howells—. Vino a visitarme esta mañana, y, viendo la difícil situación en que me hallaba, ha dispuesto que el pequeño Idris continúe sus clases. Solo Dios sabe qué habría hecho yo si también hubiera tenido que ocuparme de él.

Andrew sintió un vehemente impulso de decirle que debía obedecer sus instrucciones y no las de una entrometida maestra de escuela. Sin embargo, comprendió que la señora Howells no era culpable. Por el momento, no hizo comentarios, pero mientras regresaba por la calle Riskin su rostro mostraba un acentuado disgusto. Le molestaba la intromisión, especialmente en su trabajo, y odiaba sobre todo a las mujeres intrusas. Mientras más pensaba en ello, más se encolerizaba. Era una evidente contravención de los reglamentos mantener a Idris en la escuela mientras su hermano Joey pasaba el sarampión. Decidió de repente ver a esa señorita Barlow y tratar con ella el asunto.

Cinco minutos después, subía la pendiente de la calle del banco, entraba en la escuela y, después de preguntar al portero, se encontró frente a la clase de los más pequeños. Dio unos golpecitos en la puerta y entró. Era una gran sala, bien ventilada, con un fuego ardiendo en un extremo. Todos los niños eran menores de siete años, y, como era la hora de la merienda, todos tenían un vaso de leche —parte del sistema de asistencia introducido por la rama local de la M. W. U.—. Sus ojos dieron al instante con la señorita, que estaba escribiendo en la pizarra, de espaldas a él. Pero de repente se dio la vuelta.

Era tan diferente a la mujer de su indignada imaginación, que vaciló. O fue tal vez la sorpresa reflejada en sus ojos oscuros lo que le hizo perder su aplomo. Se ruborizó y dijo:

—¿Es usted la señorita Barlow?

—Sí —contestó ella. Era una delicada jovencita que llevaba una falda de paño escocés, de color café, medias de lana y unos sólidos y pequeños zapatos. De su misma edad, pensó; no, más joven, de unos veintidós años. Ella lo examinó un tanto desconcertada, sonriendo débilmente, como si, fatigada por la clase de aritmética, le agradara una distracción en ese hermoso día de primavera—. ¿No es usted el nuevo ayudante del doctor Page?

—Eso no importa —respondió secamente—, pero, ya que lo pregunta, soy el doctor Manson. Creo que tiene aquí un agente de contagio. Idris Howells. Usted sabe que su hermano tiene sarampión.

Hubo un silencio. Los ojos de la profesora, aunque interrogantes, seguían benévolos. Echándose hacia atrás el pelo rebelde, respondió:

—Sí, lo sé.

El hecho de que ella no tomara en serio su visita volvía a irritarlo.

—¿No se da cuenta de que va contra los reglamentos tenerlo aquí?

Ante semejante tono se le acentuó el color y perdió su aire de camaradería. Andrew no pudo evitar advertir la frescura y la blancura de su piel, que lucía un pequeño lunar pardo, del mismo color que los ojos, en la mejilla derecha. Ahora respiraba aceleradamente, pero habló con calma:

—La situación de la señora Howells es desesperada. La mayoría de estos niños ha tenido el sarampión. Los que no, lo tendrán seguramente, tarde o temprano. Si Idris se hubiera quedado en casa, le habría faltado su leche, que tanto bien le hace.

—Pero debe permanecer aislado —dijo él, alzando la voz.

Ella replicó tercamente:

—Lo he aislado... en cierto modo. Si no lo cree, mire usted mismo.

Siguió la mirada de la maestra. Idris, de cinco años, sentado solo en un pequeño escritorio cerca del fuego, parecía contento de la vida. Sus ojos, de un azul pálido, abiertos desmesuradamente, miraban satisfechos por encima de su vaso de leche.

Eso enfureció a Andrew, que rio despectivamente.

—Esta puede ser su idea del aislamiento, pero me temo que no es la mía. Debe enviar a ese niño a su casa al instante.

Los ojos de la maestra despidieron leves destellos.

—¿No entiende que soy yo la que manda en esta clase? Usted podrá ordenar a la gente en esferas más elevadas. Pero aquí es mi palabra la que vale.

Él la miró con enfadada dignidad.

—¡Usted está violando la ley! No puede tener a ese niño aquí. Si no lo manda para casa, tendré que denunciarla.

Siguió un corto silencio. Manson pudo verle la mano crispada sobre la tiza. Esa muestra de su emoción aumentó la rabia contra ella y contra sí mismo. La profesora dijo desdeñosamente:

—Entonces, denúncieme. O hágame arrestar. No dudo de que eso le dará una gran satisfacción.

Furioso, Manson no respondió. Se sentía en una posición falsa. Procuró rehacerse, alzando los ojos para tratar de abatir los de ella, que ahora resplandecían fríamente. Se miraron por un instante, tan de cerca, que pudo advertir la suave palpitación del cuello de la profesora y el brillo de sus dientes entre los labios separados.

—¿Eso es todo, entonces? —dijo ella, y se volvió bruscamente hacia la clase—. De pie, niños, y decid: «Buenos días, doctor Manson. Gracias por haber venido».

Se produjo un alboroto de sillas, mientras los pequeños se levantaban y cantaban su irónico saludo. A Manson le ardían las orejas mientras ella lo acompañaba hasta la puerta. Tenía una exasperante sensación de derrota, a lo que se añadía la infeliz certidumbre de que no había sabido dominarse, mientras que ella lo había hecho admirablemente. Buscó alguna frase aplastante, alguna salida final intimidatoria. Pero, antes de que le acudiera a la imaginación, la puerta se cerró lentamente ante sus narices.

CAPÍTULO VI

Manson, después de una tarde de furia incontenible, durante la cual redactó y rompió tres violentas cartas dirigidas al médico del distrito, procuró olvidar el episodio. La escena con la profesora y su despliegue de sentimientos despreciables lo tenían alterado. Después de una intensa lucha con su exaltado orgullo escocés, decidió que se había equivocado, que no podía soñar en denunciar el caso, y menos que a nadie, al inefable Griffiths. Aunque lo intentaba, no podía borrar de su mente a Christine Barlow.

Era absurdo que una joven maestra de escuela ocupara de ese modo sus pensamientos o que pudiera importarle lo que ella pensara de él. Se dijo a sí mismo que era un caso estúpido de orgullo herido. Se sabía tímido y torpe con las mujeres. Sin embargo, no había lógica alguna que explicara que se hallara ahora impaciente y un tanto irritable. En el momento menos pensado, por ejemplo, cuando estaba a punto de dormirse, la escena de la clase volvía a su mente con renovada animación, y se sorprendía con el ceño adusto en la oscuridad. Todavía la veía, oprimiendo la tiza, con sus ojos castaños centelleantes de indignación. Tres pequeños botones perlinos cerraban la parte delantera de la blusa. Su figura era delgada y esbelta, con una severa economía de líneas que le hacían imaginársela corriendo y saltando en su niñez. No se preguntaba si era hermosa. Bastaba que estuviese allí de pie, sobria y vigorosa ante su vista. Y su corazón se agitaba sin quererlo, con una extrañamente dulce opresión que nunca hasta entonces había sentido.

Quince días después, caminaba por la calle Chapel, abstraído, cuando estuvo a punto de chocarse con la señora Bramwell en la esquina de la calle de la estación. Él no la había reconocido. Ella, sin embargo, se detuvo y lo saludó, turbándole con su sonrisa.

—¡Vaya, doctor Manson! Precisamente quería verlo a usted. Esta noche organizo una de mis pequeñas reuniones sociales. Espero que asista.

Gladys Bramwell era una dama de pelo trigueño, de unos treinta y cinco años, vistosamente vestida, de buena figura, ojos azules de niño y maneras juveniles. Gladys se consideraba la «señora perfecta»; sin embargo, los chismes que circulaban por Drineffy no parecían confirmar la impresión que ella tenía de sí misma. El doctor Bramwell estaba perdidamente enamorado de ella, y se rumoreaba que solo su loca pasión le impedía ver el caprichoso interés de Gladys por el doctor Gabell, el doctor «de color» de Toniglan.

Mientras la escudriñaba, Andrew buscaba apresuradamente una evasiva.

—Me temo, señora Bramwell, que no podré ir.

—Pues debería hacerlo. Acudirá gente muy agradable. El señor y la señora Watkins, de la mina y... —se le escapó una intencionada sonrisa— el doctor Gabell, de Toniglan... ¡Ah, se me olvidaba, también vendrá la joven maestra, Christine Barlow!

Manson se estremeció y sonrió estúpidamente.

—¡Vaya!, por supuesto que iré, señora Bramwell. Muchas gracias por su invitación.

Se las arregló para sostener la conversación unos minutos, hasta que ella partió. Durante el resto del día no pudo pensar sino en el hecho de que volvería a ver a Christine Barlow.

La reunión de la señora Bramwell comenzaba a las nueve, hora que fue escogida en consideración a los señores médicos que pudieran estar ocupados en sus consultas. Eran ya las nueve y cuarto cuando Andrew terminó su última visita. Se lavó apresuradamente en la tina del dispensario, se alisó el cabello con el peine roto y se dirigió a toda prisa a El Retiro, que, desmintiendo su idílico nombre, era una pequeña vivienda de ladrillo en medio del pueblo. Fue el último en llegar. La señora Bramwell lo regañó amablemente y encabezó la marcha al comedor, seguida por sus cinco invitados y su marido.

Se trataba de una cena fría, servida sobre un mantelito de papel en la mesa de roble ahumado. La señora Bramwell se enorgullecía de atender bien a sus invitados, de ser algo así como una creadora de moda en Drineffy, lo que le permitía sorprender a la opinión pública. Para ella, el éxito social consistía en hablar y reír mucho. Siempre decía que su vida, con anterioridad a su matrimonio con el doctor Bramwell, había sido de un lujo excesivo. Esa noche, mientras se sentaban, manifestó ostentosamente:

—Que cada cual se sirva lo que más le agrade.

Andrew, sin aliento a causa de su prisa por llegar, se sintió al principio azorado. Durante unos diez minutos no se atrevió a mirar a Christine. Mantuvo la vista baja, pero con la opresiva conciencia de que ella estaba sentada en el extremo opuesto de la mesa, entre el doctor Gabell, un elegante moreno con polainas, pantalón listado y una perla en la corbata, y el señor Watkins, el administrador de la mina, de cabellos como de erizo, que, a su ruda manera, le prodigaba muchas atenciones. Al fin, decidido por el jocoso comentario de Watkins: «¿Es usted todavía mi doncella de Yorkshire, señorita Christine?», levantó celoso la cabeza, la miró y la encontró allí, tan familiar, con su vestido gris claro, de cuello y puños blancos. Pero enseguida desvió los ojos, temeroso de que delatasen a ella sus sentimientos.

A la defensiva, sin saber casi lo que decía, se puso a conversar con su vecina, la señora Watkins, una personilla insignificante, que se había llevado su labor.

Durante el resto de la cena sufrió la angustia de estar hablando con una persona, cuando ansiaba hablar con otra. Respiró con alivio cuando el doctor Bramwell, que presidía a la cabecera de la mesa, miró complacido los platos vacíos e hizo un ademán napoleónico:

—Creo, amigos míos, que hemos concluido. Pasemos al salón.

Una vez los invitados se hubieron acomodado en distintos lugares, principalmente en los sillones, era claro que se esperaba alguna interpretación musical como parte del ritual

de la reunión. Bramwell miró cariñosamente a su mujer, y la condujo al piano.

—¿Con qué comenzamos esta noche, amor mío?

Canturreando, hojeaba las partituras que había en el estante.

—*Campanas de iglesia* —sugirió Gabell—. Nunca me cansa esa pieza, señora Bramwell.

Sentada en el taburete giratorio, la señora Bramwell tocó y cantó, mientras su marido, con una mano en la espalda y la otra adelantada como en actitud de tomar rapé, permanecía detrás de ella y le pasaba discretamente las hojas. Gladys tenía una voz llena, de contralto, y sacaba las notas profundas del pecho, alzando el mentón. Después de *Lírica amorosa*, les obsequió con el *Vagabundo y la niña*.

Hubo generosos aplausos. Bramwell murmuró, como distraído, por lo bajo y lleno de satisfacción:

—Esta noche su voz suena especialmente hermosa.

Enseguida persuadieron al doctor Gabell para que cantara. Jugando con su anillo, alisándose el cabello bien peinado, aunque rebelde, el petimetre con piel de aceituna se inclinó afectuosamente hacia la dueña de la casa y, enlazándose con fuerza las manos por delante, bramó *Amor en la dulce Sevilla*. Y a continuación, a modo de bis, el *Toreador*.

—Usted interpreta estas canciones de España magníficamente, doctor Gabell —comentó la bondadosa señora Watkins.

—Supongo que es debido a mi sangre española —dijo Gabell sonriendo modestamente, mientras volvía a su asiento.

Andrew sorprendió una mirada traviesa en los ojos de Watkins. El viejo administrador de la mina, verdadero galés, sabía música; en el invierno pasado había ayudado a sus hombres a montar e interpretar una de las óperas más oscuras de Verdi, y ahora, pasivo, detrás de su pipa, se regocijaba enigmáticamente. Andrew pensó que a Watkins debía de resultarle muy divertido observar a aquellas gentes, que afectaban exhibir cultura bajo la forma de cancioncillas sentimentales y sin valor. Cuando Christine se negó, sonriendo, a interpretar algún tema al piano, Watkins se volvió a ella contrayendo nerviosamente los labios:

—Veo que usted es como yo, hija mía. Demasiado aficionada al piano para tocarlo.

Enseguida brilló la gran lumbrera de la reunión. El doctor Bramwell ocupó el centro de la escena. Tras aclararse la garganta, echó un pie adelante, la cabeza atrás, se llevó teatralmente la mano al pecho y anunció:

—Señoras y caballeros, *La estrella caída*. Monólogo musical.

En el piano, Gladys empezó a ejecutar un acompañamiento, y Bramwell comenzó.

La letra, que hablaba de las dramáticas vicisitudes de una actriz antaño famosa y luego caída en una horrible pobreza, era empalagosamente sentimental, pero Bramwell la declamaba con sincero ardor. En los pasajes más dramáticos, Gladys pulsaba las notas

graves. En los de emociones suaves, recurría al trémolo. Al llegar al punto culminante, Bramwell dio a su voz un tono melodramático en la frase final: «Allí estaba... —pausa— muriéndose de hambre en el arroyo... —prolongada pausa— solo una estrella caída».

La diminuta señora Watkins, caída al suelo su labor, volvió a él sus ojos húmedos.

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! ¡Oh, doctor Bramwell, qué bien recita usted siempre eso!

La llegada del burdeos constituyó una distracción. Ya eran más de las once y, tácitamente de acuerdo todos en que, después del esfuerzo de Bramwell, cualquier cosa resultaría insignificante, la concurrencia se preparó para la despedida. Hubo risas, corteses expresiones de agradecimiento y un revuelo general hacia el vestíbulo. Mientras Andrew se ponía el abrigo, pensaba desesperado en que no había intercambiado ni una sola palabra con Christine en toda la noche.

«Dios mío —pensó—. Estoy peor que la estrella caída. Será mejor que me vaya a casa y me acueste».

Pero no lo hizo. Permaneció allí, con el pulso agitado mientras ella bajaba la escalera y avanzaba sola hacia él. Haciendo acopio de valor, murmuró:

—Señorita Barlow, ¿puedo acompañarla a casa?

—Me temo que no va a ser posible. —Hizo una pausa—. El señor Watkins y su esposa se han ofrecido a hacerlo.

Su corazón desfalleció. Se sentía como un perro apaleado. Sin embargo, algo le sostenía todavía. Su rostro estaba pálido, pero su mentón mantenía su firme línea. Las palabras acudieron atropellándose impetuosamente:

—Solo deseo decirle que siento mucho lo del otro día. Hice un alarde barato de autoridad. Fui injusto..., lo sé. Lo que usted dispuso del chico estuvo espléndido. La admiro por ello. Después de todo, es mejor atenerse al espíritu que a la letra de la ley. Siento molestarla con estos recuerdos, pero necesitaba decírselo. ¡Buenas noches!

No pudo verle la cara. Ni esperó tampoco su respuesta. Se volvió y se marchó calle abajo.

Por primera vez desde hacía muchos días, Andrew se sintió feliz.

CAPÍTULO VII

La Compañía había pagado los honorarios médicos del último semestre, dándole motivo de serias reflexiones a la señorita Page y un nuevo tema de discusión con Aneurin Rees, el administrador del banco. Por primera vez en dieciocho meses, se advertía un alza en las cifras. Había setenta hombres más en la «lista del doctor Page» que antes de la llegada del doctor Manson.

Complacida por el aumento de su cheque, Blodwen alimentaba, sin embargo, un pensamiento inquietante. Durante las comidas, Andrew la sorprendía mirándolo de reojo, inquisitivamente. El miércoles siguiente a la reunión social vespertina de la señora Bramwell, Blodwen llegó al almuerzo, con grandes muestras de alegría.

—Hace cuatro meses que está usted aquí, doctor, y no lo ha hecho tan mal, la verdad. Aunque, claro, no es como el doctor Page. ¡Oh, no, amigo mío! El otro día precisamente me decía el señor Watkins cómo esperan todos la vuelta del doctor Page. «El doctor Page es tan hábil», me dijo el señor Watkins, «que es imposible que nadie pueda reemplazarlo».

Se puso a describir, con pintorescos detalles, la gran pericia y habilidad de su hermano.

—Él es increíble —exclamó, dilatando los ojos—. No hay nada que no pueda hacer o no haya hecho. ¡Operaciones! ¡Debería haberlas visto! Permítame decirle, doctor, que es el hombre más inteligente que hayan conocido estos valles.

Andrew no contestó. El propósito de Blodwen era evidente, y él pensó en la tenaz lealtad de la mujer, trágica y afectuosa a la vez.

Ella se echó hacia atrás en la silla, y lo miró procurando descifrar el efecto de sus palabras. Enseguida sonrió confidencialmente.

—Habrà un gran regocijo en Drineffy cuando el doctor Page vuelva al trabajo. Y será muy pronto. En el verano, le dije al señor Watkins, en el verano volverá el doctor Page.

Al regresar de su gira el viernes por la tarde, Andrew se sorprendió de ver al doctor Page acomodado en una silla a la entrada, enteramente vestido, con una manta sobre las rodillas y una gorra en la cabeza. Soplaban un fuerte viento y los rayos de sol de abril, que bañaban la trágica figura, eran pálidos y fríos.

—¡Ahí tiene! —exclamó la señorita Page desde el pórtico, dirigiéndose triunfalmente a Manson—. ¡Ya lo ve! ¡El doctor está levantado! Acabo de telefonar al señor Watkins para decirle que mi hermano está mejor. Pronto volverá al trabajo. ¿No es así, querido?

Andrew sintió de pronto que le afluía la sangre a la cara.

—¿Quién lo ha traído aquí?

—¡Yo! —repuso Blodwen, desafiante—. ¿Por qué no? Es mi hermano. Y está mejor.

—No está en condiciones de levantarse, al contrario. —Andrew dijo estas palabras en voz baja—. Ayúdeme a llevarlo a la cama.

—Sí, sí —dijo débilmente Edward—. Llévenme a la cama. Tengo frío. No me siento bien. —Y, para angustia de Manson, el enfermo comenzó a sollozar.

Al instante, Blodwen se deshizo en lágrimas junto a él. Se puso de rodillas, rodeándole con los brazos, contrita, exclamando:

—Ahora mismo, querido. Debes volver a la cama. ¡Pobrecillo! Blodwen se equivocó. Blodwen te cuidará. Blodwen te quiere, querido.

Media hora después, instalado ya Edward, Andrew bajó a la cocina, iracundo.

Annie se había convertido en una verdadera amiga; entre ellos habían intercambiado más de una confidencia en esa misma cocina, y la sosegada y cuarentona mujer, cuando las raciones eran demasiado exiguas, le había deslizado furtivamente en la despensa más de una manzana y de un pastelillo. A veces, como recurso extremo, bajaba al pueblo a comprar dos raciones de pescado y se las comían regodeándose a la luz de una vela, a la mesa de la cocina. Annie había servido en casa de Page cerca de veinte años. Tenía muchas amistades en Drineffy, todos ellos gente decente, y su única razón de permanecer tanto tiempo en el servicio era su afecto por el doctor Page.

—Tráigame el té aquí, Annie —pidió Andrew—. En este momento no puedo soportar la presencia de Blodwen.

Acababa de entrar en la cocina y no había reparado en que Annie tenía visitas: su hermana Olwen y el marido de esta, Emlyn Hughes, a quien Andrew había visto varias veces. Era cartuchero en los High Lewels de Drineffy, un hombre robusto, de buen natural y con facciones pálidas y toscas.

Como Manson vacilara al verlos, Olwen, una mujer de ojos oscuros, y muy lista, tomó la iniciativa.

—No se preocupe por nosotros, doctor. Tome el té aquí, si quiere. En realidad, estábamos hablando de usted cuando entró.

—¿De mí?

—Sí. —Olwen le lanzó una mirada a su hermana—. No conseguirás nada mirándome de ese modo, Annie; diré lo que tengo dentro. Todo el mundo comenta, doctor, que hace muchos años que no ha habido aquí un médico tan bueno como usted, que usted hace todo lo posible por ellos, y cosas por el estilo. Puede preguntárselo a Emlyn, si no me cree. Y todo el mundo está irritado por la forma en que la señorita Page lleva las cosas. Dicen que, en buena ley, el consultorio debería ser suyo. Sin duda, ella adora al viejo, y cree de verdad que mejorará. ¡Pero alguien tiene que decirle que no, que no se curará!

En cuanto hubo tomado su té, Andrew se marchó. Las sinceras palabras de Olwen le

habían hecho sentirse incómodo. No obstante, era halagador escuchar que la gente de Drineffy lo quería. Y consideró un homenaje muy especial el que unos pocos días después viniera a visitarlo con su esposa John Morgan, perforador y capataz de la mina de hematites.

Los Morgan eran un matrimonio de mediana edad, de modestos recursos y muy estimados en el distrito. Llevaban cerca de veinte años casados. Andrew había oído decir que dentro de poco partirían a Sudáfrica, a Johannesburgo, donde a Morgan le habían ofrecido trabajo en las minas. No era raro que los perforadores competentes fueran solicitados para las minas de oro del Rand, donde el trabajo de perforación era semejante, pero la remuneración, mucho más elevada. Sin embargo, nadie se sorprendió más que Andrew cuando Morgan, sentado en el pequeño consultorio con su mujer, le explicó orgullosamente el objeto de su visita.

—Bien, señor, parece que al fin lo hemos conseguido. Mi mujer, aquí presente, va a tener un bebé. Después de diecinueve años, fíjese. Estamos muy contentos, doctor. Y hemos decidido aplazar nuestro viaje hasta después del acontecimiento. Hemos estado pensando en los médicos que hay aquí y hemos decidido recurrir a usted. Ese bebé representa mucho para nosotros, doctor. Mi mujer tiene cuarenta y tres años, y el asunto puede ser complicado. Pero confiamos en usted.

Andrew se hizo cargo del caso con un cálido sentimiento de haber sido distinguido. Era una emoción extraña, clara y sin origen material, que en su situación actual era doblemente tonificante. En los últimos tiempos se había sentido perdido, desolado. Dentro de él se agitaban corrientes extraordinarias, inquietantes y penosas. Había momentos en que su corazón sentía una extraña molestia que, como médico, había juzgado hasta ahora imposible.

Nunca hasta ahora había pensado seriamente en el amor. En la universidad había estado demasiado preocupado con aprobar los exámenes como para entablar amistades con el otro sexo. En St. Andrews había que tener sangre azul, como su amigo y compañero de clase Freddie Hamson, para moverse en ese círculo que bailaba, celebraba fiestas y exhibía su privilegiada posición social. Todo esto le había sido negado. Él había pertenecido —exceptuando su amistad con Hamson— a esa multitud de advenedizos que se alzaban el cuello de la chaqueta, estudiaban, fumaban y tenían sus momentos de regocijo, no en la Unión, sino en su modesto salón de billares.

Es verdad que esas inevitables imágenes románticas se le habían presentado espontáneamente. Por razón de su pobreza las proyectaba a un medio de dilapidadora riqueza. Pero ahora, en Drineffy, miraba por la ventana del ruinoso consultorio, fijos sus ojos sombríos en el montón de escoria de las minas, suspirando con todo su corazón por la maestra de una escuela pública. Semejante paso de lo sublime a lo ridículo le daba deseos de reír.

Siempre se había ufanado de ser práctico, de su fuerte dosis de prudencia vernácula, e intentó por todos los medios, y por interés personal, librarse de su sentimiento amoroso a fuerza de argumentos. Fría y lógicamente, se puso a examinar los defectos de la joven. No era hermosa, y su figura era demasiado pequeña y delgada. Tenía ese lunar en la mejilla y una ligera sinuosidad, visible cuando sonreía, en el labio superior. Además de eso, probablemente lo detestaba.

Se dijo a sí mismo, con rabia, que era un insensato al ceder de esa manera a sus sentimientos. Se había consagrado a su trabajo. Todavía no era más que un ayudante. ¿Qué clase de doctor era para crearse, en el comienzo de su carrera, un afecto que podía estorbar el futuro de ella y que ya estaba estorbándole seriamente el suyo?

En su esfuerzo por dominarse buscó distracciones. Engañándose a sí mismo, decidió que echaba de menos las antiguas relaciones de St. Andrews, y escribió una larga carta a Freddie Hamson, quien últimamente había obtenido un cargo en un hospital de Londres. Frecuentaba a Denny. Pero este, aunque amistoso a veces, era por lo general frío, suspicaz, con la amargura del hombre que ha sido maltratado por la vida.

Por más que lo intentó, no pudo apartar de su mente a Christine, ni de su corazón el atormentador anhelo que le inspiraba. No la había visto desde su explicación ante la puerta de El Retiro. ¿Qué pensaba de él? ¿Pensaba, de hecho, alguna vez en él? Había transcurrido mucho tiempo desde que la viera por última vez, y, no obstante, sus escrutadoras miradas al pasar por la calle del banco, desesperaba de volver a verla.

Sin embargo, la tarde del sábado 25 de mayo, cuando casi había perdido toda esperanza, recibió una esquila que decía lo siguiente:

Apreciado doctor Manson:

El señor y la señora Watkins vendrán a cenar conmigo mañana domingo. Si no tiene nada que hacer, sírvase venir. A las siete y media.

Sinceramente,
CHRISTINE BARLOW

Dio tal grito que atrajo corriendo a Annie, que estaba en la cocina.

—¡Vaya, doctor! —dijo la mujer como en tono de reproche—. A veces se comporta usted como un niño.

—Ya está, Annie —respondió, todavía emocionado—. Pero... necesito que me saques de un apuro. Escucha, querida Annie, ¿me plancharás los pantalones mañana por la mañana? Esta noche, al acostarme, los dejaré en la puerta de mi habitación.

Al día siguiente, domingo, se presentó, trémulo de ansiedad y antes de la hora

convenida, en casa de la señora Herbert, con quien vivía Christine, cerca de la escuela. Llegaba temprano, y lo sabía, pero no podía esperar más.

Fue la misma Christine quien le abrió la puerta, con rostro acogedor y sonriente.

Sí, estaba sonriente, realmente sonriente. Andrew apenas podía hablar de la emoción.

—Ha sido un día delicioso, ¿no? —balbuceó mientras la seguía al salón.

—Delicioso —asintió ella—. Y esta tarde he tenido que caminar mucho, hasta más allá de Pandy. He encontrado algunas celidonias.

Se sentaron. Estuvo a punto de preguntarle si le agradaba caminar, pero reprimió a tiempo ese torpe comentario.

—La señora Watkins acaba de enviarme un recado —observó Christine—. Ella y su marido llegarán un poco más tarde. Él ha tenido que ir a la oficina. ¿Le importa aguardarlos aquí unos pocos minutos?

¡Importarle! ¡Unos pocos minutos! Se habría echado a reír de pura felicidad. ¡Si supiera ella cómo había esperado ese momento, lo maravilloso que era estar en su compañía! Disimuladamente miró alrededor. El saloncito, amueblado con objetos de ella, era diferente a todas las habitaciones que él había visitado en Drineffy. No tenía felpas, ni alfombras de Axminster, ni ninguno de aquellos brillantes cojines de satén que adornaban profusamente el salón de la señora Bramwell. Las tablas del suelo estaban bien enceradas y había un sencillo felpudo pardo frente a la chimenea. El mobiliario era tan discreto que apenas reparó en él. En el centro de la mesa, preparada para la cena, había una fuente blanca, sencilla, en la que flotaban, como masas de pequeñitos nenúfares, las celidonias que ella había recogido. El efecto era simple y hermoso. En el alféizar de la ventana había una caja de madera para confites, llena ahora de tierra, de la que brotaban los verdes y delgados tallos de un almácigo. Sobre la repisa de la chimenea había un cuadro muy especial, que solo mostraba una pequeña silla infantil de madera, pintada de rojo y, a su juicio, muy mal dibujada.

Ella debió de advertir su expresión de extrañeza, y sonrió con una alegría contagiosa.

—Supongo que no le parece muy original.

Confundido, no sabía qué decir. La revelación de su personalidad a través de la pieza, la convicción de que ella sabía cosas que a él se le escapaban, lo tenía perplejo. Sin embargo, aquella joven había despertado de tal modo su interés, que olvidó su timidez y prescindió de los vulgares y estúpidos comentarios sobre el tiempo. Comenzó a interrogarla sobre sí misma.

Ella le respondió con toda naturalidad. Era de Yorkshire. Su madre había muerto cuando ella tenía catorce años. Su padre era entonces ayudante del administrador de una de las grandes minas de carbón de Bramwell. Su único hermano, John, había aprendido el oficio allí y con el tiempo se convirtió en ingeniero. Cinco años después, cuando ella tenía diecinueve años y había terminado los estudios en la escuela normal, su padre fue

nombrado administrador en la mina de Porth, treinta kilómetros valle abajo. Ella y su hermano viajaron con él a Gales del Sur, ella para ocuparse de la casa, y él para ayudar a su padre. Seis meses después de su llegada, hubo una explosión en la mina y John murió sepultado. Al enterarse del desastre, su padre acudió al momento, siendo sorprendido por una corriente de gas grisú. Una semana después, eran enterrados los cadáveres de ambos.

Cuando la joven terminó su narración, se produjo un largo silencio.

—Lo siento mucho —dijo Andrew en tono de conmiseración.

—La gente fue muy bondadosa conmigo —añadió ella—, especialmente el señor Watkins y su esposa. Gracias a ellos conseguí el trabajo en la escuela. —Se detuvo, volviéndosele a iluminar el rostro—. Así que soy como usted. Todavía extraña aquí. Cuesta mucho aclimatarsé a estos valles.

Andrew la miró, buscando palabras que expresaran siquiera remotamente sus sentimientos hacia ella, algo que liquidara el pasado y abriera prometedoramente el porvenir.

—Es fácil sentirse aislado y solo aquí. A menudo siento la necesidad de alguien con quien conversar.

Ella sonrió.

—¿Y de qué le gusta hablar usted?

Él se ruborizó, sintiendo que lo había acorralado.

—¡Oh!, de mi trabajo, supongo. —Se detuvo; luego se sintió obligado a explicarse—: A veces me siento algo desorientado. Constantemente paso de un problema a otro.

—¿Quiere decir que le tocan casos difíciles?

—No, no es eso... —Vaciló un momento y prosiguió—: Llegué aquí atiborrado de fórmulas y de enseñanzas que todos creen, o pretenden creer: que articulaciones hinchadas significan reumatismo, que reumatismo significa salicilato. Ya sabe, ¡los conocimientos ortodoxos! Pero estoy descubriendo que algunos de ellos son enteramente falsos. Y lo mismo ocurre con las drogas. Creo que algunas hacen más mal que bien. Es el sistema. Los pacientes vienen al consultorio esperando su «frasco de medicina», y lo consiguen, aun cuando solo sea azúcar quemado, bicarbonato de sodio y agua del grifo. Por eso las prescripciones se escriben en latín..., así no las comprenden. Y eso no está bien. No es científico. Y otra cosa. Me parece que muchos médicos tratan las enfermedades empíricamente, es decir, tratan los síntomas individualmente. No se preocupan de cambiar los síntomas en su espíritu y dar con el diagnóstico. Enseguida dicen, porque siempre están apurados: «¡Ah!, ¿dolor de cabeza? Pruebe estos polvos», o «Está anémico, debe tomar hierro», en vez de preguntarse cuál es la causa del dolor de cabeza o de la anemia... —De pronto se interrumpió bruscamente—. ¡Oh, lo siento! ¡La estoy aburriendo...!

—No, no —dijo ella con presteza—. Al contrario. Es muy interesante.

—Estoy comenzando, descubriendo mi camino —prosiguió, estimulado por el interés de Christine—. Pero creo sinceramente, por lo que he visto, que los libros de texto contienen demasiadas ideas conservadoras, anticuadas. Drogas inútiles, síntomas que fueron descritos por alguien en la Edad Media. Me dirá usted que eso no le incumbe al médico corriente, pero ¿por qué ha de ser este un simple preparador de emplastos o drogas? Es hora ya de poner a la ciencia en primer plano. Mucha gente cree que la ciencia yace en el fondo de un tubo de ensayo. Yo, no. Creo que los médicos pueden ver los síntomas de las nuevas enfermedades mucho mejor en el ejercicio de su profesión que en cualquier hospital. Cuando un enfermo es llevado al hospital, por lo general ya ha pasado la primera fase de su mal.

Christine iba a responder cuando sonó la campanilla de la puerta. Se levantó, renunciando a la observación que pensaba hacer, pero diciendo, en cambio, con su suave sonrisa:

—Espero que no olvide su promesa de hablarme de esto en otra oportunidad.

Watkins y su esposa se disculparon por haber llegado tarde y se sentaron todos a la mesa.

El ambiente fue muy distinto de aquella fría reunión en que se encontraron la última vez. Tomaron carne de ternera con puré de patatas, pastel de crema y, finalmente, queso y café. Aunque sencillos, los platos eran abundantes. Después de las míseras comidas que le servía Blodwen, era una gran cosa para Andrew encontrarse ante un alimento caliente y apetitoso.

—Tiene usted suerte con la patrona, señorita Barlow. ¡Es una excelente cocinera!

Watkins, que con ojos socarrones había estado observando a Andrew manejar el tenedor, se echó a reír.

—Sí que está bueno. —Se volvió hacia su mujer—. ¿Has oído, querida? Dice que la anciana señora Herbert es una excelente cocinera.

Christine se ruborizó ligeramente.

—No le haga caso —le dijo a Andrew—. Es el cumplido más sincero que me han hecho, puesto que usted no sabía que era yo quien había cocinado. Me gusta cocinar. Y estoy habituada a ello.

Esta observación sirvió para que el administrador de minas se pusiera más alegremente bullicioso. Era muy distinto del individuo taciturno que había soportado estoicamente la fiesta en casa de la señora Bramwell. Rudo y ordinario, se deleitó con la comida, se relamió con el pastel, puso los codos sobre la mesa y refirió historias que provocaron hilaridad.

La tertulia transcurrió rápidamente. Cuando Andrew miró el reloj, vio con sorpresa que eran casi las doce. ¡Y había prometido hacer una visita a un enfermo de la calle

Blaina antes de las diez y media!

Se levantó con gran pesar, para despedirse, y Christine lo acompañó hasta la puerta. En el angosto corredor, su brazo rozó con el cuerpo de ella y sintió un dulce estremecimiento. Ella era tan diferente a todas las mujeres que había conocido... Su tranquilidad, su fragilidad, sus oscuros e inteligentes ojos... ¡Que el cielo lo perdonara por haberse atrevido a juzgarla como una persona insignificante!

Respirando con ansia, tartamudeó:

—No puedo agradecerle lo bastante el haberme invitado esta noche. ¿Me permitirá verla de nuevo? No siempre puedo charlar de mi oficio. ¿Quisiera usted..., Christine, quisiera ir conmigo algún día al cine de Toniglan?

Los ojos de Christine le sonrieron por primera vez en forma delicadamente incitante.

—Espero su invitación.

Hubo un largo minuto de silencio en el umbral de la puerta, bajo las altas estrellas. El aire húmedo y perfumado refrescaba las mejillas ardientes de Andrew. El aliento de Christine le llegaba con dulzura. Anhelaba besarla. Le estrechó cálidamente la mano, dio media vuelta y echó a andar calle abajo, llena la cabeza de alados pensamientos, recorriendo con la imaginación esa misma senda vertiginosa que han seguido millones de seres, creyéndose únicos, predestinados, eternamente dichosos. ¡Oh, era una muchacha encantadora! ¡Qué bien lo había comprendido cuando le hablaba de los problemas de la profesión! Era inteligente, mucho más inteligente que él. ¡Y, además, qué maravillosa cocinera! ¡Y la había llamado Christine!

CAPÍTULO VIII

Aunque Christine ocupaba ahora su espíritu más que nunca, todo el curso de sus pensamientos se veía alterado. Ya no se sentía desanimado, sino feliz, exaltado, lleno de esperanzas. Y este cambio de perspectiva se reflejó al momento en su trabajo. Era lo bastante joven para imaginársela observándolo en sus casos, en sus métodos cuidadosos, en sus escrupulosos reconocimientos, recomendándole que profundizara en el análisis de sus diagnósticos. Cualquier tentación de ahorrarse una visita, de llegar a una conclusión sin auscultar primero el tórax del paciente, su mente la rechazaba en redondo: «¡No, señor! ¿Qué pensaría ella de mí si yo hiciera tal cosa?».

Más de una vez sintió fijos en él los ojos satíricos e inteligentes de Denny. Pero no le importaba. Idealista y apasionado, vinculaba a Christine con sus ambiciones, inconscientemente la convertía en un incentivo, en el gran salto a lo desconocido.

Reconocía para sus adentros que aún no sabía nada. Sin embargo, estaba aprendiendo a pensar por su cuenta, a mirar detrás de las apariencias en un esfuerzo por descubrir las verdaderas causas. Nunca se había sentido tan poderosamente atraído por el ideal científico. Anhelaba no convertirse nunca en un mercenario, en un profesional descuidado, no saltarse jamás pasos para llegar a conclusiones precipitadas, no llegar nunca a escribir: «La receta habitual». Necesitaba descubrir, ser científico, ser digno de Christine.

Frente a este ingenuo anhelo, le parecía deplorable que su trabajo pudiera tornarse uniforme y estúpido. Necesitaba escalar montañas. Sin embargo, en las semanas siguientes se vio frente a una serie de colinas insignificantes. Sus casos eran triviales, carentes por completo de interés, un vulgar alud de dislocaciones, dedos heridos y modestos resfriados. El colmo fue cuando lo llamó, tres kilómetros valle abajo, una anciana de rostro amarillento, quien, mirándolo por debajo de su gorro de franela, le pidió que le cortara los callos.

Se sentía molesto e impaciente por la falta de nuevos retos. Ansiaba el torbellino y la tempestad.

Comenzó a poner en entredicho su optimismo, a preguntarse si, en aquel apartado rincón del mundo, le era realmente posible a un médico ser algo más que un ganapán vulgar. Y entonces, cuando mayor era su pesimismo, se produjo un incidente que levantó, una vez más, hasta las nubes el mercurio de sus esperanzas.

Hacia el final de la última semana de junio, mientras caminaba hacia el puente de la estación, se encontró con el doctor Bramwell. El rey de las enfermedades pulmonares salía de la puerta lateral de la Posada del Ferrocarril, limpiándose furtivamente el labio superior con el dorso de la mano. Cuando Gladys partía, alegre y vestida de gala, a sus

enigmáticas expediciones de «compras» a Toniglan, él tenía la costumbre de regalarse libremente con unos tragos de cerveza.

Algo desconcertado, al verse sorprendido por Andrew, intentó salvar la situación con una mentira.

—¡Ah, Manson! Me alegro de verle. Acabo de atender una llamada de Pritchard.

Pritchard era el propietario de la Posada del Ferrocarril y Andrew lo había visto hacía cinco minutos sacando a su terrier a dar un paseo. Pero lo dejó pasar. Le tenía cariño al rey de las enfermedades pulmonares, cuyo altisonante lenguaje y heroicidad festiva eran compensados de manera muy humana por su timidez y los agujeros de sus calcetines, que Gladys olvidaba zurcir.

Mientras caminaban calle arriba, comenzaron a hablar de cosas de la profesión. Bramwell estaba siempre pronto a conversar de sus casos, y, con aire grave, le manifestó a Andrew que Emlyn Hughes, cuñado de Annie, estaba a su cuidado. Emlyn, decía, se había estado conduciendo últimamente de forma extraña. Tenía pérdidas de memoria, y se había vuelto pendenciero y violento.

—Me da mala espina, Manson —dijo pensativamente Bramwell—. He visto varios casos de trastorno mental. Y esto se le parece extraordinariamente.

Andrew manifestó interés por el caso. Siempre había tenido a Hughes por un sujeto agradable y pacífico. Recordó que Annie había dado muestras de hallarse inquieta últimamente y que, al interrogarla, él había inferido que se hallaba intranquila respecto a su cuñado. A pesar de su inclinación a los chismes, se mostraba reticente en lo concerniente a los asuntos de su familia. Cuando se separó de Bramwell, aventuró la esperanza de que el caso pudiera tomar un giro favorable dentro de poco.

Pero el viernes siguiente, a las seis de la mañana, fue despertado por unos golpes en la puerta. Era Annie, que, enteramente vestida y con los ojos enrojecidos, le tendió un sobre. Andrew lo abrió. Era un mensaje del doctor Bramwell.

«Venga al instante. Quiero que me ayude a certificar el caso de un loco peligroso».

Annie contenía las lágrimas.

—Es Emlyn, doctor. Ha ocurrido algo terrible.

Andrew se vistió en tres minutos. Acompañándolo calle abajo, Annie le refirió lo mejor que pudo lo de Emlyn. Llevaba tres semanas enfermo y comportándose de un modo extraño, pero aquella noche se había puesto fuera de sí y había acometido a su mujer con el cuchillo de cortar el pan. Olwen había salido corriendo a la calle en camión. El relato resultaba desolador, tal como Annie lo contaba, con palabras entrecortadas, mientras lo seguía apresuradamente a la suave luz de la mañana. A Andrew no se le ocurría nada para tranquilizarla. Llegaron a la casa de Hughes. En la habitación que daba a la calle, Andrew encontró al doctor Bramwell, sin afeitar, sin cuello ni corbata, sentado a la mesa con aire serio, pluma en mano. Tenía ante sí un formulario

de papel azul a medio rellenar.

—¡Ah, Manson, gracias por haber venido tan rápido! Un asunto desgraciado. Pero no le hará perder mucho tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Hughes se ha vuelto loco. Creo que hace una semana le manifesté que temía este desenlace. Bien. Tenía razón. Manía aguda. —Bramwell subrayaba las palabras con trágica grandeza—. Manía aguda homicida. Tendremos que enviarlo a Pontynnewdd, y eso requiere dos firmas en el certificado, la mía y la suya. Los parientes me pidieron que lo llamara a usted. Conoce el procedimiento, ¿no?

—Sí —asintió Andrew—. ¿Cuáles son sus fundamentos?

Carraspeando, Bramwell comenzó a leer lo que había escrito en el formulario. Era un relato completo, fluido, de algunas de las acciones de Hughes durante la semana anterior. Todas ellas proclamaban su trastorno mental. Al final, Bramwell levantó la cabeza.

—Evidencias muy claras, a mi juicio.

—Parece un caso muy grave —respondió lentamente Andrew—. Bien, lo examinaré un poco.

—Gracias, Manson. Me hallará aquí cuando haya terminado. —Y comenzó a añadir nuevos detalles a su extenso escrito.

Emlyn Hughes estaba en cama y, sentados a su lado —por si había que recurrir a la fuerza—, dos compañeros de la mina. De pie, frente al lecho, se hallaba Olwen, con el rostro, que normalmente era vivaz y alerta, demacrado y sollozante. Su expresión era de tal abatimiento, tan tensa y triste la atmósfera de la alcoba, que Andrew sintió un estremecimiento de frialdad, casi de miedo.

Se acercó a Emlyn, y al principio apenas lo conoció. Se trataba del mismo Emlyn, pero ahora alterado y embotado. Sus facciones habían perdido de manera misteriosa su perfil característico. Su rostro parecía hinchado. Todo su aspecto era pesado, apático. Andrew le habló. Emlyn musitó una respuesta ininteligible, y luego, apretando los puños, prorrumpió en una andanada de disparates agresivos que, sumados al relato de Bramwell, daban completa evidencia de la necesidad de su traslado.

Siguió un silencio. Andrew lamentaba tener que apoyar la decisión de Bramwell. Sin embargo, inexplicablemente, no estaba satisfecho. ¿Por qué, por qué hablaría así Hughes? Suponiendo que estuviera trastornado, ¿cuál era la causa? Había sido siempre un hombre feliz, satisfecho; no había tenido inquietudes, era despreocupado, amistoso. ¿Por qué, sin razón aparente, había llegado a esto?

Debía de haber una razón, pensaba Manson tercamente; los síntomas no se presentaban por sí solos. Mirando esas facciones hinchadas, cavilando en busca de alguna explicación, le palpó instintivamente la cara abotagada, advirtiéndole al hacerlo que la presión de su dedo no dejaba depresión alguna en su mejilla edematosa.

De pronto, eléctricamente, vibró una deducción en su cerebro. ¿Por qué la hinchazón no formaba hoyuelos a la presión? Porque —y le dio un vuelco el corazón con este hallazgo— no era un verdadero edema, sino un mixedema. ¡Eso era, sí, eso era! No, no, no debía precipitarse. Se refrenó a sí mismo con energía. No debía saltar locamente a las conclusiones. Debía obrar con prudencia, lentamente, estar seguro.

Inclinándose, alzó la mano de Emlyn. Sí, la piel estaba seca y áspera, y los dedos, ligeramente hinchados en sus extremos. La temperatura era baja. Concluyó metódicamente el examen reprimiendo cada nueva oleada de entusiasmo. Todos los signos encajaban con la precisión de las piezas de un complicado rompecabezas. La palabra torpe, la piel seca, los dedos hinchados, el rostro tumefacto y sin elasticidad, los fallos de memoria, su lentitud mental, los ataques de irritabilidad culminando en un estallido de violencia homicida... ¡Oh, el cuadro estaba completo! ¡Aquello era sublime!

Se levantó y fue al salón, donde el doctor Bramwell, de pie sobre el felpudo de la chimenea, de espaldas al fuego, le esperaba.

—Bien. ¿Conforme? La pluma está en la mesa.

—Mire, Bramwell... —Andrew mantuvo desviados los ojos, intentando evitar cualquier tono triunfal en su voz—. No creo que debamos certificar el caso de Hughes.

—¿Eh? ¿Qué? —Poco a poco la palidez abandonó el rostro de Bramwell. Luego exclamó, con ofendido asombro—: ¡Pero ese hombre ha perdido el juicio!

—No es ese mi punto de vista —respondió Andrew en un tono tranquilo, todavía reprimiendo su excitación, su entusiasmo. No era bastante con haber establecido el diagnóstico. Tenía que ser delicado con Bramwell, procurar no ofenderlo—. A mi modo de ver, Hughes está enfermo de la mente solo porque lo está del cuerpo. Creo que padece una deficiencia de la tiroides... Un caso claro y bien definido de mixedema...

Bramwell miró fijamente a Andrew. Ahora, en verdad, se hallaba confundido. Hizo varios esfuerzos por hablar, un rumor sordo, como de nieve que cae de un tejado.

—Después de todo —prosiguió persuasivamente Andrew, con sus ojos en el felpudo de la chimenea—, Pontynnewdd es un sitio abominable. Una vez que Hughes ingrese allí, no saldrá más. Y, si sale, llevará ese estigma durante toda su vida. ¿Y si primero intentáramos administrarle tiroides?

—Vaya, doctor —balbuceó Bramwell—, yo no veo...

—Piense en su prestigio —le interrumpió rápidamente Andrew—, en caso de que sane. ¿No cree que vale la pena? Llamaré a la señora Hughes. Está desolada porque cree que se lo van a llevar. Puede explicarle que vamos a intentar otro tratamiento.

Antes de que Bramwell pudiera protestar, Andrew salió de la habitación. Pocos minutos después, cuando regresó con la señora Hughes, el rey de las enfermedades pulmonares se había tranquilizado. De pie sobre el felpudo, le informó a Olwen, de la mejor manera que pudo, de que «todavía podía haber un rayo de esperanza», mientras

que, detrás de él, Andrew convertía el certificado en un ovillo y lo arrojaba al fuego. Enseguida salió a telefonar a Cardiff pidiendo tiroides.

Hubo un período de ansiedad trémula, varios días de expectación angustiosa, antes de que Hughes comenzara a responder al tratamiento. Pero, una vez hubo comenzado, la reacción fue mágica. Emlyn estuvo en pie al cabo de quince días y volvió al trabajo a los dos meses. Una tarde visitó el consultorio de Bryngower, flaco y activo, acompañado por la sonriente Olwen, para referirle a Andrew que nunca se había sentido tan bien en su vida. Olwen dijo:

—Todo se lo debemos a usted, doctor. Deseamos dejar a Bramwell por usted. Emlyn estaba en su lista antes de que nos casáramos. Es un tonto de remate. Hubiera enviado a mi Emlyn a... ya sabe adónde; si no hubiera sido por usted...

—Ustedes no pueden cambiar —respondió Andrew—. Todo se echaría a perder. —Abandonó su gravedad profesional y se entregó a un júbilo genuinamente juvenil—. Si lo intentan..., seré yo quien los ataque con el cuchillo del pan.

Al día siguiente, Bramwell pasó por allí y saludó alegremente a Andrew:

—¡Hola, Manson! Supongo que ya ha visto a Hughes. ¡Oh, ambos están muy agradecidos! Me siento orgulloso. Nunca había tenido un caso más interesante.

Annie le dijo a Andrew:

—Ese viejo Bramwell va pavoneándose por ahí como si fuese alguien. Y no sabe nada. Y su mujer, ¡bah! No puede ni conservar a sus sirvientas.

Y la señorita Page le advirtió:

—Doctor, no olvide que está trabajando para el doctor Page.

El comentario de Denny fue:

—Manson, usted está ahora demasiado engreído para que se le tolere y pronto será el mayor de los tontos. Muy pronto.

Pero Andrew fue corriendo a casa de Christine, embriagado con el triunfo del método científico, y reservó para ella lo que tenía que decir.

CAPÍTULO IX

En julio de ese año, la Conferencia Anual de la Unión Médica Británica se reunió en Cardiff. La Unión, a la cual debía pertenecer todo médico que se preciara de serlo, como se encargaba de recordarles el profesor Lamplough en sus charlas de final de curso, era famosa por sus conferencias anuales. Espléndidamente organizadas, ofrecían actividades deportivas, científicas y sociales a los miembros y a sus familias, a precios rebajados en los mejores hoteles, excursiones a cualquier abadía ruinosa de la vecindad, artísticos folletos recordatorios, prospectos de los principales fabricantes de instrumental quirúrgico y de drogas y rebajas en las termas más cercanas. El año anterior les habían sido enviadas generosamente a cada doctor y a su esposa, al final de la semana de reuniones, cajas de muestras gratuitas de bizcochos Non-Adipo.

Andrew no era miembro de la Unión, ya que la cuota de cinco guineas estaba todavía por encima de sus posibilidades, pero, a distancia, la miraba con algo de envidia. Su efecto fue que se sintiera aislado y desconectado en Drineffy. Las fotografías en los diarios locales de comisiones de médicos recibiendo alocuciones de bienvenida en un andén lleno de banderitas, o en el Penarth Golf Course, lanzando la pelota desde el *tee* de salida, o subiendo a bordo de un vaporcito para hacer una excursión a Weston-super-Mare, contribuían a intensificar su sentimiento de exclusión.

Pero hacia la mitad de la semana le llegó una carta con la dirección de un hotel de Cardiff, que le causó una sensación más agradable. Era de su amigo Freddie Hamson. Freddie, como podía esperarse, asistía a la conferencia y le pedía a Manson que acudiera a visitarlo. Lo esperaba el sábado a comer.

Andrew le mostró la carta a Christine, a quien había convertido en su confidente. Desde aquella noche, casi hacía dos meses, en que había cenado en casa de ella, se hallaba más enamorado que nunca. Ahora que podía verla con frecuencia y darse cuenta del evidente agrado que a ella le producían esos encuentros, se sentía más feliz que antes. Ella era una persona muy práctica, sencilla, desprovista de toda coquetería. A menudo él iba a visitarla en un estado de inquietud o irritación y se iba calmado y tranquilo. Tenía una manera sosegada de escuchar lo que él decía, haciendo enseguida algún comentario oportuno o divertido. Poseía un vivo sentido del humor. Y nunca lo lisonjeaba.

A veces, a pesar de la calma de Christine, discutían, pues ella poseía un criterio propio. Un día le dijo, con una sonrisa, que su espíritu polemista le venía de una abuela escocesa. Acaso su espíritu independiente provenía también de la misma fuente. Andrew sentía que ella poseía grandes valores, lo que lo conmovía y le hacía anhelar protegerla. Christine estaba realmente sola en el mundo, salvo una tía inválida que vivía en

Bridlington.

Cuando hacía buen tiempo, los sábados o los domingos por la tarde, daban largos paseos por el Pandy Road. Un día fueron a ver una película de Chaplin, *La quimera del oro*, y de nuevo a Toniglan, a propuesta de ella, a un concierto sinfónico. Pero lo que más le gustaba eran las tardes en que la señora Watkins iba a visitar a Christine, y él podía disfrutar de la intimidad de su compañía en el saloncito. Era entonces cuando tenían la mayoría de sus discusiones, presenciadas por la señora Watkins, que tejía plácidamente, resuelta a hacer durar la lana hasta el fin de la sesión, haciendo entre ellos de respetable conciliadora.

Ahora, con la visita a Cardiff en perspectiva, Andrew quería que lo acompañara. La escuela se cerraba por las vacaciones de verano, y ella iría a Bridlington a visitar a su tía. Él quería celebrarlo antes de que ella se despidiera.

Una vez que le hubo leído la carta, dijo impulsivamente:

—¿Vendrás conmigo? Está a solo una hora y media de tren. Conseguiré que Blodwen me deje libre el sábado por la tarde. Podríamos tratar de asistir a algún acto de la Conferencia. Y, en cualquier caso, me gustaría que conocieras a Hamson.

—Me encantaría ir —asintió ella.

Entusiasmado por la aceptación, no deseaba que la señorita Page pusiera obstáculos a su viaje. Antes de abordarla sobre la cuestión, colocó un visible letrero en la ventana del consultorio:

Cerrado el sábado por la tarde

Y se fue alegremente a su casa.

—¡Señorita Page! Según mi interpretación del Reglamento laboral de los médicos ayudantes, tengo derecho a medio día de descanso al año. Me gustaría que el mío fuera el sábado. Voy a Cardiff.

—Pues... —Se alargó al escuchar su petición, pensando que estaba demasiado lleno de sí mismo, engreído; pero, después de mirarlo con suspicacia, declaró a regañadientes —: ¡Oh, bien! Puede ir, supongo. —Una súbita idea cruzó por su mente. Se le iluminaron los ojos y se relamió los labios—. Espero que me traiga algunos pasteles de Parry. Creo que no hay nada más exquisito que los pasteles de Parry.

El sábado, a las cuatro y media, Christine y Andrew tomaban el tren para Cardiff. Él estaba optimista y locuaz, y saludó por sus nombres al mozo de cuerda y al taquillero. Con una sonrisa, miró a Christine, sentada en el asiento de enfrente. Ella vestía una blusa azul marino, una falda que acentuaba su habitual aire de corrección y unos zapatos negros muy brillantes. Sus ojos, como todo su aspecto, delataban la importancia que le asignaba al paseo. Resplandecían.

Al verla allí con él, le invadió una ola de ternura y deseo. Estaba muy bien, pensaba, esa camaradería que los unía. Pero deseaba más que eso. Deseaba tomarla en brazos, sentirla, tibia y anhelante, junto a sí.

Involuntariamente le dijo:

—Me sentiré perdido sin ti..., cuando te ausentes este verano.

Las mejillas de Christine se ruborizaron ligeramente. Miró a través de la ventanilla. Andrew preguntó impetuosamente:

—¿No debería haber dicho eso?

—En todo caso, me alegro de que lo hayas dicho —respondió ella, sin volver la cara.

Andrew estuvo a punto de decirle que la amaba, de preguntarle, a pesar de la ridícula inseguridad de su situación, si se casaría con él. Vio, con intuición lúcida, que esta era la única, la inevitable solución para ambos. Pero algo, un presentimiento de que no era el momento oportuno, lo refrenó. Decidió esperar al viaje de vuelta.

Entretanto prosiguió, casi sin aliento:

—Lo pasaremos bien. Hamson es un buen tipo, talentoso y alegre. Recuerdo que una vez —sus ojos se tornaron reminiscentes— hubo una fiesta de caridad en Dundee, a beneficio de los hospitales. En el Liceo estaban todas las estrellas y artistas de cierto mérito, ya sabes. Pues bien, Hamson subió al escenario, cantó, bailó y, ¡caray!, casi se viene el Liceo abajo.

—Parece más una estrella del mundo del teatro que un médico —dijo ella sonriendo.

—No temas. Estoy seguro de que Freddie te va a gustar.

El tren llegó a Cardiff a las seis y cuarto y ellos se dirigieron directamente al Palace Hotel. Hamson había prometido estar allí a las seis y media, pero no había llegado aún cuando ellos entraron en el vestíbulo.

Se entretuvieron observando la escena. El local estaba atestado de doctores con sus señoras, que conversaban, reían en medio de la mayor cordialidad y se cruzaban amistosas invitaciones:

—Doctor, usted y la señora Smith se sentarán junto a nosotros esta noche.

—¡Ah, doctor! ¿Qué me dice usted de estas entradas para el teatro?

Había un agitado ir y venir. Caballeros con insignias rojas en los ojales transitaban apresuradamente con aire de importancia por el pavimento de mosaico, llevando papeles en las manos. En la sala de enfrente, un empleado seguía pregonando monótonamente: «Sección de otología y laringología, por aquí». En un corredor que conducía al anexo había un cartel que anunciaba: «Exposición Médica». También había ramos de palmeras y una orquesta de cuerda.

—Un ambiente muy social, ¿no? —observó Andrew sintiendo que ellos estaban más bien aislados dentro de la hilaridad general—. Y Freddie se retrasa, como de costumbre. Echemos un vistazo a la exposición.

La recorrieron con interés. Pronto Andrew vio sus manos cargadas de elegante literatura. Mostró a Christine, con una sonrisa, una de las hojillas: *Doctor, ¿está vacío su consultorio? Podemos indicarle cómo llenarlo.* Había también diecinueve folletos, todos diferentes, que ofrecían los sedantes y analgésicos más nuevos.

—Parece que la última tendencia en medicina fuera el *doping* —observó, disgustado.

En el último puesto, antes de salir, un joven los abordó para mostrarles un aparatito resplandeciente, semejante a un reloj.

—Doctor, creo que le interesaría nuestro nuevo indexómetro. Tiene múltiples usos, está absolutamente al día, queda fantástico junto a la cama y solo vale dos guineas. Permítame, doctor. Por delante puede ver un índice de período de incubación. Una vuelta del disco y aparece el período de infección. Dentro... (abrir el dorso del estuche) hay un excelente índice de color de hemoglobina, y detrás, en forma de tabulador...

—Mi abuelo tenía uno igual —lo interrumpió secamente Andrew—, pero lo tiró.

Christine iba sonriendo mientras regresaban al vestíbulo.

—¡Pobre hombre! —observó—. Antes nadie se hubiera atrevido a reírse de su maravilloso medidor.

En ese momento vieron llegar a Freddie Hamson, saltando de su auto y traspasando la puerta del hotel, seguido de un chiquillo que le llevaba los palos de golf. Divisó al momento a Andrew y a Christine y se acercó a ellos con una amplia sonrisa.

—¡Hola! ¡Ya estáis aquí! Siento haberme retrasado. He tenido que jugar un desempate en la copa Lister. Nunca he visto a nadie con tanta suerte como ese tipo. Bien, me alegro de volver a verte, Andrew. ¡El mismo Manson de siempre! ¡Ah!, ¿por qué no te compras un sombrero nuevo, querido? —Palmeó afectuosa e íntimamente la espalda de Andrew, mientras su sonriente mirada incluía a Christine—. Preséntame, borrico. ¿Estás en la luna?

Se sentaron a una de las mesas redondas. Hamson decidió que deberían beber algo. Con un chasquido de los dedos hizo venir corriendo a un mozo. Enseguida, entre sorbos de jerez, les refirió el partido de golf que acababa de jugar, cómo él estaba a punto de ganar cuando su adversario comenzó a meter todos sus golpes en los hoyos.

De tez fresca, pelo rubio y bien peinado, traje de esmerado corte y gemelos de ópalo en sus puños sobresalientes, Freddie tenía un aspecto elegante, sin ser buen mozo —sus facciones eran muy ordinarias—, pero era, en cambio, de buen carácter e inteligente. Parecía, tal vez, algo engreído, pero, cuando se empeñaba, resultaba atractivo. Hacía amigos con facilidad, a pesar de lo cual, en la universidad, el doctor Muir, patólogo y clínico, se había dirigido a él, en presencia de toda la clase, en estos ásperos términos: «Usted no sabe nada, señor Hamson. Su cabeza de globo está llena de gas egoísta. Pero nunca suspende. Si logra triunfar en estos juegos de niños, conocidos aquí como exámenes, le pronostico un futuro brillante».

Fueron a cenar al Grill Room, ya que ninguno de ellos iba vestido de etiqueta, si bien Freddie les informó de que tendrían que ponerse frac más tarde. Había un baile, cosa muy desagradable, pero tenía que asistir a él.

Tras pedir con aire indiferente un menú del todo médico —caldo Pasteur, lenguado Madame Curie, *Tournedos á la Conférence Médicale*—, comenzó a recordar los antiguos días con intenso ardor.

—Nunca habría imaginado —dijo con un movimiento de cabeza— que Manson se enterraría en los valles de Gales del Sur.

—¿Cree usted que está completamente sepultado? —preguntó Christine, con una sonrisa más bien forzada. Hubo una pausa. Freddie inspeccionaba la atestada sala y le hacía gestos a Andrew.

—¿Qué piensas de la Conferencia?

—Supongo que es una manera útil de mantenerse al día —respondió Andrew dubitativamente.

—¡Al día, dices! No he asistido a una sola reunión en toda la semana. No, no, a mí lo que me importa son las relaciones, las personas que conoces aquí. No tienes idea de la gente influyente que he conocido esta semana. Por eso estoy aquí. Cuando regrese a la ciudad, los visitaré e iré a jugar al golf con ellos. Con el tiempo, eso significa negocio.

—No estoy del todo de acuerdo contigo, Freddie —dijo Manson.

—Es tan sencillo como tirar una piedra. Tengo un buen trabajo, pero ya he puesto mis ojos en un hermoso piso del West End, en el que quedaría muy bien una plaquita de bronce que dijera: «Freddie Hamson, M. B.». Cuando esto sea una realidad, mis compañeros me enviarán enfermos. Ya sabes, reciprocidad. Tú me rascas la espalda y luego te la rasco yo a ti. —Freddie paladeó un lento sorbo de vino del Rin y prosiguió—: Y también están los colegas de las zonas suburbanas. A veces pueden enviarnos clientes. Vamos, que dentro de un año o dos tú me estarás enviando enfermos a la ciudad desde tu atrasado Drin... o como se llame.

Christine miró a Hamson, hizo como si fuera a hablar, y luego se reprimió. Mantuvo los ojos fijos en el plato.

—Y ahora háblame de ti, viejo Manson —dijo Freddie, sonriendo—. ¿Qué te ha ocurrido durante este tiempo?

—¡Oh!, nada fuera de lo corriente. Atiendo en un consultorio de madera treinta visitas diarias por término medio..., en su mayor parte, mineros con sus familias.

—Eso no me parece tan bien. —Freddie movió de nuevo la cabeza compasivamente.

—A mí me gusta —dijo suave pero firmemente Andrew.

Christine intervino:

—Y realiza un buen trabajo.

—Sí, hace poco tuve un caso muy interesante —manifestó Andrew con aire

meditativo—. De hecho, he enviado un artículo sobre el mismo al *Journal*.

Hizo un resumen del caso de Emlyn Hughes. Aunque Freddie aparentaba escuchar con gran interés, sus ojos seguían vagando en torno del salón.

—Magnífico —comentó cuando Andrew hubo terminado—. Creía que solo en Suiza o en esos sitios se producían paperas. En todo caso, supongo que se te habrá recompensado. Y eso me recuerda otra cosa. Un compañero me decía hoy que la mejor manera de abordar el asunto de los honorarios... —Se puso de nuevo a disertar sobre un plan que alguien le había contado para el pago al contado de los honorarios. Llegaron al final de la cena antes de que él terminara su disertación. Se levantó tirando la servilleta.

—Tomemos fuera el café. Terminaremos nuestra charla en el vestíbulo.

A las diez menos cuarto, terminado su puro y agotado por el momento su repertorio de historias, Freddie bostezó ligeramente y consultó su reloj de pulsera de platino.

Christine, que estaba frente a él, miró a Andrew vivamente, se incorporó y dijo:

—¿No es casi la hora de nuestro tren?

Manson estaba a punto de protestar diciendo que aún faltaba media hora, cuando Freddie dijo:

—Y pensar que tengo que asistir a ese maldito baile... No puedo dejar el grupo con el que estoy ahora.

Los acompañó hasta la puerta giratoria y se despidió de Christine y de Andrew prolongada y afectuosamente.

—Bien, querido —murmuró con un apretón de manos final y el familiar golpe en la espalda—. Cuando ponga la plaquita en el West End, no olvidaré enviarte una tarjeta.

Fuera, en el aire tibio de la noche, Andrew y Christine caminaron a lo largo del silencioso Park Street. Andrew tenía la vaga sensación de que la reunión con su amigo no había sido como él la había imaginado; al menos había estado muy por debajo de lo imaginado por Christine. Esperó a que hablara ella, pero no lo hacía. Por fin dijo con recelo:

—Ha debido de resultarte pesado escuchar todas esas viejas historias de hospital.

—No —respondió—. En absoluto.

Hubo una pausa. Andrew interrogó:

—¿No te ha caído bien Hamson?

—No mucho. —Ella se volvió, abandonando su compostura, mientras sus ojos centelleaban de sincera indignación—. Verlo ahí toda la tarde, con su pelo brillante y su sonrisa afectada, tratándote como a un inferior...

—¿Tratándome como a un inferior? —repitió Andrew, sorprendido.

Ella asintió cálidamente:

—Era intolerable. Esa historia del plan de su amigo sobre la mejor manera de abordar el asunto de los honorarios... precisamente cuando acababas de referirle tu maravilloso

caso. ¡Y, además, diciendo que eran paperas! Hasta yo sé que no podían ser paperas. Y lo de que le enviaras enfermos... —se le arqueó el labio— fue sencillamente grosero. —Concluyó con altivez—: ¡Oh, era insoportable el modo en que se ponía por encima de ti!

—No creo que se haya puesto por encima de mí —arguyó Andrew, desconcertado. Se detuvo—. Admito que parecía muy orgulloso de sí mismo. Pero puede que sea un simple recurso. Tiene muy buen carácter. Éramos grandes amigos en la universidad. Hacíamos trabajos juntos.

—Probablemente te halló útil para él —dijo Christine con inusitada amargura—. Consiguió que lo ayudaras en esos trabajos.

Andrew protestó:

—Vamos, no seas mal pensada, Christine.

—¿Qué? —exclamó ella. Se le saltaron las lágrimas por la ofensa recibida—. Debes de ser ciego para no ver la clase de persona que es tu amigo. Ha echado a perder nuestro paseo. Fue delicioso hasta que llegó él y se puso a hablar de sí mismo. ¡Y pensar que había un concierto maravilloso en el Victoria Hall! Pero nos lo hemos perdido, y ya es demasiado tarde para hacer nada. Él, sin embargo, llegará a tiempo a su estúpido baile.

Se encaminaron lentamente hacia la estación, que quedaba algo lejos. Era la primera vez que había visto enojada a Christine. Y él también estaba irritado..., irritado consigo mismo, con Hamson y con Christine.

Sin embargo, ella tenía razón al decir que la tarde no había sido un éxito. Ahora, al observar secretamente su pálido rostro contraído, sintió que había sido un espantoso fracaso.

Entraron en la estación. De pronto, mientras se abrían paso hasta el andén superior, Andrew divisó a dos personas al otro lado. Los reconoció al instante: la señora Bramwell y el doctor Gabell. En ese momento llegó un tren que iba a la costa de Porthcawl, y Gabell y la señora Bramwell subieron a él sonriéndose mutuamente. Sonó el silbato, y el tren partió.

Andrew experimentó una repentina sensación de angustia. Miró a Christine, esperando que no los hubiera visto. Esa misma mañana se había encontrado con Bramwell, quien, comentando la hermosura del día, se había restregado las manos satisfecho, manifestando que su esposa iría a pasar el fin de semana con su madre en Shrewsbury.

Andrew permaneció cabizbajo y en silencio. Estaba tan enamorado, que la escena que acababa de presenciar le afectaba como un dolor físico. Se sentía ligeramente mareado. Solo faltaba ese remate para completar el día. Su humor había cambiado. Una sombra había caído sobre su alegría. Ansiaba con toda su alma tener una conversación larga y tranquila con Christine, abrirle su corazón, desvanecer esa estúpida e insignificante falta de inteligencia producida entre ellos. Ansiaba, sobre todo, estar solo

con ella, pero tuvieron que contentarse con un compartimento lleno de mineros que discutían en voz alta sobre un partido de fútbol.

Era tarde cuando llegaron a Drineffy, y Christine parecía muy cansada. Él estaba convencido de que ella había visto a la señora Bramwell y a Gabell, pero no parecía el momento de sacar el tema. No podía hacer otra cosa que acompañarla a la casa de la señora Herbert y darle tristemente las buenas noches.

CAPÍTULO X

Aunque era cerca de medianoche cuando Andrew llegó a Biygower, encontró a Joe Morgan recorriendo a pasos cortos el espacio entre el cerrado consultorio y la puerta de la casa. Al verlo, la cara del robusto perforador expresó alivio.

—¡Ah, doctor, me alegro de verlo! Llevo esperándolo una hora. Mi mujer le necesita.

Andrew, bruscamente apartado de la consideración de sus propios asuntos, le dijo que esperara. Entró en la casa en busca de su maletín y enseguida partieron ambos al número 12 de Blaina Terrace. El aire de la noche era frío y henchido de misterio. Tan despejado habitualmente, Andrew se sentía embotado y torpe. No podía imaginar que esa llamada nocturna resultaría a la postre extraordinaria, y menos todavía que influyera en su futuro en Drineffy. Ambos hombres caminaron en silencio hasta la puerta del número 12, donde Joe se detuvo.

—Yo no entraré —dijo. Su voz revelaba signos de tensión—. Pero estoy convencido, doctor, de que nos prestará un gran servicio.

Dentro, una angosta escalera conducía a un pequeño dormitorio, limpio aunque pobremente amueblado y solo alumbrado por una lámpara de aceite. La madre de la señora Morgan, una mujer alta, de cabello gris, de unos setenta años, y la robusta comadrona, de edad madura, esperaban junto a la paciente, observando la expresión de Andrew mientras se movía por la habitación.

—Déjeme prepararle una taza de té, doctor —dijo la señora Morgan al cabo de unos instantes.

Andrew sonrió débilmente. Vio que la anciana, de gran experiencia, comprendía que debería haber un período de espera, y que temía que él abandonara a la enferma, diciendo que volvería más tarde.

—No tema, señora, no me iré.

Abajo, en la cocina, bebió el té que se le ofreció. Cansado como estaba, sabía que no podría dormir ni una hora si se iba a casa. Sabía también que el caso exigiría toda su atención. Cayó sobre él un intenso letargo, y decidió quedarse hasta que todo hubiera terminado.

Una hora después volvió a subir; observó los progresos operados y se acomodó de nuevo junto al fuego de la cocina. La quietud era total. Solo se escuchaba el chisporroteo del carbón y el lento tic-tac del reloj de pared. No, había otro sonido..., el ruido de las pisadas de Morgan que se paseaba en la calle. Frente a él, la anciana vestida de negro estaba sentada, inmóvil, con los ojos vivos y alerta, escrutando la cara de Andrew incesantemente.

Los pensamientos de este eran densos, confusos. El episodio que había presenciado

en la estación de Cardiff todavía le obsesionaba morbosamente. Pensaba en Bramwell, consagrado por entero a una mujer que lo engañaba; en Denny, que vivía infelizmente, separado de su mujer. Su corazón le decía que todos esos matrimonios eran espantosos fracasos. Esa conclusión, en su situación actual, lo hizo estremecerse. Deseaba considerar el matrimonio como un estado idílico; sí, no podía considerarlo de otra manera con la imagen de Christine ante su vista. Los ojos de Christine, fijos en él, no admitían otra conclusión. Era el conflicto entre su mente equilibrada, dubitativa, y su corazón apasionado lo que le confundía y entristecía. Dejó caer el mentón sobre el pecho, extendió las piernas y miró pensativamente el fuego.

Permaneció así tanto tiempo, y sus pensamientos estaban tan henchidos de Christine, que sintió una sacudida cuando la anciana le habló de pronto. Las reflexiones de ella habían seguido un curso diferente.

—Suzanne dijo que no le administraran cloroformo, si eso dañaba a la criatura. Está muy preocupada por este bebé. —Sus fatigados ojos se iluminaron con un pensamiento súbito. Añadió en voz baja—: Todos lo estamos, me imagino.

Andrew se recobró con un esfuerzo.

—El anestésico no le hará ningún daño —dijo Andrew bondadosamente.

En ese momento se oyó la voz de la comadrona, que llamaba desde el rellano superior. Andrew miró el reloj, que ahora señalaba las tres y media. Se levantó, subió al dormitorio y vio que ya podía comenzar su trabajo.

Pasó una hora. Fue una lucha prolongada y dura. Luego, mientras los primeros albores del día se colaban por entre las roturas de la persiana, nacía el niño, sin vida.

Al mirar el cuerpecito inmóvil, Andrew se estremeció de horror. ¡Con la confianza que habían depositado en él! Su rostro, congestionado por el esfuerzo, se le heló. Dudó entre su deseo de intentar volver a la vida a la criatura, y su obligación con la madre, que se hallaba en un estado de desesperación. El dilema era tal y tan apremiante que no lo resolvió de forma racional. Ciega e instintivamente, entregó la criatura a la comadrona y volvió su atención a Suzanne Morgan, que yacía desvanecida, de costado, casi sin pulso, sin volver todavía del éter. La prisa de Andrew era desesperada, una carrera frenética con las fuerzas de la enferma, que sucumbían. Solo tardó un instante en romper la ampolla e inyectar una dosis de pituitrina. Enseguida dejó la jeringa y trabajó con empeño para reponer a la desmayada mujer. Después de algunos minutos de esfuerzo febril, vio que se le robustecía el corazón y que podía dejarla sin peligro. Buscó en torno a él, en mangas de camisa, con el pelo adherido a su frente empañada.

—¿Dónde está el niño?

La comadrona hizo un gesto de espanto. Lo había dejado debajo de la cama.

Andrew se arrodilló. Hurgando entre los diarios empapados, sacó al niño de debajo de la cama. Un varoncito, perfectamente formado. El cuerpo débil y tibio estaba blanco y

blando como la grasa. El cordón umbilical, cortado apresuradamente, parecía un tallo quebrado. La piel era suave y tierna. La cabecita se doblaba sobre el delgado cuello. Las extremidades parecían no tener huesos.

Todavía de rodillas, Andrew miró al niño con expresión de espanto. Aquella palidez significaba una sola cosa: asfixia. Su mente, en extraordinaria tensión, recordó un caso que había presenciado en la Samaritana y el tratamiento que se había empleado. En un instante estuvo de pie.

—Traígame agua fría y agua caliente —le gritó a la comadrona—. Y unas palanganas. ¡Rápido, rápido!

—Pero, doctor... —balbuceó esta, fijos los ojos en el pálido cuerpo del niño.

—¡Haga lo que le digo! —gritó él.

Tomando rápidamente un pañal, colocó sobre él al niño y comenzó a practicarle aquel método especial de respiración artificial. Llegaron las palanganas, el jarro, la tetera grande de barro. Echó precipitadamente agua fría en una, y en la otra, agua tan caliente como su mano podía soportar. Enseguida, como un prestidigitador, comenzó a meter al niño alternativamente en cada uno de los recipientes.

Pasaron quince minutos. El sudor le caía sobre los ojos, impidiéndole ver. Una de sus mangas colgaba chorreando. Respiraba jadeante. Pero en el flácido cuerpo del niño no había el menor síntoma de aliento.

Le oprimió un desesperado sentimiento de derrota, de rabiosa desesperanza. Sentía a la matrona observándole consternada, mientras que más allá, apoyada contra la pared, donde había permanecido todo el tiempo, con la mano presionando su cuello, muda, los ojos fijos en él, estaba la anciana. Andrew pensó en el anhelo de aquella mujer, y en el de su hija, por aquel niño. Todo fracasaba, era inútil, sin remedio.

El suelo estaba convertido en una inmundicia. Resbalando sobre una toalla empapada, a Andrew casi se le cae el niño, que se hallaba mojado y resbaladizo en sus manos, como un extraño pez blanco.

—Es inútil, doctor —lloriqueó la comadrona—. Ha nacido muerto.

Andrew no le hizo caso. Derrotado, desesperado, habiendo trabajado en vano media hora, insistió en un último esfuerzo. Frotó al niño con una toalla áspera, oprimiendo y soltando el pechito con las dos manos, procurando infundir aliento al débil cuerpo.

Y entonces, como un milagro, el pecho que oprimían sus manos exhaló un pequeño aliento convulsivo. Otro. Y otro. Andrew se quedó atónito. El sentimiento de vida que brotaba bajo sus dedos después de aquel terrible esfuerzo, aparentemente inútil, era tan delicioso que casi lo hizo desvanecer. Redobló febrilmente sus esfuerzos. La criatura respiraba más profundamente ahora. Una burbuja de mucus salió de una de las ventanillas de la nariz, una burbuja irisada. Las extremidades ya no estaban sin hueso; la cabeza ya no colgaba. La piel alba se tornaba poco a poco rosada. Después,

deliciosamente, llegó el lloriqueo del niño.

—Dios del cielo —suspiró la comadrona histéricamente—. Ha vuelto..., está vivo.

Andrew le entregó el niño. Se sentía débil y agotado. En torno a él, la habitación estaba en completo desorden: sábanas, toallas, palanganas, instrumentos sucios, la jeringa hipodérmica clavada en el linóleo, el jarro volcado, la tetera, a su lado, en un charco de agua. Sobre la revuelta cama, la madre dormía aún plácidamente el sueño del anestésico. La anciana todavía permanecía de pie, apoyada contra la pared. Pero sus manos estaban juntas y sus labios se movían sin emitir sonido alguno. Rezaba.

Mecánicamente, Andrew se bajó las mangas y se puso la chaqueta.

—Vendré luego a buscar mi maleta, comadrona.

Bajó al fregadero, pasando por la cocina. Sus labios estaban secos. Bebió un largo sorbo de agua. Buscó su abrigo y el sombrero.

Fuera encontró a Joe, con cara de expectación.

—Ambos están bien, Joe —le dijo.

Había aclarado mucho. Eran cerca de las cinco. En la calle había ya unos pocos mineros; el primer turno de la noche, que salía. Mientras Andrew caminaba junto a ellos, cansado y lento, haciendo resonar sus pisadas, cuyo eco se mezclaba con las de los mineros, bajo el cielo matinal, seguía pensando ciegamente, olvidado de todo lo demás que había realizado en Drineffy:

«He hecho algo, ¡oh, Dios!, al fin he hecho algo efectivo».

CAPÍTULO XI

Después de afeitarse y bañarse (gracias a Annie, siempre había abundante agua caliente en la cuba), se sintió menos cansado. Pero la señorita Page, viendo que no había ocupado su cama, se mostró fríamente irónica a la hora del desayuno, tanto más cuanto que él recibía en silencio sus pullas.

—¡Ah! Parece algo decaído esta mañana, doctor. ¡Y vaya ojeras! No ha regresado hasta esta mañana, ¿no? ¡Y se olvidó también de mis pasteles de Parry! Ha estado de juerga, ¿eh? ¡Ah, usted no puede engañarme! Parecería demasiado bueno para que fuera cierto. Ustedes, los ayudantes, son todos iguales. Nunca he conocido a uno que no bebiera o hiciera de las suyas.

Después de las consultas matutinas y de su gira antes de las doce, Andrew volvió a ver a su enferma. Acababan de dar precisamente las doce y media cuando dobló por Blaina Terrace. Había grupitos de mujeres que conversaban en las puertas de sus casas, y cuando él pasaba dejaban de hablar para sonreírle y darle un amistoso «buenos días». Al acercarse al número 12 le pareció divisar un rostro en la ventana. Y así era. Lo estaban esperando. En el momento en que puso los pies en el umbral, recientemente revestido de arcilla roja, la puerta se abrió y la anciana, con una sonrisa radiante en su rostro increíblemente arrugado, le hizo un cariñoso recibimiento.

Ansiaba tanto cumplimentarle que apenas podía hilvanar frases. Le pidió que pasara a la sala a tomar algún refresco. Cuando él rehusó, dijo agitadamente:

—Muy bien, doctor, como quiera. Quizá tenga tiempo, antes de irse, de servirse un traguito de vino de saúco y un poco de torta casera. —Mientras subía la escalera, le daba cariñosas palmadas con sus trémulas manos.

Entró en la alcoba. La habitación, que poco antes parecía una carnicería, había sido barrida y lustrada hasta quedar brillante. Todo su instrumental, colocado en perfecto orden, relucía sobre el tocador de pino barnizado. Su maletín había sido cuidadosamente lustrado con grasa de ganso, y las pinzas pulidas con crema para metales de tal modo que parecían de plata. La cama había sido rehecha con ropa limpia y en ella estaba la madre, que lo miraba silenciosamente feliz, con su rostro maduro, mientras el bebé mamaba tranquilo y tibio, pegado a su repleto seno.

—¡Ah! —La vigorosa comadrona se levantó de su asiento al lado de la cama, esbozando una sonrisa—. Ambos parece que están bien. Ellos no saben qué angustia hemos pasado.

Humedeciendo los labios, con su mirada cálidamente inarticulada, Susana Morgan tartamudeó palabras de gratitud.

—¡Ya puedes estar agradecida! —dijo la comadrona, aprovechando la situación—. Y

no lo olvides, mi hijita, eres muy mayor para tener hijos. Desde luego, esta ha sido tu última ocasión.

—Ya lo sabemos, señora Jones —interrumpió la anciana—. Y sabemos que se lo debemos todo al doctor.

—¿No ha ido a verlo aún mi Joe, doctor? —preguntó tímidamente la madre—. ¿No? Bien, irá, no lo dude. Está loco de alegría. No hace más que decir que lo único que nos faltará cuando estemos en Sudáfrica será usted, doctor, para atendernos.

Después de partir, convenientemente fortificado con la torta de semillas aromáticas y el vino de saúco casero —habría destrozado el corazón de la anciana si hubiera rehusado beber a la salud de su nieto—, Andrew prosiguió su ronda, con un calor extraño en su corazón. «No me habrían tratado mejor —pensaba orgulosamente— si yo hubiera sido el rey de Inglaterra». Este caso se había convertido en cierta manera en el antídoto de Cardiff. Algo había que decir en favor del matrimonio y de la vida en familia, cuando traía una felicidad tal como la que llenaba el hogar de Morgan.

Quince días después, tras realizar su última visita a la casa del número 12, Joe Morgan fue a visitarlo. Su actitud era solemne. Después de luchar mucho tiempo con las palabras, dijo repentinamente:

—¡Al diablo con todo, doctor! Yo no estoy acostumbrado a hacer frases. El dinero no puede pagar lo que usted ha hecho por nosotros, pero mi señora y yo queremos hacerle este pequeño obsequio.

Impulsivamente, le alargó un papel a Andrew. Era un cheque de cinco guineas extendido por la Building Society. Manson miró el cheque. Los Morgan no eran pobres, pero estaban lejos de ser ricos. Esta suma, la víspera de su partida, teniendo que afrontar los gastos del viaje, debía de representar un gran sacrificio. Andrew dijo, conmovido:

—No puedo aceptarlo, Joe.

—¡Debe aceptarlo! —dijo con grave insistencia, mientras su mano apretaba la de Andrew—, o mi mujer y yo nos sentiremos mortalmente ofendidos. Es un presente para usted, no para el doctor Page. Durante años y años él ha recibido mi dinero, y nunca, sino una vez, lo hemos molestado. Él ya está bien pagado. Este es un obsequio para usted, doctor. ¿Comprende?

—Sí, comprendo, Joe —asintió sonriendo Andrew.

Dobló el cheque, lo guardó en el bolsillo del chaleco y lo olvidó por unos días. El martes siguiente, al pasar por el banco, se detuvo, reflexionó un instante y entró. Como la señorita Page le pagaba siempre en billetes, que él remitía por carta certificada a las oficinas de la Dotación, nunca había tenido tratos con el banco. Pero ahora, con una respetable suma de su propio trabajo, decidió abrir una cuenta con el obsequio de Joe.

Endosó el cheque en la ventanilla, rellenó algunos formularios y los pasó al joven cajero, con una sonrisa:

—No es mucho, pero es un comienzo.

Entretanto, se percató de que Aneurin Rees lo observaba a distancia. Al volverse para partir, el administrador de cabeza larga se acercó al mostrador, con el cheque en las manos. Se lo acababa de entregar el cajero. Lo alisó suavemente y miró a los lados a través de sus anteojos.

—Buenas tardes, doctor Manson. ¿Cómo está usted? —Pausa. Aspiró aire a través de sus dientes amarillos—. ¿Eh? ¿Desea usted ingresar este pago en su nueva cuenta?

—Sí —respondió Manson, algo sorprendido—. ¿Es una suma demasiado pequeña para comenzar?

—¡Oh, no, no, doctor! No se trata de la cantidad. Cualquier ingreso es bueno. — Rees vaciló, mirando el cheque y levantando luego sus ojillos suspicaces al rostro de Andrew—. Quiero decir... ¿desea ingresarlo a su nombre?

—Por supuesto.

—Muy bien, muy bien, doctor. —Su expresión se resolvió súbitamente en una insípida sonrisa—. Me ha sorprendido... y quería asegurarme. ¡Qué tiempo tan bueno para esta estación del año! Hasta luego, doctor Manson, hasta luego.

Manson salió intrigado del banco, preguntándose qué maquinaba en su cabeza aquel diablo calvo y servil. Pasaron unos días antes de que hallara respuesta a su pregunta.

CAPÍTULO XII

Christine había partido de vacaciones hacía más de una semana. Andrew había estado tan absorto en el caso Morgan que no había logrado verla más que unos pocos momentos, en el instante de su partida. Prácticamente no habían hablado, y ahora que se hallaba ausente la echaba de menos con todo su corazón.

El verano fue excepcionalmente desagradable en Drineffy. Los verdes vestigios de la primavera se habían marchitado hacía tiempo, convirtiéndose en un sucio amarillo. Las montañas caldeaban la atmósfera, y cuando las detonaciones diarias de las minas o las canteras estallaban en el aire, inmóvil y pesado, parecían envolver el valle en una cúpula sonora. Los hombres salían de la mina con el polvo mineral como herrumbre en sus rostros. Los niños jugaban despreocupadamente. El viejo Thomas, el cochero, estaba con ictericia, y Andrew se veía obligado a efectuar sus visitas a pie. Mientras caminaba pesadamente por las abrasadas calles, pensaba en Christine. ¿Qué estaría haciendo? ¿Se acordaría de él? ¿Y qué pensaría del futuro, de sus esperanzas de felicidad en común?

Un día recibió un recado de Watkins pidiéndole que fuera a las oficinas de la Compañía.

El administrador de la mina lo recibió amablemente, le invitó a sentarse y dejó sobre el escritorio el paquete de cigarrillos.

—Mire, doctor —dijo en un tono amistoso—. Llevo un tiempo queriendo hablar con usted... y es mejor que lo hagamos antes de que realice mi liquidación anual.

Se detuvo para quitarse de la lengua una hebra de tabaco amarillo.

—Ha venido a verme un grupo de hombres, encabezados por Emlyn Hughes y Edward Williams, y me han pedido que lo incluya a usted en la lista de la Compañía.

Andrew se enderezó en la silla, invadido por una ola de satisfacción, de excitación.

—¿Quiere usted decir... hacerme cargo del trabajo del doctor Page?

—No, no exactamente, doctor —dijo Watkins lentamente—. Usted sabe que la situación es complicada. No puedo eliminar de la lista al doctor Page, pues hay un número de mis hombres a quienes no les gustaría eso. Lo que yo pretendo, en beneficio de usted mismo, es incluirlo en la lista de la Compañía: entonces aquellos que deseen cambiarse del doctor Page a usted podrán hacerlo.

La ansiedad se desvaneció de la expresión de Andrew. Frunció el ceño, con su cuerpo en tensión.

—Como usted comprenderá, yo no puedo hacer eso. Llegué aquí como ayudante de Page. Si me convierto en su rival... No, ningún médico podría hacer eso.

—No hay otro camino.

—¿Por qué no me deja hacerme cargo del consultorio? —dijo Andrew rápidamente

—. Con gusto pagaría por ello algo de lo que ganara... Esta sería otra solución.

Watkins meneó la cabeza bruscamente.

—Blodwen no lo permitiría. Ya se lo he propuesto alguna vez. Ella se sabe en una posición fuerte. Casi todos los hombres de edad de aquí, como Enoch Davies, por ejemplo, están de parte de Page. Creen que se repondrá. Me montarían una huelga si tan solo intentara trasladarlo. —Se detuvo—. Piénselo hasta mañana, doctor. Pronto enviaré la nueva lista a la oficina principal de Swansea. Una vez despachada, no podremos hacer nada hasta dentro de otros doce meses.

Andrew miró un instante al suelo y luego hizo lentamente un ademán negativo. Sus esperanzas, tan altas hacía un momento, se venían enteramente al suelo.

—No necesito pensarlo. No podría hacerlo.

Le costó una amarga angustia llegar a esta decisión y mantenerla frente a Watkins, que era parcial en favor de él. Sin embargo, no había modo de eludir el hecho de que él estaba allí en calidad de ayudante del doctor Page. Alzarse contra su superior, aun en las circunstancias especiales del caso, era algo que no podía ni pensar. Suponiendo que Page, por una casualidad, volviera al ejercicio de su profesión..., ¿cómo quedaría él, disputándole sus pacientes! No. No podía, y no aceptaría.

Sin embargo, durante el resto del día estuvo abatido. Por la calma imperturbable de Blodwen, comprendía que se hallaba en una situación insoluble, y deseaba que no le hubiera sido hecha la proposición. Al atardecer, cerca de las ocho, fue a visitar a Denny. No lo había visto desde hacía algún tiempo, y sentía que una conversación con él, acaso la confirmación de que había actuado correctamente, le haría bien.

Llegó a casa de Philip alrededor de las ocho y media y, como acostumbraba ahora, entró sin llamar, y lo encontró recostado en el sofá del salón, medio en penumbra. Manson pensó que debía de estar fatigado después de un duro día de trabajo. Pero Philip no había trabajado ese día. Allí estaba, respirando pesadamente, con un brazo cruzado sobre el rostro. Ebrio como una cuba.

Andrew se volvió y vio a la patrona, que lo observaba de soslayo, con ojos inquietos, temerosa.

—Le he oído entrar, doctor. Lleva así todo el día. No ha comido nada. No puedo hacer nada por él.

Andrew no sabía qué decir. Miraba el rostro inconsciente de Philip, recordando aquella primera observación cínica proferida en el consultorio la noche de su llegada.

—Han pasado diez meses desde su última borrachera —prosiguió la patrona—. En todo ese tiempo no ha probado ni gota. Pero, cuando comienza, no se detiene. Es terrible, estando el doctor Nicholls ausente. Tal vez debería telegrafiarle.

—Llame a Tom —dijo por fin Andrew—. Lo llevaremos a la cama.

Ayudado por el hijo de la patrona, un joven minero que no parecía tomarse muy en

serio la cosa, desvistieron a Philip, le pusieron el pijama y lo llevaron inerte como un saco a su dormitorio.

—Lo principal es que no pruebe ni una gota más. Enciérrelo con llave, si es necesario.

Mientras descendían a la sala, Andrew dijo:

—Y ahora deme la lista de las llamadas de hoy.

De la pizarra de colegial que colgaba de la pared del vestíbulo copió la lista de las visitas que Philip debía haber hecho ese día. Salió. Apresurándose, logró hacer la mayor parte antes de las once.

A la mañana siguiente, después de la consulta, volvió a la pensión. La patrona salió a su encuentro, frotándose las manos.

—No sé de dónde ha sacado la bebida. No es culpa mía, he hecho lo que he podido.

Philip estaba más borracho que el día anterior, insensible a todo. Tras intentar espabilarlo con fuertes sacudidas y un café cargado, que al final acabó derramado por toda la cama, Andrew volvió a tomar la lista de las llamadas. Maldiciendo el calor, las moscas, la ictericia de Thomas y a Denny, volvió a efectuar un trabajo doble ese día.

A la caída de la tarde regresó, rendido de cansancio, rabiosamente resuelto a despejar a Denny. Esta vez le encontró sentado a horcajadas en una silla, en pijama, todavía ebrio, dirigiendo un largo discurso a Tom y a la señora Seager. Al ver entrar a Andrew, Denny le dirigió una mirada despectiva y burlona. Habló pesadamente:

—¡Ah, el buen samaritano! Así que me ha reemplazado en mis visitas... Un gesto inmensamente noble. Pero ¿por qué lo hace? ¿Por qué ese demonio de Nicholls ha tenido que irse, dejándonos todo el trabajo?

—No lo sé. —La paciencia de Andrew se estaba acabando—. Lo único que sé es que sería mejor que usted hiciera su parte.

—Yo soy cirujano, no médico de cabecera. ¿Qué significa eso de Medicina General? ¿Se lo ha preguntado usted alguna vez? ¿No? Yo se lo diré. Es el último y más típico anacronismo, el peor y más estúpido sistema creado jamás por Dios. ¡El estimado médico de cabecera! Así son las gentes de este país... ¡Ja, ja, ja! —Rio irónicamente—. Ellos lo crearon. Lo aman, lloran por él. —Se ladeó en el asiento y largó otro sermón, áspero y amargo—. ¿Qué puede hacer el pobre diablo acerca de eso? ¡El médico de cabecera, el apreciado curandero hombre orquesta! Tal vez han pasado veinte años desde que obtuvo su título. ¿Cómo puede saber medicina, obstetricia, bacteriología y todos los progresos científicos modernos? Por no hablar de la cirugía... ¡Oh, sí! No olviden la cirugía. De cuando en cuando intenta una pequeña operación en un hospital sin personal adecuado. ¡Ja, ja! —Nuevamente la ironía—. Ved la mastoiditis. Dos horas y media de reloj. Cuando encuentra pus, es un salvador de la humanidad. Cuando no, entierran al paciente. —Alzó la voz; estaba rabioso, ebriamente rabioso—. ¡Mándelo

todo al diablo, Manson! Llevamos así cientos de años. No quieren cambiar jamás el sistema. ¿Para qué sirve? ¿Para qué?, les pregunto a ustedes. Denme otro whisky. Todos estamos locos. Y yo, además, borracho.

Hubo un silencio, y luego, reprimiendo su irritación, le dijo Andrew:

—Debería volver a la cama. Venga, le ayudaremos.

—Déjenme solo —replicó tercamente—. No use conmigo esos malditos modales de médico junto al lecho del enfermo. Yo los he utilizado mucho en mis tiempos. Los conozco demasiado. —Se levantó bruscamente, tambaleándose, y, agarrando a la señora Seager por el hombro, la arrojó a la silla. Luego, vacilante, afectando una blanda suavidad, se dirigió a la espantada mujer—: ¿Cómo está usted hoy, querida señora? Supongo que un poco mejor. El pulso, algo más firme. ¿Duerme bien? ¡Ah, hum! Entonces debemos prescribirle un pequeño sedante.

En la ridícula escena había una nota extraña, alarmante: la figura de Philip, rechoncho, sin afeitarse, en pijama, imitando al médico en sociedad, inclinándose con servil deferencia ante la temblorosa mujer del minero. Tom tuvo un acceso nervioso de risa. Denny se volvió hacia él y le dio una violenta bofetada.

—¡Toma! ¡Ríe! ¡Ríe, maldito, hasta enloquecer! Pero he pasado cinco años de mi vida haciendo eso. ¡Dios mío! Cuando pienso en ello, querría morirme. —Los miró, cogió un vaso que había en la repisa de la chimenea y lo estrelló contra el suelo. Un instante después, tenía en sus manos otro y lo lanzaba contra la pared. Avanzó con intención destructora.

—¡Por piedad! —lloriqueó la señora Seager—. ¡Deténgalo, deténgalo!

Andrew y Tom Seager se lanzaron sobre Philip, que luchó con la salvaje turbulencia de la intoxicación. Luego, cedió de pronto y se tornó sentimental, confuso.

—Manson —dijo, colgándose de su hombro—, usted es un buen tipo. Lo quiero más que a un hermano. Usted y yo... si permaneciéramos unidos, podríamos salvar a toda la profesión médica.

Estaba de pie, con la cabeza tambaleante. Luego la dejó caer, y se le dobló el cuerpo. Permitió que Andrew le ayudara a trasladarse a la pieza contigua y meterse en la cama.

Mientras la cabeza le daba vueltas sobre la almohada, hizo su última petición:

—¡Prométame una cosa, Manson! ¡Por Cristo, no se case con una aristócrata!

A la mañana siguiente estaba más ebrio que nunca. Andrew lo abandonó. Algo le hacía sospechar que el joven Seager le proporcionaba licor clandestinamente, a pesar de que el muchacho, interrogado, juró, palideciendo, que él no tenía nada que ver con ello.

Toda aquella semana tuvo Andrew que atender las llamadas de Denny, además de las suyas. El domingo, después del almuerzo, visitó la pensión de la calle Chapel. Philip estaba de pie, afeitado, vestido, con un aspecto impecable y en sus cabales, a pesar de su debilidad.

—Sé que ha estado haciendo mi trabajo, Manson.

Se había acabado la intimidad de aquellos últimos días. Sus modales eran circunspectos, fríamente rígidos.

—No ha sido nada —dijo Andrew.

—Al contrario, debe de haberle ocasionado muchas molestias.

La actitud de Denny era tan reprensible que Andrew se sulfuró. Ni una palabra de gratitud, pensó, nada sino esa arrogancia rígida, reservada e hiriente.

—Si quiere saber la verdad —manifestó Andrew—, me ha ocasionado un infierno de preocupaciones.

—Cuenta con una remuneración.

—¿Por quién me toma usted? —respondió Andrew acaloradamente—. ¿Cree que soy un mísero cochero que espera su propina? Si no hubiera sido por mí, la señora Seager habría teleografiado al doctor Nicholls y usted habría sido despedido. Usted es un vulgar engreído. Y lo que le hace falta es un puñetazo en la mandíbula.

Denny encendió un cigarrillo con manos tan temblorosas que apenas podían sostener el fósforo. Dijo burlescamente:

—Es muy noble por su parte elegir este momento para proponerme un combate físico. Tino realmente escocés. En alguna ocasión podré complacerle.

—¡Cállese de una vez! —le espetó Andrew—. Aquí está la lista de llamadas. Los que tienen la cruz deben ser visitados el lunes.

Salió de la casa furioso. «Miserable —pensó, preso de la ira—, ¿quién es él para comportarse como si fuera Dios omnipotente? ¡Es como si él me hubiera hecho el favor a mí, como si me hubiera permitido realizar su trabajo!».

Pero, de vuelta a casa, su resentimiento se enfrió un poco. Apreciaba verdaderamente a Philip, y ahora comprendía mejor su compleja naturaleza: huraño, demasiado sensible, vulnerable. Era eso lo que lo hacía envolverse en una apariencia de dureza. El recuerdo de su reciente embriaguez, de su deplorable actitud, ya debía de estar ocasionándole una horrible tortura.

Una vez más se sintió impresionado por la paradoja de ese hombre de talento que utilizaba Drineffy como un refugio contra los convencionalismos.

Como cirujano, Philip se hallaba excepcionalmente dotado. Andrew, administrando el anestésico, le había visto ejecutar la resección de la vesícula de un minero, destilándole la transpiración de su rostro rubicundo y de sus velludos antebrazos con exquisita maestría, todo un ejemplo de rapidez y perfección. Era imposible poner ningún reparo a su trabajo.

Sin embargo, cuando Andrew llegó a casa, todavía sufría el impacto de la frialdad de Philip. Por eso, tras cruzar la puerta y colgar el sombrero en el perchero, le resultó intolerable la voz de la señorita Page, que le reclamaba:

—¿Es usted, doctor? ¡Doctor Manson! ¡Le necesito!

Sin hacer caso a la llamada, Andrew dio media vuelta para subir a su cuarto. Pero, al colocar la mano en la baranda, resonó de nuevo la voz de Blodwen, más aguda, más fuerte.

—¡Doctor! ¡Doctor Manson! ¡Le necesito!

Andrew se volvió y vio a la señorita Page, que salía de la sala, con el rostro pálido y sus ojos negros chispeándole de rabia. Se acercó a él.

—¿Está sordo? ¿Es que no me ha oído?

—¿Qué ocurre, señorita Page? —preguntó él, de mal talante.

—¿Que qué ocurre? —Apenas podía respirar—. Eso es lo que yo deseo saber. ¡Usted interrogándome! ¡Soy yo quien desea preguntarle algo, mi refinado doctor Manson!

—¿De qué se trata?

Su tono cortante parecía excitarla más de lo que podía tolerar.

—De esto. Sí, mi inteligente caballero. Puede que usted sea lo bastante amable para explicarme esto. —Sacó lo que parecía un trozo de papel y lo agitó amenazadoramente ante sus ojos.

Andrew vio que era el cheque de Joe Morgan. Luego, alzando la cabeza, vio a Rees detrás de Blodwen, en la puerta de la sala.

—¡Ah, ya veo que lo conoce! —prosiguió Blodwen—. ¿Podría explicarnos cómo ingresó este dinero en su propia cuenta, cuando le pertenece, como usted sabe muy bien, al doctor Page?

Andrew sintió que la sangre se le agolpaba detrás de las orejas.

—Es mío. Joe Morgan me lo dio como obsequio.

—¡Como obsequio! ¡Ah, claro! Y él no está ahora aquí para desmentirlo.

Andrew respondió apretando los dientes:

—Puede escribirle, si duda de mi palabra.

—Tengo cosas más importantes que hacer que escribir cartas a todo el mundo. —En un tono todavía más alto, exclamó—: ¡Hum! Así que ha venido aquí para beneficiarse usted mismo... ¡cuando debería estar trabajando para el doctor Page! Pero esto revela perfectamente lo que es.

Le escupió las palabras y se retiró hacia Rees en busca de auxilio, el cual, con el rostro más pálido que de costumbre, balbucía imploraciones desde la puerta. Andrew sabía que Rees era el instigador de todo aquello, que, después de algunos días de indecisión, había ido con el cuento a Blodwen. Con las manos apretadas, avanzó hacia ellos, clavando los ojos en la delgada y exangüe boca de Rees con amenazadora intensidad. Estaba lívido de ira y con ganas de pelea.

—Señorita Page —dijo con un tono calculado—, usted acaba de lanzar una grave acusación contra mi persona. A menos que se retracte de inmediato, la demandaré por

difamación. La fuente de su información será sacada a luz en los tribunales. Estoy seguro de que los directivos del banco del señor Rees tendrán interés en saber cómo él incumple sus obligaciones.

—Yo..., yo solo cumplí con mi deber —balbuceó el administrador del banco, más pálido que antes.

—Estoy esperando, señorita Page... —Las palabras se precipitaban, ahogándolo—. Y, si no se apresura, haré que su administrador se acuerde de mí de por vida.

Blodwen comprendió que había ido demasiado lejos. La amenaza de Andrew y su terrible actitud la espantaban. Casi podía escuchar su rápida reflexión: «¡Indemnización por daños y perjuicios! ¡Una gran indemnización! ¡Oh, Dios mío! Pueden sacarme una buena suma de dinero...». Vaciló, y se desdijo:

—Yo... me retracto. Pido disculpas...

Era casi cómico ver a la enjuta e irritable mujer tan súbita e inesperadamente sometida. Pero a Andrew el asunto no le divertía. Con honda amargura comprendió que había llegado al límite de su resistencia. No podía tolerar más tiempo esa tensión. Respiró profundamente.

—Señorita Page, hay algo que considero necesario decirle. Quizá le interese saber que la semana pasada una representación de mineros se presentó al administrador para pedirle que me incluyera en la lista de la Compañía. Tal vez le interese saber, además, que he rechazado la oferta por razones puramente morales, concepto este que probablemente usted desconoce en absoluto. Señorita Page: estoy harto de usted, y no podría soportarla por más tiempo. Es usted una buena mujer, no me cabe duda. Pero, a mi juicio, equivocada. Y, aunque pasáramos juntos mil años, jamás nos entenderíamos. Le comunico que me voy dentro de un mes, a partir de hoy.

Ella lo miró sorprendida, con la boca abierta, casi saltándosele los ojos de las órbitas. Luego dijo bruscamente:

—¡No es verdad! ¡Es todo mentira! Usted no podría ni acercarse a la lista de la Compañía. Y está usted despedido. ¡Jamás un ayudante me ha notificado su dimisión! ¡Qué insolencia, hablarme de ese modo! Ya se lo he dicho: está usted despedido, despedido, despedido...

El estallido fue agudo, penetrante, y cuando estaba en su punto álgido se produjo una interrupción. Arriba se abrió lentamente la puerta del cuarto de Edward y, un momento después, aparecía este en persona, con su extraña y enjuta figura, mostrando por debajo de su camisa de dormir sus escuálidas pantorrillas. Tan extraña e inesperada fue su aparición, que la señorita Page se detuvo, como muerta, a mitad de una palabra. Desde el vestíbulo miró hacia arriba, al igual que Rees y Andrew. El enfermo, arrastrando su pierna impedida, descendió lenta y penosamente hasta el pie de la escalera.

—¿Puedo tener algo de tranquilidad? —Su voz, aunque debilitada, era firme—. ¿Qué

ocurre?

Blodwen tomó nuevo ímpetu y se lanzó en una lacrimosa diatriba contra Manson.

—Y por eso... —concluyó—, por eso... le notifiqué el plazo de despido.

Manson no contradijo su versión del caso.

—¿Quieres decir que se va? —preguntó Edward, trémulo por la emoción y el esfuerzo por mantenerse en pie.

—Sí, Edward —suspiró—. Lo he hecho por tu bien. Además, pronto volverás al trabajo.

Hubo un silencio. Edward renunció a todo lo que tenía que decir. Sus ojos se detuvieron en Andrew con muda excusa, fueron hasta Rees, pasaron rápidamente a Blodwen y luego fueron a reposar tristemente en la nada. Una expresión de desesperanza y al mismo tiempo de dignidad se dibujó en su rígido rostro.

—No —dijo al fin—. Nunca me repondré. Ustedes lo saben... Todos lo saben...

No dijo nada más. Se volvió lentamente y, apoyándose en la barandilla, se arrastró hasta su habitación. La puerta se cerró sin ruido.

CAPÍTULO XIII

Recordando la alegría, la satisfacción que le había proporcionado el caso de la familia Morgan —sentimientos trocados por algo amargo debido a unas pocas palabras de Blodwen Page—, Andrew se planteó si no debería llevar las cosas más adelante, escribir a Joe Morgan y pedir algo más que una retractación. Pero desechó la idea, considerándola indigna e interesada. Al final decidió enviar por correo las cinco guineas al secretario de la Asociación de Caridad del distrito, pidiéndole que remitiera el recibo a Eneurin Rees. Después de tal acción se sintió aliviado. Pero deseaba haber podido ver el rostro de Rees leyendo el recibo.

Y ahora, consciente de que su trabajo allí terminaría en el plazo de un mes, comenzó a buscar otro en las últimas páginas del *Lancet*, solicitando cualquier cosa que apreciara conveniente. Había numerosos anuncios solicitando ayudantes. En sus esmeradas solicitudes, Andrew adjuntaba copias de testimonios, acompañadas —como se solicitaba con frecuencia— de fotografías suyas. Pero al final de la primera semana no había recibido ni una sola respuesta, y tampoco al terminar la segunda. Estaba desilusionado y consternado. Entonces, Denny le dio la explicación en una frase concisa:

—El problema es que usted ha estado en Drineffy.

Andrew comprendió entonces, con desalentadora angustia, que el hecho de haber ejercido la profesión en esa remota población minera de Gales lo condenaba. Nadie quería ayudantes de «los valles»; tenían mala reputación. Andrew comenzó realmente a inquietarse. ¿Qué diablos haría? Debía más de cincuenta libras a la Dotación Glen. Por supuesto que le permitirían aplazar sus pagos. Pero, aun así, ¿cómo iba a vivir si no encontraba trabajo? Tenía dos o tres libras en dinero contante, nada más. No tenía equipo, ni reservas. Ni siquiera se había comprado un nuevo traje desde su llegada a Drineffy, y la ropa que había llevado ya estaba bastante gastada cuando llegó. La situación era desesperada.

Angustiado por la incertidumbre, anhelaba ver a Christine. Las cartas no servían de nada; él no tenía talento para expresarse por escrito, y cualquier cosa que pudiera redactar produciría indudablemente una impresión equivocada. Ella no regresaría a Drineffy hasta la primera semana de septiembre. Miraba el calendario con ojos ávidos y aterrados, contando los días que faltaban. Doce todavía.

La tarde del 30 de agosto, tres semanas después de haber dado su notificación a la señorita Page y comenzado, por pura necesidad, a alimentar la idea de procurarse un puesto de boticario, caminaba abatido por la calle Chapel cuando se encontró con Denny. En esas últimas semanas habían mantenido una relación de amable formalismo, y Andrew quedó sorprendido cuando el otro le detuvo.

Philip golpeó la pipa en el tacón del zapato y la examinó como si le absorbiera toda su atención.

—Siento que se vaya, Manson. Su estancia aquí ha dejado huella. —Vaciló—. He oído decir esta tarde que la Sociedad de Asistencia Médica de Aberalaw busca un nuevo ayudante. Aberalaw se encuentra a cuarenta y cinco kilómetros. Teniendo en cuenta cómo están las cosas hoy en día, es un lugar decente. Creo que el doctor jefe Llewellyn es un hombre eficiente. Y, como es una ciudad del valle, no pondrá inconvenientes a un hombre del valle. ¿Por qué no lo intenta?

Andrew se quedó dubitativo. Sus perspectivas allí eran cada vez menos halagüeñas, y había perdido la fe en sus posibilidades de éxito.

—Bien, sí —asintió lentamente—. Dadas las circunstancias, puedo intentarlo.

Pocos minutos después, marchaba a casa, bajo la densa lluvia que había comenzado a caer, para solicitar el puesto.

El 6 de septiembre la comisión de la Sociedad de Asistencia Médica de Aberalaw celebró un pleno para elegir el sustituto del doctor Leslie, que había renunciado recientemente para hacerse cargo de un puesto en una plantación malaya de caucho. Siete candidatos habían solicitado la plaza.

Era una hermosa tarde de verano, cerca de las cuatro, según el reloj de los almacenes de la cooperativa. Paseándose por la vereda pavimentada de las oficinas de Asistencia Médica, en la plaza de Aberalaw, Andrew esperaba nerviosamente la hora lanzando inquietas miradas a los otros seis candidatos. Ahora que sus planes iniciales habían fracasado y estaba ahí, decidido a hacerse con el puesto, anhelaba triunfar con todo su corazón.

Por lo que había visto, le gustaba Aberalaw. Situada en el extremo del valle Gethly, la ciudad estaba menos en el valle que en la cumbre. Situada en un lugar alto, sana, mucho más agradable que Drineffy —cerca de 20.000 habitantes, calculaba—, con buenas calles y tiendas, dos cinematógrafos y extensos campos verdes en los alrededores, Aberalaw le pareció a Andrew, después de los abrasados confines de la hondonada de Penelly, todo un paraíso.

«Pero no lo conseguiré —pensaba, irritado, mientras se paseaba—, seguro que no». No, no podía ser tan afortunado. Los demás candidatos parecían tener más opciones que él, se les veía más relajados, más confiados. El doctor Edwards, especialmente, irradiaba optimismo. Andrew sintió que aborrecía a ese hombre, un tipo de mediana edad, vigoroso, ufano, que acababa de manifestar abiertamente a la puerta de la oficina que acababa de vender el estudio que tenía valle abajo para «solicitar» ese puesto.

«Maldito —se decía Andrew, para sus adentros—. Él no habría renunciado a una situación segura si no tuviera la certeza de que va a ser elegido».

Iba y venía de un lado a otro, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. ¿Qué

pensaría Christine de él, si fracasaba? ¿Cuándo regresaba a Drineffy? ¿Ese mismo día, o al siguiente? En su carta no lo dejaba claro. La escuela se abría el próximo lunes. Aunque él no le había escrito ni una sílaba sobre su candidatura a este puesto, el fracaso significaría encontrarse con ella en una situación de abatimiento, o, lo que era peor, con una alegría ficticia, cuando él deseaba, por encima de todo en el mundo, reconciliarse con ella, merecer su sonrisa tranquila, íntima, estimulante.

Por fin dieron las cuatro. Al volverse hacia la entrada, un hermoso automóvil llegó silenciosamente a la plaza y se detuvo delante de las oficinas. Del asiento trasero emergió un hombre bajo, vestido con pulcritud, que sonrió a los candidatos viva y afablemente, pero con una especie de seguridad despreocupada. Antes de subir los peldaños, reconoció a Edwards y lo saludó distraídamente.

—¿Cómo está, Edwards? —Y luego añadió, aparte—: Todo irá bien, supongo.

—Gracias, gracias, doctor Llewellyn —murmuró Edwards con profunda deferencia.

«Asunto concluido», se dijo amargamente para sí Andrew.

La sala de espera era pequeña, desmantelada, de olor penetrante, y estaba al fondo de un corto corredor que conducía a la sala de reuniones del comité. Andrew fue el tercero en entrar en la amplia sala. Lo hizo con nerviosa obstinación. Si el puesto ya estaba prometido, no se iba a humillar por él. Ocupó el asiento que le indicaron con expresión de indiferencia.

Llenaban la habitación como treinta mineros que, sentados y fumando, lo miraban con una curiosidad descortés, aunque no exenta de amabilidad. En una pequeña mesa lateral había un hombre pálido y reposado, con rostro despierto e inteligente, que, a juzgar por las cicatrices que tenía, parecía haber sido minero. Era Owen, el secretario. Repantigado al borde de la mesa, sonriendo bondadosamente a Andrew, estaba el doctor Llewellyn.

Comenzó la entrevista. Con voz tranquila, Owen explicó las condiciones del puesto:

—Le explicaré cómo funcionan las cosas aquí, doctor. Los trabajadores de Aberalaw (aquí hay dos minas de antracita, una de carbón y un ingenio de elaboración de acero) pagan de sus salarios cierta cantidad semanal a la Sociedad, que administra los servicios médicos necesarios. Cuenta con un pequeño hospital bien equipado, consultorios, medicamentos, etc. Además, la Sociedad contrata doctores: el doctor Llewellyn, médico y cirujano jefe y cuatro ayudantes, junto con un cirujano dentista, y les paga un sueldo proporcional: tanto a cada uno, según el número de personas inscritas en su lista. Creo que el doctor Leslie obtenía unas quinientas libras anuales cuando nos dejó. —Hizo una pausa—. Todos opinamos que es un buen sistema. —Hubo un murmullo de asentimiento por parte de los treinta hombres del comité. Owen alzó la cabeza y los miró—. Y ahora, señores, ¿tienen alguna pregunta que hacer?

Comenzaron a bombardear a Andrew con preguntas. Este trató de responder con

calma, mesuradamente, sin exageración.

—¿Habla usted galés, doctor? —le preguntó un minero joven y porfiado, llamado Chenkin.

—No —dijo Andrew—. Yo fui educado en el gaélico.

—De poco le servirá aquí.

—Siempre lo he encontrado útil para despotricar contra mis pacientes —dijo fríamente Andrew, mientras se desataba una hilaridad general, a costa de Chenkin.

—Muchas gracias, doctor Manson —zanjó Owen—. Puede irse.

Andrew salió a la pequeña y desagradable sala de espera, mientras entraban los candidatos restantes.

Edwards, el último de los llamados, estuvo dentro mucho, mucho tiempo. Salió sonriente, expresando claramente con su mirada: «Lo siento por ustedes, camaradas. El puesto es mío».

Luego, una espera interminable. Pero al fin se abrió la puerta de la sala de reuniones, y de entre las densas nubes de humo de cigarro emergió el secretario Owen con un papel en la mano. Después de recorrerlos a todos con la mirada, sus ojos se posaron sobre Andrew.

—¿Querría entrar un minuto, doctor Manson? El comité desearía verlo otra vez.

Con los labios descoloridos, saltándosele el corazón, Andrew siguió al secretario a la habitación del Consejo. No podía ser, no, no podía ser que se interesaran por él.

De nuevo en la silla del interrogatorio, vio que le dirigían estimuladoras sonrisas e inclinaciones de cabeza. El doctor Llewellyn, sin embargo, no lo miraba. Owen, el secretario, comenzó:

—Doctor Manson, seremos francos con usted. Los miembros del comité abrigan alguna duda. De hecho, aconsejados por el doctor Llewellyn, se inclinan en favor de otro candidato, que posee una considerable experiencia en el valle Gethly.

—Ese Edwards está muy gordo —interrumpió un miembro canoso desde el fondo—. Me gustaría verlo trepar a las casas de la colina Mardy.

Andrew estaba demasiado nervioso para reír. Sin aliento, esperaba las palabras de Owen.

—Pero debo decir —prosiguió el secretario— que el comité ha quedado gratamente impresionado por usted. El comité, como ha expresado poéticamente hace un momento Thomas Kettles, necesita hombres jóvenes y activos.

Risas, con exclamaciones de «¡Bravo, bravo! ¡Muy bien, viejo Thomas!».

—Más aún, doctor Manson —continuó Owen—. El comité ha tenido muy en cuenta dos recomendaciones, no gestionadas por usted, lo que les confiere el mayor valor a nuestros ojos, llegadas esta mañana por correo. Pertenecen a dos médicos de su mismo pueblo, es decir, de Drineffy. Una de ellas procede del doctor Denny, que posee el título

de M. S., alta distinción, según reconoce el doctor Llewellyn, que tiene razones para saberlo. La otra, incluida en la del doctor Denny, es la firma del doctor Page, a cuyo lado actúa usted como ayudante, según tengo entendido. Bien, doctor Manson. El comité tiene cierta experiencia en materia de recomendaciones y certificados, y estas dos hablan de usted en términos que han impresionado a sus integrantes.

Andrew se mordió el labio y bajó la mirada, evaluando por primera vez en toda su importancia esa acción generosa de Denny.

—Pero hay una dificultad, doctor Manson. —Owen se detuvo, moviendo nerviosamente la regla sobre el escritorio—. El comité está unánimemente inclinado a su favor, pero este cargo, con sus... responsabilidades... es para un hombre casado. Debe saber que, además de esta preferencia por los hombres casados y con familia, hay una casa, Vale View, una buena casa, anexa al cargo. No sería..., no sería muy apropiada para un hombre soltero.

Silencio pesado. Andrew suspiró profundamente y su pensamiento, como un brillante rayo de luz blanca, se proyectó sobre la imagen de Christine. Todos, incluso el doctor Llewellyn, lo miraban aguardando su respuesta. Habló sin pensarlo, con absoluta independencia de su voluntad. Se escuchó a sí mismo, declarando serenamente:

—Muy bien, señores, estoy comprometido en Drineffy. Precisamente he estado..., he estado esperando un puesto conveniente... como este... para casarme.

Owen soltó la regla, satisfecho. Hubo una aprobación general manifestada por un golpeteo de zapatos pesados. Y el incontenible Kettles exclamó:

—Muy bien, joven. Aberalaw es un sitio extraordinariamente bueno para una luna de miel.

—Supongo que están conformes, caballeros. —La voz de Owen se impuso por encima del ruido—. El doctor Manson queda nombrado por unanimidad.

Hubo un fuerte rumor de aprobación. Andrew experimentó una inmensa emoción de triunfo.

—¿Cuándo puede hacerse cargo del puesto, doctor Manson? Cuanto antes, mejor, por lo que respecta al comité.

—Podría comenzar a principios de la semana próxima —respondió Manson. Luego se quedó helado al pensar: «¿Y si Christine no me acepta? ¿Y si la pierdo, juntamente con esta maravillosa plaza?».

—De acuerdo entonces, doctor Manson. Gracias. Tengo la seguridad de que el comité le desea, y también a la futura señora Manson, un completo éxito en su nuevo trabajo.

Aplausos. Todos lo felicitaron: los miembros del comité, Llewellyn y, con un cordial apretón de manos, Owen. Luego se encontró fuera, en la sala de espera, procurando no delatar su satisfacción, procurando no darse por enterado del rostro incrédulo y

consternado de Edwards.

Pero era inútil, enteramente inútil. Mientras iba de la plaza a la estación, el corazón se le dilataba con su jubiloso triunfo. Sus movimientos eran rápidos y ágiles. Al descender la colina, vio a su derecha un parquecito público con una fuente y un quiosco de músicos. ¡Un quiosco de músicos, cuando la única prominencia, el único relieve del paisaje de Drineffy era un montón de escoria! ¡Y ese cinema más allá, esas hermosas y grandes tiendas, el excelente y bien compactado camino —no una senda rocosa de montaña— bajo sus pies! ¿Y no había dicho Owen algo de un hospital pequeño y bien equipado? ¡Ah!, al pensar en lo que significaría para su trabajo el hospital, Andrew exhaló un profundo suspiro. Se precipitó en un compartimento vacío del tren de Cardiff. Y durante el trayecto no cabía en sí de felicidad.

CAPÍTULO XIV

Aunque la distancia a través de las montañas no era grande, el trazado de la línea férrea de Aberlaw a Drineffy describía un amplio círculo. El tren de bajada se detenía en cada estación, y no iba lo bastante rápido; por supuesto que no. El humor de Manson ya se había alterado. Hundido en el asiento del rincón y ansioso por llegar, lo atormentaban sus pensamientos.

Por primera vez comprendió lo egoísta que había sido en estos últimos meses al considerar solo su lado del asunto. Todas sus dudas sobre el matrimonio, su vacilación en hablar con Christine, se habían subordinado a sus propios sentimientos y había contado con que ella lo aceptaría. Pero ¿y si hubiera incurrido en una espantosa equivocación? ¿Y si ella no le amaba? Se vio rechazado, escribiendo tristemente una carta al comité para manifestarle que, «por causas ajenas a mi voluntad», no podía aceptar el cargo. Ahora la veía vívidamente ante sus ojos. ¡Qué bien la conocía, aquella suave e indagadora sonrisa, la manera en que ella descansaba con la mano apoyada contra el mentón, el sereno candor de sus oscuros ojos castaños! Se sintió invadido por una dolorosa y vehemente inquietud. ¡Christine, querida! Si debía renunciar a ella, no le importaba lo que a él pudiera ocurrirle.

A las nueve, el tren aminoró la marcha en Drineffy. En un instante estuvo en el andén, y enseguida, caminando por la calle del Ferrocarril. Aunque no esperaba ver a Christine hasta la mañana siguiente, existía la posibilidad de que hubiera llegado. Avanzó por la calle Chapel, doblando la esquina de la escuela. La luz encendida en el cuarto de Christine le devolvió la esperanza. Diciéndose a sí mismo que debía reprimirse, que tal vez no era más que la patrona que le preparaba la habitación, se precipitó en la casa y aguardó en la sala.

¡Sí! Era Christine. Estaba arrodillada, terminando de colocar unos libros en el estante inferior de la librería. Finalizada esa tarea, comenzó a recoger el cordel y el papel que tenía a su lado en el suelo. La maleta, junto con la chaqueta y el sombrero, estaban en una silla. Andrew dedujo que acababa de llegar.

—¡Christine!

Ella se volvió, todavía de rodillas, con un mechón de cabellos sobre la frente. Luego se levantó con un grito de sorpresa y de placer:

—¡Andrew! ¡Qué alegría! ¡Qué bien que hayas regresado!

Adelantándose hacia él, con el rostro iluminado, le tendió la mano. Pero él le tomó ambas en las suyas y las mantuvo oprimidas. La miraba intensamente. La adoraba más que nunca, con esa falda y esa blusa que llevaba. En cierto modo acrecentaban su fragilidad y delicadeza, la tierna dulzura de su juventud. De nuevo comenzó a palparle

el corazón.

—Christine, tengo que decirte algo.

Sus ojos reflejaron interés. Ella le estudiaba con verdadera ansiedad, el semblante pálido y sucio a causa del viaje.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Más dificultades con la señorita Page? ¿Te vas?

Él sacudió la cabeza, apretando las manos de ella entre las suyas. Luego dijo:

—Christine, he conseguido un nuevo puesto, el puesto más maravilloso. En Aberalaw. He ido allí a ver al comité. Quinientas libras al año y casa. ¡Casa, Christine! ¡Oh, querida Christine! ¿Querías... querías casarte conmigo?

Ella se puso pálida, y los ojos resplandecieron en su rostro. Parecía que el aliento se le quedaba en la garganta. Dijo débilmente:

—Creía... creía que me ibas a dar malas noticias.

—No, no —respondió él con vehemencia—. Es la noticia más maravillosa, querida. ¡Oh, si hubieras visto el lugar! Muy abierto y limpio, con campos verdes, buenas tiendas y calles, un parque y, ¡oh, Christine!, un hospital. Si te casas conmigo, podemos partir hacia allí al momento.

Los labios de Christine estaban trémulos. Pero los ojos le sonreían, le sonreían con un extraño y resplandeciente brillo.

—¿Esto es por Aberalaw o por mí?

—¡Por ti, Christine! ¡Oh, sabes que te amo!, pero, pero... ¡tal vez tú no me amas!

La garganta de ella emitió un leve sonido y se acercó a él hasta reposar la cabeza en su pecho. Mientras los brazos de Andrew la rodeaban, Christine murmuró con palabras entrecortadas:

—¡Oh, Andrew! Siempre te he amado —dijo, sonriendo entre lágrimas de alegría—. ¡Oh, siempre, desde que te vi entrar en aquella estúpida aula de la escuela!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La destartalada camioneta de Gwilliam John Losse traqueteaba, emitiendo un ruido ensordecedor mientras ascendía el camino de la montaña. Un viejo toldo embreado cubría la parte posterior. La herrumbrosa placa del número y el farol de aceite, nunca encendido, trazaban en el polvo una huella. Las puertas laterales se sacudían y chirriaban al ritmo del viejo motor. Y en la cabina se apretujaban alegremente, en compañía de Gwilliam John, el doctor Manson y su esposa.

Se habían casado por la mañana. Ese era su carruaje de bodas. Debajo del toldo estaban las pocas piezas del mobiliario de Christine, una mesa de cocina de segunda mano comprada en Drineffry por veinte chelines, varias ollas, vasijas nuevas y las maletas. Como las apariencias no les importaban, habían resuelto que la manera mejor y más barata de transportar a Aberalaw ese gran acopio de bienes terrenales, juntamente con ellos mismos, era el vehículo de mudanzas de Gwilliam John.

El día era hermoso y soplaba una brisa fresca que despejaba el cielo azul. Iban riéndose y contando chistes con Gwilliam John, que, de vez en cuando, los regalaba con su personal interpretación del *Largo* de Haendel con la bocina del camión. Se detuvieron en la posada solitaria de la cumbre de la montaña, en el paso Ruthin, para que Gwilliam John brindara por ellos con cerveza Rhymney. Gwilliam John, hombrecillo atolondrado y bizco, brindó por ellos varias veces y luego se tomó un trago de ginebra por su cuenta. Después, el descenso a Ruthin, con sus dos curvas cerradas que bordeaban un abrupto precipicio, fue inquietante.

Al final remontaron el último repecho y bajaron a Aberalaw. Fue un momento casi de éxtasis. La ciudad estaba ante ellos, con sus largas y ondulantes líneas de tejados a lo largo del valle, sus comercios, iglesias y oficinas agrupados en el extremo superior, y en el inferior las minas y los talleres, las chimeneas humeando incesantemente, el chato condensador vomitando nubes de vapor, todo bañado por el sol de mediodía.

—¡Mira, Christine, mira! —murmuró Andrew, oprimiéndole el brazo con el entusiasmo de un cicerone—. Es un lugar hermoso, ¿no? Allí está la plaza. Hemos llegado por el camino de atrás. ¡Y mira! Se acabaron las lámparas de aceite, querida. Allí está el gasómetro. Me pregunto dónde está nuestra casa.

Preguntaron a un minero que pasaba por allí, y pronto fueron orientados hacia Vale View, que estaba, les dijo, en ese mismo camino, al final de la ciudad. Otro minuto, y habían llegado.

—¡Bien! —dijo Christine—. Es... es hermoso, ¿no?

—Sí, querida. La casa parece bonita.

—¡Por Dios! —dijo Gwilliam John, echándose la gorra hacia atrás—. Tiene un

aspecto extraño.

Vale View era un edificio singular, a primera vista como una especie de enorme refugio de montaña, con gran profusión de tejados angulosos, de conjunto tosco, y en el centro de un terreno de medio acre, un jardín abandonado, lleno de malezas y ortigas, por entre las cuales saltaba un arroyo sobre una multitud de latas vacías. Hacia la mitad de su curso se veía coronado por un rústico puente medio en ruinas. Aunque entonces no lo sabían, Vale View era su primer contacto con el poder corporativo, el del comité, que en el año de prosperidad de 1919, cuando afluían los ingresos, se había propuesto construir una casa, una casa hermosa que diera prestigio, un edificio de estilo elegante. Cada miembro del comité había dado su opinión sobre cómo debería ser. Había treinta miembros, y Vale View fue el resultado.

Cualquiera que fuese su impresión del exterior, pronto, sin embargo, se reconfortaron dentro. La casa estaba en muy buen estado, con buenos suelos y empapelados limpios. Pero el número de habitaciones era alarmante. Ambos se dieron cuenta al instante, aunque ninguno aludió al hecho de que los pocos muebles que llevaba Christine apenas llenarían un par de cuartos.

—Veamos, amor mío —dijo Christine de regreso en el vestíbulo, contando con los dedos después de echar un primer vistazo—. En la planta baja hay un comedor, un salón y una biblioteca, o como quiera llamarse, y cinco dormitorios arriba.

—Exacto —dijo sonriendo Andrew—. No es extraño que prefirieran un hombre casado. —Su sonrisa se trocó en compunción—. La verdad, Christine, todo esto hace que me sienta mal. Yo, sin un penique, usando tu precioso mobiliario y sin casi darte tiempo para dejar una sustituta en la escuela. Es como si te estuviera explotando. Soy un asno egoísta. Debí haber venido primero y acondicionado la casa.

—¡Pobre de ti si te hubieras atrevido a dejarme allí!

—Esto hay que solucionarlo ya —le dijo con resolución inflexible—. Escucha...

Ella le interrumpió, con una franca y reluciente sonrisa:

—Deja eso ahora. Ahora voy a prepararte una tortilla... según la receta de madame Poulard.

Interrumpido en el exordio de su declamación con la boca abierta, se quedó mirándola. Luego su seriedad se desvaneció poco a poco. Sonriendo de nuevo la siguió a la cocina. No podía separarse de ella. Los pasos de ambos resonaban en la casa vacía como en una catedral.

La tortilla —Gwilliam John había ido a buscar huevos antes de partir— salió de la sartén, caliente, sabrosa y de un suave color amarillo. Se sentaron a comer a la mesa de la cocina. Andrew exclamó enérgicamente:

—¡Por Dios...! Siento haber olvidado, querida, que yo había reformado mi carácter... ¡Por Júpiter! ¡Cómo cocinas! No está mal ese calendario de la pared. Queda

muy bien ahí. Y me gusta el cuadrito ese de las rosas. ¿Queda más tortilla? ¿Quién era esa tal Poulard? Suena a gallina. Gracias, querida. ¡Christine, no sabes cómo deseo comenzar a trabajar! Debe de haber un montón de oportunidades aquí. ¡Grandes oportunidades! —Se interrumpió bruscamente, mientras sus ojos se fijaban en una caja de madera barnizada que se hallaba en un rincón, junto al equipaje que habían traído—. Dime, Christine, ¿qué es eso?

—¡Oh! —Le dio a su voz un tono inusitado—. Es un obsequio de bodas..., de Denny.

—¡Denny! —Su rostro se alteró. Philip se había mostrado frío e indiferente cuando fue a darle las gracias por su recomendación y a decirle que se casaba con Christine. Ni siquiera había ido a despedirse de ellos. Eso había herido a Andrew, le había hecho sentir que Denny era demasiado complejo, demasiado incomprensible para continuar siendo su amigo. Se adelantó lentamente, más bien con recelo, hacia la caja, temiendo que pudiera contener un zapato viejo... tal era el extraño sentido del humor de Denny. Abrió la caja, y dio un suspiro de felicidad. Dentro estaba el microscopio de Denny, el primoroso Zeiss, y una nota: «Yo realmente no necesito esto; como le dije, no soy más que un “sierra-huesos”. Buena suerte».

No había nada que decir. Pensativo, casi subyugado, Andrew concluyó la tortilla con los ojos fijos en el microscopio. Luego lo tomó reverentemente y, acompañado por Christine, lo llevó a la habitación que estaba detrás del comedor y lo depositó con solemnidad en medio del suelo desnudo.

—Esto no es la biblioteca, Christine..., ni el estudio, ni cosa parecida. Gracias a nuestro buen amigo Philip Denny, queda bautizado como «el laboratorio».

Acababa de besarla, para sellar la ceremonia, cuando sonó el teléfono, un campanileo persistente que, partiendo del vestíbulo vacío, era singularmente alarmante.

Se miraron extrañados, nerviosos.

—Tal vez llame algún paciente, Christine. ¡Figúrate! Mi primer caso en Aberalaw. — Se precipitó al vestíbulo.

No era un paciente, sino el doctor Llewellyn, que le manifestaba su bienvenida desde su casa, en el otro extremo de la ciudad. A través del alambre, su voz llegaba nítida, de modo que Christine, de puntillas y apoyada sobre el hombro de Andrew, pudo escuchar la conversación.

—¡Hola, Manson! ¿Cómo está usted? Tranquilo, no se trata de trabajo. Solo quería ser el primero en darle la bienvenida a Aberalaw, a usted y a su esposa.

—Gracias, gracias, doctor Llewellyn. Es usted muy amable. Aunque no me importaría que se tratara de trabajo.

—¡No, no! Ni sueñe con ello hasta que se halle instalado. —Llewellyn estaba locuaz—. Mire, si no tiene nada que hacer esta tarde, vengan a cenar con nosotros, a las siete y

media, una cena informal; tendremos el mayor gusto de verlos a ambos. Así podremos conversar un poco. ¿De acuerdo? Bien, hasta luego.

Andrew colgó el auricular con expresión agradecida.

—Es todo un detalle por su parte. ¡Invitarnos el primer día! El doctor jefe, fíjate. Puedo asegurar que es un hombre muy calificado. Investigué en el Registro: M. D., F. R. C. S. y D. P. H., es decir, Doctor en Medicina, Miembro del Colegio Real de Cirujanos y Diploma de Sanidad Pública. Todos grados elevadísimos. Y parece muy amable. Créame, señora Manson, aquí haremos algo grande.

Y, deslizando el brazo en torno de la cintura de su esposa, Andrew comenzó jubilosamente a bailar con ella por el vestíbulo.

CAPÍTULO II

Aquella tarde, a las siete, recorrieron las calles alegres y llenas de gente en dirección a la casa del doctor Llewellyn, en Glynmawr. Fue una caminata estimulante. Andrew contemplaba con interés a sus nuevos vecinos.

—Mira a ese hombre que viene, Christine. ¡El que está tosiendo!

—Sí, querido; pero ¿qué?

—¡Oh, nada! —dijo con tono impasible—. Solo que tal vez será paciente mío.

No les costó encontrar Glynmawr, una villa firmemente asentada con jardines bien cuidados. El hermoso automóvil del doctor Llewellyn estaba a la puerta, y su chapa, bien lustrada, que ostentaba todos sus títulos en letras pequeñas y nítidas, estaba adherida en la reja de hierro forjado. Nerviosos ante tamaña distinción, hicieron sonar la campanilla y les abrieron la puerta.

El doctor Llewellyn salió del salón para recibirlos, más elegante que nunca, con levita y puños provistos de gemelos de oro, con una expresión luminosamente cordial.

—Bien, bien, magnífico. Me complace conocerla, señora Manson. Espero que Aberlaw sea de su agrado. No es mal lugar. Pasen. Mi esposa bajará dentro de un minuto.

La señora Llewellyn llegó en un instante, tan radiante como su marido. Era una mujer de pelo rojizo, de unos cuarenta y cinco años, de rostro pecoso y algo pálida. Tras saludar a Manson, se volvió hacia Christine con un afectuoso suspiro.

—¡Oh, hijita, encantadora criatura! Confieso que ya se ha ganado usted mi corazón. ¿Puedo besarla, querida?

Sin esperar respuesta, abrazó a Christine y luego la mantuvo a la distancia de sus brazos, contemplándola todavía entusiasmada. Al final del pasillo sonó un gong. Pasaron al comedor.

La cena era excelente: sopa de tomate, dos pollos asados rellenos, salchichas y budín de patatas. El doctor Llewellyn y su esposa hablaban sonrientes a sus invitados.

—Pronto se hará a esto, Manson —dijo el doctor Llewellyn—. Sí, yo le ayudaré en todo lo que pueda. De paso, diré que me alegro de que ese Edwards no consiguiera el nombramiento. De ningún modo hubiera podido soportarlo, aunque casi le prometí intervenir en su favor. ¿Qué estaba diciendo? ¡Oh, sí! Bien, usted trabajará en el consultorio de la parte oeste, con el anciano doctor Urquhart, un hombre original, y el farmacéutico Gadge. En el lado este están el doctor Medley y el doctor Oxborrow. ¡Oh! Buenos muchachos. Simpatizará con ellos. ¿Juega al golf? Podríamos ir a Fernley..., está a solo catorce kilómetros, valle abajo. Por supuesto, yo tengo mucho trabajo aquí. Sí, sí, yo no me ocupo personalmente de los consultorios, tengo a mi cargo el hospital, atiando

a los enfermos asegurados en la Compañía, soy el médico oficial de la ciudad, tengo el nombramiento de la compañía del gas, soy cirujano del asilo y vacunador público. ¡Ah!, también me corresponde realizar las investigaciones aprobadas por la sociedad, amén del trabajo, que no es poco, de médico forense local. Y además —le centellearon de sinceridad los ojos— atiendo a un buen número de clientes privados.

—Es una lista muy larga —dijo Manson.

Llewellyn resplandecía.

—Hemos conseguido redondear nuestros ingresos, doctor Manson. Ese coche que ha visto fuera costó la bagatela de mil doscientas libras. En cuanto a... ¡Oh, bien, no importa! No hay razón para que usted no obtenga aquí una buena entrada. Digamos trescientas o cuatrocientas libras si trabaja duramente. —Se detuvo, y luego, confidencialmente, añadió—: Hay una cosa de la que debo informarle. Todos los médicos y ayudantes han convenido en pagarme cada uno la quinta parte de sus ingresos. —Continuó rápidamente, sin subterfugios—: Se debe a que atiendo a sus pacientes. Cuando se encuentran ante un caso difícil, cuentan con mi ayuda. Les da muy buenos resultados; puedo asegurárselo.

Andrew le miró con cierta sorpresa.

—¿No depende eso de la Sociedad de Asistencia Médica?

—Bien, no precisamente —dijo Llewellyn arrugando la frente—. Fue convenido por los mismos médicos hace ya mucho tiempo.

—Pero...

—¡Doctor Manson! —La señora Llewellyn lo llamó amablemente desde el otro extremo de la mesa—. Acabo de decirle a su mujercita que debemos vernos con frecuencia. Debe venir a tomar el té algún día conmigo. Me la prestará de vez en cuando, ¿verdad, doctor? Y también iremos a Cardiff en el auto. Será muy agradable, ¿no cree, querida?

—Por supuesto —prosiguió Llewellyn—: usted saldrá ganando. Leslie, el joven que estaba aquí antes que usted, era un timorato. ¡Oh, era un pésimo médico, casi tan malo como el viejo Edwards! No había modo de que administrase convenientemente una anestesia. Supongo que será usted un buen anestesista, ¿no? En un caso grave, como usted sabe, es indispensable tener un buen anestesista. Pero ¡qué necio soy! No debemos hablar de estas cosas ahora. ¡Apenas acaba de llegar, no es justo importunarlo!

—¡Idris! —le gritó la señora Llewellyn a su marido, feliz de comunicarle algo sensacional—. Se han casado esta misma mañana. La señora Manson me lo acaba de decir. ¡Están recién casados! ¿Te lo hubieras imaginado?

—Bueno, bueno —dijo Llewellyn.

La señora Llewellyn acarició la mano de Christine.

—¡Querida! Tendrá usted mucho trabajo en este estúpido Vale View. Yo iré a

ayudarla de vez en cuando.

Andrew intentó canalizar sus ideas dispersas. Sentía como si Christine y él hubieran sido fundidos en cierto modo y metidos en una blanda pelota lanzada de aquí para allá con toda destreza entre el doctor Llewellyn y su esposa. Sin embargo, juzgó propicia la última observación.

—Doctor Llewellyn —dijo con nerviosa resolución—, es muy cierto lo que dice la señora. Estaba pensando... si pudiera disponer de un par de días para llevar a Londres a mi mujer, a fin de ver algunos muebles para nuestra casa y... alguna cosa más.

Andrew vio que los ojos de Christine se le dilataban de sorpresa. Pero Llewellyn asintió graciosamente con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? Una vez haya comenzado a trabajar, le será difícil hacerlo. Tómese mañana y pasado, doctor Manson. ¿Lo ve? Estas son las cosas en que puedo ayudarle. Puedo ayudar a los ayudantes. Hablaré con el comité por usted.

A Andrew no le habría importado hablar personalmente con el comité o con Owen, pero, bueno, ya estaba bien así.

Tomaron el café en el salón, en «tazas pintadas a mano», como les hizo notar la señora Llewellyn. Su marido les ofreció cigarrillos en su pitillera de oro.

—Mire, doctor Manson. ¡Es un obsequio de un paciente agradecido! Pesada, ¿no? No vale menos de veinte libras.

Hacia las diez, el doctor Llewellyn consultó su hermoso reloj. A decir verdad, lo devoraba con los ojos, pues contemplaba los objetos, particularmente cuando le pertenecían, con esa afectuosa cordialidad tan suya. Por un instante Manson creyó que iba a extenderse en detalles íntimos referentes al reloj. Pero, en vez de eso, dijo:

—Tengo que ir al hospital. Esta mañana he hecho una operación gastroduodenal. ¿Quieren acompañarme, y así ven las instalaciones?

Andrew se levantó complacido.

—Me gustaría mucho, doctor Llewellyn.

Como Christine se hallaba incluida en la invitación, le dieron las buenas noches a la señora Llewellyn, quien les dirigió cordiales adioses desde la puerta, y subieron al coche. El automóvil avanzó con silenciosa elegancia por la calle principal de Abergavenny, doblando después hacia la izquierda.

—Buenos faros, ¿no le parece? —observó Llewellyn al encenderlos—. Luxite. Son magníficos. Los encargué especialmente.

—¡Luxite! —dijo de pronto Christine, con voz suave—. Seguramente son muy caros, ¿verdad, doctor?

—¡Puede asegurarlo! —respondió Llewellyn enfáticamente, dando a la pregunta la importancia que merecía—. Me costaron treinta libras.

Andrew, riendo para sus adentros, no se atrevió a afrontar las miradas de su esposa.

—Hemos llegado —dijo Llewellyn dos minutos después—. Este es mi hogar espiritual.

El hospital era un edificio de ladrillos rojos, bien construido, con una calzada de grava bordeada de laureles. En cuanto entraron se le iluminaron los ojos a Andrew. Aunque pequeño, el edificio era moderno y estaba bien equipado. Mientras Llewellyn les mostraba el pabellón de operaciones, la sala de rayos X, la de entablillamientos, las dos hermosas y bien ventiladas salas para enfermos, Andrew meditaba regocijado: «Esto es perfecto, perfecto. ¡Qué diferencia con Drineffy! ¡Qué bien podré atender aquí a mis enfermos!».

Se encontraron con la directora, una mujer alta y huesuda, que ignoró a Christine, saludó a Andrew fríamente y luego se deshizo en lisonjas ante Llewellyn.

—Aquí conseguimos casi todo lo que necesitamos, ¿verdad, directora? —dijo Llewellyn—. No tenemos más que dirigirnos al comité. Son buena gente. ¿Cómo sigue mi gastroenterectomía?

—Muy bien, doctor Llewellyn —respondió la directora.

—Bueno, la veré dentro de un minuto.

Volvió a llevar a Christine y a Andrew hasta el vestíbulo.

—Sí, lo reconozco, Manson, me siento orgulloso de este sitio. Lo considero como mío. Nadie puede censurarme por ello. Sabrá llegar a su casa, ¿no? Y mire, cuando regrese el miércoles, telefonéeme. Podría necesitarlo para una anestesia.

Caminaron un rato en silencio y Christine se apoyó en el brazo de Andrew.

—Bien... —dijo ella.

Él podía adivinar su deliciosa sonrisa en la oscuridad.

—Me gusta este hombre —dijo Andrew—. ¿Te has fijado en la directora? Parecía dispuesta a besarle los pies. ¡Pero es un hospital maravilloso! Y nos han dado una buena cena. No son mezquinos. Solo que... ¡no lo entiendo! ¿Por qué tengo que pagarle la quinta parte de mi sueldo? No es decoroso ni ético. Y... no sé... siento como si hubiera estado todo el rato halagándome, aplacándome y diciéndome que era un buen chico.

—Te agradezco mucho que hayas pedido esos dos días. Pero, querido, ¿cómo lo haremos? No tenemos dinero para comprar muebles... todavía.

Dejaron atrás las luces de la ciudad y se instaló entre ellos un extraño silencio mientras se acercaban a Vale View. El contacto de la mano de Christine en su brazo le era delicioso a Andrew. Le invadió una gran ternura. Pensó en ella, casada precipitadamente en un pueblo minero, arrastrada por las montañas en una destartalada camioneta, metida en una casa medio vacía donde su tálamo nupcial sería su cama de siempre..., y sin embargo soportaba esas penurias y estrecheces con valor y sonriente ternura. Ella lo amaba, confiaba en él. Lo henchía una enorme resolución. Él sabría recompensarla. Le mostraría con su trabajo que su fe en él era justificada.

Atravesaron el puente de madera. El murmullo del arroyo, con sus revueltas orillas ocultas en la suave oscuridad de la noche, era dulce a sus oídos. Sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura.

El vestíbulo estaba a oscuras. Cuando hubo cerrado la puerta, regresó adonde ella lo esperaba. El rostro de Christine estaba luminoso; su frágil figura, expectante, pero indefensa. La rodeó dulcemente con los brazos y le susurró extrañamente:

—¿Cómo te llamas, amor mío?

—Christine —respondió ella sorprendida.

—¿Christine qué?

—Christine Manson.

Su aliento le llegaba anhelante y él lo sentía tibio en sus labios.

CAPÍTULO III

A la tarde siguiente, el tren en el que viajaban llegaba a la estación de Paddington, A la ventura, pero conscientes de que llegaban a una ciudad populosa y desconocida para ellos, Andrew y Christine descendieron al andén.

—¿Lo ves por alguna parte? —preguntó Andrew ansiosamente.

—Tal vez nos esté esperando a la salida —sugirió Christine.

Buscaban al hombre de Regency que vendría a buscarlos.

Durante el viaje Andrew le había explicado minuciosamente la hermosa sencillez y extraordinaria previsión de su plan; cómo, ya antes de abandonar Drineffy, se había puesto en contacto con la Regency Plenishing Company and Depositories de Londres. No era un establecimiento fastuoso, sino un modesto comercio, dirigido por el propio dueño, que estaba especializado en la venta a plazos. Tenía en la cartera la carta que le había enviado el propietario.

—¡Ah! —exclamó satisfecho—. ¡Allí está!

Un hombrecito lleno de granos, con un reluciente traje azul y sombrero hongo, provisto de un gran catálogo verde parecido a un premio de escuela dominical, los había reconocido, gracias a algún misterioso poder telepático, entre la muchedumbre de viajeros. Se adelantó a su encuentro.

—¿El doctor Manson, señor? ¿La señora Manson? —Se quitó respetuosamente el sombrero—: Represento a Regency. Esta misma mañana hemos recibido su telegrama, señor. El auto nos espera. ¿Puedo ofrecerle un cigarro?

Mientras recorrían las calles, atestadas de tráfico, Andrew dejó traslucir una ligerísima inquietud, mientras miraba de reojo el cigarro, todavía sin encender en su mano, con que el hombre le había obsequiado. Refunfuñó:

—Últimamente hemos gastado mucho en transportes, Christine, pero esta vez no tenemos de qué preocuparnos. La tienda de muebles nos paga los billetes de tren y el desplazamiento hasta el establecimiento.

Abriéndose paso lentamente entre el tráfico, llegaron al Regency Emporium. Se trataba de un local mucho más lujoso de lo que habían imaginado. Sus vitrinas exhibían un gran surtido de objetos de cristal y artículos de bronce. Bajaron del automóvil y entraron en la tienda.

También allí los esperaban. Fueron ceremoniosamente saludados por un vendedor de edad, de levita y cuello alto, quien, con su impresionante aire de probidad, tenía alguna semejanza con el difunto príncipe Alberto.

—Por aquí, señor. Por aquí, señora. Muy complacidos de servir a un señor médico, doctor Manson. Le sorprendería saber el número de especialistas de Harley Street que he

tenido el honor de atender. ¡Las felicitaciones que he recibido de ellos! Y ahora, doctor, ¿qué necesita usted?

Comenzó a mostrarles muebles, recorriendo las diversas secciones con paso majestuoso. Los precios eran intolerablemente elevados. El hombre usaba palabras como «Tudor», «Jacobino» y «Looez Sez», pero lo que les mostraba no eran más que trastos barnizados.

Christine se mordía los labios con gesto de desagrado. No estaba dispuesta a consentir que engañaran a Andrew, ni a llenar su casa con aquellos espantosos muebles.

—Querido —le susurró suavemente cuando el príncipe Alberto les dio la espalda—, esto es inservible, completamente inservible.

Un apretar de labios apenas perceptible fue la respuesta que obtuvo. Inspeccionaron unas cuantas secciones más. Luego, con toda tranquilidad, pero con sorprendente rudeza, Andrew se dirigió al vendedor:

—Mire usted. Hemos venido desde muy lejos a comprar muebles. He dicho muebles, no trastos. —Con el pulgar oprimió violentamente la puerta de un ropero, que cedió a la presión con un crujido.

El vendedor estuvo a punto de desplomarse. «No puede ser cierto», decía con la expresión.

—Pero, doctor —se excusó—, les he mostrado lo mejor que tenemos.

—Entonces muéstrenos lo peor —respondió ásperamente Andrew—. Muéstrenos cosas viejas, de segunda mano, pero que sirvan para algo.

Pausa. Luego, murmurando por lo bajo, dijo:

—El jefe se pondrá furioso conmigo si no les vendo nada.

El vendedor se alejó desconsolado. No volvió. Cuatro minutos después se les acercó estrepitosamente un hombrecito pequeño y vulgar, de tez rojiza. Les interrogó:

—¿Qué desean?

—Muebles de segunda mano, buenos... ¡baratos!

El hombre pequeño lanzó una mirada dura a Andrew. Sin decir palabra, dio media vuelta y los llevó a un ascensor que los condujo hasta un gran sótano helado, lleno hasta el techo de muebles de segunda mano.

Durante una hora Christine hurgó entre el polvo y las telarañas, encontrando aquí y allá una bonita cómoda, una mesa sólida y sencilla, un pequeño sillón tapizado bajo un rimero de arpillera, mientras Andrew, marchando a su retaguardia, discutía larga y tercamente los precios con el hombrecito.

Al fin completaron su lista, y Christine, con el rostro tiznado pero feliz, apretó la mano de Andrew con un sentimiento de triunfo.

—Exactamente lo que necesitábamos —le susurró.

El hombre de tez rojiza los llevó a la oficina, donde, tras depositar su libreta en el

escritorio del propietario con aire de quien ha hecho todo lo que ha podido, dijo:

—Este es el pedido, señor Isaacs.

El señor Isaacs se rascó la nariz. Sus ojos claros, que contrastaban con su piel cetrina, se entristecían mientras examinaban la lista.

—Me temo que no podemos ofrecerle facilidades de pago con esta compra, doctor Manson. Son todos muebles de segunda mano. —Y encogiendo sus hombros humildemente añadió—: Así no podemos hacer negocio.

Christine palideció. Pero Andrew, insistiendo implacablemente, se sentó en una silla, como con intención de quedarse.

—¡Me temo que tendrán que hacerlo, señor Isaacs! Es lo que anuncian en el catálogo, impreso en grandes caracteres. Muebles nuevos y de segunda mano, con facilidades de pago.

Hubo un silencio. El hombre de color rojo, inclinado junto a Isaacs, le cuchicheaba rápidamente al oído, gesticulando. Christine cogía al vuelo palabras nada académicas, que daban testimonio de la dureza de la fibra de su marido, del poder de su perseverancia.

—Está bien, doctor Manson —dijo Isaacs, sonriendo algo forzosamente—, usted gana. No quiero que diga que nos hemos portado mal con usted. Y no olvide contar a sus pacientes lo bien que lo hemos tratado. ¡Smith! Haga la cuenta en la hoja de «venta a plazos» y encárguese de que mañana a primera hora se le envíe una copia al doctor Manson.

—Gracias, señor Isaacs.

Nueva pausa. El señor Isaacs, como queriendo terminar la entrevista, dijo:

—Ya está. Sus muebles les llegarán el viernes.

Christine hizo ademán de irse. Pero Andrew, todavía pegado a su silla, dijo lentamente:

—Y ahora, señor Isaacs..., nuestros billetes de tren.

Fue como si en la oficina hubiera estallado una bomba. Parecía como si a Smith, el colorado, fueran a reventársele las venas.

—¡Por Dios, doctor Manson! —exclamó Isaacs—. ¿Qué pretende usted? Así no podemos hacer negocio. Lo justo es lo justo, pero yo no soy un camello, para echarme todo a mis espaldas. ¡Billetes de tren!

Andrew sacó inexorablemente su cartera. Su voz era ponderada, aunque temblaba algo.

—Aquí dentro tengo su carta, señor Isaacs, en la que usted dice en letras bien claras que pagará los billetes de tren a sus clientes de Inglaterra y Gales cuando el valor de la compra supere las cincuenta libras.

—Pero usted solo ha comprado por valor de cincuenta y cinco libras... y todo de

segunda mano —imploró desesperadamente Isaacs.

—En su carta, señor Isaacs...

—¡Qué importa mi carta! —exclamó el hombre, alzando las manos—. ¡Qué importa nada! ¡No hay trato! Jamás he tenido un cliente como usted. Los recién casados que vienen aquí son gente amable y comprensiva. Usted comenzó ofendiendo al señor Clapp; el señor Smith vino a mí desesperado porque no podía entenderse con ustedes..., y ahora viene usted a atormentarme con sus billetes de tren. No hay trato, doctor Manson. Vaya a otra parte si quiere.

Christine miró asustada a Andrew con ojos suplicantes. Sintió que todo estaba perdido. Su marido estaba desperdiciando todas las ventajas logradas con tanto esfuerzo. Pero Andrew, aparentando no verla, guardó la cartera en el bolsillo.

—Muy bien, señor Isaacs. Nos vamos. Pero le advierto que esto no les parecerá muy bien a mis pacientes y amigos. Tengo una vasta clientela. Y esto se va a saber. Cómo usted nos trajo hasta Londres, prometiendo pagar nuestros billetes, y cómo luego...

—¡Basta! ¡Basta! —gimió Isaacs, fuera de sí—. ¿Cuánto valen esos billetes? Páguelos, señor Smith. Páguelos, páguelos, páguelos. Pero no diga que Regency no cumplió lo prometido. ¿Está usted satisfecho?

—Gracias, señor Isaacs. Estamos muy satisfechos. Esperamos nuestros muebles el viernes. Buenas tardes, señor Isaacs.

Manson le dio gravemente la mano y, tomando del brazo a Christine, salió con ella apresuradamente.

Fuera los estaba aguardando la vieja limusina que los había llevado y, como si hubieran hecho la compra más importante de la historia de Regency, Andrew ordenó:

—Al Museum Hotel, chófer.

Partieron al instante, sin dilación alguna, dejando rápidamente atrás el East End, rumbo a Bloomsbury. Y Christine, que apretaba fuertemente el brazo de Andrew, lo fue soltando poco a poco.

—¡Oh, querido! —murmuró—. Lo has hecho maravillosamente bien. Yo temía que...

Andrew movió la cabeza, con la mandíbula tercamente apretada aún.

—No tenían ningún derecho a comportarse así. Yo tenía su promesa, su promesa escrita... —Se volvió hacia ella, brillándole los ojos—. No se trata de los míseros billetes, querida. Es una cuestión de principios. La gente debe cumplir su palabra. También me molestó ver cómo nos esperaban, frotándose las manos; se veía a la legua: he aquí un par de paletos..., dinero fácil. ¡Y el cigarro que me ofrecieron!... Todo olía a estafa.

—De todos modos, conseguimos lo que necesitábamos —murmuró ella.

Él asintió. Se hallaba en un estado de excesiva tensión y efervescencia para ver el lado cómico del asunto. Pero, una vez en la habitación del hotel, lo vio de pronto.

Mientras encendía un cigarrillo y se tendía en la cama viendo a Christine atusarse el pelo, Andrew se echó a reír. Se rio tanto que ella se contagiò.

—¡Qué cara se le quedó al viejo Isaacs! —A Andrew le dolían las costillas de tanto reír—. Ha sido realmente cómico.

—Y cuando le pediste los billetes...

—«Así no hay negocio». —Y le acometió otro ataque de risa—. «Yo no soy un camello». ¡Oh, Dios mío!, un camello...

Con el peine en la mano y las lágrimas resbalándole por las mejillas, Christine se volvió hacia él y dijo:

—Y lo más divertido fue cuando le soltaste: «Aquí tengo su carta, señor Isaacs, en la que usted dice en letras bien claras...», y yo sabía que te la habías dejado en casa, sobre la repisa de la chimenea.

Andrew se retorció de risa, tapándose la boca con la almohada, mientras ella, con las manos apoyadas en el tocador, le rogaba que parara ya, porque, si no, le iba a dar algo.

Cuando se hubieron serenado, fueron al teatro. Andrew dejó que eligiese ella, y Christine decidió ir a ver *Santa Juana*. Siempre había querido ver una obra de Shaw, le dijo.

Sentado a su lado en la platea repleta, Andrew estaba menos atento a la representación de la obra —«demasiado histórica», dijo, «y, además, ¿quién se cree que es este señor Shaw?»— que al rostro ligeramente encendido, absorto y extasiado de Christine.

Era la primera vez que iban juntos al teatro. Pero no sería la última. Los ojos de Andrew vagaban por la sala atestada. Volverían un día, no a la platea, sino a un palco. Él se encargaría de ello. ¡Les mostraría a todos unas cuantas cosas! Christine llevaría un vestido escotado de fiesta, la gente los miraría, se harían señas: «Ese es Manson, el médico que escribió ese maravilloso tratado sobre el pulmón».

Se levantó súbitamente, con cierta timidez, y en el intervalo le compró un helado a Christine.

Cuando salieron del teatro se sentían desorientados, deslumbrados por las luces, los autobuses y el gentío. Andrew levantó imperativamente la mano. Al verse a salvo, conducidos al hotel, se creyeron, ingenua y dichosamente, los primeros que descubrían el aislamiento que proporciona un taxi.

CAPÍTULO IV

Después de Londres, la brisa de Aberlath era vigorizante y fría. Mientras descendía el jueves por la mañana desde Vale View para iniciar su trabajo, Andrew sintió que le azotaba tonificadamente las mejillas. Le inundaba una alegría inmensa al considerar las nuevas perspectivas que le abriría su nuevo trabajo, un trabajo hecho a conciencia, guiado siempre por su principio, el método científico.

El consultorio del lado oeste, que estaba a no más de cuatrocientos metros de su casa, era un edificio alto y abovedado, con baldosas blancas y un aspecto general de higiene. Su parte central y principal era la sala de espera. Al fondo, separada de esta por un tabique, estaba la farmacia. Arriba había dos salas de consulta, una con el nombre del doctor Urquhart en la puerta, y la otra, recientemente pintada, con el nombre del doctor Manson, que atraía misteriosamente la atención.

A Andrew le produjo una agradable emoción verse identificado ya con su sala, la cual, aun sin ser grande, disponía de un buen escritorio y una camilla forrada en cuero para reconocer a los pacientes. También se sintió halagado por la cantidad de gente que lo esperaba, tanta, que decidió comenzar con su trabajo antes de presentarse al doctor Urquhart y al farmacéutico Gadge, como tenía pensado hacer.

Una vez sentado tras su escritorio, hizo pasar al primer paciente. Era un hombre que había ido para que le extendiera un certificado de baja laboral debido a una dislocación de rodilla. Andrew lo examinó, vio que era cierto y se lo dio.

Entró un segundo paciente. También quería un certificado de baja, por nistagmo. El tercero, lo mismo: certificado, por bronquitis. El cuarto: certificado, por dislocación del codo.

Andrew comenzó a ponerse nervioso. Esas revisiones para extender certificados le harían perder mucho tiempo. Salió a la puerta y preguntó:

—¿Cuántos vienen a por certificados de baja? ¿Quieren levantarse?

Habría allí unas cuarenta personas. Todos se levantaron. Andrew reflexionó rápidamente. Le llevaría casi todo el día examinarlos a todos. De mala gana, resolvió postergar los reconocimientos minuciosos para mejor momento.

Aun así, eran las diez y media cuando examinó al último paciente. Al poco entró en la sala un hombre mayor, de mediana estatura, con el rostro rojo como un ladrillo y una agresiva perilla gris. Se inclinó sobre él, en actitud beligerante. Llevaba pantalones de pana, polainas y una chaqueta escocesa cuyos bolsillos laterales estaban repletos hasta reventar con la pipa, un pañuelo, una manzana y un catéter de goma elástica. Olía a tabaco fuerte, ácido carbónico y drogas. Antes de que hablara, Andrew ya sabía que se trataba del doctor Urquhart.

—¡Maldita sea! —dijo Urquhart, sin un apretón de manos ni una palabra de introducción—, ¿dónde ha estado usted estos últimos días? He tenido que hacer su trabajo. Pero no importa. No hablemos más de ello. Gracias a Dios ya está aquí y parece sano de alma y cuerpo. ¿Le gusta fumar en pipa?

—Sí.

—Gracias a Dios también por ello. ¿Toca el violín?

—No.

—Tampoco yo..., pero fabrico unos muy hermosos. También colecciono porcelanas. Mi nombre aparece en un libro. Se lo mostraré cuando venga a visitarme a mi casa. Está al lado del consultorio. Y ahora venga a ver a Gadge. Es un pobre diablo. Pero conoce sus limitaciones.

Andrew siguió a Urquhart a través de la sala de espera hasta la farmacia, donde Gadge lo saludó con ademán sombrío. Era un hombre alto, débil, cadavérico, con una cabeza calva surcada por mechones de pelo negro como el azabache y enmarcada por patillas del mismo color. Vestía una chaqueta corta de alpaca, verdosa de puro vieja y con manchas de productos de botica, que dejaba ver unas muñecas huesudas y unos hombros esqueléticos. Su aire era triste, cáustico, cansado; su actitud, la del hombre más desilusionado del mundo. Cuando entró Andrew, estaba atendiendo a su último cliente, pasándole una caja de píldoras a través de una ventanilla como si fuera veneno para ratones. «Tómelo o déjelo —parecía decir—: Se morirá de todos modos».

—Bien —dijo vivamente Urquhart cuando hubo efectuado la presentación—. Ya conoce a Gadge. Le advierto que no cree en nada, exceptuando, tal vez, el aceite de ricino y a Charles Bradlaugh. ¿Tiene algo que comentar sobre su trabajo?

—Me preocupa el número de certificados de baja que he tenido que firmar. Algunos de los pacientes que he visto esta mañana estaban en condiciones de trabajar.

—Eso es culpa de Leslie. Su concepto de examinar a un paciente era tomarle el pulso durante cinco segundos. Le importaba todo un comino.

Andrew respondió rápidamente:

—¿Qué se puede pensar de un médico que entrega certificados de baja como cupones de cigarrillos?

Urquhart lo miró y dijo secamente:

—Actúe con prudencia. Pueden disgustarse si no se los da.

Por primera y última vez esa mañana intervino adustamente Gadge:

—La mitad de ellos no tienen mal alguno. ¡Son unos bribones perfectamente sanos!

Mientras hacía sus visitas, Andrew estuvo dándole vueltas al asunto de los certificados. El día no fue fácil, pues no conocía los barrios ni las calles, y más de una vez tuvo que volver atrás y recorrer de nuevo lo andado. Su distrito, además, o la mayor parte del mismo, estaba en el lado de la colina Mardy, la que había mencionado Tom

Kettles, lo que suponía un constante trepar entre hileras de casas.

Antes de mediodía sus reflexiones lo habían llevado a una decisión desagradable. No podía, de ninguna manera, dar certificados porque sí. Marchó a su consultorio de la tarde con una determinación angustiosa pero firme, metida entre ceja y ceja.

Había más gente que en la consulta de la mañana. El primer paciente que entró era un hombretón obeso, que despedía un fuerte olor a cerveza y tenía aspecto de no haber trabajado un día entero en toda su vida. Tenía unos cincuenta años y unos ojillos de cerdo que se clavaron sobre Andrew.

—¡Certificado! —dijo sin preocuparse de sus modales.

—¿Por qué? —preguntó Andrew.

—Nistagmo. —Alargó la mano—. Me llamo Chenkin. Ben Chenkin.

Solo el tono hizo que Andrew lo mirara con inmediato desagrado. Aun con una inspección superficial presentía que Chenkin no tenía nistagmo. Sabía muy bien, aparte del comentario de Gadge, que algunos de los mineros más viejos alegaban padecer esa enfermedad de los ojos para conseguir la baja y una buena remuneración mensual durante años. Pero había traído consigo el oftalmoscopio. Pronto sabría si aquel hombre decía la verdad. Se levantó.

—Quítese la ropa.

Ahora fue Chenkin el que preguntó:

—¿Por qué?

—Voy a examinarlo.

Ben Chenkin se quedó con la boca abierta. En los siete años que había estado allí el doctor Leslie, nunca había sido examinado. De mala gana se quitó la chaqueta, la bufanda y la camisa a rayas azules y rojas, descubriendo un torso velludo y adiposo.

Andrew realizó un examen largo y completo, especialmente de las retinas, con su pequeña linterna eléctrica.

Luego dijo, con un tono cortante:

—Vístase, Chenkin.

Se sentó, cogió la pluma, escribió un par de líneas y le tendió el certificado.

—El siguiente —llamó Andrew.

Chenkin arrebató prácticamente de las manos de Andrew la papeleta rosa y salió con aire triunfal del consultorio.

Cinco minutos después regresó lívido, bramando como un toro, abriéndose camino entre los hombres que aguardaban sentados en los bancos.

—¡Mirad lo que está haciendo! ¡Entremos! ¿Qué significa esto? —Agitó el certificado ante los ojos de Andrew.

Andrew fingió leer el papel. Decía, de su puño y letra: «Certifico que Ben Chenkin sufre de los efectos del consumo excesivo de cerveza, pero se halla perfectamente apto

para toda clase de trabajo. A. Manson».

—¿Y bien? —dijo.

—¡Nistagmo! —gritó Chenkin—. Certificado de nistagmo. No puede reírse de nosotros. Siempre nos han dado los certificados de nistagmo.

—Pues esta vez no —dijo Andrew. Una multitud se había apiñado detrás de la puerta abierta. Se dio cuenta de que Urquhart lo acechaba desde la otra sala y de que Gadge contemplaba feliz el tumulto a través de su ventanilla.

—Por última vez..., ¿nos va a dar el certificado de nistagmo? —aulló Chenkin.

Andrew perdió la cabeza.

—¡No, y no! —le gritó—. Y salga de aquí antes de que lo eche.

Chenkin jadeaba. Parecía como si quisiera barrer el suelo con Andrew. Luego bajó los ojos, se volvió y, profiriendo juramentos y amenazas, salió del consultorio.

Gadge abandonó su puesto en la farmacia y se abrió camino hasta el consultorio de Andrew. Se frotaba las manos con melancólico deleite.

—¿Sabe a quién acaba de despedir? A Ben Chenkin. Su hijo es un importante miembro del comité.

CAPÍTULO V

El caso Chenkin produjo un gran revuelo. «Manson hizo lo que tenía que hacer», decían unos. «Me parece magnífico», aseguraban otros, aprobando que se hubiera puesto fin a la estafa de Ben y le hubiesen declarado apto para el trabajo. Pero todos los que obtenían indemnizaciones por incapacidad, la mayoría, estaban de parte de Ben. Cuando atendía sus visitas particulares, Andrew se daba cuenta de las torvas miradas que le dirigían. Y por las tardes, en el consultorio, tenía que afrontar verdaderas manifestaciones en contra de él.

Aunque nominalmente cada ayudante estaba adscrito a un distrito, los trabajadores del mismo tenían derecho a elegir libremente su médico. Cada hombre tenía una tarjeta, y no tenían más que entregársela a otro médico para efectuar el cambio. Y es lo que hicieron muchos de sus pacientes. Durante las siguientes semanas, hombres a quienes jamás había visto acudían cada tarde al consultorio —algunos que temían el encuentro personal enviaban a sus mujeres— y le decían, sin mirarlo:

—Si no tiene inconveniente, doctor, desearía mi tarjeta.

La humillación de tener que levantarse para sacar las tarjetas del cajón del escritorio era intolerable. Y cada tarjeta que entregaba significaba diez chelines menos de su sueldo.

El sábado por la noche, Urquhart le invitó a su casa. El anciano, que durante toda la semana había exhibido en sus coléricas facciones un aire de satisfacción, comenzó a mostrarle los tesoros de sus cuarenta años de ejercicio de la profesión. Tenía, tal vez, una veintena de violines amarillos colgados de las paredes, todos fabricados por él mismo, pero estos carecían de importancia comparados con su selecta colección de porcelanas antiguas.

Era una colección soberbia: Spode, Wedgwood, Crown Derby y, mejor todavía, Swansea antigua, todo estaba allí. Platos y cubiletes, tazones, tazas y jarros llenaban todas las piezas de la casa, incluso el cuarto de baño, donde Urquhart podía contemplar con orgullo un juego exclusivo de té mientras se aseaba.

La porcelana era, de hecho, la pasión de su vida, y era un maestro viejo y astuto en el arte de adquirirla. Siempre que veía un «bocado apetitoso» —como decía él— en casa de algún paciente, lo visitaba asiduamente y no paraba de hacer elogiosos comentarios sobre la codiciada pieza, hasta que al fin la dueña de la casa exclamaba:

—Doctor, parece muy impresionado por esta pieza. No puedo por menos que ponerla a su disposición.

Entonces Urquhart rechazaba amablemente el ofrecimiento, pero, ante la insistencia de la mujer, tomaba su trofeo, lo envolvía en un diario y se lo llevaba con aire triunfal a su casa para colocarlo amorosamente en sus vitrinas.

El anciano era todo un personaje en la ciudad. Se le suponían sesenta años, pero probablemente tenía más de setenta, y puede que cerca de ochenta. Flexible como barba de ballena, sin otro vehículo que la suela de sus zapatos, cubría distancias increíbles y profería juramentos homicidas contra sus pacientes, pero también podía ser tierno como una mujer. Vivía solo —desde la muerte de su esposa, ocurrida once años atrás—, y se alimentaba casi exclusivamente de sopas en conserva.

Aquella tarde, tras haber mostrado ufanamente su colección, dijo de pronto a Andrew, como enfadado:

—Hombre del diablo. Yo no quiero ninguno de sus pacientes. Tengo suficientes. Pero ¿qué puedo hacer si vienen a jorobarme? No pueden ir todos al consultorio del lado este; es demasiado lejos.

Andrew enrojeció. No podía decir nada.

—Tiene que ser más prudente, hombre —prosiguió Urquhart con tono alterado—. ¡Oh, lo sé, lo sé! ¡Usted quiere derribar las murallas de Babilonia! Yo también he sido joven. Pero, de todos modos, no se apresure, no se cree dificultades, mire antes de saltar. ¡Buenas noches! Saludos a su esposa.

Con las palabras de Urquhart zumbándole en los oídos, Andrew se esforzó por ser cauto. Pero le sobrevino un desastre aún mayor.

El lunes siguiente fue a casa de Thomas Evans, en la calle Cefan. Evans, empleado en la mina de carbón de Aberlawa, se había derramado una caldera de agua hirviendo en el brazo izquierdo. Era una quemadura seria, extensa, particularmente grave en la parte del codo. Cuando llegó Andrew, vio que la enfermera del distrito, que se hallaba en esa zona en el momento del accidente, había tratado la quemadura con aceite de linaza y luego había proseguido su tarea. Andrew examinó el brazo, reprimiendo el horror que le producía el inmundito vendaje. Con el rabillo del ojo observó la botella de aceite de linaza, taponada con papel de diario y que contenía un sucio líquido blancuzco en el que casi podía ver pululando las bacterias.

—La enfermera Lloyd ha hecho un buen trabajo, ¿verdad, doctor? —dijo Evans nerviosamente.

Era un hombretón de ojos oscuros y fuerte musculatura. Su mujer, nerviosa como su marido, observaba atentamente a Andrew.

—Hermoso vendaje —dijo Andrew con desbordante entusiasmo—. Pocas veces he visto uno más limpio. Ahora creo que probaremos con ácido pícrico.

Sabía que, si no usaba rápidamente el antiséptico, el brazo corría el riesgo de infectarse. Y entonces, pensó, ¡que el cielo salve esa articulación del codo!

Los dos lo observaban mientras, con escrupulosa pulcritud, limpiaba el brazo y le colocaba una compresa empapada en ácido pícrico.

—¡Ya está! —exclamó—. ¿Se siente mejor?

—No lo sé —dijo Evans—. ¿Está seguro de que no hay peligro, doctor?

—No se preocupe —dijo Andrew con una sonrisa inspiradora de confianza—. Déjenos esto a la enfermera y a mí.

Antes de abandonar la casa escribió una pequeña nota a la enfermera del distrito, haciendo lo posible por ser discreto y no ofenderla. Le daba las gracias por su espléndido tratamiento de urgencia y le pedía, como medida contra posibles infecciones, que tuviera la bondad de insistir con las compresas de ácido pícrico. Cerró cuidadosamente el sobre.

A la mañana siguiente, de vuelta en casa de Evans, vio que las compresas de ácido pícrico habían sido arrojadas al fuego y el brazo curado nuevamente con aceite de linaza. La enfermera del distrito estaba esperándolo, preparada para la batalla.

—Me agradecería saber qué significa esto. ¿No es lo bastante bueno para usted mi trabajo, doctor Manson?

Era una mujer de edad mediana, gruesa, de pelo gris desarreglado y rostro fatigado y envejecido. Apenas podía hablar a causa de la palpitación del pecho.

El corazón de Andrew se encogió. Pero se dominó y forzó una sonrisa.

—Enfermera Lloyd, no me interprete mal. ¿Quiere que conversemos sobre esto en la habitación de al lado?

La enfermera se irguió, mirando al rincón donde Evans y su mujer, que tenía pegada a la falda a una pequeñuela de tres años, escuchaban alarmados y con unos ojos enormes.

—No, hablemos aquí. No tengo nada que ocultar. Mi conciencia está limpia. He nacido y he sido educada en Abergavenny, me he casado aquí, y aquí he tenido mis hijos, aquí he perdido a mi marido y trabajado veinte años como enfermera del distrito. Y nadie me ha dicho jamás que no usara aceite de linaza en una quemadura o escaldadura.

—Escúcheme, enfermera —alegó Andrew—. Tal vez el aceite de linaza sirva en algunos casos. Pero en este caso hay peligro de contracción. —Puso rígido el codo de ella como ejemplo—. Por eso quiero que emplee mi compresa.

—Jamás he oído hablar de eso. El viejo Urquhart no la usa. Y eso es lo que le he dicho al señor Evans. ¡No me fío de los nuevos métodos de alguien que no lleva aquí más que una semana!

Andrew tenía la boca reseca. Se sentía temeroso ante la perspectiva de una nueva dificultad, de las repercusiones de aquella escena, porque la enfermera, que iba de casa en casa y en todas partes exponía sus ideas, era una persona con quien resultaba peligroso indisponerse. Pero no se atrevía a exponer a su paciente con ese tratamiento anticuado. Le dijo en voz baja:

—Si no quiere usted poner la compresa, yo mismo vendré mañana y tarde a hacerlo.

—Hágalo usted, pues. Yo me lavo las manos —exclamó la enfermera Lloyd, con los ojos humedecidos—. Y espero que Tom Evans salga con vida de esta.

Un minuto después, dando un portazo, se fue de la casa.

En profundo silencio, Andrew quitó el vendaje. Estuvo casi media hora lavando y curando pacientemente el brazo accidentado. Al irse, prometió volver a las nueve de la noche.

Esa misma tarde, cuando llegó al consultorio, la primera persona que se presentó fue la señora Evans, con el rostro pálido y sus negros ojos evitando la mirada de Andrew.

—Doctor —balbuceó—, perdone que le moleste, pero ¿podría devolverme la tarjeta de Tom?

Una oleada de pesimismo pasó por Andrew. Se levantó sin decir palabra, buscó la tarjeta de Tom Evans y se la entregó.

—¿Lo entiende, doctor? Ya no hace falta que vuelva a casa de Tom.

Él respondió con tono vacilante:

—Comprendo, señora Evans. —Luego, mientras ella se acercaba a la puerta, le preguntó, tenía que preguntarle—: ¿De nuevo están con el aceite de linaza?

Ella asintió y se fue.

Al salir del consultorio, Andrew se fue directamente a Vale View. «¡Un triunfo del método científico! —pensó amargamente—. ¿Soy honrado o simplemente un excéntrico? ¡Excéntrico y estúpido, estúpido y excéntrico!».

Estuvo muy callado durante la cena. Pero después, en el salón, ahora confortablemente amueblado, mientras estaban sentados junto al alegre fuego, descansó la cabeza sobre el blando seno de Christine.

—¡Oh, querida! —gimió—. He comenzado de forma desastrosa.

Mientras ella lo acariciaba, golpeándole cariñosamente la frente, sorprendió lágrimas en sus ojos.

CAPÍTULO VI

El invierno llegó, temprana e inesperadamente, con una gran nevada. Aunque era solo mediados de octubre, Aberalaw estaba tan alto, que aun antes de que las hojas hubieran caído de los árboles se vio azotado por terribles heladas. La nieve cayó silenciosamente durante toda la noche en forma de copos blandos. Al despertar, Christine y Andrew se encontraron con una vasta blancura resplandeciente. Unos potros salvajes habían entrado por un boquete de la empalizada y estaban apiñados junto a la puerta trasera de la casa. Sobre las anchas mesetas y pastizales que rodean Aberalaw, aquellos animalitos salvajes de color oscuro vagaban en gran número, huyendo siempre de la presencia del hombre. Pero en tiempo de nevadas el hambre los arrastraba hasta las cercanías de la población.

Christine alimentó a los caballitos durante el invierno. Al principio ellos la rehuían, tímidos y recelosos, pero al final se acercaron a comer de su mano. Uno especialmente se convirtió en amigo suyo, el más pequeño de todos, negro y de crin enmarañada, un animalito de ojos pícaros, no mayor que un Shetland, al que bautizaron con el nombre de *Darkie*.

Comían toda clase de alimentos: migas de pan, mondaduras de patatas, de manzanas y aun de naranjas. Una vez, por diversión, Andrew le ofreció a *Darkie* una caja de fósforos vacía. El animal la mascó con fruición y luego se relamió los labios como un *gourmet* que comiera paté.

Aun siendo tan pobres, aun teniendo que tolerar tantas cosas, Christine y Andrew vivían felices. Andrew solo tenía peniques que hacer sonar en sus bolsillos, pero la deuda de la Dotación estaba cancelada y en vía de pago los muebles de la casa. Christine, con toda su fragilidad y su inexperiencia, tenía la cualidad de la mujer de Yorkshire: era un ama de casa. Con la sola ayuda de una jovencita llamada Jenny, hija de un minero que vivía en el camino de atrás, mantenía la casa reluciente. Aunque cuatro de las habitaciones permanecían sin muebles y discretamente bajo llave, convirtió Vale View en un hogar. Cuando Andrew regresaba cansado, vencido por un largo día de trabajo, ella le tenía comida caliente sobre la mesa.

El trabajo de Andrew era enormemente duro, no porque tuviera muchos pacientes, sino a causa de la nieve, las difíciles subidas a las partes altas y las grandes distancias entre las casas de sus pacientes. Cuando se derretían las nieves y los caminos se convertían en lodazales, antes de que nevara de nuevo por la noche, la marcha era pesada y difícil. Tan a menudo regresaba con los bajos de los pantalones empapados, que Christine le compró un par de polainas. Por la noche, cuando él se dejaba caer exhausto en una silla, ella se arrodillaba y le colocaba las pantuflas. No era un acto de

servidumbre, sino de amor.

La gente seguía mostrándose suspicaz. Toda la parentela de Chenkin —que era numerosa, pues en los valles eran frecuentes los matrimonios consanguíneos— se había mancomunado en una general hostilidad hacia él. La enfermera Lloyd era su enemiga declarada, y se complacía en desprestigiarlo mientras tomaba el té en las casas que visitaba.

Además, tenía que arrostrar una carga suplementaria. El doctor Llewellyn recurría a él para administrar anestésicos más veces de las convenientes y permitidas. Andrew aborrecía ese trabajo: era un trabajo mecánico que exigía un espíritu especial, un temperamento tranquilo y mesurado, que ciertamente él no poseía. Por supuesto, lo hacía con sus propios enfermos, pero, cuando se vio solicitado tres veces por semana para gente a la que jamás había visto, comenzó a sentir que estaba soportando una carga que le correspondía a otro. No obstante, no se atrevía a protestar, sencillamente por miedo a perder su ocupación.

Un día de noviembre, Christine notó que algo lo tenía abatido. Entró esa noche sin saludarla alegremente y, aunque procuró aparentar indiferencia, ella, que lo amaba demasiado, advirtió, por el surco entre los ojos y otras señales menudas, que Andrew había recibido un golpe inesperado.

Durante la cena, ella no hizo comentario alguno y enseguida se puso a trabajar en su costura junto al fuego. Él se sentó a su lado, la pipa entre los dientes, y al instante declaró de sopetón:

—Me disgusta quejarme, Christine. Y aún más intranquilizarte. Sabe Dios que procuro guardarme las cosas para mí mismo.

Esto, teniendo en cuenta que él le abría su corazón cada tarde, era sumamente divertido. Pero Christine no se rio cuando él prosiguió:

—Tú sabes bien que el hospital de Aberalaw me gustó desde el principio, que abrigué grandes esperanzas de poder realizar en él un buen trabajo.

—Sí, es verdad,

—Pues bien, me engañé a mí mismo —prosiguió Andrew fríamente—. No es el hospital de Aberalaw. Es el hospital de Llewellyn.

Christine se quedó muda, los ojos en suspenso, aguardando que se explicara.

—Esta mañana, Christine —ahora hablaba rápidamente, todo fuego—, he detectado un caso de neumonía apical incipiente en uno de los perforadores de antracita. Ya sabes que me interesa mucho el estado pulmonar de esa gente. Sé positivamente que hay ahí un gran campo de investigación. Pensé para mis adentros: he aquí mi primer enfermo para el hospital, oportunidad típica para la sinopsis y el archivo científicos. Telefoneé a Llewellyn y le pedí que visitara conmigo al paciente, con intención de ingresarlo y llevarlo a la sala.

Andrew se detuvo para tomar aliento y luego prosiguió:

—Bien. Vino Llewellyn con su auto, muy gentil, y lo examinó a conciencia. Conoce su trabajo del revés y del derecho; es un hombre eminente. Confirmó el diagnóstico, después de señalar una o dos cosas que yo había pasado por alto, y convino en llevar de inmediato al enfermo al hospital. Le di las gracias, manifestándole cuánto significaba para mí el acceso a la sala y tener tales facilidades para el tratamiento de este caso especial. Entonces Llewellyn me dirigió una mirada muy risueña y amistosa. «Usted no tiene por qué molestarse en venir, Manson —dijo—. Yo lo trataré. No podemos permitir que los ayudantes trajinen por las salas... —miró mis polainas—... con sus zapatos claveteados». ¿Sabes qué significa eso? Que puedo ir a las casas de los mineros, con mis zapatos pesados y sucios y mi impermeable empapado; puedo examinar a mis enfermos con una luz pésima, tratarlos en malas condiciones, pero cuando se trata del hospital... ¡Oh!, allí solo se me necesita para administrar el éter. Pero tengo que aguantar que Llewellyn me utilice de practicante.

Fue interrumpido por la campanilla del teléfono. Tras dirigirle una mirada comprensiva, Christine se levantó para atender la llamada. Andrew la oía hablar. Luego regresó vacilante.

—El doctor Llewellyn está al teléfono; lo siento..., lo siento mucho, querido. Te necesita mañana a las once para una anestesia.

Andrew no respondió, sino que se quedó con la cabeza apoyada sobre los puños apretados.

—¿Qué le digo? —dijo ansiosamente Christine.

—Dile que se vaya al diablo —exclamó él. Luego, pasándose la mano por la frente, rectificó—: No, no. Dile que estaré allí a las once, a las once en punto —añadió con amarga sonrisa.

Al regresar, Christine le llevó una taza de café caliente..., uno de sus efectivos recursos para combatir la depresión.

Mientras bebía, le sonrió a su mujer.

—¡Me siento muy feliz aquí contigo, Christine! ¡Solo si el trabajo anduviera como es debido!... ¡Oh! Reconozco que no hay nada de personal o extraordinario en el hecho de que Llewellyn me excluya de las salas. Lo mismo ocurre en Londres, y en todos los grandes hospitales. Es el sistema. ¿Por qué tiene que ser así, Christine? ¿Por qué un médico es separado de su enfermo cuando este ingresa en el hospital? Pierde el caso tan completamente como si hubiera perdido al paciente. Es parte de nuestro maldito sistema de médicos universales, y es erróneo, completamente erróneo. ¡Dios mío! ¿Por qué te hago disertaciones a ti? Como si ya no tuviéramos bastantes preocupaciones. ¡Cuando pienso en mis comienzos aquí! ¡Cuántas cosas iba a hacer!, y, en vez de eso, mira dónde estoy.

Pero al término de la semana recibió una visita inesperada. Muy tarde, cuando él y Christine estaban a punto de subir al dormitorio, sonó la campanilla de la puerta. Era Owen.

Andrew palideció. Juzgó la visita del secretario como el acontecimiento más lamentable de todos, la culminación de todos esos meses de luchas y fracasos. ¿Quería el comité que renunciara? ¿Lo iban a despedir, a echar a la calle con Christine? Se le oprimió el corazón al mirar el rostro enjuto, tímido, del secretario, y luego se le dilató, aliviado y alegre, cuando sacó una tarjeta amarilla.

—Siento venir a esta hora, doctor Manson, pero he tenido trabajo en la oficina y no he podido ir a su consultorio. Me preguntaba si usted tendría inconveniente en aceptar mi tarjeta médica. Es, en cierto modo, extraño, siendo yo el secretario de la sociedad, que nunca me haya preocupado de elegir. La última vez que consulté a un doctor estaba en Cardiff. Pero ahora, si me acepta, me agradecería mucho figurar en la lista de usted, doctor Manson.

Andrew apenas podía hablar. Había devuelto tantas tarjetas como esa, con el pesar consiguiente, que recibir una ahora, y del mismo secretario, le resultaba abrumador.

—Gracias, señor Owen... Me complacerá mucho atenderle.

Christine, que estaba en el vestíbulo, intervino rápidamente:

—¿Por qué no tiene la bondad de pasar, señor Owen?

Él replicó que no quería molestar, pero era evidente que deseaba entrar. Sentado en una silla de brazos, fijos los ojos en el fuego, tenía un aire de extraordinaria tranquilidad. Aunque por su acento e indumentaria no parecía diferenciarse de un obrero corriente, tenía la quietud contemplativa, el color casi transparente del asceta. Parecía por momentos estar ordenando sus pensamientos. Luego dijo:

—Me alegro de tener la oportunidad de hablarle, doctor. No se descorazone si encuentra obstáculos en sus comienzos. Las gentes de aquí son algo difíciles, pero buenas. Volverán a usted, volverán.

Antes de que Andrew pudiera hablar, prosiguió:

—No ha tenido noticias de Tom Evans, ¿no? El brazo se le ha quedado inútil. ¡Aquel líquido contra el cual le previno produjo exactamente el resultado que usted temía! No puede articular el codo, y ha perdido su trabajo en la mina. ¡Ay! Y como la quemadura se la hizo en su casa, no ha conseguido ni un penique de indemnización.

Andrew delató con su expresión cuánto deploraba el hecho. No le guardaba rencor a Evans; solo sentía tristeza por la fatalidad del suceso.

Owen guardó silencio una vez más. Luego comenzó a contarles, con su voz más tranquila, las primeras luchas de él mismo, cómo había trabajado bajo tierra siendo un niño de catorce años, asistiendo de noche a la escuela, cómo había mejorado poco a poco de situación, aprendiendo mecanografía y taquigrafía hasta obtener finalmente la

secretaría de la sociedad.

Andrew sabía que Owen dedicaba todo su tiempo a mejorar la suerte de los obreros. Amaba su trabajo en la Sociedad porque era una expresión de su ideal. Pero él aspiraba a mejorar las viviendas, la higiene, la seguridad y las condiciones de vida, no solo para los mineros, sino también para sus familiares. Conocía las cifras de mortalidad por maternidad entre las mujeres de los mineros, y la mortalidad infantil. Tenía todos los gráficos, todos los hechos en la punta de los dedos.

Pero, además de hablar, escuchaba. Sonrió cuando Andrew le contó lo de la epidemia de tifus en Drineffy y lo del alcantarillado. Mostró gran interés al oír que los trabajadores de la antracita se hallaban más sujetos a las enfermedades pulmonares que los demás mineros.

Estimulado por la presencia de Owen, Andrew abordó este asunto con gran ardor. Le había impresionado, después de muchos penosos exámenes, comprobar que un gran porcentaje de mineros de la antracita contraían la tuberculosis. En Drineffy, muchos de los perforadores que acudían a él quejándose de tos o de «flemas en los bronquios», eran en realidad casos incipientes o avanzados de tuberculosis pulmonar. Y allí estaba observando lo mismo. Había comenzado a preguntarse si no había alguna relación directa entre ese trabajo y la enfermedad.

—¿Comprende lo que quiero decir? —exclamó ansiosamente—. Estos operarios trabajan todo el día entre el polvo, entre el polvo de piedra de las galerías subterráneas. Sus pulmones se sofocan con él. Y tengo la sospecha de que es dañino. Los perforadores, por ejemplo, que absorben la mayor parte, parecen contraer el mal con más frecuencia que los cargadores, pongamos por caso. Puedo estar equivocado, pero no lo creo. Y lo que más me excita es... ¡que nadie ha seguido muy lejos esta senda de investigación! En la lista del Home Office no hay mención de ninguna enfermedad industrial parecida. Cuando esos hombres caen enfermos, no consiguen un solo penique de indemnización.

Owen se inclinó hacia adelante, entusiasmado, encendido su pálido rostro con una vivida animación.

—¡Vaya, doctor, eso sí que es hablar! Hacía mucho tiempo que no había escuchado algo tan importante.

Debatieron animadamente la cuestión. Era tarde cuando el secretario se levantó para marcharse, excusándose por haberse quedado tanto rato; instó calurosamente a Andrew a proseguir sus investigaciones, prometiéndole toda la ayuda que pudiera prestarle.

Cuando la puerta de la calle se cerró detrás de Owen, Andrew sintió en el ambiente una cálida impresión de sinceridad. Y, como en la reunión del comité en que se le había otorgado el puesto, pensó: «Ese hombre es mi amigo».

CAPÍTULO VII

La noticia de que el secretario le había llevado su tarjeta a Andrew se divulgó rápidamente por el distrito, contribuyendo a detener la oleada de impopularidad del nuevo médico.

Aparte de esta ganancia material, Christine y él se sintieron mejor después de la visita de Owen. Hasta entonces la vida social de la población había prescindido enteramente de ellos. A pesar de que Christine nunca se quejaba, había momentos durante las largas ausencias de Andrew, motivadas por sus visitas, en que ella sentía el peso de la soledad. Las mujeres cuyos maridos ocupaban puestos importantes en la Compañía tenían un concepto demasiado elevado de sí mismas como para visitar a las de los médicos ayudantes. La señora Llewellyn, que le había prometido un afecto imperecedero y gratas excursiones en automóvil a Cardiff, fue a verla un par de veces cuando Christine estaba ausente y no se dejó ver más. Entretanto, las esposas de los doctores Medley y Oxborrow, del consultorio del lado este, la primera una mujer marchita, y la otra una fanática que podía pasarse una hora —por el reloj de segunda mano de Regency— hablando de las misiones del África occidental, se habían mostrado singularmente reservadas. Parecía no existir ninguna conciencia de unidad ni de solidaridad entre los médicos ayudantes o sus esposas. Eran indiferentes, pasivos y hasta serviles en su actitud.

Una tarde de diciembre, cuando Andrew regresaba a Vale View por el camino de atrás, que seguía por la cresta de la colina, vio acercarse a un joven larguirucho y rígido, de su misma edad, al que reconoció al instante como Richard Vaughan. Su primer impulso fue cruzar al otro lado para evitarlo. Y entonces le asaltó tenazmente el pensamiento: «¿Por qué he de hacerlo? ¿Qué me importa a mí ese hombre?».

Con los ojos vueltos a otra parte, se disponía a pasar de largo cuando, para su sorpresa, oyó que lo llamaban en un tono amistoso, casi jovial.

—¡Hola! Usted es el médico que hizo volver al trabajo a Ben Chenkin, ¿no?

Andrew se detuvo, alzando la mirada cautelosamente, con una expresión que decía:

«¿Y qué? No lo he hecho por usted».

Aun cuando respondió cortésmente, se dijo a sí mismo que no estaba dispuesto a dejarse dominar ni siquiera por el hijo de Edwin Vaughan. Los Vaughan eran los propietarios virtuales de la Compañía de Aberalaw; obtenían todas las regalías de las minas adyacentes, eran ricos, exclusivos, inaccesibles. Ahora que el viejo Edwin se había retirado a una finca cerca de Brescon, Richard, el hijo único, se había hecho cargo de la dirección de la Compañía. Casado recientemente, se había construido una gran casa, con todos los adelantos modernos, que dominaba la ciudad.

Mirando a Andrew y atusándose el ralo bigote, le dijo:

—Me hubiera gustado ver la cara del viejo Ben.

—Yo no la encontré particularmente divertida.

El labio de Vaughan se encogió detrás de su mano, ante el terco orgullo escocés. Añadió en tono amable:

—Ustedes son ahora nuestros vecinos más cercanos. Mi mujer, que acaba de volver de Suiza, donde ha estado estas últimas semanas, irá a visitar a la suya, ahora que ya están instalados.

—¡Gracias! —dijo secamente Andrew, continuando su camino.

Por la noche le refirió burlonamente el incidente a Christine:

—¿Qué crees que pretende? Lo he visto cruzarse en la calle con Llewellyn, y apenas si le ha saludado. Tal vez intenta engatusarme para que haga volver al trabajo a sus malditas minas a unos cuantos hombres más.

—No, Andrew —protestó Christine—. Eres muy suspicaz, terriblemente suspicaz.

—Piensa que desconfío de él. Orgullosa, nadando en dinero, educado en colegio de aristócratas y feo como un macaco... «Mi esposa, que ha estado paseando por los Alpes mientras ustedes se consumían en la colina Mardy, hará una visita a la suya». ¡Ah! Ya la veo llegando a nuestra casa, querida. Y, si lo hace —se indignó súbitamente—, ten mucho cuidado de no humillarte ante ella.

Christine respondió del modo más cortante que él le había oído jamás:

—Creo que sé comportarme.

A pesar de los pronósticos de Andrew, la señora Vaughan visitó a Christine y se quedó mucho más rato que el exigido por la mera etiqueta. Cuando Andrew regresó aquella tarde, encontró a Christine alegre, ligeramente colorada, con aspecto de haberse divertido. No respondió a sus irónicas averiguaciones, pero admitió que la cosa había sido un éxito.

Andrew se burló de ella:

—Supongo que has sacado nuestra vajilla de plata, la tetera chapada en oro. ¡Oh, y una torta de Parry!

—No. Hemos tomado pan con mantequilla —respondió tranquilamente—. Y he sacado la tetera de cobre.

Él alzó las cejas burlonamente.

—¿Y le ha gustado?

—Espero que sí.

Algo inquietaba extrañamente a Andrew después de aquella conversación, una emoción que, de haberla intentado analizar, no lo hubiera conseguido del todo. Diez días después, cuando la señora Vaughan llamó por teléfono para invitarlos a cenar, Andrew se quedó estupefacto. Christine estaba en la cocina preparando un pastel, y respondió él al

teléfono.

—Lo siento —se excusó—, me temo que me va a ser imposible. No salgo del consultorio hasta las nueve.

—Pero no el domingo, supongo. —La voz de ella era suave, encantadora—. Vengan a cenar el próximo domingo. Queda convenido, entonces.

Andrew arremetió contra Christine:

—Estos malditos amigos tuyos encopetados nos obligan a ir a cenar con ellos. No podemos ir. Estoy convencido de que el próximo domingo por la tarde tendré que atender un parto.

—Ahora me vas a escuchar tú a mí, Andrew Manson. —Los ojos de Christine se habían iluminado, y le sermoneó severamente—. Deja de comportarte como un estúpido. Somos pobres, y todo el mundo lo sabe. Tú vistes trajes gastados y yo soy la cocinera de esta casa. Pero no importa. Tú eres médico, y un buen médico, además, y yo soy tu mujer. —Su expresión perdió por un momento la tensión—. ¿Me estás escuchando? Te sorprenderá, pero aún tengo el certificado de matrimonio guardado en mi cajón. Los Vaughan tienen mucho dinero, pero eso no impide que sean personas bondadosas, encantadoras e inteligentes. Tú y yo somos maravillosamente felices aquí, amor mío, pero debemos tener amigos. ¿Por qué no ser sus amigos si ellos nos invitan a serlo? No te avergüences de ser pobre. Olvida lo del dinero, la posición social y todo lo demás, y aprende a juzgar a la gente por lo que realmente es.

—¡De acuerdo, está bien...! —refunfuñó Andrew.

Así pues, el domingo acudieron a la invitación. Andrew caminaba rígido, con una docilidad aparente, y mientras recorrían la magnífica explanada, junto a la cual habían construido una nueva pista de tenis, murmuró entre dientes:

—Probablemente no nos recibirán cuando vean que no visto como un aristócrata.

En contra de lo que esperaba, fueron bien recibidos. El rostro huesudo y feo de Vaughan sonrió amablemente tras una cajita de plata que, por alguna razón desconocida, sacudía vigorosamente. La señora Vaughan los saludó con naturalidad y sencillez. Había otros dos invitados, el profesor Challis y su señora, que pasaban el fin de semana con los Vaughan.

Después del primer cóctel que había tomado en toda su vida, Andrew echó un vistazo al salón: la gran alfombra amarilla, los floreros, los libros y los muebles antiguos, que eran de una rara belleza. Christine conversaba alegremente con Vaughan y su esposa, y con la señora Challis, una mujer de edad con cómicas arrugas en torno a los ojos. Sintiéndose aislado, Andrew se aproximó cautelosamente a Challis que, a pesar de su larga barba blanca, despachaba alegremente su tercer trago.

—¿Habrá algún médico joven que emprenda bondadosamente una investigación —dijo dirigiéndose sonriente a Andrew— sobre qué función cumple la aceituna en el

martini? Le advierto de antemano que tengo mi teoría. Pero ¿qué piensa usted, doctor?

—Eh... —balbuceó Andrew—. Yo no...

—¡Lo que me temía!

Challis se compadeció de él.

—Se trata de una conspiración de camareros y de gente poco hospitalaria, como nuestro amigo Vaughan. Una explotación del principio de Arquímedes —pestañeó rápidamente bajo sus pobladas cejas negras—. Por el simple efecto del líquido que desaloja, esperan ahorrar ginebra.

Andrew no podía sonreír. Se sentía cohibido. Carecía de aptitudes para moverse en sociedad, y jamás había estado en una casa tan magnífica. No sabía qué hacer con el vaso vacío, con las cenizas del cigarrillo, con las manos. Se alegró cuando pasaron al comedor. Pero allí se sintió nuevamente en una posición desventajosa.

La cena era sencilla, pero bien presentada: una taza de consomé esperaba en cada plato, y luego vino una mayonesa de ave con una variedad extraña de lechuga, muy tierna y exquisitamente condimentada. Andrew fue colocado al lado de la señora Vaughan.

—Su esposa es encantadora, doctor Manson —observó ella mientras se sentaban.

Era una mujer alta y delgada, de aspecto delicado, no hermosa en absoluto, pero de ojos grandes e inteligentes, desenvuelta y de maneras distinguidas. Su boca tenía una especie de curvatura hacia arriba, una movilidad que indicaba ingenio e inteligencia.

Empezó a conversar con Andrew sobre su trabajo, manifestándole que su marido había tenido noticias de su capacidad en más de una ocasión. Ella procuró, bondadosamente, hacerlo conversar, preguntándole con todo interés cómo creía él que mejorarían las condiciones de la profesión en el distrito.

—Bien..., no sé... —dijo, mientras, en su atolondramiento, derramaba algo de caldo—. Me gustaría que se utilizasen métodos más científicos.

Obtuso y torpe de lengua en su tema favorito —con el que había sido capaz de mantener extasiada a Christine durante horas—, mantuvo los ojos fijos en el plato, hasta que, para alivio suyo, la señora Vaughan se puso a conversar con Challis, su otro vecino.

Challis, reputado profesor de metalurgia en Cardiff, profesor de la misma materia en la Universidad de Londres y miembro de la ponderada Junta del Trabajo de las Minas, era un conversador alegre y ameno. Hablaba con el cuerpo, las manos y la barba, ingiriendo al mismo tiempo grandes cantidades de comida y bebida, como un fogonero que alimenta afanosamente la caldera. Pero su conversación era agradable y parecía gustar al resto de los comensales.

Andrew, sin embargo, se negaba a admitir el interés de la conversación. Escuchó de mala gana mientras se hablaba de música, de las cualidades de Bach, y luego, gracias a uno de esos saltos prodigiosos de Challis, de literatura rusa. Oyó mencionar los nombres

de Tolstoi, Chejov, Turgueniev, Pushkin, con los nervios en punta. «Tonterías —se decía para sí mismo, con rabia—, puras tonterías sin importancia. ¿Quién se cree que es este castor viejo? Quisiera verlo realizando una traqueotomía en una mísera cocina, allá en la calle Cefan. No sacaría gran cosa con su Pushkin».

Christine, sin embargo, se divertía mucho. Andrew vio que le sonreía a Challis, que tomaba parte en la discusión, sin pretensiones, con naturalidad. Una o dos veces aludió a su escuela de la calle del banco. Le sorprendía lo bien que argumentaba con el profesor, la rapidez y soltura para defender sus puntos de vista. Andrew observó por primera vez a su mujer bajo una nueva y extraña luz. «Parece saberlo todo de esos rusos —se decía—, y a mí nunca me habla de ellos». Y después, cuando Challis le daba golpecitos en la mano a Christine, en signo de aprobación, pensaba malhumorado: «¿No puede prescindir de esas palmaditas ese vejete? ¿No tiene a su propia mujer?».

Una o dos veces sorprendió los ojos de Christine, que lo invitaban a un intercambio de impresiones íntimas, y en varias ocasiones desvió la conversación hacia él.

—Mi marido está muy interesado en los trabajadores de la antracita, profesor Challis. Ha iniciado una serie de investigaciones sobre la inhalación del polvo.

—¿Ah, sí? —exclamó Challis, dirigiendo a Manson una mirada de interés.

—¿No es cierto, querido? —le animó Christine—. Me lo contaste la otra noche.

—Bueno... —dijo Andrew—. En realidad no estoy seguro. Todavía no tengo datos suficientes. Tal vez no sea el polvo el causante de la enfermedad.

Andrew estaba furioso consigo mismo, por supuesto. Quizá ese Challis pudiera echarle una mano. El hecho de que estuviera en relación con la Junta del Trabajo de las Minas parecía ciertamente ofrecer una oportunidad magnífica. Por alguna incomprensible razón, su ira se volvió contra Christine. Mientras regresaban a Vale View, al término de la velada, los celos lo enmudecieron. Y con el mismo silencio se fue antes que ella al dormitorio.

Mientras se desvestían, momento habitualmente comunicativo y sin ceremonias, en que, con los tirantes caídos y el cepillo de dientes en la mano, él se explayaba sobre los acontecimientos del día, mantuvo la mirada desviada.

Cuando Christine observó: «Hemos pasado un rato muy agradable, ¿verdad, querido?», él respondió con toda su cortesía: «¡Oh, sí, excelente!». En la cama se mantuvo junto al borde, alejado de ella y haciendo fracasar, con largos y pesados ronquidos, cualquier tentativa de ella por aproximársele.

A la mañana siguiente continuaba la misma tirantez. Él se fue al trabajo de mal humor, estúpidamente disgustado consigo mismo. A las cinco de la tarde, mientras tomaban el té, sonó el timbre de la puerta. Era el chófer de Vaughan, con un montón de libros y un gran ramo de narcisos sobre ellos.

—De parte de la señora Vaughan, con un afectuoso saludo, señora —sonrió,

llevándose la mano a la gorra al retirarse.

Christine volvió a la sala con los brazos cargados y el rostro iluminado, radiante.

—¡Mira, amor mío! —gritó nerviosa—. ¿No te parece un detalle maravilloso? Todo Trollope facilitado por la señora Vaughan. Siempre había deseado leerlo entero. ¡Y estas preciosas flores!

Él se levantó secamente, regañando:

—¡Sí, un detalle muy hermoso! Libros y flores de la esposa del señor feudal. Te las has ingeniado para hacerte amiga de ellos, supongo, a fin de que te ayuden a sobrellevar la vida conmigo. Soy demasiado rústico para ti. Yo no soy un conversador brillante como ellos. No conozco a los autores rusos. Soy un vulgar ayudante médico.

—¡Andrew! —Estaba roja de ira—. ¿Cómo puedes...?

—Es cierto, ¿no? Lo vi claramente mientras hacía el papel de necio en esa maldita cena. Tengo ojos en la cara. Ya estás aburrida de mí. Solo sirvo para andar por el fango, para revolver cobertores sucios, para recoger pulgas. Soy demasiado patán para ti.

Los ojos oscuros de Christine en su pálido rostro denotaban piedad. Pero dijo con firmeza:

—¿Cómo puedes hablar así? Te amo porque eres como eres. Y nunca amaré a nadie más.

—Ya lo veo —murmuró, y salió de la sala cerrando con estrépito la puerta.

Durante cinco minutos estuvo en la cocina, paseándose en todas las direcciones y mordiendo los labios. De pronto regresó a la sala, donde ella estaba de pie mirando al fuego, con la cabeza baja, desconsolada, y la tomó impetuosamente en sus brazos.

—¡Christine, querida! —gritó fervorosamente arrepentido—. ¡Querida, lo siento en el alma! Perdóname. No sabía lo que decía. No soy más que un loco celoso. ¡Te adoro!

Se abrazaron apretada, frenéticamente. El aire estaba saturado del olor de los narcisos.

—¿No sabes —sollozó ella— que me moriría sin ti?

Después, sentada, con su mejilla pegada a la de él, Andrew le dijo sumisamente, inclinándose para alcanzar uno de los libros:

—¿Quién es ese Trollope, Christine? Cuéntame cosas de él, querida. Soy un ignorante egoísta.

CAPÍTULO VIII

Pasó el invierno. Andrew tenía ahora el nuevo incentivo de su investigación sobre la inhalación del polvo, que había iniciado planeando y efectuando un examen sistemático de todos los obreros que trabajaban con la antracita. Sus noches juntos eran más felices aún que antes. Christine le ayudaba a transcribir sus notas, trabajando ambos frente al fuego de carbón (una de las ventajas de vivir en aquel distrito era que siempre tenían carbón barato en abundancia) cuando él regresaba del consultorio. Ahora mantenían largas conversaciones. Andrew se asombraba de la vasta cultura de Christine, aunque ella nunca hacía alarde de ello. Más aún, comenzó a descubrir en ella un instinto especial para emitir juicios exactos sobre literatura, sobre música y especialmente sobre las personas.

Gustaba de hacerle bromas.

—Estoy comenzando a conocer a mi mujer. Si estás de humor para ello, en media hora te derrotaré en el *piquet*.

El *piquet* era un juego que les habían enseñado los Vaughan.

A medida que los días se alargaban, Christine comenzó a trabajar en el descuidado jardín, sin decir una palabra a Andrew. Jenny, la criada, tenía un tío abuelo —estaba orgullosa de ese único pariente—, un minero de edad, ya jubilado, que por diez peniques a la hora se convirtió en el ayudante de Christine. Una tarde de marzo, mientras atravesaba el destartado puente que atravesaba el arroyo, Manson los sorprendió recogiendo las mohosas latas de salmón que había esparcidas por allí.

—¡Eh! —gritó desde el puente—. ¿Qué hacéis ahí? ¿Malogrando mi pesca?

Ella respondió a su pulla con una alegre inclinación de cabeza.

—Espera y verás.

En unas cuantas semanas, Christine había arrancado las malezas y limpiado los senderos. El lecho del arroyo se veía limpio y los márgenes despejados. Al pie del arroyo se erguía un nuevo cerco hecho con piedras cogidas de los alrededores. El jardinero de los Vaughan, John Roberts, se pasaba por allí, llevando estacas y herramientas de jardinería, y dando consejos. Con aire triunfal, Christine llevó del brazo a Andrew para que viera el primer narciso.

El último domingo de marzo, sin previo aviso, fue a visitarlos Denny. Lo recibieron con los brazos abiertos. A Andrew le produjo gran placer volver a ver aquella figura rechoncha, con el rostro colorado de cejas rubias. Una vez le hubieron mostrado la casa, dado de comer lo mejor que pudieron e instalado en la silla más confortable, le pidieron ansiosamente noticias.

—Page ha muerto —les comunicó—. Sí, el pobre hombre murió hace un mes. Otro

derrame. Y ahora la buena noticia. —Dio una calada a la pipa, mientras arrugaba los ojos con su habitual cinismo—. Blodwen y vuestro amigo Rees parecen listos para el matrimonio.

—Blodwen y Rees... —masculló Andrew con inusitada amargura—. ¡Pobre Edward!

—Page era un espíritu noble, y un buen médico —observó Denny—. Ya sabéis que yo aborrezco hasta la pronunciación de esas palabras fatales y todo lo que representan. Pero Page se desprendió de ellas silenciosamente.

Hubo una pausa, en que ellos pensaron en Edward Page, que había suspirado por Capri, con sus pájaros y su sol, a lo largo de aquellos años de arduo trabajo entre las escorias de Drineffy.

—¿Y qué nos cuentas de ti, Philip? —le preguntó Andrew.

—¡Oh, no sé! Me estoy volviendo un hombre inquieto. —Denny sonrió secamente—. Drineffy no parece el mismo desde que os fuisteis. Creo que haré un viaje a algún país extranjero. Cirujano de barco tal vez..., si algún mercante de tres al cuarto me acepta.

Andrew se quedó callado, apenado nuevamente al pensar en aquel hombre inteligente, cirujano de verdadero mérito, que malgastaba deliberadamente su vida con una especie de sadismo contra sí mismo. Sin embargo, ¿estaba Denny realmente malgastando su vida? Christine y Andrew habían conversado a menudo sobre él, procurando descifrar el enigma de su vida. Sabían vagamente que se había casado con una mujer de mejor posición social que él que había intentado amoldarlo a las exigencias de una clientela selecta, con la que de nada servía trabajar bien cuatro días a la semana si no se dedicaba a la caza los otros tres. Después de cinco años de esfuerzos por parte de Denny, ella lo había premiado abandonándolo por otro hombre. No era extraño que Denny hubiera huido lejos de las grandes ciudades, despreciando los convencionalismos y aborreciendo la ortodoxia. Tal vez algún día volvería a la civilización.

Denny esperó hasta el último tren, y conversaron toda la tarde. Se interesó en los informes de Andrew sobre las condiciones del trabajo profesional en Aberalaw, y cuando este le contó la cuestión del porcentaje de Llewellyn, deducido de los sueldos de los ayudantes, dijo con una extraña sonrisa:

—No te imagino tolerando eso durante mucho tiempo.

Una vez que Philip hubo partido, Andrew fue acentuando su convicción, a medida que los días pasaban, de la existencia de un extraño vacío en su trabajo. En Drineffy, cerca de Philip, siempre había tenido conciencia de un vínculo común, un propósito definido compartido entre ambos. Pero en Aberalaw no había tal cosa y no advertía propósitos semejantes entre sus colegas.

El doctor Urquhart, su colega del consultorio del lado oeste, era un hombre

bondadoso, a pesar de su mal humor. Sin embargo, era mayor, cumplía su trabajo mecánicamente y carecía de inspiración. Aunque por su larga experiencia podía, según sus palabras, oler la neumonía en cuanto «ponía la nariz» en la habitación del enfermo; aunque era diestro en la aplicación de emplastos y entablillamientos, y un adepto del tratamiento cruciforme de los furúnculos; aunque a veces se complacía en demostrar que podía efectuar algunas pequeñas operaciones, sin embargo, a los ojos de Andrew, representaba el tipo del «buen viejo», del médico de familia, según la expresión de Philip, astuto, sacrificado, con experiencia, un médico ablandado por sus pacientes y por el público en general, que no había abierto un libro de medicina en veinte años, y arrastraba un peligroso atraso en sus conocimientos. Aunque Andrew estaba siempre pronto a discutir con Urquhart, el anciano tenía escaso tiempo para la charla. Cuando su jornada de trabajo había terminado, gustaba de tomar su sopa de conserva —la de tomate era su preferida—, lijar su nuevo violín, inspeccionar su porcelana antigua e irse luego al club masónico a jugar a las damas y a fumar.

Los dos ayudantes del consultorio del lado este eran igualmente desalentadores. El doctor Medley, el de más edad, de unos cincuenta años, de rostro inteligente y despierto, era, desgraciadamente, sordo como una tapia. De no ser por esta afección, que por alguna razón el vulgo siempre encontraba divertida, Charles Medley habría estado lejos de conseguir una ayudantía en los valles mineros. Y, como Andrew, era esencialmente médico, y bueno diagnosticando. Pero, cuando sus pacientes le hablaban, no oía nada, aunque era un experto en leer en los labios. De carácter tímido, incurría a menudo en errores risibles. Era doloroso ver cómo escudriñaba los labios de la persona que le hablaba; y por miedo a cometer un grave error, no prescribía sino dosis mínimas de cualquier droga. No tenía fortuna, pues su familia le había originado dificultades y gastos, y, del mismo modo que su marchita mujer, se había convertido en un ser incapaz y extrañamente patético, que vivía receloso del doctor Llewellyn y del comité, temiendo que lo despidieran.

El otro ayudante, el doctor Oxborrow, tenía un carácter muy distinto del pobre Medley, y Andrew no sentía el mismo aprecio por él. Era un hombre fofo, de dedos regordetes y muy alegre. Andrew pensaba a menudo que, con más sangre en las venas, hubiera podido trabajar como corredor de apuestas en un hipódromo. En cambio, todos los sábados por la tarde, acompañado de su mujer, que tocaba el armonio portátil, se dirigía al pueblo de Fernley —los convencionalismos le impedían hacerlo en Abergavenny—, y allí, en el mercado, instalaba su pequeña tribuna alfombrada y celebraba una reunión religiosa al aire libre. Oxborrow era evangelista. Habida cuenta de que era una persona idealista, creyente en una fuerza suprema vivificadora de la existencia, Andrew podría haber admirado su fervor. Pero era desagradablemente emocional. Lloraba inesperadamente y oraba en forma aún más desconcertante. En una ocasión, cuando

atendía un parto difícil que superaba su habilidad, se puso súbitamente de rodillas al lado del lecho e imploró gimiendo un milagro divino en favor de la pobre mujer. Urquhart, que aborrecía a Oxborrow, le refirió el incidente a Andrew, pues había sido él quien, acudiendo en su ayuda, se había encaramado al lecho con zapatos y socorrido con éxito a la paciente ayudado del fórceps.

Cuanto más pensaba Andrew en los ayudantes, en sus colegas y en el sistema bajo el que trabajaban, más deseaba que hubiera unión entre ellos. No existía ningún tipo de cooperación, y poca camaradería. Estaban sencillamente allí, compitiendo unos contra otros, como ocurría en el ejercicio de la profesión en todo el país, procurando cada cual conseguir para sí todos los pacientes que pudiera. La suspicacia y la antipatía eran a menudo el resultado de esa situación. Andrew había presenciado cómo Urquhart, en una ocasión que un paciente de Oxborrow acudió a él con su tarjeta, tomó el frasco de medicina a medio usar de las manos del enfermo, lo destapó, lo olfateó con desprecio y exclamó: «¡De modo que esto es lo que le ha estado dando Oxborrow! ¡Tírelo a la basura! ¡Lo ha estado envenenando lentamente!».

Entretanto, insensible a estas desavenencias, el doctor Llewellyn tomaba tranquilamente su parte del cheque de cada ayudante. Andrew ansiaba cambiar la situación, instituir un sistema nuevo y mejor que permitiera a los ayudantes mantenerse unidos, sin subvencionar a Llewellyn. Pero sus propias dificultades, el sentimiento de su condición de recién llegado y, sobre todo, los errores cometidos al comienzo, le hacían ser cauto. Hasta que se encontró con Boland no se decidió a acometer el gran intento.

CAPÍTULO IX

Un día, a principios de abril, Andrew se descubrió una caries en una muela, y fue al dentista de la Sociedad. Todavía no conocía a Boland y no sabía sus horas de visita. Al llegar a la plaza donde se encontraba el pequeño consultorio de Con Boland, halló la puerta cerrada y sobre ella, clavado con alfileres, un papel escrito con tinta roja: *Ausente para una extracción. En caso de urgencia, llamen a mi casa.*

Andrew decidió que, ya que estaba allí, acudiría personalmente para concertar hora, por lo que, habiendo averiguado por medio de uno de los muchachos que haraganeaban a la puerta del Valley Saloon dónde estaba la casa del dentista, partió hacia allí.

Era una villa pequeña apartada en la parte alta del lado este de la ciudad. Mientras Andrew subía por el descuidado sendero que conducía a la puerta delantera, oyó un fuerte martilleo, y mirando a través de las puertas abiertas de un ruinoso cobertizo de madera, situado al lado de la casa, vio a un hombre de pelo rojo, en mangas de camisa, que atacaba violentamente con un martillo el chasis de un automóvil. El hombre también lo vio a él.

—¡Hola! —le saludó.

—¡Hola! —respondió Andrew, algo receloso.

—¿Qué desea?

—Necesito concertar cita con el dentista. Soy el doctor Manson.

—Entre —dijo el hombre, blandiendo amablemente el martillo. Era Boland.

Andrew entró en el cobertizo, que estaba sembrado de piezas de un automóvil increíblemente viejo. En el centro, se hallaba el chasis sobre unos cajones vacíos, con señales de haber sido serrado por el medio. Andrew, después de contemplar aquel extraordinario espectáculo de ingeniería, miró a Boland.

—¿Es esta la extracción que tenía que hacer?

—En efecto —asintió Con—. Cuando me aburro en el consultorio, vengo al garaje y le coloco alguna pieza a mi automóvil.

Aparte de su cerrado acento irlandés, resultaba chocante oír con qué énfasis llamaba «garaje» al cobertizo ruinoso, y «automóvil» a aquel vehículo desguazado.

—Usted no puede saber lo que estoy haciendo —prosiguió—, a menos que tenga una cabeza de mecánico, como yo. He tenido este coche cinco años y ya tenía tres cuando lo adquirí. Sé que es difícil de imaginar, viéndolo desmantelado, pero corre como una liebre. El problema es que es pequeño, Manson; es pequeño para mi familia actual. Por eso estoy en vías de agrandarlo. Lo he cortado, como ve, exactamente por la mitad, y es aquí donde le agregaré un buen trozo. Ya verá cuando lo haya terminado, Manson. —Buscó su chaqueta—. Quedará lo bastante grande para llevar a un regimiento. Vamos al

consultorio y le arreglaré la muela.

En el consultorio, que estaba casi tan desordenado como el garaje, e igualmente sucio, Con le empastó la muela sin parar de hablar. Hablaba tanto y con tal vehemencia, que su poblado bigote rojo se veía rociado con globitos de saliva. Un largo mechón de cabellos castaños, que ya necesitaba un buen corte, se le metía por los ojos a Andrew, mientras el otro se inclinaba aplicando la amalgama que había colocado bajo la uña de su grasiento dedo. No se tomó la molestia de lavarse las manos... Eso era una tontería para Con. Era un sujeto descuidado, impetuoso, de buen fondo, generoso. A cada minuto que pasaba, Andrew se sentía más cautivado por su buen humor, sencillez, rusticidad e imprevisión. Con, que llevaba seis años en Aberlaw, no tenía ahorrado un penique. Sin embargo, extraía de la vida una gran dosis de buen humor. Era un apasionado de la mecánica; siempre estaba haciendo reparaciones e idolatraba su automóvil. El hecho de que poseyera un automóvil era de por sí una broma, pero a él le gustaban las bromas, aun cuando fueran a su costa. En una ocasión, le contó a Andrew, fue a sacarle una muela a un importante miembro del comité, convencido de que llevaba las tenacillas en el bolsillo, y cuando se dispuso a extraérsela se dio cuenta, demasiado tarde, de que eran unos alicates de mecánico.

Terminado el empaste, Con metió los instrumentos en un jarro con lisol —esa era su despreocupada noción de la asepsia— y le pidió a Andrew que lo acompañara a tomar el té.

—Vamos —insistió amablemente—. Quiero que conozca a mi familia. Y es la hora justa. Son las cinco.

En efecto, la familia de Con estaba tomando el té cuando ellos llegaron, pero, acostumbrados a sus extravagancias, no les perturbó en absoluto la presencia de un extraño. En la habitación tibia y desordenada, la señora Boland se hallaba sentada a la cabecera de la mesa con un bebé en brazos. A su lado estaba Mary, de quince años, tranquila, tímida —«la única de pelo negro y la favorita de su padre», fue la presentación de Con—, que ya estaba ganando un sueldo decente como empleada de Joe Jarkins, el librero de la plaza. Además de Mary estaba Terence, de doce, y otros tres niños más pequeños tirados por el suelo, que gritaban para que su padre les hiciera caso.

Había en esta familia, a excepción tal vez de la tímida y reflexiva Mary, una despreocupada alegría que cautivó a Andrew. En la sala reinaba también un magnífico desorden. Sobre el fuego, debajo del retrato en color del papa Pío X, adornado con una hoja de palma bendita, se estaban secando los pañales del bebé. Sobre el aparador había una jaula con un canario —sucio pero pletórica de trinos—, junto al corsé de la señora Boland —se lo había quitado por comodidad—, y un paquete rojo de galletas. Sobre la cómoda, seis botellas de cerveza vacías traídas del almacén, al lado de la flauta de Terence. Y en un rincón había juguetes rotos, zapatos raros, un patín mohoso, una

sombrilla japonesa, dos libros de oraciones algo estropeados y una fotografía.

Mientras tomaba el té, Andrew quedó fascinado en grado sumo por la señora Boland. Sencillamente, no podía apartar los ojos de ella. Pálida, soñadora, imperturbable, bebía en silencio interminables tazas de té cargado, en tanto que los niños reñían en torno a ella y el bebé chupaba el alimento de su generosa fuente. Ella sonreía, asentía, cortaba pan para los niños, servía té y amamantaba, todo con una especie de abstraída placidez, como si los años de hollín, de polvo y de mugre —y la efervescencia de Con— la hubieran elevado al fin a un plano de locura celestial en que estuviera aislada e inmune.

Andrew casi volcó su taza cuando ella le dijo, suave y como excusándose:

—Tenía intención de ir a visitar a la señora Manson, doctor. Pero estoy siempre tan ocupada...

—¡En el nombre de Dios! —Con se desternilló de risa—. ¡Ocupada! Lo que quiere decir en realidad es que no tiene traje nuevo... Yo tenía el dinero listo, pero desapareció. Terence, o no sé cuál de mis hijos, necesitaba zapatos nuevos. No te preocupes, mujer, espera a que agrande el coche y te llevaré con todo el lujo. —Se volvió a Andrew con perfecta naturalidad—. Andamos escasos de dinero, Manson. ¡Es terrible! Tenemos, gracias a Dios, comida en abundancia, pero a veces no nos preocupamos lo suficiente de los trapos. En el comité son unos tacaños. Y, por supuesto, el jefe principal obtiene su beneficio.

—¿Quién? —preguntó asombrado Andrew.

—¡Llewellyn! Me quita la quinta parte, como a usted.

—Pero ¿por qué?

—¡Oh!, de tarde en tarde me atiende uno o dos casos. En estos últimos seis años se ha hecho cargo de un par de quistes dentales. Y es el experto en rayos X. Pero es un abuso.

La familia se había retirado a jugar en la cocina, de modo que Con pudo conversar libremente.

—Ni él ni su gran automóvil son nada. Su coche es pura apariencia. Déjeme contarle, Manson. Una vez subía detrás de él por la colina Mardy en mi coche, cuando decidí adelantarle. ¡Diablos! ¡Si le hubiera visto la cara cuando le llené de polvo!

—Escuche, Boland —dijo Andrew de pronto—. Lo de Llewellyn es una imposición que subleva. ¿Por qué no la combatimos?

—¿Eh?

—¿Por qué no la combatimos? —insistió Andrew más fuerte. Sentía que le hervía la sangre—. Es una injusticia abominable. Todos vivimos en la estrechez, procurando abrimos paso... Boland, usted es precisamente el hombre que yo estaba buscando. ¿Me ayudará en esto? Convenceremos a los demás ayudantes. Unidos seremos fuertes...

Los ojos de Con irradiaron un ligero resplandor.

—¿Usted quiere luchar contra Llewellyn?

—Quiero.

Con le alargó la mano solemnemente.

—Manson, hijo mío... —declaró con énfasis—, la lucha ha empezado.

Andrew corrió a ver a Christine, lleno de entusiasmo.

—¡Christine! ¡Christine! ¡He conocido a una joya de hombre! Un dentista pelirrojo que está loco de remate..., sí, como yo, sabía que lo dirías. Pero escúchame, querida, vamos a iniciar una revolución. —Andrew se reía nerviosamente—. ¡Oh, señor! ¡Si supiera Llewellyn lo que le espera!

No necesitó de la insinuación de Christine de que fuera prudente. Estaba resuelto a proceder con discernimiento en todo cuanto hiciera. Al día siguiente, por lo tanto, comenzó por visitar a Owen.

El secretario se mostró interesado y le habló con claridad. Le dijo que el acuerdo al que habían llegado con él los ayudantes era voluntario. Por lo tanto, el asunto estaba fuera de la jurisdicción del comité.

—Doctor Manson —concluyó Owen—, el doctor Llewellyn es un hombre muy hábil y cualificado. Nos consideramos afortunados con él, y recibe una buena remuneración de la Sociedad para actuar como superintendente nuestro. Son ustedes, los médicos ayudantes, los que piensan que él debe tener más...

«No lo pensamos, en realidad», se dijo para sí Andrew.

Se fue satisfecho; visitó a Oxborrow y a Medley y los comprometió a acudir a su casa aquella noche. Urquhart y Boland ya le habían prometido ir. Sabía, por conversaciones anteriores, que a todos ellos les disgustaba la pérdida de la quinta parte de su sueldo. Una vez que los juntara a todos, la cosa estaría hecha.

El siguiente paso consistió en hablar con Llewellyn. Después de meditarlo mucho, había decidido que hubiera sido desleal no darle a entender de antemano sus intenciones. Aquella tarde se encontraba en el hospital realizando una operación de abdomen complicada. Mientras lo observaba, no pudo reprimir un sentimiento de admiración. Owen tenía razón: Llewellyn era asombrosamente hábil, no solo hábil, sino dúctil. Era la excepción, el ejemplo único que —hubiera pretendido Denny— confirmaba la regla. Nada se le escapaba. Era un experto en cualquier disciplina, desde la administración de la salubridad pública, cuyos reglamentos se sabía de memoria, hasta la última técnica radiológica.

Después de la operación, mientras Llewellyn se lavaba, Andrew se acercó, quitándose a tirones el delantal.

—Perdone que le interrumpa, doctor Llewellyn..., pero he estado viendo el finísimo trabajo que ha realizado al extirpar ese tumor.

Llewellyn dejó asomar a su rostro una expresión de agradecimiento. Su mirada era

afable.

—Me alegro de que lo crea, Manson. Venga y hablaremos. Usted está progresando mucho en sus anestias.

—No, no —murmuró Andrew—. Nunca lo haré muy bien.

Hubo una pausa. Llewellyn seguía enjabonándose las manos. Andrew, a su lado, se aclaraba nerviosamente la garganta. Ahora que había llegado el momento, sentía que le era imposible hablar, pero se esforzó.

—Mire, doctor Llewellyn. Creo mi deber manifestarle... Todos los ayudantes pensamos que no es correcto el pago que le hacemos de un porcentaje de nuestros sueldos. Es molesto tener que decirlo, pero yo... yo voy a proponer que esto termine. Esta noche tenemos una reunión en mi casa. He preferido que lo sepa ahora a que lo sepa después. Quiero... quiero que sepa que por lo menos soy honrado en este asunto.

Antes de que Llewellyn pudiera replicar, y sin mirarlo siquiera, Andrew dio media vuelta y se fue. ¡Qué mal lo había hecho! Sin embargo, fuera como fuera, lo había dicho. Cuando le enviaran el ultimátum, Llewellyn no podría acusarlo de haberlo atacado por la espalda.

La reunión en Vale View estaba fijada para las nueve de la noche. Andrew sacó unas botellas de cerveza y le pidió a Christine que preparara bocadillos. Esta, una vez los hizo, se puso el abrigo y se fue a pasear con los Vaughan. Nervioso, Andrew comenzó a dar vueltas por el vestíbulo intentando sintetizar sus ideas. Pronto llegaron sus colegas: primero Boland, y un poco más tarde los otros tres: Urquhart, Oxborrow y Medley.

Andrew sacó la cerveza y los bocadillos, para comenzar de un modo relajado. Como Oxborrow era el que le caía menos bien, se dirigió en primer lugar a él.

—¡Sírvasse, Oxborrow! Hay más en la despensa.

—¡Gracias, Manson! —La voz del evangelista era aguda—. No bebo alcohol. Va contra mis principios.

—¡En el nombre de Dios! —dijo Con, a través de la espuma de su bigote.

Como comienzo, la cosa no era prometedora. Mientras comía, Medley mantenía todo el tiempo sus ojos alerta, estampada en su rostro la ansiedad del sordo. La cerveza ya estaba exaltando la belicosidad natural de Urquhart. Después de observar a Oxborrow durante algunos minutos, dijo de pronto:

—Ahora que me encuentro con usted, doctor Oxborrow, tal vez estime usted conveniente explicar cómo Tudor Evans, de la calle Glyn, número 17, pasó de mi lista a la suya.

—No lo recuerdo —dijo Oxborrow, oprimiéndose la punta de los dedos.

—¡Pues yo sí! —estalló Urquhart—. ¡Fue uno de los pacientes que usted me robó! Y lo peor es...

—¡Caballeros! —gritó consternado Andrew—. ¡Por favor!, ¡por favor! ¿Cómo

conseguiremos jamás nada si reñimos entre nosotros mismos? Recuerden para qué estamos aquí.

—Sí, ¿para qué estamos aquí? —dijo Oxborrow con voz atiplada—. Yo debería estar con un paciente.

Andrew, de pie sobre el felpudo de la chimenea, con expresión rígida y seria, intervino antes de que el asunto se le escapara de las manos.

—Intentaré exponer brevemente el caso, caballeros. —Inhaló profundamente—. Yo soy de todos nosotros el más joven y no llevo mucho tiempo en el ejercicio de la profesión..., pero espero que sepan ustedes pasar por alto esta circunstancia. Tal vez por llevar poco tiempo aquí pueda ver las cosas con más objetividad que ustedes, que están familiarizados desde hace mucho tiempo con ellas. En primer lugar, me parece que nuestro sistema aquí no es justo. ¡Trabajamos como negros, como si fuéramos médicos de aldea o de campo, luchando contra nosotros mismos, y no como miembros de la Sociedad Médica, con maravillosas oportunidades de trabajar juntos! Todos los médicos con quienes he hablado juran que llevan una vida de perros. Dicen que se afanan, que se consumen caminando, que no disponen de un minuto para sí mismos, que no tienen tiempo ni para comer, siempre atendiendo llamadas. ¿Por qué ocurre esto? Porque en nuestra profesión no existe la organización. Veamos un ejemplo de lo que quiero decir... aunque podría poner docenas de ellos. ¡Las llamadas nocturnas! Ustedes saben que siempre nos acostamos temiendo ser despertados para acudir a una urgencia. Nuestras noches son intranquilas por este motivo. Supongan que supiéramos que no nos llamarían. Supongan que convenimos, para comenzar, un sistema cooperativo de trabajo nocturno. Que uno de nosotros atienda todas las llamadas nocturnas durante una semana y luego quede libre de ellas durante el resto del mes, mientras los demás hacen sus turnos. ¿No sería espléndido? Piensen qué frescos se sentirían para el trabajo del día...

Se interrumpió, observando sus caras desconcertadas.

—Eso no funcionaría —arguyó Urquhart—. ¡Demonios! Preferiría levantarme todas las noches del mes a confiar al viejo Oxborrow uno solo de mis enfermos. ¡Ja, ja! Cuando se le presta uno, no lo devuelve.

Andrew le cortó.

—Dejemos este tema para otra reunión..., ya que de momento no estamos de acuerdo. Pero hay una cosa en la que convenimos, y por la que estamos aquí. El porcentaje que pagamos al doctor Llewellyn. —Se detuvo. Esto afectaba a sus bolsillos, y ahora todos lo miraban con interés—. Todos hemos convenido en que es injusto. He hablado del tema con Owen, y dice que eso no es competencia del comité, sino que es un asunto que debemos arreglar entre nosotros.

—Eso es cierto —intervino Urquhart—. Recuerdo cuando lo acordamos. Hace unos nueve años. Entonces teníamos dos pésimos ayudantes. Uno en el consultorio del lado

este y el otro en mi barrio. Le daban bastante trabajo a Llewellyn con sus pacientes. Y así un buen día él nos reunió a todos y nos dijo que no nos ayudaría a menos que llegásemos a un acuerdo con él. Así comenzó. Y así ha seguido.

—Pero su sueldo del comité cubre todo su trabajo en la Sociedad. Y obtiene otros ingresos de sus otras ocupaciones. ¡Está nadando en plata!

—Lo sé, lo sé —atestiguó Urquhart—. Pero Llewellyn nos es, desgraciadamente, muy útil. Y él lo sabe. Si decidiera romper con nosotros, quedaríamos en una situación muy complicada.

—¿Por qué debemos pagarle? —insistía Andrew inexorablemente.

—¡Escuchen, escuchen! —interrumpió Con, llenando una vez más su vaso.

Oxborrow miró al dentista.

—Si me permiten decir una palabra... Convengo con el doctor Manson en que es injusto que nos mutilen nuestros sueldos. Pero el hecho es que el doctor Llewellyn es un hombre muy bien situado, altamente conceptuado, que da prestigio a la Sociedad. Y, además, se sale de su estricto deber para hacerse cargo de casos delicados.

Andrew lo miró fijamente.

—¿Desea usted desembarazarse de sus casos difíciles?

—Por supuesto —dijo Oxborrow ásperamente—. ¿Y quién no lo desea?

—¡Yo! —exclamó Andrew—. A mí me gusta observarlos, hacer un seguimiento.

—Oxborrow tiene razón —murmuró Medley inesperadamente—. Es la primera norma de la práctica médica, Manson. Ya se dará cuenta cuando tenga más años. Líbrese de los casos complicados, líbrese de ellos.

—¡Al diablo con todo! —protestó Andrew con vehemencia.

La discusión continuó en grupos durante tres cuartos de hora. Finalmente Andrew dijo, muy acalorado:

—Tenemos que solucionar esto. ¿Me oyen ustedes? Llewellyn sabe que estamos en contra de él. Se lo he dicho esta misma tarde.

—¿Cómo? —La exclamación salió de Oxborrow, Urquhart y aun de Medley.

—O sea, que le ha dicho al doctor Llewellyn...

Medio incorporado, Oxborrow le dirigió una trémula mirada a Andrew.

—¡Por supuesto que sí! Tenía que saberlo. ¿No se dan cuenta de que solo uniéndonos en un frente común podemos vencer?

—¡Demonios! —Urquhart estaba lívido—. ¡Le ha echado usted valor...! ¡No sabe la influencia que tiene Llewellyn! Mete mano en todo. Seremos afortunados si no nos despiden a todos. Piense en mí, buscando otra ocupación a mis años. —Se encaminó hacia la puerta—. Es un buen muchacho, Manson. Pero es muy joven. Buenas noches.

Medley se había puesto apresuradamente de pie. La expresión de sus ojos decía que en cuanto llegara a su casa llamaría al doctor Llewellyn para decirle con zalamerías que

era un médico soberbio, elogio que este acogería con una risita de satisfacción. Oxborrow se fue detrás de ellos. En dos minutos quedó despejada la habitación. Solo quedaron Con, Andrew y el resto de la cerveza.

Terminaron de beber en silencio. Andrew recordó que había otras seis botellas en la despensa. Las terminaron también. Entonces comenzaron a hablar. Hablaron de los orígenes, las familias y el carácter moral de Oxborrow, de Medley y de Urquhart. Se detuvieron especialmente en Oxborrow y su armonio. Hablaron con sinceridad —sin darse cuenta de que Christine había llegado y subido—, como hermanos vergonzosamente traicionados.

A la mañana siguiente Andrew salió a sus visitas con un espantoso dolor de cabeza y la mirada ceñuda. En la plaza se cruzó con Llewellyn, que iba en su auto. Mientras Andrew alzó la vista con desconfianza y vergüenza, Llewellyn le dirigió una mirada radiante.

CAPÍTULO X

Andrew estuvo furioso toda la semana, amargamente dolido por la derrota. En la mañana del domingo, destinada habitualmente a un largo y apacible reposo, estalló de repente:

—¡No es el dinero, Christine! Son los principios. Cuando pienso en ello, me vuelvo loco. Dime, ¿por qué no puedo dejar pasar esto? ¿Por qué no me agrada Llewellyn, o por qué solo me agrada un minuto y lo aborrezco al siguiente? Dímelo sinceramente, Christine. ¿Por qué no me humillo ante él? ¿Soy envidioso? ¿Qué es lo que hay?

La respuesta de Christine lo consternó.

—Sí, creo que eres envidioso.

—¿Cómo?

—No me rompas los tímpanos, querido. Me has pedido que te respondiera sinceramente. Eres envidioso, terriblemente envidioso. ¿Y por qué no habrías de serlo? Yo no quiero estar casada con un santo. Ya hay bastante brillo en la casa para que tú te ciñas una aureola.

—Prosigue —gruñó él—. Dime todos mis defectos, ya que estamos. ¡Suspica! ¡Envidioso! ¡Y también demasiado joven, supongo! El octogenario Urquhart me lo dijo en mis barbas el otro día.

Una pausa, durante la cual Andrew aguardó a que ella reanudara su argumento. Luego, irritado, continuó:

—¿Por qué le tengo envidia al doctor Llewellyn?

—Porque hace magníficamente su trabajo, sabe mucho..., y porque posee esas altas distinciones.

—Mientras que yo tengo el mísero título de bachiller en Medicina de una universidad escocesa. ¡Dios Todopoderoso! Ahora sé lo que piensas realmente de mí. —Se levantó lleno de furia y comenzó a pasearse por la alcoba, en pijama—. De todos modos, ¿qué importan los títulos? ¡Tonterías! Es el método y la habilidad clínica lo que cuenta. Yo no creo en todas las cosas que dicen los libros de texto. ¡Creo en lo que percibo a través de mi estetoscopio! Y, si tú no sabes, yo percibo mucho. Estoy comenzando a hacer descubrimientos efectivos en mi investigación sobre los efectos de la antracita. Tal vez algún día le dé una sorpresa, señora mía. ¡Caramba! ¡Qué bonito, levantarse el domingo por la mañana para que tu mujer te diga que no sabes nada!

Christine se sentó en la cama, abrió el estuche de tocador y comenzó a arreglarse las uñas, esperando a que él terminara.

—Yo no he dicho eso, Andrew. —El tono razonable de su esposa lo irritaba todavía más—. Es justo, Andrew, que tú no seas un ayudante toda la vida. Necesitas gente que

te escuche, se preocupe de tus trabajos, de tus ideas. ¡Oh, sabes de sobra lo que quiero decir! Si tuvieras un título realmente valioso... El M. D. o el M. R. C. P., cambiaría notablemente tu situación.

—¡El M. R. C. P.! ¡Miembro del Real Colegio de Médicos! —repitió él, desconcertado. Y luego—: De modo que mi querida mujer lo ha estado pensando todo con su cabecita. ¡Obtener el M. R. C. P. ejerciendo la medicina entre los mineros! —La sátira de Andrew debió de abrumarla—. ¿No comprendes que solo otorgan eso a algunas testas coronadas de Europa?

Andrew cerró de un golpe la puerta y se fue al baño a afeitarse. Cinco minutos después estaba de vuelta, afeitada la mitad de la cara y la otra mitad enjabonada. Estaba arrepentido, nervioso.

—¿Tú crees que podría hacerlo? Tienes toda la razón. Solo necesitamos unos pocos títulos en mi chapa de doctor para sostenernos. Pero el M. R. C. P. es el más difícil de todos los exámenes médicos. ¡Es la muerte...! No obstante, creo... Espera, voy a ver una cosa.

Se echó escalera abajo en busca de la Guía Médica. Cuando volvió con ella, su rostro reflejaba una profunda depresión.

—¡Hundido! —murmuró consternado—. Completamente derrotado. Te dije que era un examen imposible. Hay una prueba preliminar de idiomas. Cuatro: latín, francés, griego y alemán, y dos de ellos obligatorios, aun antes de que pueda celebrarse siquiera el examen médico. Yo no sé idiomas. Todo el latín que sé se reduce a unas cuantas palabras. En cuanto al francés...

Ella no respondió. Hubo un silencio mientras él permanecía de pie junto a la ventana, meditando con pesimismo. Al fin, se volvió, pensativo, ceñudo.

—¿Y por qué no puedo aprender yo esos idiomas para el examen?

Las diferentes piezas del estuche de tocador se esparcieron por el suelo cuando ella saltó de la cama y lo abrazó.

—¡Oh, eso quería oírte decir, querido! Ahora eres verdaderamente tú. Yo podría... ayudarte. No olvides que tu mujercita es una maestra de escuela, aunque retirada.

Durante todo el día trazaron planes nerviosamente. Empaquetaron a Trollope, Chejov y Dostoievski en el dormitorio vacío y despejaron la sala para el trabajo. Aquella misma noche él se puso a estudiar con ella. Esa noche, y la siguiente...

A veces Andrew pensaba que todo aquello era una sublime vulgaridad, y le parecía escuchar a lo lejos la risa burlona de los dioses. Sentado a la dura mesa con su mujer, en esa lejana ciudad minera de Gales, pronunciando con ella *caput*, *capitis*, o *Madame, est-il possible que...?*, vadeando a través de declinaciones, verbos irregulares, leyendo en voz alta a Tácito y una obra patriótica que había encontrado, *Pro-Patria*, súbitamente se echaba hacia atrás en la silla, morbosamente envanecido...

«Si Llewellyn pudiera verme aquí... ¡no haría aspavientos ni nada! ¡Y pensar que esto es solo el principio, que me queda todavía el programa médico!».

A finales del mes siguiente comenzaron a llegar periódicamente a Vale View paquetes de libros de la sucursal de Londres de la Biblioteca Médica Internacional. Andrew comenzó a leer todo aquello que no alcanzara a estudiar en las aulas. Pronto descubrió lo prematuramente que había dejado de estudiar. El descubrimiento del progreso terapéutico de la bioquímica lo abrumó. Descubrió los trastornos renales, las ureas de la sangre, el metabolismo basal y lo inseguro de los análisis de la albúmina. Desconcertado por todos esos conocimientos a los que no había accedido en sus días de estudiante, exclamó en voz alta:

—¡Christine! ¡No sé nada! ¡Esto me está matando!

Como tenía que seguir realizando su trabajo, solo le quedaban las largas noches para estudiar. Sostenido por café cargado y una toalla alrededor de la cabeza, prolongaba su lectura hasta las primeras horas de la madrugada. Cuando se iba al lecho, exhausto, a menudo no podía dormir, despertaba transpirando a causa de una pesadilla, con la cabeza atiborrada de términos, fórmulas y alguna tontería de su francés tartamudeante.

Fumaba con exceso, perdía peso y se le adelgazaba el rostro. Pero Christine estaba allí, constante, silenciosamente, permitiéndole hablar sus idiomas extraños, dibujar diagramas, explicar en una nomenclatura endiablada la acción selectiva asombrosa, fascinadora, de los tubitos de los riñones. También le permitía gritar, accionar y, cuando sus nervios se hallaban más excitados, irritarse contra ella. Cuando Christine le llevaba café fresco a las once, se sentía propenso a reprenderla.

—¿Es que no puedes dejarme en paz? ¿Para qué sirve esto? Cafeína... Solo es una maldita droga. Sabes que me estoy matando, ¿no? Y todo por ti. ¡Eres dura! ¡Dura como un carcelero! Jamás conseguiré ese maldito título. Hay centenares de médicos que bregan por obtenerlo desde el West End de Londres, desde los grandes hospitales, y yo... desde Aberlaw. ¡Ja, ja! —Su risa era histérica—. ¡Desde la simpática Sociedad de Asistencia Médica! ¡Oh, Dios! Estoy rendido y sé que me llamarán esta noche para un parto en la calle Cefan, y...

Christine era mejor soldado que Andrew. Tenía un sentido del equilibrio que los salvaba a ambos en todas las crisis. También ella tenía genio, pero lo dominaba. Hacía sacrificios, rechazaba todas las invitaciones de los Vaughan y no asistía ya a los conciertos del Temperance Hall. Por muy mal que hubieran dormido, se levantaba siempre temprano, correctamente vestida, con el desayuno listo cuando Andrew bajaba, aún sin afeitarse, y con el primer cigarrillo del día entre los labios.

Cuando llevaban seis meses de trabajo, la tía que Christine tenía en Bridlington cayó enferma de flebitis, y le escribió para que fuera a verla. Tras mostrarle la carta a Andrew, Christine le dijo que no iría. Pero él, inclinado obstinadamente sobre su jamón con

huevos, le replicó:

—Quiero que vayas, Christine. Trabajaré mejor sin ti. Últimamente nos hemos estado estropeando mutuamente los nervios. Lo siento, pero... creo que es mejor que vayas.

Contra su gusto, Christine se marchó ese fin de semana. Antes de que hubieran pasado veinticuatro horas, él comprendió su error. Sin ella era la muerte. Jenny, aunque seguía fielmente las instrucciones, era una perpetua molestia. Pero no era la presencia de Jenny, ni el café tibio, ni la cama mal hecha. Era la ausencia de Christine: saber que no estaba en casa, no poder llamarla, echarla de menos. Se sorprendía mirando estúpidamente los libros, perdiendo horas mientras pensaba en ella.

Al cabo de quince días, ella le mandó un telegrama anunciando su regreso. Él lo dejó todo y se preparó para recibirla. Nada era demasiado bueno, demasiado ostentoso para la celebración de su llegada. El telegrama de Christine no le había dejado mucho margen para disponer nada, pero pensó rápidamente y luego corrió en singular misión a la ciudad. Compró primero un ramo de rosas. En la pescadería de Kendrick, tuvo la suerte de hallar una langosta fresca. Se apoderó rápidamente de ella, temeroso de que la señora Vaughan —para la cual reservaba Kendrick todos esos primores— llegase y se la llevara. Después compró bastante hielo, una lechuga y, finalmente, con cierta vacilación, una botella de vino dulce que Lampart, el almacenista de la plaza, le aseguró que era «sano».

Después del té le dijo a Jenny que podía marcharse, pues notaba que lo miraba de una manera rara. Luego se puso a trabajar y confeccionó amorosamente una ensalada de langosta. El balde de cinc del fregadero, lleno de hielo, servía admirablemente para conservar el vino fresco. Las flores le crearon una dificultad inesperada, pues Jenny había echado la llave al armario que había debajo de la escalera, en el que se guardaban todos los jarrones, y no encontraba la llave. Pero él superó esta dificultad colocando la mitad de las rosas en el jarro del lavabo y el resto en el vaso de los cepillos de dientes. Fue una nota de variedad.

Al fin estuvieron terminados los preparativos: las flores, la comida y el vino en el hielo. Después de las consultas, a las nueve y media, corrió a esperarla a la Upper Station.

Era algo nuevo, maravilloso, como enamorarse otra vez. La llevó tiernamente a casa para su idílica fiesta. La noche era tibia y tranquila, y brillaba la luna sobre sus cabezas. Olvidó las complicaciones referentes al metabolismo basal. Le dijo a Christine que parecía que estuvieran en Provenza o en otro sitio parecido, en un gran castillo, junto a un lago. Le susurró que era una mujer dulce y exquisita. Que él había sido un bruto con ella, pero que por el resto de su vida sería un tapiz —no rojo, pues ella se opuso a este color— que ella podría hollar con sus pies. Le dijo mucho más todavía. Hacia el fin de la semana, Andrew le pedía que le llevara sus pantuflas.

Llegó agosto, abrasador y polvoriento. Habiendo terminado su lectura, se vio ante la necesidad de perfeccionarse en los trabajos prácticos, especialmente en histología, dificultad aparentemente insuperable en su situación actual. Fue Christine la que pensó en el profesor Challis y en su posición en la Universidad de Cardiff.

Cuando Andrew le escribió, aquel le respondió al momento, manifestándole ampulosamente que se alegraría mucho de utilizar sus influencias en el Departamento de Patología y que el doctor Glyn-Jones podría ayudarle. Terminaba preguntando con mucho interés por Christine.

—Tienes que leer la carta, Christine. Es bueno tener amigos. ¡Y yo que no quería ir aquella noche a casa de los Vaughan! ¡Simpático charlatán! De todas maneras, aborrezco pedir favores. ¿Y qué significa eso de que te transmita sus sentimientos más afectuosos?

A mediados del mes hizo su aparición en Vale View una motocicleta Red Indiano, de segunda mano. Una máquina baja, lo menos adecuado del mundo para un profesional, anunciada como «muy rápida» por su propietario anterior. Dentro de la pereza del verano, había tres horas de la tarde que Andrew podía considerar razonablemente suyas. Todos los días, después del almuerzo, una mancha rojiza se deslizaba resoplando valle abajo, en dirección a Cardiff, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia. Y todos los días, hacia las cinco de la tarde, se producía el mismo fenómeno en sentido inverso, para rematar en Vale View.

Esos noventa kilómetros, con un calor sofocante, aligerados con bocadillos a medio camino, más la hora de estudio bajo la dirección de Glyn-Jones, a menudo usando el microscopio con manos aún temblorosas por la vibración del manillar, hicieron muy pesadas las semanas siguientes. Para Christine, lo más angustioso de todo era ver partir a Andrew, exhausto, entre el rápido y estrepitoso jadear de su vehículo, y aguardar ansiosamente el primer débil rumor de su retorno, temiendo que le hubiera ocurrido algo mientras iba inclinado sobre la diabólica máquina.

Aunque iba tan presuroso, a veces hallaba tiempo para traerle fresas a Christine desde Cardiff, que guardaba hasta después de la consulta. A la hora del té, siempre estaba acalorado y con los ojos enrojecidos, preguntándose sombríamente si no habría dejado su duodeno en el último bache de Trecoed y si lograría atender antes de ir al consultorio las llamadas que había recibido en su ausencia.

Pero, al fin, hizo la jornada final. Glyn-Jones ya nada tenía que enseñarle. Se sabía de memoria cada ejemplar y cada preparación microscópica. Todo lo que le faltaba por hacer era inscribirse y remitir la fuerte suma de la matrícula para el examen.

El 15 de octubre, Andrew partió solo para Londres. Christine lo acompañó hasta la estación. Ahora que el desenlace real estaba tan próximo, le había invadido una gran tranquilidad. Todos sus afanes, sus frenéticos esfuerzos, sus desahogos casi histéricos, parecían ya muy lejanos. Su cerebro estaba inactivo, casi embotado. Sentía que no sabía

nada. Al día siguiente, sin embargo, cuando comenzó el examen escrito en el Colegio de Médicos, se encontró contestando las preguntas con un automatismo ciego. Escribía y escribía, sin mirar jamás el reloj, llenando hoja tras hoja, hasta sentir que la cabeza le zumbaba.

Había reservado una habitación en el Museum Hotel, donde había estado con Christine en su primer viaje a Londres. Era muy barato, pero la comida era pésima, y, con su digestión ya trastornada, le produjo dispepsia, lo que le obligó a reducir su dieta a leche malteada caliente. Un gran vaso de leche en un salón de té en el Stand era su almuerzo. Vivía en una especie de delirio, rodeado de papeles. Ni se le pasaba por la cabeza salir a algún sitio a divertirse. Apenas veía a la gente en las calles.

Después de la prueba escrita, comenzó la parte práctica y oral, mucho más temible para él que todo lo anterior. Había, tal vez, unos veinte candidatos más, todos mayores que él y todos con un aire inequívoco de suficiencia y seguridad. El candidato colocado junto a él, por ejemplo, un sujeto llamado Harrison, con el que había hablado una o dos veces, poseía un Oxford 13. Ch., el título de Bachiller de Cirugía de la Universidad de Oxford, un puesto en el Hospital de St. John y un consultorio en Brook Street. Cuando Andrew comparó las maneras desenvueltas de Harrison y su evidente confianza en sí mismo con su propia torpeza provinciana, sintió que tenía muy pocas posibilidades de impresionar favorablemente a los examinadores.

Su prueba práctica en el South London Hospital resultó bastante bien, a su juicio. Su caso fue una bronquitis en un muchacho de catorce años, lo que, dado su conocimiento profundo de los pulmones, era ya buena suerte. Creyó haber escrito un buen informe. Pero, al llegar a la parte oral, su suerte pareció cambiar completamente. La prueba oral en el Colegio de Médicos tenía sus particularidades. Cada candidato era interrogado por dos examinadores diferentes. Si al final de la primera sesión era juzgado no apto, recibía una amable nota en que se le manifestaba que no debía volver al día siguiente. Ante la inminencia de esta misiva fatal, descubrió Andrew, para horror suyo, que le había tocado como primer examinador un profesor de quien había oído hablar con temor a Harrison: el doctor Maurice Gadsby.

Era este un hombrecillo enclenque, de estatura menos que mediana, bigotes negros y ásperos y ojos pequeños, de mirada dura. Recientemente elegido para ese cargo, carecía de la tolerancia de los examinadores viejos y parecía deliberadamente resuelto a hacer fracasar a los candidatos que caían en sus manos. Miró a Andrew arqueando las cejas con arrogancia y colocó delante de él seis preparaciones microscópicas. Andrew nombró correctamente cinco de ellas, pero no pudo hacerlo con la sexta.

En esa, precisamente, insistió Gadsby. Durante cinco minutos mortificó a Andrew al respecto. —Se trataba, según parecía, del huevo de un oscuro parásito del África Oriental—. Luego, perezosamente, sin interés, lo remitió al examinador siguiente, sir

Robert Abbey.

Andrew se levantó y atravesó el recinto con el rostro pálido y el corazón que se le saltaba del pecho. Toda la laxitud, la inercia que había experimentado al comienzo de la semana, había desaparecido ahora. Tenía un deseo casi desesperado de triunfar. Pero estaba persuadido de que Gadsby lo suspendería. Alzó los ojos para ver a Robert Abbey, que lo contemplaba con una sonrisa amistosa, casi pícaro.

—¿Qué le ocurre? —dijo inesperadamente Abbey.

—Nada, señor —balbuceó Andrew—. Creo que no me fue bien con el doctor Gadsby; eso es todo.

—No se preocupe por eso. Examine estos ejemplares. Diga lo que sepa de ellos.

Abbey sonreía, estimulándolo. Era un hombre rubicundo, perfectamente afeitado, de unos sesenta y cinco años, de frente alta y labio superior largo y risueño. Aunque Abbey era en ese momento, quizá, el tercer médico de Europa, había conocido la dificultad y las luchas amargas en sus días de principiante cuando, llegado de Leeds, su ciudad natal, sin otro apoyo que su reputación provinciana, se había encontrado con los prejuicios y la oposición en Londres. Mientras observaba a Andrew disimuladamente, notando su traje de mal corte, su camisa y cuello sin almidonar, la corbata ordinaria y mal anudada, y, sobre todo, la impresión de rigidez que revelaba su cara seria, acudieron a su memoria los días de su juventud provinciana. Instintivamente su corazón simpatizó con aquel candidato inusitado, y sus ojos, mirando la lista que tenía delante, advirtieron con satisfacción que sus notas, particularmente en el ejercicio práctico, estaban muy por encima del nivel medio.

Entretanto, Andrew, con la mirada fija en los frascos de vidrio que tenía delante, había estado haciendo comentarios vacilantes sobre los ejemplares.

—Bien —dijo Abbey de pronto, tomando un ejemplar—. Un aneurisma de la aorta ascendente. —Y comenzó a interrogar a Andrew en forma amistosa.

Sus preguntas, muy sencillas al principio, se ampliaron poco a poco y se hicieron más profundas, hasta que, finalmente, llegaron a converger sobre un tratamiento específico reciente por la inoculación de la malaria. Pero Andrew, tranquilo por la amable manera de ser interrogado, respondió bien.

Por fin, al dejar el ejemplar, observó Abbey:

—¿Sabe algo usted de la historia del aneurisma?

—Se cree que Ambrosio Paré —respondió Andrew, y ya Abbey había esbozado su gesto aprobatorio— descubrió ese mal.

—¿Por qué dice «se cree», doctor Manson? Paré descubrió en efecto el aneurisma.

Andrew enrojeció y palideció mientras proseguía:

—Así es, señor; es lo que dicen los textos. Está en todos los libros... y yo mismo me he tomado el trabajo de verificarlo respecto de seis de ellos. —Tomó aliento—. Pero

estaba leyendo a Celsus, mientras intentaba poner al día mi oxidado latín, cuando di con la palabra *aneurismus*. Celsus conocía el aneurisma. Lo descubrió íntegramente. Y eso ocurrió como trece siglos antes de Paré.

Hubo un silencio. Andrew alzó los ojos, preparado para una bondadosa burla. Abbey lo miraba con una expresión extrañamente bondadosa en su rostro bermejo.

—Doctor Manson —dijo al fin—, usted es el primer candidato en esta sala de exámenes que me ha dicho algo original, algo verdadero y que yo desconocía. Le felicito.

Andrew enrojeció otra vez.

—Dígame una sola cosa más... como una curiosidad personal —concluyó Abbey—. ¿Cuál considera usted que es el principio fundamental, la idea básica que observa en el ejercicio de su profesión?

Hubo una pausa durante la cual Andrew reflexionó desesperadamente. Al fin, sintiendo que comprometía todo el buen efecto ya logrado, balbuceó:

—Creo..., creo en mi fuero interno que no debo tomar nada como absoluto.

—Gracias, doctor Manson.

Mientras Andrew dejaba la sala, Abbey tomaba la pluma. Se sintió joven una vez más y un poco sentimental. Pensó: «Si me hubiera respondido que procurar sanar a la gente, ayudar a la humanidad doliente, me habría decepcionado». Y anotó el inaudito máximo, 100, tras el nombre de Andrew Manson. Si hubiera estado en su mano, Abbey habría duplicado esa cifra.

Algunos minutos después, Andrew bajaba la escalera con los demás candidatos. Al pie de esta, junto a su maletín de cuero, había un portero de librea con un montón de sobres. A medida que pasaban los candidatos le daba a cada cual su sobre. Harrison, que salió delante de Andrew, rompió rápidamente el suyo. Se le alteró la expresión y dijo tranquilamente:

—Parece que no me necesitan mañana. —Luego, forzando una sonrisa—: ¿Y a usted?

A Andrew le temblaban los dedos. Apenas podía leer. Oyó confusamente que Harrison lo felicitaba. Todavía tenía probabilidades. Anduvo hasta el salón de té y se tomó su leche malteada. Pensó febrilmente: «Si no lo logro ahora, después de esto, me tiro debajo de un autobús».

Llegó el día siguiente. Apenas quedaba la mitad de los candidatos originales, y se rumoreaba que de estos caería otra mitad. Andrew no tenía idea de si lo estaba haciendo bien o mal; solo sabía que le dolía atrocemente la cabeza, que tenía los pies helados y su interior vacío.

Al fin terminó todo. A las cuatro de la tarde, Andrew salía del guardarropa extenuado y melancólico, poniéndose el abrigo. Entonces se dio cuenta de que Abbey estaba de pie frente al gran fuego que ardía en medio del vestíbulo. Hizo ademán de pasar. Pero

Abbey, por algún motivo, le tendía la mano, sonriente, hablándole, diciéndole..., diciéndole que lo había conseguido.

¡Santo Dios, lo había conseguido! ¡Había triunfado! Otra vez se sentía vivir, gloriosamente, olvidado de su dolor de cabeza y de todo cansancio. Mientras corría a la estafeta más próxima, el corazón le hacía escuchar una salvaje y loca melodía. Había triunfado, no desde el West End de Londres, sino desde un apartado rincón minero. Todo su ser se estremecía de dicha. Aquellas largas noches, aquellas carreras locas a Cardiff, aquellas torturantes horas de estudio estaban justificadas, después de todo. Y seguía el camino presurosamente, tropezando y dando empujones por entre el gentío, brillándole los ojos, corriendo, corriendo a telegrafiarle a Christine la noticia del milagro.

CAPÍTULO XI

Cuando llegó el tren, media hora más tarde, era cerca de la medianoche. Durante todo el trayecto, valle arriba, la locomotora había ido luchando contra un fuerte viento en contra. Cuando bajó al andén de Aberalaw, Andrew casi fue arrebatado por el huracán. La estación estaba desierta. Los álamos nuevos plantados en hilera a la entrada se doblaban como ramas, silbando y sacudiéndose con el temporal. Arriba, las estrellas brillaban resplandecientes.

Andrew caminó por la calle de la Estación, con el cuerpo azotado y el espíritu regocijado por la presión del vendaval. Poseído aún por su éxito, resonándole en los oídos las palabras de sir Robert Abbey, ansiaba llegar al lado de Christine para referírsele todo, todo lo que le había ocurrido. Ya le había informado por telegrama, pero deseaba contarle en detalle toda la emocionante historia de su triunfo.

Al llegar, con la cabeza gacha, a la calle Talgart, sintió que alguien corría tras él. El hombre se le acercó penosamente, perdiéndose de tal modo en el vendaval el ruido de sus botas sobre el pavimento, que parecía una figura fantasmagórica. Andrew se detuvo, y enseguida lo reconoció. Era Frank Davis, el conductor de la ambulancia del pozo número 3 de la mina de antracita, que la primavera anterior había asistido a su curso de auxilio de urgencias.

—Por fin lo encuentro, doctor. Vengo de su casa. El viento ha tirado varios postes de teléfono y no hay manera de establecer comunicación.

Una ráfaga se llevó el resto de sus palabras.

—¿Qué desgracia ha ocurrido? —gritó Andrew.

—Un derrumbe en el pozo número tres.

Davis ahuecó las manos junto a la oreja de Manson.

—A un muchacho le ha caído una roca encima y no pueden sacarlo. Es Sam Bevan; está en su lista. Apresúrese, doctor.

Andrew corrió unos cuantos pasos con Davis y luego una súbita reflexión le hizo detenerse.

—Necesito mi maletín —le gritó a Davis—. Vaya a mi casa y tráigamelo. Yo seguiré hasta el número tres. —Y agregó—: ¡Y dígame a mi mujer que estoy allí!

En cuatro minutos llegó al pozo número 3, impelido por el viento persistente, después de cruzar el desvío de la línea férrea y seguir a lo largo de la calle Roath. En la sala de primeros auxilios halló al subadministrador y a tres hombres más que lo esperaban. Al verlo se animó ligeramente la expresión angustiada del subadministrador.

—Me alegro de verle, doctor. Se ha producido un espantoso derrumbe. Nadie ha muerto, a Dios gracias, pero uno de los muchachos tiene el brazo sepultado bajo una

roca. No podemos moverlo ni un centímetro. Y el techo está en ruinas.

Fueron hasta el pozo. Dos de los hombres llevaban una camilla y el tercero una caja de madera con material de primeros auxilios. Al entrar en el montacargas, otra figura atravesó el patio corriendo. Era Davis, que llegaba jadeante con el maletín.

—Ha sido muy rápido, gracias —dijo Manson.

Davis se limitó a asentir: no podía hablar. Se oyó un chirrido en el espacio y el montacargas llegó al fondo rocoso. Salieron de uno en uno; delante el subadministrador, luego Andrew, Davis, que llevaba todavía el maletín, y, por fin, los tres hombres.

Andrew ya había estado otras veces bajo tierra y estaba acostumbrado a las cavernas de altas bóvedas de las minas de Drineffy, enormes socavones oscuros y resonantes, muy profundos, desde cuyo lecho había sido barrenado y extraído el mineral. Pero este pozo número 3 era antiguo, con una galería tortuosa que conducía hasta los lugares de trabajo. La galería era menos un pasaje que una madriguera de techo bajo, por cuyas paredes húmedas y viscosas se arrastraron, a menudo sobre las manos y las rodillas, a lo largo de medio kilómetro. De repente la luz que llevaba el subadministrador se detuvo delante de Andrew, quien supo entonces que habían llegado.

Se arrastró lentamente hacia adelante. Tres hombres apretados, de bruces en un extremo, hacían lo posible por salvar a otro, que yacía encogido, con el cuerpo de lado, y un hombro vuelto hacia atrás, al parecer perdido en la masa de roca derrumbada. Detrás de los hombres había herramientas esparcidas por el suelo, dos tarros de comida volcados y sacos hechos jirones.

—¿Qué hay, muchachos? —preguntó el subadministrador en voz baja.

—No podemos moverlo de ninguna manera. —El hombre que hablaba volvió su cara, sucia por la transpiración—. Lo hemos probado todo.

—Está aquí el doctor Manson —dijo el subadministrador—. Retírense un poco.

Los tres hombres retrocedieron desde su rincón, y, cuando le hubieron dejado sitio, Andrew se adelantó. De pronto le vino a la cabeza el recuerdo de su reciente examen, de los progresos en el campo de la bioquímica, de su terminología altisonante y sus frases científicas. No había contemplado tal examen una contingencia como la presente.

Sam Bevan estaba consciente, pero sus facciones se veían desfiguradas bajo la capa de polvo. Trató débilmente de sonreír a Manson.

—Parece que tendrá que aplicarme un tratamiento de urgencia.

Bevan había sido alumno suyo en el curso de primeros auxilios y a menudo había sido solicitado para efectuar vendajes.

Andrew se aproximó. A la luz que proyectaba el subadministrador, palpó con las manos los hombros del accidentado. Todo el cuerpo de Bevan estaba libre, a excepción de su antebrazo izquierdo, sepultado bajo el enorme peso de la roca, que lo convertía en un inmóvil prisionero.

Andrew vio al instante que la única manera de liberarlo era amputándole el antebrazo. Y Bevan, haciendo un esfuerzo con sus ojos atormentados, leyó esa decisión en el mismo momento en que fue tomada.

—Proceda, entonces, doctor —murmuró—. Pero sáqueme pronto de aquí.

—No te preocupes, Sam —le dijo Andrew—, Te dormiré, y, cuando despiertes, estarás en tu cama.

Tendido en su cenagal bajo el techo de dos pies, se quitó la chaqueta, la dobló y la colocó bajo la cabeza de Bevan. Se arremangó la camisa y pidió su maletín. El subadministrador se lo entregó y al hacerlo le dijo al oído:

—Apresúrese, por Dios, doctor. Este techo se derrumbará sobre nosotros antes de que sepamos dónde estamos.

Andrew abrió el maletín, y al momento sintió el vaho a cloroformo. Ya antes de meter la mano en el interior y palpar vidrios quebrados, comprendió lo que había ocurrido. A Frank Davis, en su prisa por llegar a la mina, se le había caído el maletín. El frasco de cloroformo se había roto, desparramándose su contenido. Andrew se estremeció. No tenía tiempo de enviar a buscar otro. Y carecía de anestésico.

Durante unos treinta segundos estuvo como paralizado. Luego, automáticamente, buscó una jeringa, la cargó de morfina y le administró a Bevan una dosis máxima. No pudo aguardar a que produjera todo su efecto. Tras colocar al alcance de su mano todos los instrumentos necesarios, se inclinó de nuevo sobre Bevan y le dijo, mientras apretaba el torniquete:

—¡Cierra los ojos, Sam!

La luz era confusa, y parpadeante. A la primera incisión, Bevan gimió con los dientes apretados. Volvió a gemir. Después, cuando el cuchillo ya operaba sobre el hueso, felizmente se desmayó.

Una transpiración helada brotó de la frente de Andrew mientras apretaba las pinzas de torsión en la carne destrozada y sangrante. No podía ver lo que hacía. Se sentía ahogado bajo la superficie de la tierra, tendido en el lodo. No había anestesia, ni sala de operaciones, ni enfermeras que corrieran a ejecutar sus órdenes. Él no era cirujano. Se sentía impotente. No terminaría jamás. El techo se desplomaría sobre todos ellos. Detrás de él se oía la respiración anhelante del subadministrador. A través de una grieta, caían heladas gotas de agua que le impactaban en el cuello. Sus dedos, sucios y ardientes, trabajaban febrilmente. El rechinar de la sierra sobre el hueso. La voz de sir Robert Abbey, a mucha distancia: «La oportunidad de la medicina científica...». ¡Oh, Dios! ¡No concluiría nunca!

Al fin. Casi sollozó de alivio. Colocó un tapón de gasa sobre el muñón sangriento. Le temblaban las rodillas.

—Sáquenlo —ordenó.

Cincuenta metros más atrás, en un ensanchamiento de la galería, donde podía estar de pie y con cuatro lámparas en torno a él, terminó la tarea. Allí era más fácil. Limpió y empapó la herida en antiséptico. Ahora un tubo. Enseguida un par de suturas. Bevan seguía inconsciente. Pero su pulso, aunque débil, era firme. Andrew se pasó la mano por la frente. Había terminado.

—Lleven la camilla con cuidado. Envuélvanlo en estas mantas. Necesitamos botellas de agua caliente.

La lenta procesión, las cabezas inclinadas hasta la cintura en los sitios bajos, comenzó a moverse por entre las sombras de la galería.

No habían andado sesenta pasos cuando un derrumbamiento sordo resonó en la oscuridad allá abajo, a sus espaldas.

Fue como el último rumor sordo de un tren que desaparece en el interior de un túnel. El subadministrador no se volvió. Solo le dijo a Andrew, con tranquilo horror:

—Ahí tiene. El resto del techo.

Tardaron en salir casi una hora. Tenían que ladear oblicuamente la camilla en los sitios más estrechos. Andrew no podía decir cuánto tiempo habían estado sepultados. Pero al fin llegaron a la base del pozo.

Emergieron de las profundidades. Cuando salieron del montacargas, los recibió el contacto helado del viento. Andrew respiró profundamente con una especie de éxtasis.

Se detuvo al pie de la escalera, asido a la baranda. Todavía estaba oscuro, pero en el patio de la mina habían encendido una hoguera de gasolina que silbaba y saltaba en muchas lenguas de fuego. Alrededor había una multitud de figuras que aguardaban. Entre ellas, mujeres con chales en las cabezas.

De repente, mientras la camilla continuaba su camino lentamente, Andrew oyó que gritaban su nombre y un instante después los brazos de Christine le rodeaban el cuello. Sollozando histéricamente, se aferró a él. Sin sombrero, con solo un abrigo encima del camisón, los pies desnudos dentro de unas pantuflas, parecía una mujer abandonada en la tempestuosa oscuridad.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Andrew estremecido, procurando desembarazarse de sus brazos para verle la cara.

Pero ella no lo dejaba. Apretada frenéticamente a él, como quien está a punto de ahogarse, respondió con voz entrecortada:

—Dijeron que el techo se había desplomado... que tú no..., que tú no saldrías más.

Christine tenía la piel azul, le castañeteaban los dientes de frío. Andrew la llevó al calor de la sala de primeros auxilios, hondamente conmovido. Allí había cacao caliente. Pasó mucho tiempo antes de que ninguno de los dos recordara nada de lo concerniente a su nuevo título.

CAPÍTULO XII

Los rescates en las minas eran algo corriente en una ciudad que había conocido anteriormente el horror y la agonía de desastres mucho mayores. Sin embargo, el de Sam Bevan le dio mucho crédito a Andrew. Si hubiera regresado con el solo éxito de Londres auestas, se habría ganado únicamente una burla más por «una nueva estupidez de reciente invención». Ahora recibía saludos y aun sonrisas de gentes que antes ni lo miraban. La popularidad real de un médico en Aberalaw se medía en las calles. Y donde Andrew había sido recibido antes con puertas herméticamente cerradas, ahora las hallaba abiertas. Los hombres, que en sus ratos libres estaban a las puertas de sus casas charlando y fumando en mangas de camisa, lo abordaban para conversar con él, las mujeres lo invitaban a pasar y los niños le saludaban sonrientes.

El viejo Guy Parry, perforador jefe del pozo número 2 y decano del distrito oeste, sintetizó la nueva corriente de opinión de sus compañeros al contemplar la figura de Andrew que se alejaba:

—¡Eh, muchachos! No hay duda de que es un hombre de libros. Pero también es capaz de hacer un trabajo real cuando se le necesita.

Las tarjetas comenzaron a volver a él, al principio poco a poco, y cuando vieron que no trataba mal a sus desertores arrepentidos, en súbito alud. Owen se congratuló del aumento de la lista de Andrew. Un día que lo encontró en la plaza, le comentó sonriente:

—¿No se lo dije?

Llewellyn había recibido gran alegría por el resultado del examen. Felicitó efusivamente a Andrew por teléfono, y empezó a requerir sus servicios en la sala de operaciones.

—Por cierto —dijo, mirándolo fijamente al término de una prolongada administración de éter—, ¿les dijo a los examinadores que trabajaba como ayudante en la Sociedad de Asistencia Médica de Aberalaw?

—Les mencioné su nombre, doctor Llewellyn —respondió suavemente Andrew—. Y eso lo allanó todo.

Oxborrow y Medley no se dieron por enterados del éxito de Andrew. Pero Urquhart se alegró sinceramente, aun cuando su comentario adquirió la forma de una explosión de censura:

—¡Váyase al diablo, Manson! ¿Qué se supone que está haciendo? ¿Tratando de eliminarme?

A modo de homenaje a su distinguido colega, Urquhart le consultó en un caso de neumonía que atendía por entonces y quiso conocer su pronóstico.

—Mejorará —dijo Andrew, y dio razones científicas.

Urquhart movió escépticamente la cabeza.

—Jamás he oído hablar de sueros polivalentes, anticuerpos y unidades internacionales. Pero la enferma se llamaba Powell antes de casarse, y, cuando a los Powell se les hincha el vientre en sus neumonías, mueren antes de ocho días. Conozco la historia de la familia. Tiene el vientre hinchado, ¿no?

El anciano experimentó una especie de triunfo sombrío sobre el método científico cuando su paciente murió al séptimo día.

Denny, ausente en el extranjero, no sabía nada del nuevo título de Andrew. Pero una larga carta de Freddie Hamson le trajo una felicitación efusiva y algo inesperada. Freddie había visto los resultados en el *Lancet*, lo felicitaba, lo invitaba a Londres y luego le relataba sus grandes éxitos en Queen Anne Street, donde, como había predicho aquel día en Cardiff, brillaba ahora su limpia chapa de bronce.

—Es una pena que hayamos perdido contacto con Freddie —declaró Manson—. Debo escribirle más a menudo. Presiento que algún día lo veremos de nuevo. Hermosa carta, ¿no?

—Sí, muy hermosa —respondió secamente Christine—. Pero solo habla de sí mismo.

Con la proximidad de la Navidad el tiempo se hizo más frío: días helados y noches tranquilas y estrelladas. Las calles, endurecidas como el hierro, resonaban con las pisadas y el aire puro era estimulante. Andrew iba fraguando en su mente conclusiones sobre el problema de la inhalación de polvo. Sus hallazgos entre sus propios pacientes le habían infundido grandes esperanzas, y obtuvo permiso de Vaughan para hacer un examen sistemático de todos los trabajadores de los tres pozos de antracita. Oportunidad maravillosa. Se propuso adoptar como puntos de referencia los trabajadores del pozo y los de la superficie. Comenzaría con el año nuevo.

La víspera de Navidad regresó del consultorio a Vale View con un sentimiento extraordinario de alegría espiritual y de bienestar físico. Mientras recorría el camino le era imposible sustraerse a las señales de la próxima festividad. Los mineros daban gran importancia a la Navidad. Durante la última semana, en todas las casas había cuartos cerrados con llave, para que no entraran los niños. Los cajones de los aparadores escondían juguetes, y sobre las mesas se veía una gran cantidad de cosas apetitosas: pasteles, naranjas, galletas y dulces.

Christine había confeccionado sus propios adornos de acebo y muérdago, con alegre expectación. Pero, al llegar a casa esa noche, Andrew advirtió en su rostro una excitación extraordinaria.

—No digas una palabra —dijo rápidamente ella, levantando la mano—. Ni una sola palabra. Cierra los ojos y sígueme.

Andrew la dejó que lo guiara hasta la cocina. Sobre la mesa había paquetes envueltos

en papel de diario, todos ellos con su notita adjunta. Enseguida comprendió que eran regalos de sus pacientes. Pero otros no tenían envoltorio.

—¡Mira, Andrew! —exclamó Christine—. ¡Un ganso! ¡Y dos patos! ¡Y una torta deliciosa! ¡Y una botella de vino de saúco! ¿No es increíble? ¿No es maravilloso que te obsequien así?

Andrew, sencillamente, no podía responder. Lo abrumaba la evidencia de que la gente de su distrito había comenzado, al fin, a apreciarlo, a quererlo. Con Christine apoyada en su hombro, leyó las notas, escritas con mucho trabajo y llenas de errores, algunas garabateadas a lápiz en sobres viejos vueltos del revés. «Su agradecido enfermo de la calle Cefan núm. 3». «Con agradecimiento de la señora Williams». Una gema labrada por Sam Bevan: «Gracias por haberme sanado para Navidad, doctor». Y otras por el estilo.

—Debemos guardarlas, querido —dijo Christine en voz baja—. Las llevaré arriba.

Cuando Andrew hubo recuperado su locuacidad —un vaso de vino de saúco casero le ayudó a ello—, comenzó a pasearse por la cocina, mientras Christine preparaba el ganso. Andrew desvariaba poéticamente:

—Así es como deberían pagarse los honorarios, Christine. Nada de dinero, de malditos billetes, de cuota por cabeza, de lucha por el oro. Pago en bondad. Me comprendes, ¿no? Uno cura a su paciente, y él le envía algo que ha hecho, ha producido. Carbón, si quieres, un saco de patatas de su huerto, huevos..., si tiene gallinas. Entonces alcanzaríamos el ideal ético. A propósito, esa señora Williams que nos envió los patos... Leslie la tuvo tragando píldoras y drogas durante cinco años, antes de que yo le curara su úlcera gástrica con una dieta de cinco semanas. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Si todos los médicos dejaran de ver su profesión como un negocio, el sistema sería mucho más puro...

—Sí, querido. ¿Quieres alcanzarme las pasas? En el estante superior del armario.

—¡Maldita sea! ¿Es que no me escuchas? ¡Caramba! Ese estofado tiene una pinta estupenda.

A la mañana siguiente, la Navidad llegó clara y hermosa. Los fanales de Tallyn se veían plomizos en la lejanía azul, con un albo casquete de nieve. Después de unas pocas consultas matinales, con la agradable perspectiva de no tenerlas por la tarde, Andrew realizó sus visitas. La lista era corta. En todas las casas preparaban comidas especiales.

No se cansó de dar y recibir saludos de Navidad por la calle, nada que ver con lo que había vivido un año atrás.

Fue tal vez este pensamiento el que le hizo detenerse con una extraña vacilación frente al número 18 de la calle Cefan. De todos sus pacientes, aparte de Chenkin, al que no quería ver, el único que no había vuelto a él era Tom Evans. En ese momento, en que se hallaba inusitadamente conmovido, acaso exaltado indebidamente por un sentimiento

de fraternidad humana, le sobrevino el repentino impulso de ir a casa de Evans para desearle unas felices fiestas.

Después de golpear una vez, abrió la puerta y caminó hasta la cocina, en el fondo. Allí se detuvo, sobrecogido. La cocina estaba desmantelada, y en el fogón ardía una débil brasa. Sentado en una silla de respaldo roto, con un brazo rígido y doblado hacia afuera como un ala, estaba Tom Evans. Sus hombros caídos denotaban su abatimiento y desesperanza. Tenía en las rodillas a su niñita de cuatro años. Ambos contemplaban en silencio una rama de abeto plantada en una vasija vieja. En ese diminuto árbol de Navidad —Evans había tenido que caminar tres kilómetros por la montaña para conseguirlo—, había tres pequeñas velas de sebo, sin encender.

Y al lado estaba el banquete de Navidad de la familia: tres naranjas pequeñas.

De pronto Evans se volvió y vio a Andrew. Se estremeció, y un ligero rubor de vergüenza y resentimiento se le acentuó en el rostro. Andrew comprendió que para aquel hombre era muy duro verse observado en esa lamentable situación por el doctor cuyo consejo había rechazado. Sabía, por supuesto, que Evans estaba pasando malos momentos, pero no imaginaba que la situación hubiera llegado a ese punto. Se sentía incómodo, y decidió marcharse. En ese momento entró en la cocina la esposa de Evans, con un paquete bajo el brazo. Nerviosa ante la presencia del médico, se le cayó el paquete de las manos, que al abrirse en el suelo de piedra permitió ver dos trozos de carne de vaca, la más barata de Aberlaw. La criatura, mirando a su madre, comenzó a gritar.

—¿Qué ocurre, señor? —se atrevió a preguntar al fin la señora Evans, oprimiéndose el costado con la mano—. Él no ha hecho nada.

Andrew apretó los dientes. Aquella escena lo había conmovido de tal modo que sintió la necesidad de hacer algo por ellos.

—¡Señora Evans! —Mantenía los ojos fijos en el suelo—. Sé que hubo un equívoco entre Thomas y yo. Pero es Navidad... y me complacería enormemente que ustedes tres nos acompañaran a nuestra mesa.

—Pero, doctor... —murmuró ella.

—Tranquilízate, mujer —interrumpió orgullosamente Evans—. No iremos a ninguna parte. Si lo único que podemos tener es esta carne, será lo único que comeremos. ¡Basta! No queremos ninguna caridad malintencionada de nadie.

—Pero ¿qué dice usted? —exclamó Andrew, desalentado—. Lo estoy invitando como amigo.

—¡Ah! ¡Ustedes son todos iguales! —se quejó amargamente Evans—. Primero hunden a la gente, y luego les tiran mendrugos a la cara. Guárdese su comida. No la queremos.

—¡Vamos, Thomas...! —protestó débilmente la señora Evans.

Andrew se dirigió hacia ella, apenado, pero resuelto todavía a conseguir su propósito.

—Convénzalo, señora. Me sentiré verdaderamente ofendido si no vienen. A la una y media. Los esperamos.

Antes de que nadie pudiera decir una palabra, dio media vuelta y se marchó.

Christine no hizo ningún comentario cuando Andrew le contó lo sucedido. Los Vaughan hubieran ido a verlos, de no ser porque habían ido a esquiar a Suiza. ¡Y ahora él invitaba a un minero desocupado, con su familia! Estos eran los pensamientos de Andrew, mientras, de espaldas al fuego, observaba cómo su mujer disponía nuevos sitios en la mesa.

—¿Estás molesta, Christine? —le dijo al fin.

—Creía que me había casado con el doctor Manson —respondió ella con cierta brusquedad—. No con el doctor Bernard. Realmente, querido, eres un sentimental incorregible.

Los Evans llegaron exactamente a la hora, limpios y bien peinados, orgullosos y tímidos al mismo tiempo. Andrew se desvivió por crear una atmósfera de cordialidad, pero enseguida tuvo el terrible presentimiento de que Christine estaba en lo cierto, que la fiesta sería un horrible fracaso. Evans, que no paraba de mirar a Andrew con recelo, se desempeñaba torpemente en la mesa a causa de su brazo impedido, y su mujer tenía que cortarle el pan y ponerle mantequilla. En un momento en que Andrew fue a coger las vinagreras, se cayó la tapa del frasco de la pimienta y todo el contenido se volcó en su sopa. Tras unos instantes de profundo silencio, la pequeña Agnes, sin poderse contener más, estalló en una risa convulsiva. Su madre, consternada, se volvió hacia ella para reprenderla, pero la mirada de Andrew la detuvo. Un instante después, todos reían.

Libre de su temor de verse tratado como inferior, Evans se reveló como una persona sociable, entusiasta del rugby y gran aficionado a la música. Durante tres años había ido a Cardiff a cantar en el Eisteddfod. Orgulloso de mostrar sus conocimientos, comentó con Christine los oratorios de Elgar, mientras que la pequeña Agnes era entretenida con unas sorpresas por Andrew.

Después, Christine llevó a la señora y a la niña a la otra habitación. Una vez solos los hombres, un extraño silencio se produjo entre ellos. Ninguno de ellos acertaba a comenzar. Finalmente dijo Andrew a la desesperada:

—Siento lo de su brazo, Evans. Sé que a causa de él ha perdido su trabajo en la mina. No crea que estoy tratando de jactarme ante usted ni nada parecido. Lo siento sincera y profundamente.

—Usted no lo siente como yo —repuso Evans.

Hubo una pausa y luego prosiguió Andrew:

—¿Me permitiría que le hablara de usted al señor Vaughan? Dígame si piensa que me meto en lo que no me corresponde..., pero tengo algo de influencia ante él y estoy

seguro de que podría conseguirle algún trabajo en la superficie... Cronometrador del tiempo... o cualquier cosa.

Se interrumpió sin atreverse a mirar a Evans. Ahora el silencio fue largo. Al fin Andrew levantó los ojos, solo para bajarlos inmediatamente después. A Evans le corrían las lágrimas por las mejillas y todo su cuerpo vibraba por el esfuerzo que hacía para no derrumbarse. Pero fue inútil. Colocó su brazo hábil sobre la mesa y sepultó en él su rostro.

Andrew se levantó, fue hasta la ventana y permaneció allí hasta que Evans logró dominarse. No dijo nada, absolutamente nada, y sus ojos evitaron los de Andrew con una reticencia más significativa que las palabras.

A las tres y media la familia Evans se despidió con una alegría que contrastaba con el nerviosismo de su llegada. Christine y Andrew volvieron al salón.

—¿Sabes, Christine —filosofó Andrew—, que la desgracia de ese pobre hombre, quiero decir la rigidez de su codo, no es culpa suya? Desconfió de mí porque era nuevo. No podía esperarse que estuviera informado acerca de ese maldito aceite de linaza. Pero el amigo Oxborrow, que aceptó su tarjeta, debería haberlo sabido. Ignorancia pura, maldita ignorancia. Debería haber una ley que obligara a los médicos a mantenerse al día. Toda la culpa está en nuestro abominable sistema. Debería haber clases obligatorias para posgraduados... cada cinco años.

—¡Amor mío! —protestó sonriente Christine desde el sofá—. He tolerado tu filantropía durante todo el día y he observado cómo extendías tus alas protectoras cual arcángel. ¡Basta de sermones ahora! Ven y siéntate a mi lado; tenía una razón para desear que hoy estuviéramos solos.

—¿Sí? —preguntó escépticamente; luego, indignado, añadió—: Supongo que no irás a quejarte de mí. Creo que me he comportado bastante bien. Además... es Navidad.

Ella reía silenciosamente.

—¡Oh, querido, eres demasiado bueno! Cualquier día habrá una tormenta de nieve y tú saldrás a altas horas de la noche con los San Bernardos, arrebujado hasta la garganta, para volver con alguien de la montaña...

—Conozco a una persona que fue hasta el pozo número 3, a altas horas de la noche —repuso Andrew, desquitándose—, y no estaba arrebujada.

—Ven aquí —dijo ella extendiendo su brazo—. Necesito decirte algo.

Cuando se disponía a sentarse a su lado, sintieron fuera la ronca llamada de un claxon: «Krr-krr-krr Ki-ki-krr».

—¡Caramba! —exclamó Christine—. Solo hay una bocina en Aberlaw que pueda sonar de ese modo. La de Con Boland.

—¿No te apetece verlos? —preguntó Andrew, sorprendido—. Con me dijo que seguramente vendría para el té.

—¡Sí, claro! —dijo Christine, levantándose y acompañándolo hasta la puerta.

Salieron al encuentro de los Boland, que estaban en el interior del automóvil reconstruido, frente a la puerta. Con, muy tieso al volante, con sombrero y enormes guantes nuevos, Mary y Terence a su lado, y los otros tres niños alrededor de la señora Boland, que tenía al bebé en brazos, en el asiento de atrás, todos apretados, a pesar del ensanchamiento del vehículo.

De pronto comenzó a sonar otra vez la bocina: «Krr-krr-krr...». Inadvertidamente, Con había oprimido el botón al desconectar el motor, y se había quedado encallado. El claxon no quería parar. «Krr-krr-krr...». Con hurgaba y juraba; se abrieron las ventanas de las casas de los alrededores, y, entretanto, la señora Boland seguía en su asiento impertérrita, con expresión indiferente, soñadora, con la criatura en brazos.

—¡En nombre de Dios! —gritaba Con, con el mostacho erizado—. Se va a vaciar la batería. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Un cortocircuito, o qué?

—Es el botón, papá —le dijo tranquilamente Mary. Y con su dedito lo desatascó. Cesó el ruido.

—¡Ah! Ya está —suspiró Con—. ¿Cómo se encuentra, Manson? ¿Qué le parece mi auto? Lo he alargado más de medio metro. Es grande, ¿eh? Todavía hay un pequeño desarreglo en la caja de cambio. No ha subido muy bien la cuesta, que digamos.

—No ha sido para tanto, papá —interrumpió Mary.

—¡Bueno, no importa! —dijo Con—. Arreglaré eso cuando lo desarme de nuevo. ¿Cómo está usted, señora Manson? Hemos venido a desearles una feliz Navidad y a tomar el té con ustedes.

—Pase usted, Con —dijo Christine sonriendo—. ¡Bonitos guantes!

—Obsequio de mi mujer para Navidad —respondió Con, mirándolos flotar en sus muñecas—. Material sobrante del ejército. ¿Sabe usted que todavía los venden? ¡Ah!, ¿qué le pasa a esta puerta?

Viendo que no podía abrir la portezuela, pasó por encima de ella sus largas piernas, y una vez en tierra ayudó a bajar a su mujer e hijos, inspeccionó el coche, quitando solícitamente un pegote de barro del parabrisas, y luego siguió a los demás a Vale View.

El té fue muy ameno. Con estaba de excelente humor, muy orgulloso de su creación.

—No lo reconocerán cuando le dé una mano de pintura.

La señora Boland se bebió abstraídamente seis tazas de té cargado. Los niños comenzaron con las galletas de chocolate y terminaron en un pugilato por el último pedazo de pan. Dejaron limpios todos los platos de la mesa.

Después del té, mientras Mary lavaba la vajilla —insistió en que Christine parecía cansada—, Andrew le quitó el bebé a la señora Boland y jugó con él sobre el felpudo frente al fuego. Era el bebé más gordo que había visto jamás, un niño de Rubens, con ojos enormes y orondas masas de carne en las extremidades. Trataba insistentemente de

meter un dedo en el ojo de Andrew, y, cada vez que fracasaba, mostraba en el semblante una expresión atónita. Christine estaba sentada con las manos en la falda, sin hacer nada, tan solo observando a su marido jugar con el niño.

Pero Con y su familia no podían quedarse mucho rato. Estaba oscureciendo, y Con, preocupado por la batería, tenía dudas, que no formuló, respecto al perfecto funcionamiento de las luces del coche. Cuando se levantaron para marcharse, los invitó:

—Salgan a vernos partir.

Andrew y Christine estaban una vez más en la puerta, mientras Con llenaba el auto con su prole. Después de un par de sacudidas, la máquina obedeció, y él, haciéndoles un saludo triunfal, se puso los guantes y se ajustó el sombrero inclinándolo hacia atrás. Luego se irguió orgullosamente en el asiento con las manos en el volante.

En ese momento se oyó un fuerte crujido y el auto se derrumbó con estrépito.

Con el peso de la familia al completo, el vehículo, excesivamente alargado, se hundió lentamente hasta el suelo, como una bestia de carga que pereciera de puro agotamiento. Ante los ojos atónitos de Andrew y Christine, las ruedas se inclinaron hacia afuera, se oyó un estrépito de piezas que caían, otras que salían despedidas, y el cuerpo del vehículo vino a reposar, desmembrado, en el suelo de la calle. Un instante antes era un automóvil, y al siguiente, un desecho ridículo. Delante estaba Con, abrazado al volante; atrás, su mujer abrazada al bebé. La señora Boland tenía la boca abierta, sus ojos soñadores, fijos en la eternidad. La estupefacción del rostro de Boland ante su repentino descenso era cómica.

Andrew y Christine se echaron a reír. No podían parar. Rieron hasta quedar agotados.

—En nombre de Dios —dijo Con, frotándose la cabeza y levantándose.

Tras comprobar que ninguno de los niños estaba herido, y que la señora Boland seguía impertérrita, aunque pálida, en su asiento, reflexionó ofuscado sobre el accidente.

—¡Sabotaje! —declaró al fin, mirando hacia las ventanas de los alrededores con una idea fija en la mente—. Alguno de esos demonios ha metido aquí la mano. —De pronto se le iluminó el rostro. Asió de un brazo al exánime Andrew y le indicó con melancólico orgullo la arrugada capota, bajo la cual la máquina emitía todavía débiles resoplidos convulsivos—. ¡Mire, Manson! ¡Todavía funciona!

Trabajosamente arrastraron los restos hacia el patio trasero de Valle View. La familia Boland se marchó a pie.

—¡Qué día! —exclamó Andrew, cuando al fin se vieron en paz—. Jamás olvidaré la expresión del rostro de Con.

Estuvieron callados un momento, y luego, volviéndose a Christine, le preguntó:

—¿Qué tal has pasado la Navidad?

Ella replicó en forma extraña:

—He gozado viéndote jugar con el bebé.

—¿Por qué?

Christine evitó sus ojos.

—Todo el día he estado buscando el momento de decírtelo. ¡Oh! ¿No lo adivinas, amor mío? Después de todo, creo que no eres tan buen médico.

CAPÍTULO XIII

De nuevo la primavera. Y el comienzo del verano. El jardín de Vale View era una mancha de suaves colores, que los mineros se detenían a contemplar a menudo al regresar de su turno. Tales colores se debían principalmente a los arbustos floridos que Christine había plantado el otoño anterior, pues ahora Andrew le prohibía todo trabajo manual.

—Tú has hecho el jardín —le dijo Andrew autoritariamente—. Ahora disfrútalo.

El sitio favorito de Christine estaba al final de la pequeña hondonada, donde, junto a una minúscula cascada, podía escuchar el sedante murmullo del arroyo. El ramaje de un sauce la protegía de las miradas del exterior. El problema del jardín de Vale View era que quedaba a la vista de los vecinos que vivían ladera arriba. En cuanto se sentaban fuera, todas las ventanas de la vecindad se abrían y corría la voz: «¡Eh, muchachos! ¡Venid a ver! El doctor y su señora están tomando el sol». En los primeros días, en efecto, mientras se paseaban a la orilla del arroyo, Andrew deslizó el brazo alrededor de la cintura de Christine, y enseguida vio el brillo de una lente enfocada desde el salón del viejo Glyn Joseph. «¡Demonio! —exclamó vehementemente Andrew—. Ese perro viejo... ha dirigido sobre nosotros su telescopio».

Pero debajo del sauce estaban enteramente protegidos y ahí le exponía Andrew a su mujer su visión sobre el feliz acontecimiento que les aguardaba.

—Es normal, Christine. —Jugando con el termómetro, se le acababa de ocurrir, en un exceso de precaución, tomarle la temperatura—. No está de más asegurarse. Al fin y al cabo, no somos... bueno... gente común. Tú eres la esposa de un médico, y yo soy... yo soy médico. He visto decenas, cientos de embarazos. Es algo normal, cosas de la naturaleza, la supervivencia de la especie, etc. No me interpretes mal, querida; es maravilloso, desde luego, es solo que he comenzado a preguntarme si tú no eres demasiado joven... ¡Oh, por supuesto, estoy encantado! Pero no podemos ponernos sentimentales. Tonterías sentimentales, ¡no! Dejemos eso para el matrimonio Smith. Sería un poco tonto que un médico como yo comenzara a angustiarse a propósito de esas cosillas que estás tejiendo. No. Las miro y me digo: «Seguro que abrigarán lo suficiente». Y todas estas conjeturas sobre qué color de ojos tendrá él o ella, o sobre el futuro que podremos darle, son cosas que están de más.

Se detuvo, poniéndose serio, y luego, poco a poco, se dibujó en su rostro una sonrisa reflexiva:

—Me pregunto, Christine, si será una niña.

Ella rio hasta que le resbalaron las lágrimas por las mejillas. Se rio tanto, que él se levantó preocupado.

—Para ya, por favor, Christine. Te podría dar algo.

—¡Oh, querido! —Se limpió los ojos—. Como idealista sentimental, te adoro. Como cómico, en cambio... Bueno, no quisiera tenerte en casa.

Él no comprendió del todo lo que ella quiso decir. Pero sabía que su conducta era científica y prudente. Por las tardes, cuando comprendía que ella debía hacer algún ejercicio, la llevaba a pasear al parque, pues le había prohibido terminantemente subir cuestras. Allí paseaban, escuchaban la banda y observaban a los niños de los mineros que acudían a merendar con sus botellas de gaseosa y sus sorbetes.

Una mañana de mayo, temprano, mientras estaban en la cama, él advirtió, en medio de un sueño ligero, un débil movimiento. Se despertó, advirtiendo de nuevo ese suave movimiento, el primero del niño dentro de Christine. Andrew se quedó quieto, sin atreverse a creerlo, embargado por una oleada de sentimiento, de éxtasis. «¡Oh, diablos! —pensó un instante después—. A fin de cuentas, tal vez no sea yo más que un Smith. Supongo que es por eso por lo que mantienen la norma de que un médico no puede atender a su propia esposa».

A la semana siguiente creyó oportuno hablarle al doctor Llewellyn para que se hiciera cargo, según ambos lo habían decidido desde el principio. Cuando Andrew acudió a él, Llewellyn se sintió complacido y halagado. Fue al momento e hizo un examen preliminar. Luego conversó con Andrew en el salón.

—Me alegro de poder serle útil, Manson —le dijo, aceptando un cigarrillo—. Siempre pensé que usted no simpatizaba lo suficiente conmigo como para pedirme este favor. Créame, haré todo lo que esté de mi parte. Por cierto, Aberlaw está algo sofocante. ¿No cree que su mujer debería cambiar de aires, mientras pueda?

«No lo comprendo —se dijo Andrew, cuando Llewellyn se hubo marchado—. ¡Me gusta ese hombre! Se ha portado bien. Tiene simpatía y tino. Es un mago en su trabajo. Sin embargo, hace un año deseaba cortarle el cuello. Soy un escocés testarudo, envidioso y zafio».

Christine no quería irse, pero él insistió:

—Sé que no quieres dejarme, Christine. Pero será mejor. Tenemos que pensar en todo. ¿Preferirías la playa, o tal vez te gustaría ir al norte, a casa de tu tía? Puedes hacerlo, Christine. Ahora estamos en buena situación.

Había terminado de pagar a la Dotación Glen y el mobiliario, y tenían cerca de cien libras en el banco. Pero ella no pensaba en eso cuando, oprimiéndole la mano, le respondió muy convencida:

—Sí, estamos muy bien, Andrew.

Finalmente se dejó convencer y decidió visitar a su tía de Bridlington. A la semana siguiente Andrew la despedía en la estación, con un prolongado abrazo y una cesta de frutas para el viaje.

La extrañó mucho más de lo que había imaginado, hasta tal punto su camaradería se había convertido en parte de su vida. Sus conversaciones, discusiones, riñas, sus mismos silencios, la manera en que él aguardaba con el oído atento su alegre respuesta cuando la llamaba al regresar a casa... Ahora comprendía cuánto significaban para él todas estas cosas. Sin ella la alcoba se convertía en la habitación extraña de un hotel. Sus comidas, preparadas concienzudamente por Jenny, según el programa escrito por Christine, eran bocados apresurados frente a un libro abierto y sostenido verticalmente sobre la mesa.

Vagando por el jardín que ella había arreglado, Andrew quedó de pronto sorprendido por el ruinoso estado del puente. Le molestaba, le parecía una injuria a su Christine ausente. Varias veces había hablado de esto al comité, en el sentido de que el puente se estaba cayendo poco a poco, pero aquellos señores eran difíciles de conmover cuando se trataba de reparar las casas de los ayudantes. Ahora, sin embargo, en un acceso de sentimiento, se presentó en la oficina y planteó enérgicamente la cuestión. Owen estaba ausente, con unos pocos días de permiso, pero el empleado le aseguró que la petición ya había sido aprobada por el comité y entregada al constructor Richard. Solo porque este estaba ocupado con otro contrato no se había iniciado ya el trabajo.

Por las noches iba a ver a Boland, y dos veces visitó a los Vaughan, que lo hacían quedarse para la partida de *bridge*. Y en una ocasión, para gran sorpresa suya, se encontró jugando al golf con Llewellyn. Les escribió cartas a Hamson y a Denny, que al fin había dejado Drineffy y viajaba a Tampico como médico de un barco petrolero. Su correspondencia con Christine era un modelo de brillante reserva. Pero buscaba distracción especialmente en su trabajo.

Su investigación en los pozos de antracita iba por buen camino, aunque el ritmo era un poco lento, pues, aparte de atender las llamadas de sus pacientes, solo podía examinar a los mineros cuando iban a los baños de la mina principal al final del turno, y además le resultaba imposible retenerlos mucho tiempo, pues tenían que ir a sus casas a comer. Efectuaba un promedio de dos exámenes diarios, pero los resultados excitaban su curiosidad. Sin saltar a una conclusión precipitada, vio que los trastornos pulmonares entre los trabajadores de antracita eran más frecuentes y agudos que entre los demás trabajadores de las minas de carbón.

Aunque desconfiaba de los libros de texto, en defensa propia, ya que no deseaba descubrir después que no había hecho más que seguir las huellas trazadas por otros, estudió la literatura concerniente al asunto. Su exigüidad le dejó atónito. Pocos investigadores parecían haberse interesado seriamente por las enfermedades pulmonares de los mineros. Zenker había introducido un término altisonante: «pneutnonokoniosis», que comprendía tres formas de fibrosis pulmonar debida a la inhalación del polvo. La antracosis, por supuesto, la infiltración negra de los pulmones que se advertía en los mineros del carbón, era conocida desde hacía tiempo y tenida como inocua por

Goldman, en Alemania, y por Trotter, en Inglaterra. Había unos pocos tratados sobre el predominio de las afecciones pulmonares entre los fabricantes de piedras de molino, particularmente los franceses, en los afiladores de cuchillos y hachas —«mal del afilador»— y los picapedreros. Había testimonios, casi siempre contradictorios, procedentes de Sudáfrica, respecto de esa piedra roja que ocasionaba enfermedades laborales en Rand, la tisis del minero de oro, debida indudablemente a la inhalación del polvo. También se sabía que los trabajadores del lino y del algodón y los trasplantadores de granos se hallaban sometidos a perturbaciones crónicas de los pulmones. ¡Pero, fuera de esto, nada!

Andrew abandonó la lectura con una curiosidad febril. Sentía que había aspectos inexplorados. Pensó en el gran número de trabajadores de las grandes minas de antracita, en la vaguedad de la legislación con respecto a las inhabilitaciones de obreros, en la enorme importancia social de este tipo de investigaciones. ¡Qué oportunidad, qué oportunidad maravillosa! Un sudor frío le corrió por la frente al pensar en la posibilidad de que alguien pudiera adelantársele. Pero desechó este pensamiento. Paseándose por la sala frente al fuego extinguido, pasada ya la medianoche, tomó el retrato de Christine de la repisa de la chimenea.

—¡Christine! Creo realmente que voy a hacer algo.

En las tarjetas que había comprado con ese fin, comenzó a clasificar cuidadosamente los resultados de su investigación. Aunque nunca reflexionaba sobre ello, su pericia clínica era ahora notable. Allí, en el vestuario, los hombres comparecían ante él, con los torsos desnudos, y, con sus dedos y su estetoscopio, sondeaba severamente la oculta patología de esos pulmones vivos: aquí un sector fibroso, el siguiente, un enfisema, luego una bronquitis crónica, reconocida vergonzosamente como «una pequeña tos». Luego anotaba minuciosamente las lesiones sobre el diagrama impreso en el reverso de cada tarjeta.

Al mismo tiempo tomaba muestra de los esputos de los hombres y, trabajando hasta las dos y las tres de la madrugada en el microscopio de Denny, registraba sus hallazgos en las tarjetas. Encontró que la mayor parte de esas muestras de mucopús, calificado por los mineros como «esputo blanco», contenían brillantes partículas angulares de sílice. Quedó asombrado del número de células alveolares, de la frecuencia con que descubría el bacilo de la tuberculosis. Pero fue la presencia, casi constante, de silicio cristalino en las células alveolares y de los fagocitos por doquier, lo que cautivó su atención. No podía apartar de sí la idea de que los trastornos de los pulmones, tal vez aun las infecciones concomitantes, dependían fundamentalmente de ese factor.

Hasta ahí había llegado en sus investigaciones cuando regresó Christine, a finales de junio, y le echó los brazos al cuello.

—¡Qué contenta estoy de haber regresado! Sí, soy feliz; pero, ¡oh!, tú estás pálido,

querido. Parece que Jenny no te ha dado de comer.

El descanso le había ido bien a Christine; sus mejillas tenían un color hermoso. Pero estaba preocupada por él, por su falta de apetito y su constante ansia de fumar.

Le preguntó con gravedad:

—¿Cuánto tiempo te llevará esa investigación?

—No lo sé. —Era el día siguiente al regreso de Christine, un día húmedo, y él estaba inesperadamente irritado—. Podría llevarme un año, o cinco.

—Pues escúchame. No pretendo echarte un sermón, para eso basta con uno en la familia, pero ¿no crees que, si se va a alargar tanto, deberías trabajar sistemáticamente, observar horarios regulares, no acostarte tarde y matarte de esa manera?

—Eso no me afecta.

Pero en ciertas cosas Christine era particularmente insistente. Hizo que Jenny limpiara bien el suelo del laboratorio y colocó allí una silla de brazos y un felpudo. Era una estancia fresca en las noches cálidas, y las tablas de pino tenían un agradable olor resinoso que se mezclaba con las acres esencias de éter de los reactivos que él empleaba. Allí le gustaba sentarse a Christine, cosiendo y tejiendo mientras él trabajaba en la mesa. Inclinado sobre el microscopio, se olvidaba de ella, pero ella estaba allí, y a las once de la noche se levantaba puntualmente.

—¡Hora de dormir!

—¡Oh! Esto... —murmuraba, mirándola con los ojos encandilados por encima del ocular—. ¡Sube tú, Christine! Yo voy dentro de un minuto...

—Andrew Manson, si piensas que me voy a acostar sola, en mi estado...

Esta frase se había convertido en una muletilla jocosa en la intimidad conyugal. Ambos la usaban, indistintamente, como chiste o como broche a sus argumentos. Andrew no podía resistirse. Se levantaba riendo, se desperezaba, hacía girar las lentes y retiraba las muestras.

Hacia finales de julio una epidemia aguda de varicela le dio mucho trabajo, y el 3 de agosto se halló con una lista de pacientes especialmente nutrida que lo mantuvo fuera de casa desde la consulta matinal hasta después de las tres.

Al regresar, exhausto, preparado para esa combinación de aperitivo y té que sería su comida, vio el automóvil del doctor Llewellyn ante la puerta de su casa.

Esa visión lo hizo estremecerse y el corazón se le aceleró repentinamente.

Subió corriendo la escalera de entrada, abrió la puerta y en el vestíbulo se encontró a Llewellyn. Mirándolo con nerviosa ansiedad balbuceó:

—¡Hola, Llewellyn! No esperaba verlo tan pronto por aquí.

—No —respondió Llewellyn.

Andrew sonrió.

—¿Bien? —En su excitación no pudo hallar mejores palabras, pero la pregunta era

obvia.

Llewellyn no sonreía. Después de una angustiosa pausa, dijo:

—Venga acá un minuto, mi querido amigo. —Y condujo a Andrew al salón—. Llevamos toda la mañana tratando de encontrarlo.

El tono vacilante de Llewellyn, la extraña simpatía de su voz, fueron como un baño helado para Andrew. Balbuceó:

—¿Está mal?

Llewellyn miró por la ventana en dirección al puente, como buscando la explicación mejor, la más caritativa. Andrew ya no podía resistir. Apenas respiraba, ahogándosele el pecho en la angustia de la expectación.

—Manson —dijo suavemente Llewellyn—, esta mañana, mientras su esposa atravesaba el puente... cedió una de las tablas. Ella está bien, pero temo...

Andrew comprendió antes de que el otro terminara. Una gran angustia lo oprimía.

—Quiero que sepa —prosiguió Llewellyn, con un tono de tranquila conmiseración— que hemos hecho todo lo humanamente posible. Yo acudí al momento, traje a la comadrona y hemos estado aquí todo el día...

Hubo un silencio. En la garganta de Andrew estalló un sollozo, y luego otro y otro. Se cubrió los ojos con la mano.

—Por favor, mi querido amigo —le rogó Llewellyn—. ¿Quién podía evitar un accidente como ese? Le suplico... suba y consuele a su esposa.

Con la cabeza inclinada, agarrado a la baranda, Andrew subió. Al otro lado de la puerta del dormitorio se detuvo respirando apenas, y entró.

CAPÍTULO XIV

En el año 1927, el doctor Manson, de Aberalaw, disfrutaba de una reputación extraordinaria. Su trabajo no era prodigioso. Numéricamente, su lista no había aumentado gran cosa desde aquellos primeros días febriles de su llegada a la ciudad, pero todos sus pacientes creían firmemente en él. Recetaba pocas drogas. Tenía la inverosímil costumbre de prevenir a sus enfermos contra ellas, y, cuando recetaba, lo hacía de modo revolucionario. No era raro ver a Gadge atravesar la sala de espera con una receta en la mano.

—¿Qué es esto, doctor Manson? ¡Una dosis de 3.600 granos de K. Br. para Evans Jones! La *Pharmacopoeia* dice 300.

—¡Eso es lo que dice el libro de sueños de la tía Kate! Dele 3.600, Gadge. Usted sabe que se alegraría realmente de liquidar a Evans.

Pero Evans Jones, epiléptico, no se liquidaba. En cambio, se le veía, una semana después, aliviado notablemente de sus ataques, paseándose muy ufano por el parque.

El comité debería estar contento con el doctor Manson, por cuanto su gasto en drogas —fuera de los casos extraordinarios— era menos de la mitad que el de cualquier otro ayudante. ¡Pero, ay! ¡Manson le costaba al comité el triple por otros capítulos, y a menudo había guerra por ello! Empleaba, por ejemplo, vacunas y sueros, cosas arruinadoras, que, según declaraba vehementemente Ed Chenkin, ninguno de ellos había oído mentar jamás. Cuando Owen citaba, para defenderlo, aquel mes de invierno en que Manson, usando la vacuna Bordet y Gengou, había detenido una violenta epidemia de tos convulsa en su distrito, en tanto que en todo el este de la ciudad los niños seguían enfermando de ella, Ed Chenkin replicaba:

—¿Cómo sabemos que se debió a esta novedad? Cuando yo mismo lo apremié, dijo que nadie podía estar seguro.

Manson tenía muchos leales, pero tenía también enemigos. Eran aquellos del comité que nunca le habían perdonado del todo su exabrupto, aquellas palabras amargas que les espetara en ocasión de lo del puente, mientras se hallaban en plena sesión, tres años atrás. Compadecían, por supuesto, a la señora Manson y a él mismo por la desgracia que los afligía, pero no podían considerarse responsables. El comité no hacía jamás las cosas precipitadamente. Owen se encontraba de vacaciones y Len Richards, a quien se le había confiado el trabajo, estaba ocupado por entonces en las nuevas casas de la calle Powis. Era absurdo culparlos.

A medida que pasaba el tiempo, las relaciones de Andrew con el comité empeoraban, pues no perdía ocasión de criticar su sistema. Y tampoco se llevaba bien con el estamento clerical. Aunque su mujer iba a menudo a la iglesia, a él no se le veía jamás

allí —el doctor Oxborrow había sido el primero en hacerlo notar—, y se decía que se burlaba de la doctrina de la inmersión total. Más aún: tenía un enemigo mortal entre la gente de iglesia, nada menos que el reverendo Edwal Parry, pastor de Sinaí.

En la primavera de 1926 el buen Edwal, casado recientemente, había llegado a hora avanzada y como a hurtadillas al consultorio de Manson, con ademanes enteramente cristianos, pero también como hombre de mundo deseoso de captarse la benevolencia del médico.

—¿Cómo está usted, doctor Manson? Pasaba por aquí y... Normalmente voy al doctor Oxborrow; es uno de mis fieles, como usted sabe, y el consultorio del lado este me pilla más a mano. Pero sé que usted está al día en todo. Y me alegraría, aunque debo decirle que puedo pagarle muy poco, si pudiera aconsejarme... —Edwal disimuló un ligero rubor sacerdotal haciendo derroche de candor mundano—. Mi mujer y yo no deseamos tener hijos por el momento, siendo mi estipendio tan bajo...

Manson miró al ministro de Sinaí con frío desagrado y le replicó calculadamente:

—¿No sabe usted que hay gente que gana la cuarta parte que usted y que darían su mano derecha por tener hijos? ¿Para qué se casó? —Se puso furioso—. Váyase de aquí, mísera criatura de Dios.

Con el rostro contraído, Parry se fue. Andrew había sido muy duro con él, pero, desde su accidente fatal, Christine no tendría nunca hijos y ambos lo deseaban con toda el alma.

De regreso a casa, después de una llamada, el 15 de mayo de 1927, Andrew se preguntó por qué él y Christine se habían quedado en Aberalaw después de la muerte de su criatura. La respuesta era bastante sencilla; su trabajo sobre la inhalación del polvo lo había absorbido, fascinado, esclavizado a las minas.

Recordando todo el trabajo que había hecho, considerando las dificultades que se había visto obligado a afrontar, se extrañaba de no haber tardado más tiempo en completar sus descubrimientos. Aquellos primeros exámenes, ¡qué lejanos le parecían en el tiempo, sí, y en la técnica!

Después de haber realizado un examen completo de las condiciones pulmonares de todos los obreros del distrito y registrado sus hallazgos, tenía la absoluta evidencia de la acentuada preponderancia de las enfermedades pulmonares entre los mineros de antracita. Encontró, por ejemplo, que el noventa por ciento de sus enfermos de fibrosis pulmonar provenían de esas minas. Encontró también que la mortalidad por trastornos pulmonares entre los mineros de la antracita más viejos era casi el triple que la de los mineros empleados en todas las minas de carbón. Diseñó una serie de tablas que indicaban la proporción de las enfermedades pulmonares entre las varias categorías de obreros que trabajaban en las minas de antracita.

Enseguida se consagró a demostrar que el polvo de sílice que había encontrado en los

análisis de los esputos se hallaba presente en las galerías de antracita. No solo lo demostró en forma concluyente, sino que, exponiendo láminas de vidrio untadas con bálsamos del Canadá durante períodos variados en diferentes partes de la misma, obtuvo cifras de las distintas concentraciones de polvo, cifras que subían notablemente durante las explosiones y las perforaciones.

Ahora poseía una serie de sugerentes ecuaciones que correlacionaban las excesivas concentraciones atmosféricas de polvo de sílice. Tenía que demostrar efectivamente que el polvo era dañino, destructivo del tejido pulmonar y no únicamente un elemento secundario e inocuo. Necesitaba realizar metódicamente una serie de experimentos patológicos con conejos de Indias para estudiar la acción del polvo de sílice sobre sus pulmones.

Aquí, a pesar de que aumentó su curiosidad, comenzaron sus verdaderas dificultades. Ya poseía un cuarto libre, el laboratorio. Era fácil procurarse unos cuantos conejos de Indias. Y el material requerido por sus experimentos era sencillo. Sin embargo, aunque su espíritu de investigación era notable, él no era un patólogo, y nunca lo sería. La certidumbre de este hecho lo irritó y le dio mayor resolución que nunca. Maldijo ese sistema que le obligaba a trabajar solo, y se hizo ayudar por Christine, enseñándole a preparar cortes, que ella realizaba tan bien como él.

Enseguida construyó una sencilla cámara de polvo, en la que durante ciertas horas del día los animales se veían expuestos a concentraciones de polvo. Era un trabajo exasperante que exigía una paciencia que él no tenía. Dos veces se le quebró su pequeño ventilador eléctrico. En una etapa crítica de su experimento echó a perder su sistema de controles y tuvo que comenzarlo de nuevo. Pero, a pesar de los errores y dilaciones, consiguió sus ejemplares, demostrando en etapas progresivas el deterioro del pulmón y la formación de fibrosis por el polvo.

Dio un gran suspiro de satisfacción, dejó de reñir a Christine y, por unos pocos días, se pudo convivir con él; luego le obsesionó otra idea.

Todas sus investigaciones habían partido de la hipótesis de que el mal de los pulmones era ocasionado por la destrucción mecánica debida a la inhalación de cristales de sílice duros y agudos. Pero ahora se preguntó de pronto si no se desarrollaban también procesos químicos, aparte de la pura irritación física producida por las partículas. Andrew no era químico, pero estaba demasiado absorbido en su idea para darse por vencido. Proyectó una nueva serie de experimentos.

Obtuvo sílice coloidal y lo inyectó bajo la piel de uno de los animales. El resultado fue un absceso. Descubrió que abscesos semejantes podían ser obtenidos inyectando soluciones acuosas de sílice amorfa, que no era físicamente irritante. Entretanto, como conclusión triunfal halló que la inyección de una sustancia mecánicamente irritante, tal como las partículas de carbono, no producían absceso alguno. El polvo de sílice era

químicamente activo.

Ahora estaba fuera de sí de entusiasmo y alegría. Había obtenido más de lo que se había propuesto. Reunió febrilmente sus datos y dio forma coherente a los resultados de sus tres años de trabajo. Ya hacía meses que había decidido no solo publicar sus investigaciones, sino enviarlas como tesis para obtener el grado de doctor en Medicina. Cuando el impreso volvió de Cardiff, elegantemente encuadernado, lo leyó embriagado y fue con Christine a expedirlo por correo. Luego se sumergió en una crisis de desesperación.

Se sentía vacío e inerte. Comprendió, más vivamente que nunca, que él no era un experto en laboratorio, que la parte mejor y más valiosa de su trabajo era la investigación clínica. Recordó, con la angustia del arrepentimiento, cuántas veces había reñido a la pobre Christine. Durante algunos días estuvo abatido e impaciente. Y, sin embargo, en medio de tal estado, había momentos luminosos en que tenía conciencia de haber realizado algo, después de todo.

CAPÍTULO XV

Aquella tarde de mayo, debido a su ensimismamiento, a ese extraño pesimismo que le invadía desde que había enviado la tesis, Andrew no advirtió la impresión de dolor dibujada en el semblante de Christine. La saludó fríamente, subió a lavarse y luego regresó para el té.

Cuando hubo terminado, sin embargo, y encendido un cigarrillo, se percató de la expresión de su esposa y le preguntó, mientras buscaba el diario de la tarde:

—¿Qué te ocurre?

Ella se quedó con la mirada fija en la tetera.

—Hemos tenido visita..., bueno, yo he tenido visita, pues tú estabas fuera.

—¡Ah! ¿Y quién era?

—Una delegación del comité, cinco de ellos, Ed Chenkin incluido, encabezados por Parry..., ya sabes, el ministro de Sinaí..., y un tal Davies.

Hubo un extraño silencio. Andrew dio una larga calada al cigarrillo y miró por encima del diario a Christine.

—¿Qué deseaban?

Por primera vez Christine afrontó la mirada indagadora de su marido, revelándole la mortificación y la ansiedad que asomaba a sus ojos.

—Vinieron hacia las cuatro. —Habló precipitadamente—. Preguntaron por ti, y les dije que habías salido. Entonces Parry dijo que no importaba, que necesitaban entrar. Por supuesto, yo me quedé desconcertada. No sabía si deseaban esperarte o qué. Entonces Ed Chenkin dijo que esta casa era del comité, al que ellos representaban, y que en nombre suyo podían entrar.

Christine se detuvo para tomar aliento.

—Yo me quedé helada. No me lo podía creer. Les pregunté que a qué venía aquello, y habló Parry. Dijo que había llegado a sus oídos, y a los del comité, y que ya lo sabía toda la ciudad, que tú estabas realizando experimentos con animales, «vivisección», tuvo la imprudencia de llamarlos. Y por eso habían venido a inspeccionar tu sala de trabajo y traído al señor Davies, representante de la Sociedad Protectora de Animales.

Andrew no se había movido ni sus ojos se habían despegado de Christine.

—Continúa —dijo tranquilamente.

—Bueno, quise impedirselo, pero fue inútil. Me exigieron que los condujera al laboratorio. Cuando vieron los conejos, Parry dio un alarido: «¡Oh, pobres animalitos indefensos!». Y Chenkin señaló las manchas de las tablas donde yo volqué la botella de tinta roja, ¿te acuerdas?, y exclamó: «¡Miren eso! ¡Sangre!». Lo revolvieron todo, nuestros hermosos cortes microscópicos, el micrótopo, todo. Entonces dijo Parry: «No

permitiré que esos pobres animalitos sigan siendo torturados por más tiempo. Los sustraeré a ese martirio». Tomó la bolsa que traía Davies y los metió todos dentro. Les expliqué que no se trataba de tortura, de vivisección, ni de nada por el estilo. Y que además esos cinco conejos no serían usados para experimentos, que íbamos a regalárselos, como mascotas, a los niños Boland y a la pequeña Agnes Evans. Pero no quisieron escucharme. Y luego... se marcharon.

Hubo un silencio. La cara de Andrew estaba ahora encendida. Se levantó:

—En mi vida había visto tanta grosería y atrevimiento. Siento que hayas tenido que pasar por eso. ¡Pero haré que lo paguen!

Reflexionó un minuto y fue al vestíbulo para llamar por teléfono. Justo en el momento en que se disponía a coger el auricular, el aparato empezó a sonar.

—¡Diga! —contestó coléricamente; luego su voz se suavizó. Era Owen—. Sí, habla con Manson. Mire, Owen...

—Lo sé, lo sé, doctor —le interrumpió rápidamente Owen—. Llevo toda la tarde intentando ponerme en contacto con usted. Escúcheme. No, no me interrumpa. No perdamos la cabeza. Es un asunto serio, doctor. No diga nada más por teléfono. Voy a verle a su casa.

Andrew volvió al lado de Christine.

—¡Es el colmo! —exclamó después de haberle referido a Christine la conversación telefónica—. Cualquiera diría que somos nosotros los culpables.

Esperaron la llegada de Owen. Andrew, paseándose furioso e indignado, y Christine, sentada, trabajando en su costura, con la mirada intranquila.

Llegó Owen. Pero en su rostro no había nada tranquilizador. Antes de que Andrew pudiera hablar, le preguntó:

—Doctor, ¿tenía permiso?

—¿Qué? —Andrew le miró—. ¿Qué clase de permiso?

La cara de Owen parecía ahora más inquieta.

—Usted debería haberse procurado un permiso del Ministerio del Interior para hacer trabajos experimentales con animales vivos. Usted sabía eso, ¿no?

—Pero ¡demonios! —protestó calurosamente Andrew—. Yo no soy un patólogo, nunca lo seré. Y no administro un laboratorio. Solo necesitaba hacer unos pocos experimentos para completar mi trabajo clínico. No teníamos más que una docena de animales. ¿No es así, Christine?

Owen había desviado la mirada.

—Usted debería haber pedido ese permiso, doctor. Un sector del comité está tratando de jugarle una mala pasada por esto. —Prosiguió rápidamente—: Doctor, un joven como usted, que es lo bastante honrado como para no ocultar sus intenciones, está obligado a..., bien, en todo caso, debe saber que hay un sector que desea perjudicarlo.

Pero... ¡no importa!, todo se arreglará. Tendrá usted que comparecer ante el comité; pero, bueno, ya se las ha visto otras veces con ellos, y de nuevo saldrá triunfante.

Andrew se exaltó.

—Iniciaré una acción judicial. Los demandaré por violación de domicilio. No, demonios, los demandaré por haber robado mis conejos de Indias. Sea como sea, quiero que me los devuelvan.

El rostro de Owen se contrajo en una suave sonrisa.

—Eso no será posible, doctor. El reverendo Parry y Ed Chenkin dijeron que tenían que poner fin a su sufrimiento. Y, por humanidad, los han ahogado con sus propias manos.

Owen se marchó triste. Y, a la tarde siguiente, Andrew recibió una citación que le intimaba a presentarse ante el comité en el plazo máximo de una semana.

Entretanto, el caso se había propagado como la pólvora. Nada tan apasionante, tan escandaloso, tan apetitoso, había conmovido a Aberlaw desde que Trevod Day, el abogado, había sido acusado de haber envenenado a su mujer con arsénico.

La gente tomó partido y se formaron facciones enfrentadas. Desde su púlpito de Sinaí, Edwal Parry tronaba poniendo de manifiesto los castigos que en esta vida y en la futura están reservados a los torturadores de animales y criaturas. En el otro extremo de la ciudad, el reverendo David Walpole, obeso ministro de la Iglesia Oficial, para quien Parry era lo mismo que el cerdo para el buen mahometano, vociferaba sobre el progreso y el conflicto entre la Iglesia Liberal de Dios y la Ciencia.

Aun las mujeres fueron arrastradas a la acción. La señora Myfanwy Bensusan, presidenta local de la Liga del Esfuerzo de las Damas Galesas, habló a un compacto auditorio en el Salón de Temperancia. Es verdad que Andrew había ofendido una vez a Myfanwy al rehusar presidir la reunión anual de dicha sociedad, pero, por lo demás, los motivos de la dama eran indiscutiblemente puros. Después de la reunión y en las tardes siguientes, las señoritas pertenecientes a la sociedad, solo activas normalmente en las calles en los días festivos, distribuían horrendos folletos contra la vivisección en los que aparecía la imagen de un perro con los intestinos fuera.

El miércoles por la noche acudió Con Boland con una alegre historia.

—¿Cómo está usted, Manson? ¿En forma? ¡Bien! Creí que podría interesarle... Esta tarde, nuestra Mary venía para casa desde la tienda de Larkin, cuando una de esas vendedoras que trabajan los días festivos la abordó para darle uno de esos folletos..., esas acusaciones de crueldad que han estado repartiendo contra usted. Pues bien, ¿sabe usted lo que hizo la audaz Mary? ¡Ja, ja! Cogió el folleto y lo hizo pedazos. Luego le dio un cachete en la cabeza y le dijo... ¡Ja, ja! ¿Qué cree que le dijo nuestra Mary?: «Si ustedes persiguen la crueldad, tome, para que la conozcan».

«Si ustedes persiguen la crueldad, tome, para que la conozcan».

Otros, leales como Mary, también repartieron bofetadas.

Aunque el distrito de Andrew estaba firmemente de su parte, en el consultorio del lado este había un grupo de opinión hostil. En las tabernas se producían verdaderas batallas entre los partidarios de Andrew y sus enemigos. El jueves por la noche, Frank Davis fue al consultorio, con algunas ligeras contusiones, y le dijo a Andrew que había «abofeteado a dos de los pacientes de Oxborrow por decir: “Manson es un carnicero sanguinario”».

Después de esto, el doctor Oxborrow pasaba frente a Andrew con actitud desafiante, mirándole fija y largamente desde lejos. Se sabía que trabajaba con el reverendo Parry contra su indeseable colega. Urquhart volvió del Club Masónico con una serie de sabrosos comentarios cristianos, el más exquisito de los cuales quizá fue este: «¿Por qué razón un médico ha de tener derecho a asesinar a las criaturas del Señor?». Urquhart tenía poco que decir. Pero en una ocasión, mirando de soslayo el rostro contraído de Andrew, afirmó:

—¡Demonios! Cuando tenía su edad, yo también habría gozado con un alboroto como este. Pero ahora... creo que me estoy volviendo viejo.

Andrew no podía dejar de pensar que Urquhart lo juzgaba mal. Estaba muy lejos de gustarle el «alboroto». Se sentía fatigado, irritable, angustiado. Se preguntaba, nervioso, si iba a pasar toda su vida golpeándose la cabeza contra murallas de piedra. Sin embargo, aunque su vitalidad estaba deprimida, tenía un deseo desesperado de justificarse, de verse rehabilitado ante la población.

El sábado siguiente por la tarde se reunió el comité para —según se especificaba en la orden del día— abrir un «expediente disciplinario al doctor Manson». No había un solo sitio vacío en la sala del comité, y fuera, en la plaza, había nutridos grupos de gente cuando Andrew llegó a las oficinas y subió por las angostas escaleras. Sintió que el corazón le latía aceleradamente. Se había dicho a sí mismo que debía mantenerse tranquilo e inflexible. En cambio, al sentarse en la misma silla que ocupara cinco años atrás como candidato, se puso nervioso, se le secaron los labios y perdió la naturalidad.

Comenzó el proceso, no con una plegaria, como se hubiera podido esperar de la atmósfera de religiosidad en que la oposición había envuelto su campaña, sino con un violento discurso de Ed Chenkin.

—Voy a plantear todos los hechos del caso ante mis colegas del comité —dijo Chenkin, poniéndose en pie.

Y en un discurso estentóreo, desprovisto de retórica, procedió a enumerar los cargos. El doctor Manson no tenía derecho a realizar ese trabajo, que desarrollaba en un tiempo que pertenecía al comité y en una propiedad del comité. Y se trataba de vivisecciones... o algo muy parecido. ¡Y todo sin el permiso necesario, delito muy grave ante la ley!

Aquí intervino rápidamente Owen.

—Por lo que se refiere a este último punto, debo informar al comité que, si denuncia la falta de esa autorización por parte del doctor Manson, cualquier acción subsiguiente afectaría a la Sociedad de Asistencia Médica como corporación.

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó Chenkin.

—Que él es nuestro ayudante —sostuvo Owen—, y nosotros somos legalmente responsables por el doctor Manson.

Estas palabras provocaron un murmullo de aprobación y comentarios de este tenor: «Owen tiene razón. No queremos que la Sociedad se vea afectada. Que la cosa no salga de aquí».

—¡Dejemos entonces lo de la autorización! —chilló Chenkin, todavía de pie—. Bastan los demás cargos para ahorcar a cualquiera.

—Oigan, oigan —gritó alguien atrás—. ¿Y aquellos viajes furtivos a Cardiff, en motocicleta, durante el verano de hace tres años?

—No significan nada —dijo la voz de Len Richards—. Se puede aguardar una hora a la puerta de su consultorio, y luego no te manda ninguna medicación.

—¡Orden, orden! —gritó Chenkin. Cuando los hubo tranquilizado, procedió a su perorata final—: ¡Hay cargos más que suficientes! Todos ellos prueban que el doctor Manson no ha sido jamás un servidor satisfactorio de la Asistencia Médica. Además, puedo añadir que se niega a dar certificados. Pero debemos atenernos al cargo principal. Aquí tenemos a un ayudante contra el cual está toda la población por cosas que de derecho incumbirían a la policía, un hombre que ha convertido nuestra propiedad en un matadero. Juro por el Todopoderoso, amigos asociados, que con mis propios ojos he visto sangre en el suelo de su laboratorio..., un hombre que no es más que un experimentador y un maniático. Yo les pregunto a ustedes, colegas, si van a tolerarlo. ¡No!, digo yo. ¡No!, dicen ustedes. Sé que me secundan unánimemente al exigir la inmediata renuncia del doctor Manson.

Chenkin dirigió una mirada circular a sus amigos y se sentó en medio de nutridos aplausos.

—Tal vez ustedes permitan al doctor Manson que se defienda —dijo Owen, muy pálido, y se volvió a Andrew.

Hubo un silencio. Andrew se mantuvo sentado e inmóvil por un instante. La situación era peor aún de lo que se había imaginado. «No confíes en comités», pensaba amargamente para sí. ¿Eran esos los mismos que le habían sonreído aprobatoriamente cuando le dieron su nombramiento? El corazón parecía que le iba a estallar. No renunciaría; sencillamente, no quería renunciar. Se puso en pie. No era orador y él sabía que no lo era. Pero estaba enardecido, templado su nerviosismo por la indignación que le producía la ignorancia, la intolerante estupidez de la acusación de Chenkin y la aclamación con que había sido recibida. Comenzó:

—Nadie parece haber dicho nada sobre los animales que Ed Chenkin ahogó. Eso sí fue una crueldad..., una crueldad inútil. ¡Lo que yo he estado haciendo no es eso! ¿Por qué llevan ustedes ratones blancos y canarios al fondo de la mina? Para comprobar la existencia del gas grisú..., todos lo saben. Y, cuando esos ratones mueren víctimas del gas, ¿lo juzgan ustedes crueldad? No, no, entienden que estos animales han sido empleados para salvar vidas humanas, tal vez las vidas de ustedes mismos.

»¡Eso es lo que he tratado de hacer en beneficio de ustedes! He estado trabajando en estas enfermedades pulmonares provocadas por el polvo de las galerías de las minas. Como todos ustedes saben, los mineros contraen a menudo enfermedades pulmonares, y no obtienen indemnización. En estos tres últimos años he dedicado casi todos los instantes de mi tiempo libre a este problema de la inhalación. He descubierto algo que puede mejorar las condiciones de trabajo de ustedes, proporcionarles un tratamiento más humano, mantenerlos sanos de un modo mejor que con los medicamentos que reclamaba hace un momento Len Richards. ¿Qué representa ante esto el sacrificio de una docena de conejos? ¿No creen que vale la pena?

»Quizá no me crean. Tienen bastantes prejuicios para suponer que les miento. Acaso piensen todavía que he estado malgastando mi tiempo, el tiempo de ustedes, como lo llaman, en una serie de experimentos insensatos. —Estaba tan emocionado que olvidó su firme resolución de no ser teatral. Del bolsillo del chaleco sacó la carta que había recibido a principios de la semana—. Pero esto les mostrará lo que piensan otras personas cualificadas para opinar.

Se acercó a Owen y le entregó la carta. Era la notificación del secretario del consejo directivo de la Facultad de St. Andrews, según la cual se le confería el doctorado en Medicina por su tesis sobre las inhalaciones de polvo.

Owen leyó la carta de tipos azules y monograma con una súbita iluminación de su semblante. Enseguida fue pasada de mano en mano.

El efecto creado en los presentes por aquella carta irritó a Andrew. Aunque estaba desesperado por justificarse, casi lamentaba haberla exhibido. Si no eran capaces de aceptar su testimonio sin una especie de apoyo oficial, debían estar sumamente prevenidos en contra suya. Con carta o sin ella, sentía que estaban dispuestos a hacer un escarmiento con él.

Se sintió aliviado cuando, después de unas pocas consideraciones más, dijo Owen:

—¿Quiere tener la bondad de salir fuera, doctor?

Mientras esperaba el veredicto, llegó al colmo de su exasperación. Ese comité que fiscalizaba los servicios médicos de la comunidad en beneficio de sus compañeros de trabajo constituía un hermoso ideal. Pero era solo un ideal. Eran demasiado parciales, demasiado poco inteligentes para dirigir semejante sistema. Era un trabajo perpetuo de Owen mantenerlos en la senda. Y Andrew tenía la convicción de que en ese caso no lo

salvaría ni la buena voluntad de Owen.

Pero, cuando Andrew entró de nuevo, el secretario estaba sonriente, frotándose alegremente las manos. Otros miembros del comité lo miraban algo más benévola-mente, al menos sin hostilidad. Owen se levantó al momento y dijo:

—Me alegro, doctor Manson..., me complace mucho manifestarle que el comité ha decidido por mayoría pedirle que se quede.

Había ganado, los había vencido, después de todo. Pero eso, aparte de una rápida sensación de satisfacción, no le levantó el ánimo. Hubo una pausa. Evidentemente esperaban que manifestase su complacencia, su agradecimiento. Pero no podía. Se sentía cansado de todo ese tortuoso asunto, del comité, de Aberalaw, de la medicina, del polvo de sílice, de los conejos de Indias y de sí mismo.

Finalmente pudo decir:

—Gracias, señor Owen. Me alegro, después de todo lo que he procurado hacer aquí, de que el comité no desee que me vaya. Pero lo siento, no puedo permanecer por más tiempo en Aberalaw. Desde hoy notifico al comité mi renuncia al puesto en el curso de este mes.

Hubo un silencio mortal. Ed Chenkin fue el primero en reponerse:

—Menuda liberación —dijo con dudosa sinceridad cuando se fue Manson.

Owen los sorprendió a todos con el mayor acceso de cólera que jamás hubiera exhibido en esa sala:

—Deje de decir necedades, Chenkin. —Golpeó la regla sobre la mesa con violencia amedrentadora—. Hemos perdido al mejor hombre que hemos tenido jamás.

CAPÍTULO XVI

Andrew se despertó a medianoche, lamentándose:

—¡Soy un necio, Christine! ¡Renunciar a nuestra fuente de ingresos y a un buen puesto! Después de todo, últimamente estaba consiguiendo algunos pacientes privados. Y Llewellyn se ha portado muy bien. ¿Te lo dije? Casi me había prometido que me permitiría tener consultas en el hospital. Y el comité, exceptuando el grupo de Chenkin, es buena gente. Creo que cuando Llewellyn se retire..., no sé, creo que me hubieran elegido a mí para sustituirle.

Allí, a su lado, en la oscuridad, Christine lo consoló.

—Supongo, querido, que no pretenderás pasarte toda la vida ejerciendo en una mina galesa. Aquí hemos sido felices, pero es tiempo ya de cambiar de aires.

—Pero, Christine —se lamentó él—. Todavía no tenemos suficiente dinero para instalar un consultorio. Deberíamos haber ahorrado más antes de dar este paso.

Christine respondió soñolienta:

—¿Qué tiene que ver el dinero con esto? Además, vamos a gastar todo lo que hemos ahorrado, o casi, en unas verdaderas vacaciones. ¿Te das cuenta de que apenas te has movido de estas minas en casi cuatro años?

El espíritu de su esposa lo contagió. A la mañana siguiente el mundo le parecía un lugar alegre y sin preocupaciones.

Durante el desayuno, que tomó con un placer desconocido, le dijo:

—No eres una mala chica, Christine. En vez de enfadarte y decirme que esperas grandes cosas de mí, que es tiempo de que salga de aquí e imprima mi huella en el mundo, me propones que...

Ella no le escuchaba. Sin que viniera al caso, protestó:

—¡Querido, me gustaría que no doblaras así el diario! Yo creía que eso solo lo hacían las mujeres. ¿Cómo voy a leer yo luego la sección de jardinería?

—No la leas. —Al salir la besó sonriendo—. Piensa en mí.

Se sentía feliz, dispuesto a tentar la suerte en la vida. Pero lo demás, su lado práctico no podía dejar de mirar el aspecto económico del asunto. Tenía su M. R. C. P., un honroso doctorado en Medicina y más de trescientas libras esterlinas en el banco. Respaldados por eso, y por su fe en el porvenir, seguramente no se morirían de hambre.

Debía mostrarse firme. Un cambio de sentimientos había revolucionado la ciudad. Ahora que se iba por su propia voluntad, todos deseaban que se quedara.

La cosa culminó una semana después de la reunión, cuando Owen encabezó sin éxito una delegación que fue a Vale View a pedir a Andrew que rectificara su decisión. La animosidad contra Ed Chenkin llegó a los límites de la violencia. Era objeto de burla en

las calles. Dos veces fue acompañado desde la mina hasta su casa por una banda de pitos, ignominia que los trabajadores reservaban habitualmente para los tramposos.

Frente a estas agitaciones locales, resultaba extraño lo poco que su tesis parecía haber conmovido al mundo exterior. Esa tesis le había procurado a Andrew su doctorado en Medicina. Había sido impresa en la *Revista de Higiene Industrial*, de Inglaterra, y publicada como folleto en Estados Unidos por la Asociación de Higiene Americana. Pero, aparte de esto, le valió tres cartas, ni más ni menos.

La primera era de una empresa de Brick Lane —del condado Este—, que le informaba del envío de muestras de su producto Pulmo-Syrup, infalible específico pulmonar, de cuyas bondades poseían centenares de testimonios, entre ellos, de varios médicos eminentes. Esperaban que recomendara su Pulmo-Syrup a sus pacientes mineros. El Pulmo-Syrup, añadían, curaba también el reumatismo.

La segunda era del profesor Challis, una entusiasta carta de felicitación y aprecio que terminaba invitando a Andrew a ir algún día de aquella semana al Instituto de Cardiff. Challis añadía en una posdata: «Haga un esfuerzo y venga el jueves». Pero Andrew, en la agitación de esos últimos días, no pudo acudir a la cita. Extravió la carta y se olvidó de contestarla.

La tercera la contestó al instante, tan profundamente le emocionó su recepción. Era una carta extraordinaria, estimulante, que había cruzado el Atlántico desde Oregón. Andrew leyó y releyó las carillas escritas a máquina y luego se las llevó a Christine.

—Esto sí que es hermoso, Christine. Es de un norteamericano, un tal Stillman, Robert Stillman, de Oregón. Probablemente tú no lo has oído nombrar, pero yo sí. Está llena de las apreciaciones más exactas sobre mi trabajo de la inhalación. Más, mucho más que la de Challis. ¡Diablo!, debería haber contestado a su carta. Este hombre ha comprendido muy bien lo que estoy haciendo, y debo decir... que me rectifica en uno o dos puntos. Parece que el ingrediente destructivo de mi sílice es la ceresita. Yo no tenía medios para llegar a eso. Pero es una carta maravillosa, congratulatoria... ¡y de Stillman!

—¿Sí? —Christine le miró con curiosidad—. ¿Es médico?

—No, eso es lo asombroso. En realidad, es especialista en Ciencias Naturales. Pero trabaja en una clínica de enfermedades pulmonares, cerca de Portland, en Oregón. Es un científico muy reputado. Algunos todavía no le conocen, pero en su especialidad es tan grande como Spahlinger. En otro momento te hablaré de él.

El hecho de que Andrew se sentara allí mismo y contestase a la carta de Stillman reveló cuánto lo apreciaba.

Christine y Andrew estaban abrumados con los preparativos de sus vacaciones, las gestiones para depositar sus muebles en Cardiff, el lugar más conveniente, y las tristes visitas de despedida. La partida de Drineffy había sido brusca, un desgarramiento heroico. Pero aquí dejaban muchos viejos afectos. Fueron agasajados por los Vaughan,

los Boland y aun por los Llewellyn. Andrew padeció la «dispepsia de la despedida». Cuando llegó el día de partir, Jenny le dijo llorando, para consternación suya, que la gente iría a despedirlos en la estación.

En el último instante, como si no fuera suficiente esta inquietante notificación, llegó apresuradamente Vaughan.

—Siento molestarlo otra vez. Pero acabo de recibir una carta de Challis. Su trabajo le ha dejado estupefacto y, al parecer, también a la Junta Metalífera. Bueno, el caso es que dice que vaya a verlo a Londres, sin falta, que es de suma importancia.

Andrew respondió, algo malhumorado:

—Nos vamos de vacaciones. Las primeras vacaciones que nos tomamos en años.

—Deme, entonces, la dirección del lugar al que van. Seguramente querrá escribirle.

Andrew miró indeciso a Christine. Se habían propuesto mantener en secreto su destino, para verse libres de toda preocupación, de la correspondencia y de las visitas. Pero accedió a dársela.

Llegaron apresuradamente a la estación, donde se vieron rodeados por la multitud que los aguardaba allí. Recibieron apretones de mano, palmadas en la espalda y aclamaciones hasta que subieron al tren, que ya echaba a andar. Mientras se alejaban lentamente, sus amigos, reunidos en el andén, comenzaron a cantar *Men of Harlech*.

—¡Dios mío! —dijo Andrew, tratando de mover sus dedos entumecidos—. ¡La última despedida! —Pero le brillaban los ojos, y un minuto después añadía—: Por nada del mundo hubiera renunciado a ella. Son buena gente. ¡Y pensar que hace un mes media ciudad quería ahorcarme! Desde luego, la vida es sumamente entretenida. —Miró alegremente a Christine, sentada a su lado—. Y esta es la segunda luna de miel, señora Manson, aunque usted sea ya una mujer casada hace algunos años.

Por la tarde llegaron a Southampton y ocuparon sus camarotes en el vaporcito que atravesaba el canal. A la mañana siguiente vieron salir el sol detrás de St. Malo y una hora después los acogía Bretaña.

Estaba madurando el trigo, los cerezos se hallaban cargados de fruta y los rebaños de ovejas retozaban en las praderas florecientes. Había sido idea de Christine conocer la verdadera Francia, no sus galerías de pintura, ni sus palacios, ni sus monumentos, nada de lo que las guías turísticas decían que debía verse.

Llegaron a Val André. Desde su hotelito escuchaban el mar y percibían el aroma de los prados. El dormitorio tenía un suelo de tablas sencillas y limpias, y el café matinal les llegó humeante en gruesos tazones azules. Vagaron durante todo el día.

—¡Oh, Señor! —no se cansaba de repetir Andrew—. ¿No es maravilloso, amor mío? Nunca, nunca más quiero volver a saber nada de neumonías.

Bebieron sidra, comieron langostinos, camarones, pasteles y cerezas. Por la noche Andrew jugaba al billar con el dueño, y a veces ganaba.

Todo era delicioso, maravilloso, exquisito —adjetivos de Andrew—, todo menos los cigarrillos, añadía. Pasó un mes dichoso, pleno. Y entonces comenzó a palpar la carta aún cerrada, manchada de jugo de cerezas y de chocolate, que había permanecido en su chaqueta durante los últimos quince días.

—Vamos —le dijo al fin Christine una mañana—. Ya hemos cumplido nuestra palabra. Ábrela.

Andrew la sacó cuidadosamente del sobre, la leyó tendido de espaldas al sol, se incorporó lentamente y volvió a leerla. En silencio se la entregó a Christine.

La carta era del profesor Challis. Consignaba que, como resultado directo de sus investigaciones sobre la inhalación del polvo, el D. T. M. C. (Departamento del Trabajo de las Minas de Carbón y Metal) había decidido revisar toda la cuestión con miras a informar a la comisión parlamentaria. Con este objeto, el departamento iba a nombrar un funcionario médico permanente y, en atención a las recientes investigaciones de Andrew, le ofrecía el puesto por unanimidad y sin vacilación.

Cuando ella hubo leído la carta, lo miró, feliz.

—¿No te dije que algo resultaría de todo eso? —Christine sonrió—. ¡Es magnífico!

Andrew tiraba piedrecitas nerviosamente.

—Es un trabajo clínico —reflexionó en voz alta—. No podría ser otra cosa. Ellos saben que soy un clínico.

Christine lo observaba sonriente.

—Supongo, querido, que recuerdas nuestro compromiso. Seis semanas aquí como mínimo, sin hacer nada, en completa quietud... No permitirás que esto interrumpa nuestro descanso.

—No, no. —Miró el reloj—. Terminaremos nuestras vacaciones, pero... —Se puso en pie de un salto y alegremente la ayudó a ella a levantarse—. No estaría de más ir a la oficina del telégrafo. Y me pregunto si tendrán allí un horario de trenes.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

El Departamento del Trabajo de las Minas de Carbón y Metal —comúnmente designado con las iniciales T. C. M.— estaba en un enorme e impresionante edificio de piedra gris, sobre el Embankment, no lejos de los jardines de Westminster, muy bien situado, junto al Ministerio de Industria y Comercio y el Departamento de Minas, que se habían disputado furiosamente el tenerlo bajo su jurisdicción, olvidándose luego de ello.

El 14 de agosto, una mañana fresca y luminosa, radiante de salud y en excelente estado de ánimo, Andrew ascendía las escaleras del edificio, con la actitud del hombre dispuesto a conquistar Londres.

—Soy el nuevo médico —le dijo al ordenanza, que llevaba un uniforme de la Oficina de Trabajo.

—Sí, señor, sí, señor —respondió este. Andrew se sintió satisfecho porque parecía que lo esperaban—. Usted querrá ver al señor Gill. ¡Jones! Lleve a nuestro doctor al despacho del señor Gill.

El ascensor subió lentamente, dejando ver muchos pisos y corredores con baldosas verdes, desde los que podían verse de nuevo los sedantes uniformes de la Oficina de Trabajo. Enseguida, Andrew fue introducido en un amplio salón iluminado por el sol, donde estrechó la mano del señor Gill, que se levantó del escritorio y dejó su ejemplar del *Times* para darle la bienvenida.

—Llego un poco tarde —dijo con franqueza—. Lo siento. Acabamos de regresar de Francia... Pero estoy dispuesto a comenzar enseguida.

—Eso me parece muy bien.

Gill era un hombrecillo risueño, de anteojos con marco de oro, un cuello casi eclesiástico, traje azul oscuro y corbata del mismo color sujeta con un alfiler plano de oro. Miró a Andrew con aire complacido.

—Tenga la bondad de sentarse. ¿Le apetece una taza de té o un vaso de leche caliente? Yo acostumbro tomar algo alrededor de las once. Y ahora..., sí, ya es más o menos la hora.

—¡Oh, bien! —dijo indeciso Andrew, que reaccionó al instante—. Tal vez podrá explicarme mientras en qué consiste mi trabajo.

Cinco minutos después llegaba un mozo con el uniforme de la Oficina de Trabajo, llevando una preciosa taza de té y un vaso de leche caliente.

—Espero que le agrade, señor Gill. Ha hervido, señor.

—Gracias, Stevens.

—Es un muchacho muy servicial —informó Gill a Andrew—. Hace deliciosas tostadas calientes con mantequilla. Es muy difícil conseguir ordenanzas de primera clase.

Dependemos de todos los departamentos: Oficinas del Interior, Departamento de Minas, Ministerio de Industria y Comercio. Yo mismo —Gill tosió con discreto orgullo— soy del Almirantazgo.

Mientras Andrew sorbía su leche caliente, ansioso de ser informado sobre su trabajo, Gill disertaba amenamente sobre el tiempo, la Bretaña, el plan de pensiones del Servicio Civil y la eficacia de la pasterización. Luego, levantándose, llevó a Andrew al que sería su lugar de trabajo.

Era una habitación tranquila, confortablemente alfombrada, soleada, con una soberbia vista sobre el río. Un gran moscardón se agitaba torpemente, como amodorrado, contra el cristal de la ventana.

—Le he reservado este despacho —dijo Gill en tono complaciente—. Acomódelo como quiera. Hay una estufa de carbón, muy agradable en invierno. Espero que sea de su agrado.

—¡Vaya! Es una habitación maravillosa, pero...

—Ahora le presentaré a su secretaria, la señorita Mason.

Gill golpeó la puerta que comunicaba con el despacho contiguo y la abrió, dejando ver a la señorita Mason, una mujer de edad ya madura, fina, correcta y atildada, sentada ante un pequeño escritorio. La señorita Mason se levantó, dejando su ejemplar del *Times*.

—Buenos días, señorita Mason.

—Buenos días, señor Gill.

—Señorita Mason, le presento al doctor Manson.

—Buenos días, doctor Manson,

La cabeza de Andrew vaciló un tanto bajo el efecto de aquellos saludos, pero se rehízo e intervino en la conversación.

Cinco minutos después, Gill se marchó alegremente y le dijo a Andrew, de forma alentadora:

—Le enviaré algunos legajos.

Stevens los trajo cuidadosamente. Además de su talento para preparar tostadas y té, era el mejor portador de papeles del edificio. Cada hora entraba en la oficina de Andrew llevando expedientes que colocaba amorosamente sobre el escritorio, en la bandeja barnizada que decía *entrada*, mientras sus ojos buscaban ávidamente algo que llevarse de la bandeja que decía *salida*. Cuando encontraba vacía la bandeja de salida, Stevens se deprimía. En estas lamentables ocasiones se retiraba colérico, derrotado.

Perdido, desorientado, irritado, Andrew revisaba los legajos, menudencias de reuniones de la T. C. M., estúpidas, pesadas, sin importancia. Entonces se dirigía apremiantemente a la señorita Mason. Pero esta, que venía, según explicó, del Departamento de Investigación de la Carne Congelada de la Oficina del Interior,

demostró ser una fuente de información poco ilustrativa. Le dijo que el horario era de diez a dieciséis. Le habló del equipo de hockey de la oficina —«el equipo femenino, por supuesto, doctor Manson»—, del que ella era la segunda capitana, y le preguntó si quería hojear su ejemplar del *Times*. La secretaria le pedía con la mirada que se mantuviera tranquilo.

Pero Andrew no lo estaba. Renovado tras sus vacaciones, ansioso por trabajar, comenzó a imaginar un dibujo en la alfombra de la Oficina de Trabajo. Miraba irritado el alegre espectáculo del río, donde pululaban remolcadores y bogaban contra la corriente largas hileras de lanchones con carbón. Luego, a grandes pasos, fue a ver a Gill.

—¿Cuándo comienzo?

Gill saltó ante lo brusco de la pregunta.

—Mi querido amigo, me ha asustado. Creo haberle dado legajos suficientes para ocuparlo durante un mes. —Miró el reloj—. Vamos. Es la hora del almuerzo.

Mientras comía su lenguado ahumado, Gill le explicó con todo tino a Andrew, que luchaba con una chuleta, que la próxima reunión del departamento no se celebraría, no podría celebrarse, hasta el 18 de septiembre, pues el profesor Challis estaba en Noruega, el doctor Maurice Gadsby en Escocia, sir William Dewar, el presidente, en Alemania, y su propio jefe inmediato, el señor Blades, en Frinton, con su familia.

Andrew regresó por la tarde al lado de Christine con la cabeza hecha un lío. Los muebles todavía estaban en depósito y, hasta que tuvieran tiempo para buscar una casa conveniente, habían alquilado por un mes un pequeño piso amueblado en Earl's Court.

—¿Puedes creerlo, Christine? Todavía no están listos para ocuparme. Tengo todo un mes para tomar leche, leer el *Times* y marcar legajos con mis iniciales..., ¡oh!, y sostener largas conversaciones sobre hockey con la vieja señorita Mason.

—Si no tienes inconveniente, limitarás tus conversaciones a tu propia mujercita. ¡Oh, querido, esto es fantástico... sobre todo después de Aberlaw! Esta tarde he hecho una pequeña excursión a Chelsea. He visto la casa de Carlyle y la galería Tate. ¡Oh, he proyectado planes tan deliciosos para ambos!... Por un penique se puede tomar un vaporcillo hasta Kew. Piensa en los Gardens, querido. Y el próximo mes, Kreisler, en el Albert Hall. ¡Oh, debemos ver el Memorial para saber por qué todo el mundo se ríe de él! Y están poniendo una comedia de Guilda, con el Teatro de Nueva York. ¿No sería delicioso que algún día almorzáramos juntos? —Alargó su manecita temblorosa. Rara vez la había visto Andrew tan excitada—. ¡Querido! Vamos a comer fuera. Hay un restaurante ruso en esta calle. Parece muy bueno. Después, si no estás muy cansado, podríamos...

—¿Cansado yo? —protestó él mientras Christine lo guiaba hasta la puerta—. Creía que tú eras la optimista de la familia. En cualquier caso, Christine, después de mi primer día de trabajo me vendrá bien una noche de diversión.

A la mañana siguiente leyó todos los legajos que había en su escritorio, los marcó con sus iniciales y a las once estaba dando vueltas de un lado para otro en el despacho. Pero pronto se sintió enjaulado, y salió a explorar el edificio. Carecía de interés, como un depósito de cadáveres sin cuerpos, hasta que, habiendo llegado al último piso, se halló de repente en una gran sala, habilitada supuestamente como laboratorio. Sentado en una caja que en tiempos había contenido azufre, se hallaba un joven con guardapolvo blanco, largo, sucio, limpiándose las uñas mientras su cigarrillo acentuaba la mancha amarilla de nicotina en el labio superior.

—¡Hola! —dijo Andrew.

Una pequeña pausa y luego el otro respondió sin interés:

—Si se ha extraviado, el ascensor está en la tercera puerta, a la derecha.

Andrew se apoyó en la mesa de experimentos.

—¿No sirven té aquí? —preguntó.

El joven levantó por primera vez la cabeza. Su cabello, de color negro azabache y lustrosamente peinado, contrastaba con el cuello del sucio guardapolvo.

—Solo a los ratones blancos —respondió—. Las hojas de té les resultan particularmente nutritivas.

Andrew rio, tal vez porque aquel joven tan gracioso era cinco años menor que él. Se presentó:

—Me llamo Manson.

—Me lo temía. ¿De modo que ha venido a sumarse a los hombres olvidados? —Una pausa—. Yo soy el doctor Hope... pero, aunque mi apellido significa «esperanza», soy definitivamente un Hope desesperanzado.

—¿Qué hace usted aquí?

—Solo Dios lo sabe... y Billy *Botones*..., es decir, Dewar. La mayor parte del tiempo estoy sentado, pensando. Pero sobre todo sentado. De cuando en cuando me envían trozos descompuestos de un minero y me preguntan la causa de la explosión.

—¿Y usted les responde? —inquirió cortésmente Andrew.

—¡No! —dijo rudamente Hope—. ¡Los mando a la m...!

Ambos se sintieron mejor después de aquella suprema vulgaridad y salieron para almorzar juntos. Ir a almorzar, explicó el doctor Hope, era la única actividad del día que le permitía conservar la razón. Hope le contó a Manson otras cosas. Era un estudiante procedente de Birmingham, que hacía investigaciones en los fondos de la Universidad de Cambridge, a lo que atribuía —dijo sonriendo irónicamente— sus frecuentes faltas de buen gusto. Había sido puesto a disposición del departamento gracias a la cargante insistencia del profesor Dewar. Su trabajo era pura mecánica repetitiva, una tarea rutinaria de la que podría haberse ocupado cualquier ayudante de laboratorio. Infería que seguramente se estaba volviendo loco por la indolencia e inercia del departamento, al que

calificaba concisamente de «Paraíso de los locos». Era un reflejo de lo que ocurría en la mayor parte de las instituciones del país que se dedicaban a la investigación. Fiscalizado por un círculo de nulidades eminentes, demasiado infladas con sus teorías personales y demasiado ocupadas en discutir unas con otras para llegar a una conclusión determinada, Hope era llevado de aquí para allá; se le indicaba lo que debía hacer en vez de dejarlo obrar según su criterio, y nunca estaba más de seis meses en la misma tarea.

Le pintó a Andrew un peregrino cuadro del Consejo del «Paraíso de los locos». Sir William Dewar, el presidente, un nonagenario decrepito pero indomable —a quien Hope apodaba Billy *Botones* a causa de su propensión a dejarse desabrochados ciertos cierres esenciales—, presidía asimismo casi todos los comités científicos de Inglaterra. También daba por radio unas desordenadas charlas para el gran público: la ciencia al alcance de los niños.

Además, estaban el profesor Whinney, más conocido por sus alumnos como «Gruñón»; Challis, que no era malo cuando se olvidaba de dramatizar, a quien apodaban *Rabelais Pasteur* Challis, y el doctor Maurice Gadsby.

—¿Conoce usted a Gadsby? —preguntó Hope.

—Un poco.

Andrew refirió la experiencia de su examen.

—Ese es nuestro Maurice —dijo Hope con amargura—. Un intruso del diablo. Se mete en todo. Uno de estos días se introducirá en una Farmacia Real. Es una bestezuela inteligente, sin duda. Pero no se interesa por la investigación. Solo por sí mismo. —Hope se echó a reír de repente—. Robert Abbey cuenta una deliciosa anécdota de él. Gadsby quería entrar en el Rumpsteak Club, uno de esos sitios selectos para comer y flirtear que hay en Londres, bastante decentes a veces. Bien, Abbey, que es un hombre muy servicial, le prometió, Dios sabrá el motivo, hacer lo que pudiera por él. Al cabo de una semana, Gadsby le preguntó: «¿Me han admitido?». «No», le respondió Abbey, «no le han admitido». «¡Cómo!», gritó Gadsby. «¿Quiere decir que me han rechazado?». «¡Rechazado!», dijo Abbey. «Escuche, Gadsby: ¿Ha visto usted alguna vez un plato de caviar?». —Hope se echaba atrás y se desternillaba de risa. Un momento después añadía —: Abbey está también en la Junta. Es un buen hombre. Pero demasiado cuerdo para venir a menudo por aquí.

Fue la primera vez que almorzaron juntos, cosa que después se repitió con relativa frecuencia. A pesar de su humor juvenil y de su natural tendencia a la petulancia, tenía la cabeza bien puesta. Su irreverencia era sana. Andrew pensaba que algún día podría ser algo. En realidad, en sus momentos serios, Hope hablaba a menudo de sus ansias de volver al trabajo que le gustaba: la investigación sobre el aislamiento de los fermentos gástricos.

De cuando en cuando Gill almorzaba con ellos. Hope siempre se refería a él con la

misma expresión: «un excelente huevecito». Aunque venerado por sus treinta años en la Administración Pública —se había abierto camino desde escribiente a jefe—, Gill era humano en el fondo. En la oficina funcionaba como una maquinita bien lubricada, de movimientos fáciles. Llegaba desde Sunbury todas las mañanas en el mismo tren, y regresaba también en el mismo por las tardes, a no ser que fuera «detenido». En Sunbury tenía mujer y tres hijas y un jardincito en que cultivaba rosas. Superficialmente era tan fácil de caracterizar, que podría haber pasado por el perfecto modelo de residente de los suburbios. Sin embargo, llevaba dentro un Gill real al que le gustaba ir a Yarmouth en invierno, donde pasaba sus días de vacaciones, que tenía una rara Biblia, que se sabía de memoria un libro llamado *Hadji Baba*, y que —miembro durante quince años de la sociedad— era infantilmente adicto a los pingüinos del zoo.

En una ocasión, Christine fue el cuarto jugador en la mesa de *bridge*. Gill se superó a sí mismo en exhibir la urbanidad de los funcionarios públicos. Incluso Hope se condujo con admirable gentileza, y luego le dijo a Andrew que desde que había conocido a su señora se sentía con menos predisposición a la locura.

Pasaban los días. Mientras Andrew esperaba la reunión de la Junta, se dedicaba a descubrir Londres en compañía de Christine. Hicieron un viaje en vapor a Richmond. Dieron con un teatro llamado Old Vic. Conocieron el tempestuoso tumulto de Hampstead Meath y el fascinante encanto de un café a medianoche. Pasearon por el Row y bogaron en el Serpentine. Cuando ya no necesitaron estudiar el mapa del ferrocarril subterráneo, empezaron a sentirse londinenses.

CAPÍTULO II

Por fin llegó —también para Andrew— la tarde del 18 de septiembre, en que se reunió el consejo del T. C. M. Sentado al lado de Gill y Hope, advirtiendo las miradas de inteligencia que le dirigía este último, Andrew observaba la entrada de los miembros en la amplia sala de cornisas doradas: Whinney, el doctor Lancelot Dodd-Canterbury, Challis, sir Robert Abbey, Gadsby y, finalmente, el propio Billy *Botones* Dewar.

Antes de la llegada de Dewar, Abbey y Challis le habían felicitado a Andrew —Abbey, en forma mesurada, y el profesor, efusivamente— por su designación. Y cuando entró Dewar miró a Gill, exclamando con su aguda voz:

—¿Dónde está nuestro nuevo médico, señor Gill? ¿Dónde está el doctor Manson?

Andrew se puso en pie, confundido ante la aparición de Dewar, que superaba la descripción de Hope. Billy era pequeño, encorvado y peludo. Vestía ropa vieja. Llevaba un chaleco muy gastado y un abrigo verdoso, repleto de papeles, folletos y memorias de una docena de sociedades diversas. No tenía excusa para vestir de ese modo, pues poseía mucho dinero e hijas, una de ellas casada con un noble millonario; sin embargo, parecía un mono viejo.

—Hubo un Manson conmigo en Queens, en 1880 —chilló amablemente a modo de saludo.

—Es este mismo, señor —murmuró Hope, que no pudo resistir la tentación. Billy lo oyó.

—¿Cómo lo sabe usted, doctor Hope? —Miró de soslayo, cortésmente, por encima de los lentes enmarcados en acero que llevaba montados en la punta de la nariz—. En aquella época usted aún no llevaba pañales. ¡Ja, ja, ja!

Se encaminó riendo a su lugar, a la cabecera de la mesa. Ninguno de sus colegas, ya sentados, le hacía caso. Parte de la estrategia de aquella Junta consistía en prescindir orgullosamente del propio vecino. Pero esto no desanimó a Billy. Tras sacar del bolsillo un paquete de papeles y tomarse luego un vaso de agua, cogió el martillito que tenía delante y dio un golpe en la mesa.

—¡Caballeros, caballeros! El señor Gill procederá a leer las actas.

Gill, que actuaba como secretario, leyó rápidamente el acta de la última reunión, en tanto que Billy, que no le prestaba atención, hojeaba sus papeles o dejaba vagar sus ojos en dirección a Andrew, al que asociaba vagamente con el Manson de Queens, en 1880.

Cuando Gill terminó de leer, Billy volvió a empuñar el martillo.

—Señores, nos es particularmente grato tener aquí presente a nuestro nuevo médico. Recuerdo que allá por el año 1904 yo insistía en la necesidad de contar con un clínico permanente que estuviese adscrito a la Junta para colaborar con los patólogos que de

cuando en cuando le hurtamos, ¡ja, ja, ja!, que de cuando en cuando le hurtamos al Departamento de Investigaciones de la Universidad de Cambridge. Y digo esto con todo respeto a nuestro joven amigo Hope, de cuya amabilidad, ¡hum, hum!, hemos dependido tan ampliamente. Ahora recuerdo que allá por el año 1889...

Sir Robert Abbey le interrumpió:

—Estoy seguro, señor, de que los demás miembros de la Junta desean unirse sinceramente en sus felicitaciones al doctor Manson por su trabajo sobre la silicosis. Si se me permite decirlo, siempre he creído que este hombre es un caso particularmente paciente y original de investigación clínica, y, como bien sabe la Junta, su labor puede acarrear las más vastas consecuencias sobre nuestra legislación industrial.

—Totalmente de acuerdo —intervino Challis, en apoyo de su protegido.

—Eso es lo que yo iba a decir, Robert —dijo Billy, malhumorado. Abbey era para él un joven, casi un estudiante, cuyas interrupciones exigían una suave reprensión—. Cuando en nuestra última reunión decidimos que debía proseguirse esta investigación, el nombre del doctor Manson acudió inmediatamente a mi pensamiento. Él ha iniciado esta cuestión y debe recibir toda clase de facilidades para proseguirla. Deseamos, caballeros —y miró solícitamente a Andrew desde su privilegiada posición en la mesa—, que visite todas las minas de antracita del país, y es posible que con el tiempo extendamos esto a las de carbón. Deseamos poner a su disposición, asimismo, toda clase de medios para el examen clínico de los mineros, y también podrá contar con los hábiles servicios bacteriológicos de nuestro joven amigo, el doctor Hope. En una palabra, señores, no habrá nada que no hagamos para conseguir que nuestro nuevo médico lleve este importante asunto de la inhalación del polvo hasta sus últimas consecuencias científicas y administrativas.

Andrew exhaló un rápido y furtivo suspiro. Era espléndido, espléndido... mejor de lo que había imaginado. Iban a darle carta blanca, a respaldarlo con una inmensa autoridad, iban a dejarlo libre para la investigación clínica. Todos eran ángeles, sin excepción, y Billy, el mismo arcángel Gabriel.

—Pero, caballeros —añadió de pronto Billy, registrando en sus bolsillos—. Antes de que el doctor Manson se haga cargo de este problema, antes de que nosotros mismos podamos sentirnos en libertad para permitirle concentrar en él sus esfuerzos, hay otro asunto más urgente del que creo debe ocuparse.

Pausa. Andrew sintió que se le oprimía el corazón y comenzó a abatirse a medida que proseguía Billy:

—El doctor Bigsby, del Departamento de Industria y Comercio, me ha enseñado la alarmante diferencia reinante en las disposiciones relativas a los tipos de primeros auxilios en la industria. Por supuesto, la ley en vigor tiene una cláusula al respecto, pero es elástica y poco satisfactoria. No hay normas precisas, por ejemplo, en cuanto al tamaño

y tejido de las vendas, la longitud material y el tipo de los entablillados. Y esta es una cuestión importante que concierne directamente a la Junta. Considero necesario que nuestro médico emprenda una investigación y nos presente un informe al respecto antes de que afronte el problema de la inhalación.

Silencio. Andrew miró desesperadamente en tomo de la mesa. Dodd-Canterbury, con las piernas extendidas, tenía los ojos fijos en el techo. Gadsby dibujaba diagramas sobre un secante. Whinney fruncía el ceño. Challis hinchó el pecho para hablar, pero Abbey se le adelantó:

—En mi opinión, sir William, eso es competencia del Departamento de Industria y Comercio, o del Departamento de Minas.

—Nosotros estamos a disposición de ambas corporaciones —chilló Billy—. Somos, ¡ja, ja, ja!, el hijo huérfano de ambas.

—Sí, lo sé. Pero... todos esos temas son relativamente triviales, y el doctor Manson...

—Le aseguro, Robert, que están muy lejos de ser triviales. Pronto habrá un debate en la Cámara. Precisamente lo supe ayer por Lord Ungar.

—¡Ah! —intervino Gadsby—. Si Ungar tiene interés en ello, no hay discusión.

Gadsby podía adular con desconcertante prontitud, y Ungar era un hombre a quien tenía especial interés en complacer.

—Excúseme, sir William —balbució Andrew—. Yo..., yo creía que iba a realizar aquí una labor clínica. Llevo un mes sin hacer nada, y si ahora...

Se interrumpió, mirándolos a todos. Fue Abbey quien acudió en su ayuda.

—El punto de vista del doctor Manson es muy justo. Durante cuatro años ha estado investigando pacientemente, y ahora, después de haberle prometido facilidades para desarrollar y poner en práctica sus resultados, le enviamos a contar vendajes.

—Si el doctor Manson ha tenido paciencia durante cuatro años, Robert —chilló Billy—, puede esperar un poco más. ¡Hum, hum!

—¡Cierto, cierto! —gritó Challis—. Tendrá momentos libres para dedicarse a la silicosis.

Whinney se aclaró la garganta.

—Ahora —le susurró Hope a Andrew— entra en escena Gruñón.

—Caballeros —dijo Whinney—, llevo mucho tiempo solicitando a esta Junta que investigue la cuestión de la fatiga muscular en relación con el calor del vapor..., asunto que, como ustedes saben, me interesa profundamente y que, me atrevo a decir, no ha recibido todavía de ustedes la atención que merece. Opino que, si el doctor Manson va a ser alejado de la cuestión de la inhalación, sería una admirable oportunidad para proseguir con la importante investigación de la fatiga muscular.

Gadsby miró su reloj.

—Tengo una cita en la calle Harley, exactamente, señores míos, dentro de treinta y cinco minutos.

Whinney se volvió iracundo hacia él, y su colega Challis lo secundó, exclamando:

—¡Es una impertinencia intolerable!

Parecía que iba a estallar un tumulto.

Pero, detrás de sus barbas, el amable rostro de Billy vigilaba la reunión. No se alteraba. Durante cuarenta años había presidido reuniones semejantes. Sabía que lo detestaban y deseaban que se fuese. Pero no se iba..., no se iba nunca. Su enorme cráneo estaba lleno de problemas, fichas, oscuras fórmulas, ecuaciones de Fisiología y Química, de observaciones y proyectos de investigaciones; era un profundo sepulcro abovedado, visitado por fantasmas de gatos sin cerebro, iluminado por luz polarizada y teñido de rosa por el gran recuerdo que, de niño, Lister le había metido en la cabeza.

—Debo decirles, señores, que ya les he prometido a Lord Ungar y al doctor Bigsby ayudarles en sus dificultades. Seis meses bastarán, doctor Manson. Quizá un poco más. Su labor no carecerá de interés. Lo pondrá a usted en relación con hombres y cosas. ¿Recuerda la observación de Lavoisier referente a la gota de agua? ¡Hum, hum! Y ahora, en lo referente al examen patológico realizado por el doctor Hope de la muestra de la mina de Wendover en julio último...

A las cuatro, cuando todo había terminado, Andrew ventiló la cuestión con Hope y Gill en la oficina de este último. La consecuencia de esa reunión, y tal vez de su edad, fue que comenzara a dominar sus impulsos. Ni se precipitaba ni lanzaba iracundas interjecciones, sino que se contentaba sencillamente con picotear un limpio papel con una pluma sobre un escritorio del fisco.

—No será tan malo —le dijo Gill a manera de consuelo—. Significa viajar por todo el país, lo sé, pero eso puede ser más bien agradable. Incluso puede llevar a su señora. Ahora irá a Buxton, el centro de la región carbonífera de Derbyshire. Y dentro de seis meses podrá comenzar su trabajo de la antracita.

—Lo dudo —dijo Hope—. ¡Será un fiscalizador de vendajes toda la vida!

Andrew tomó su sombrero.

—Lo malo de usted, Hope, es que es demasiado joven.

Se fue a casa a ver a Christine. Y el lunes siguiente, dispuestos a no desaprovechar la ocasión de correr una aventura, compraron un Morris de segunda mano por sesenta libras y partieron juntos a la gran investigación de los materiales de primeros auxilios. Sin duda eran felices corriendo velozmente por los caminos de montaña en dirección al norte. Andrew, tras haber hecho una representación simiesca de Billy *Botones*, dijo:

—Al fin y al cabo... ¡qué importa lo que Lavoisier haya dicho de la gota de agua en 1832! ¡Estamos juntos, Christine!

El trabajo era estúpido. Consistía en la inspección del material de primeros auxilios

almacenado en las diferentes minas de carbón del país: tablillas, vendajes, algodón, antisépticos, torniquetes y todo lo demás. En las grandes empresas era de calidad; en las pequeñas, infame. La inspección bajo tierra no era una novedad para Andrew. Recorrió kilómetros de galerías para inspeccionar una caja de vendajes cuidadosamente colocada allí media hora antes. En los pequeños pozos del corazón de Yorkshire, tuvo ocasión de oír a sus administradores cuchicheando furtivamente: «Baja corriendo, Geordie, y dile a Alex que vaya adonde el farmacéutico...». Y a renglón seguido: «Tenga la bondad de sentarse, doctor, enseguida le atenderemos». En Nottingham reconfortó a los hombres de las ambulancias, diciéndoles que el té frío es un estimulante superior al brandy. En otras partes apostaba por el whisky. Pero siempre hacía el trabajo a conciencia. Christine y Andrew se alojaban en poblaciones situadas estratégicamente, y desde allí recorrían el distrito en auto. Mientras él inspeccionaba, Christine se sentaba a cierta distancia y tejía. Les ocurrían aventuras, por lo común con las dueñas de las pensiones, y hacían amistades, principalmente con los inspectores de minas. A Andrew no le sorprendía que su misión provocara la risa en esos ciudadanos de cabezas duras. Lo lamentable era que se reía con ellos.

En marzo regresaron a Londres, vendieron el auto por solo diez libras menos que las pagadas por él, y Andrew se puso a redactar su informe. Quería que los de la Junta vieran que su dinero había sido bien invertido, presentarles estadísticas, páginas de índices, planos y gráficos que mostrasen cómo ascendía la curva de las vendas a medida que descendía la de las tablillas. Le dijo a Christine que estaba decidido a mostrarles lo bien que había hecho su trabajo y lo estúpidamente que todos ellos habían perdido su tiempo.

Al final del mes, cuando hubo entregado a Gill su grueso informe, tuvo la sorpresa de recibir una llamada del doctor Bigsby, del Departamento de Industria y Comercio.

—Está muy complacido con su informe —le dijo zalameramente Gill a Andrew, mientras lo guiaba por Whitehall—, aunque yo no debería haberle hecho esta confidencia. Es un magnífico comienzo, querido amigo. No sabe usted el poder que tiene Bigsby. Controla toda la administración industrial.

Les costó algún tiempo llegar hasta el doctor Bigsby. Tuvieron que aguardar, con el sombrero en la mano, en dos antecámaras antes de ser recibidos. Pero allí estaba, por fin, corpulento y cordial, con un traje gris oscuro y polainas del mismo color pero más oscuras aún y un chaleco cruzado, febrilmente activo.

—Siéntense, caballeros. He visto su estudio, Manson, y, aun cuando es prematuro hablar de él, debo decirle que me produce buena impresión. Muy científico. Gráficos excelentes. Eso es lo que necesitamos en este departamento. Ahora que hemos decidido unificar criterios con respecto a los equipos de las fábricas y minas, debe conocer mis ideas. En primer lugar, veo que usted recomienda vendajes de siete centímetros de ancho

como mínimo. Sin embargo, yo los prefiero de seis. Estará usted conforme, ¿no?

Andrew se sentía irritado, tal vez a causa de las polainas.

—Personalmente, en lo que se refiere a las minas, creo que, mientras más grandes sean los vendajes, mejor. No creo que sea una diferencia importante.

—¿Que no es importante, dice? —exclamó Bigsby, enrojeciendo tras las orejas.

—No mucho.

—Pero ¿no se da cuenta de que está comprometido todo el principio de unificación? Si nosotros sugerimos seis centímetros y usted recomienda siete, puede haber grandes dificultades.

—Entonces dejemos los de siete —dijo fríamente Andrew.

A Bigsby se le erizaron los cabellos; era posible verlo.

—Su postura es difícil de entender. Durante años hemos estado trabajando con el vendaje de seis. Pero..., claro, no conoce usted mucho estas cuestiones.

—¡Sí, las conozco! —Andrew perdió también la calma—. ¿Ha estado usted jamás bajo tierra? Yo sí. He realizado una sangrienta operación en un pozo y con una linterna, Y le digo rotundamente que una mísera diferencia de un centímetro en el vendaje no importa un comino, y es mejor el de siete.

Andrew salió del edificio más rápidamente de lo que había entrado, seguido de Gill, que se estrujaba las manos y se lamentó todo el camino hasta Embankment.

De regreso en su oficina, Andrew se puso a contemplar ceñudamente el tráfico del río, las calles bulliciosas, los autobuses, los tranvías que resonaban sobre los puentes, el movimiento de la masa humana, el fluir palpitante de la vida.

«Yo no hago nada aquí —meditó con creciente impaciencia—. Debería estar allí..., allí».

Abbey había dejado de asistir a las reuniones de la Junta. Y Challis, con quien habló durante un almuerzo, lo había alarmado hasta el pánico, advirtiéndole de que Whinney estaba azuzando para que le permitieran proseguir con su investigación de la fatiga muscular, antes de abordar el problema de la silicosis. Andrew reflexionó, con un desesperado intento humorístico:

—Si eso ocurre, además de las vendas, ya puedo ir consiguiéndome una tarjeta de lector en el Museo Británico.

Caminando a casa desde Embankment se sorprendió mirando con envidia las chapas de bronce colocadas en las rejas de las casas de los médicos. Se detenía, miraba cómo un supuesto cliente subía los escalones de entrada, tocaba el timbre y lo hacían pasar... Luego, siguiendo pensativamente su camino, imaginaba la escena siguiente: las preguntas, la rápida aplicación del estetoscopio, toda la emocionante ciencia del diagnóstico. ¿No era médico también él? Al menos hubo un tiempo en que...

Hacia finales de mayo y en ese estado de ánimo, iba por la calle Oakley a eso de las

cinco de la tarde, cuando divisó de pronto una multitud apiñada en torno a un hombre tendido en el pavimento. Junto al bordillo de la acera había una bicicleta destrozada y casi encima de ella un camión.

Cinco minutos después estaba Andrew en medio del gentío, observando al herido que, sostenido por un agente de policía arrodillado, sangraba de una profunda herida en la ingle.

—¡Déjeme pasar! Soy médico.

El policía, luchando infructuosamente por aplicar un torniquete, le miró con rostro confuso.

—No puedo detener la hemorragia, doctor. Viene de muy arriba.

Andrew vio que era imposible hacerlo con torniquete. La herida se internaba demasiado en la arteria ilíaca y el hombre se desangraba.

—Colóquelo de espaldas —le dijo al policía.

Rápidamente, se inclinó sobre el herido y hundió el puño con fuerza en el vientre, sobre la aorta descendente. Todo el peso de su cuerpo, transmitido así a la gran arteria, detuvo inmediatamente la hemorragia. El policía se quitó el casco y se enjugó la frente. Cinco minutos después llegaba la ambulancia. Andrew se fue en ella.

A la mañana siguiente llamó al hospital. El cirujano respondió de malos modos.

—Sí, sí, mejora. ¿Quién pregunta por él?

—¡Oh! —murmuró Andrew desde la cabina de teléfono público—. ¡Nadie!

Y eso, pensó con amargura, expresaba exactamente lo que era: nadie, que no hace nada, que no consigue nada en ninguna parte. Soportó hasta el fin de semana y entonces, tranquilamente, sin ostentación, entregó su renuncia a Gill para que la transmitiera a la Junta.

Gill se quedó estupefacto, pero reconoció, sin embargo, que temía ese desenlace. Le dirigió a Andrew un pequeño discurso muy pulido, que terminaba así:

—Después de todo, querido amigo, creo que su lugar está..., bueno, si me permite la expresión castrense, no en la base, sino... en la línea de fuego... con las tropas.

Hope dijo:

—No le haga caso a ese cultivador de rosas y aficionado a los pingüinos. Usted es afortunado. Y yo seguiré su ejemplo si conservo la razón... en cuanto terminen mis tres años.

Andrew no supo nada de las actividades de la Junta sobre la cuestión de la inhalación de polvo hasta meses después, cuando Lord Ungar removi6 dramáticamente el asunto en la Cámara, citando libremente las pruebas médicas aportadas por el doctor Maurice Gadsby.

Gadsby fue aclamado por la prensa como un benefactor de la humanidad y un gran médico. Y ese mismo año la silicosis fue clasificada como enfermedad industrial.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Andrew y Christine comenzaron a buscar un lugar donde él pudiera ejercer su profesión. Su estado de ánimo variaba de un día para otro. Tan pronto ascendían a las alturas de las grandes esperanzas como se hundían en los abismos de la desesperación. Herido por la certidumbre de tres fracasos sucesivos... —así al menos juzgaba sus salidas de Drineffy, de Aberalaw y del T. C. M.—, Andrew anhelaba recuperarse por fin. Pero todo su capital, aumentado por un ahorro estricto durante los últimos meses de sueldo seguro, no pasaba de seiscientas libras. Aunque frecuentaba las agencias médicas y respondía a todos los anuncios publicados en las columnas del *Lancet*, resultó que esta suma no llegaba para conseguir un consultorio en Londres.

No olvidarían nunca su primera tentativa. El doctor Brent, de Cadogan Gardens, dejaba su consultorio y ofrecía una buena clientela para un profesional cualificado. En principio, parecía una excelente ocasión. Por temor a que algún candidato pudiera anticipárseles, tomaron un extravagante taxi que los llevó volando hasta la casa de Brent, un hombrecillo de cabello blanco, agradable y un poco tímido.

—Sí —dijo modestamente el doctor Brent—. La situación es bastante buena, y la casa, agradable. Solo pido siete mil libras por las escrituras, a pagar en cuarenta años, y la renta del suelo es solo de trescientas libras anuales. En cuanto al consultorio, creo que es lo usual..., el importe de dos años, al contado. ¿Qué le parece, doctor Manson?

—¡Muy bien! —manifestó gravemente Andrew—. ¿Usted me ayudará en los inicios, dice? Gracias, doctor Brent. Lo estudiaré.

Lo estudiaron mientras se tomaban un té de tres peniques en el Brompton Road Lyons.

—¡Siete mil por las escrituras!... —Andrew se rio. Se quitó el sombrero de la arrugada frente y apoyó los codos sobre la mesa de mármol—. ¡No es muy edificante, Christine! ¡Cómo se aferran a lo suyo estos viejos! Y no se les puede hacer salir si no tienes dinero. ¿No es la condenación de nuestro sistema? Pero, aunque la oferta es infame, la aceptaré. ¡Ya verás! De ahora en adelante, me voy a preocupar por el dinero.

—Espero que no —dijo sonriendo Christine—. Sin él hemos sido suficientemente felices.

Andrew refunfuñó:

—No dirás eso cuando tengamos que ponernos a cantar por las calles. Deténgase, señorita, por favor.

En razón de sus títulos de doctor en Medicina y M. R. C. P., Andrew quería un consultorio sin listas, sin anexo de farmacia; quería verse libre de la tiranía del sistema de las tarjetas. Pero, a medida que pasaban las semanas, estaba dispuesto a aceptar

cualquier cosa. Visitó consultorios en Tilse Hill, Islington y Brixton, y uno, con una grieta en el techo, en Camden Town. Llegó hasta a discutir con Hope —quien le aseguraba que con el capital de que disponía era un suicidio— el plan de tomar una casa y probar suerte.

Y entonces, al cabo de dos meses, cuando estaban a punto de desesperarse, el cielo se apiadó y permitió que muriera el anciano doctor Foy, sin sufrimiento alguno, en Paddington. La noticia de su muerte, cuatro líneas en la *Revista Médica*, llamó la atención de Andrew. Fueron sin entusiasmo al número 9 de Chesborough Terrace. Vieron la casa, un sepulcro alto, de color plomizo, con un consultorio al lado y un garaje de ladrillos atrás. Revisaron los libros, según los cuales el doctor Foy quizá ganaba quinientas libras anuales, sobre todo de las consultas, que cobraba, con medicamentos incluidos, a tres chelines y seis peniques. Hablaron con la viuda, que les aseguró tímidamente que el consultorio del doctor Foy marchaba bien, que en un tiempo había sido excelente, con muchos «pacientes acomodados» que entraban por la «puerta delantera». Le dieron las gracias y se fueron.

—Sin embargo... no sé —dijo Andrew—. Tiene muchos inconvenientes. Detesto las recetas. Y no es el mejor lugar. ¿Viste todas esas casas de huéspedes ruinosas que había al lado? Aunque el barrio es decente. Y la casa hace esquina. Y la calle es amplia. Y se aproxima a lo que podemos gastar. La ganancia de año y medio... Y deja el mobiliario del consultorio y material médico... Todo listo para entrar... Esta es la ventaja de una vacante por fallecimiento. ¿Qué opinas, Christine? Ahora o nunca. ¿Probamos suerte?

Ella lo miró dubitativamente. Para Christine la novedad de Londres se había desvanecido. Amaba el campo, y ahora, en esos suburbios grises, lo añoraba de todo corazón. Sin embargo, Andrew deseaba de tal modo instalar un consultorio en Londres, que ella no se atrevió siquiera a tratar de disuadirle. Incluyó lentamente la cabeza.

—Si tú lo quieres, Andrew...

Al día siguiente Andrew le ofreció al representante de la señora Foy 600 libras, en vez de las 750 que le había pedido. La oferta fue aceptada y el cheque, firmado. El sábado, 10 de octubre, sacaron los muebles del depósito y entraron en posesión de su nuevo hogar.

Llegó el domingo antes de que se vieran libres de la terrible «erupción» de paja y cestos, y se maravillaron, incrédulos, de mantenerse en pie todavía. Andrew aprovechó la ocasión para pronunciar uno de aquellos sermones poco frecuentes pero desagradables, que lo hacían aparecer como un predicador inconformista.

—Christine, estamos convenientemente instalados aquí. Hemos invertido lo poco que teníamos. Hemos de vivir con lo que ganemos. Solo Dios sabe cómo nos irá. Pero hay que hacerlo. Tendrás que esmerarte, Christine, economizar...

Christine se echó a llorar, pálida, en la sala grande, sombría, de techo sucio y aún sin

alfombrar.

—¡Por favor! —sollozó—. Déjame sola. ¡Economizar! ¿Es que no economizo? ¿Te cuesto algo...?

Ella se abrazó frenéticamente contra él.

—¡Christine! —exclamó Andrew, azorado.

—¡Es esta casa! No me daba cuenta. Ese sótano, la escalera, la sucie...

—¡Qué importa eso! Es el consultorio lo que interesa.

—Podíamos haber conseguido un pequeño consultorio rural, en alguna parte.

—Sí. Con rosas alrededor de la puerta. ¡Demonio...!

Finalmente, Andrew se disculpó por su sermón. Enseguida, tomándola de la cintura, fue con ella al maldito subterráneo, para freír unos huevos en la cocina. Andrew trató de apaciguarla, persuadiéndola de que no era un subterráneo, sino una sección del túnel de Paddington, por donde pasarían trenes en cualquier momento. Christine rio débilmente de su intento de chiste, pero en realidad miraba el desagüe roto del fregadero.

Al día siguiente, a las nueve en punto —¡un poco tarde, no fueran a creer que estaba impaciente!— abrió el consultorio. Su corazón latía excitado y con una expectación mayor, mucho mayor que en aquella mañana casi olvidada en que atendió a su primer paciente en Drineffy.

Dieron las nueve y media. Esperaba ansiosamente. Desde el pequeño consultorio, que poseía su propia puerta a la calle lateral y que estaba unido a la casa por un corto pasillo, Andrew podía vigilar el despacho —la habitación principal de la primera planta, equipada con el escritorio del doctor Foy, un diván y una vitrina—, a la que entraban por la «puerta delantera» los «pacientes acomodados», según la expresión de la señora Foy. Se diría que Andrew tenía tendida una doble red, esperando anhelante, como todo pescador, el momento de recogerla.

Sin embargo, no caía nada, nada. Eran cerca de las once, y todavía no llegaba nadie. Unos cuantos taxistas, de pie junto a sus coches, conversaban amigablemente en la acera de enfrente. Su chapa brillaba en la puerta, debajo de la vieja y desgastada del doctor Foy.

De pronto, cuando casi había abandonado las esperanzas, sonó la campanilla de la puerta lateral y entró una anciana tocada con un chal. Bronquitis crónica, advirtió Andrew antes que ella hablara, tosiendo con dificultad. Tiernamente, muy tiernamente, Andrew se sentó y la interrogó. Era una antigua paciente del doctor Foy. Habló con ella. En un estrecho reducto que hacía de botiquín, a mitad de camino entre el despacho y el consultorio, le preparó su droga. Volvió con ella. Y entonces, sin preguntar, mientras él se preparaba trémulo para cobrar, la anciana le entregó el dinero: tres chelines y seis peniques.

La emoción de este momento, la alegría, el alivio de aquellas monedas de plata, allí,

en la palma de su mano, fueron increíbles. Parecían el primer dinero que hubiese ganado en su vida. Cerró el consultorio y corrió a ver a Christine.

—El primer paciente, Christine. Después de todo, no debía de ser una clientela muy mala. ¡En cualquier caso, esto nos basta para el almuerzo!

No tenía que hacer visitas, pues el anciano doctor había muerto hacía ya cerca de tres semanas y en ese intervalo nadie lo había sustituido. Debía esperar hasta que se produjesen las llamadas. Entretanto, dándose cuenta de que Christine deseaba ocuparse sola de sus menesteres domésticos, dedicó la mañana a recorrer el barrio, mirando, examinando las casas con las fachadas desgastadas, la larga sucesión de pensiones de color grisáceo amarillento, las plazas manchadas de hollín y arboladas horriblemente, las estrechas caballerizas convertidas en garajes, y luego, en un brusco recodo de la calle Norte, un triste retazo de arrabal: casas de préstamos, carritos de vendedores de baratijas, tabernas, vidrieras con medicinas patentadas y muestras de colores llamativos.

Andrew se dijo para sí que el barrio había venido al mundo en aquellos días en que los vehículos se deslizaban hasta los pórticos pintados de amarillo. Era negruzco y sucio, pero se advertían signos de nueva vida surgiendo entre el moho: un nuevo grupo de casas en construcción, algunas tiendas y oficinas y, en el extremo de la plaza Gladstone, el famoso Laurier's. Aun él, que nada sabía de modas femeninas, había oído hablar de Laurier's, y no necesitaba ver la larga hilera de automóviles estacionados frente al edificio sin ventanas e inmaculadamente blanco, para convencerse de que lo poco que sabía acerca de la fama del modisto sin duda era exacto. Le parecía extraño que Laurier's estuviese tan inadecuadamente situado en medio de esas calles modestas. Sin embargo, estaba allí, tan real como el policía de enfrente.

Por la tarde completó su gira inaugural visitando a los médicos de la vecindad. En total hizo ocho visitas. Solo tres le impresionaron: el doctor Ince, de la plaza Gladstone, un hombre joven; Reeder, al final de la calle Alexandra, y en la esquina del Royal Crescent, un escocés de edad madura, llamado McLean. Pero el modo con que todos dijeron: «¡Oh, es la clientela del pobre anciano Foy la que usted ha tomado!», le desalentó algo. Pero se dijo a sí mismo que dentro de seis meses cambiarían de tono. Aunque él tenía ahora treinta años y conocía la importancia del dominio de sí mismo, todavía odiaba la afabilidad hacia los inferiores como el gato odia el agua.

Esa noche hubo tres pacientes en el consultorio, dos de los cuales le pagaron el honorario de tres chelines y seis peniques. El tercero le prometió volver y pagarle el sábado. En su primer día de trabajo había ganado diez chelines y seis peniques.

Pero al día siguiente no obtuvo absolutamente nada. Y al otro, solo siete chelines. El jueves fue un día bueno; el viernes apenas si pasó de ser un día en blanco, y el sábado, después de una mañana ociosa, recaudó diecisiete chelines y seis peniques por la tarde, aunque el paciente a quien había dado crédito el lunes no cumplió su promesa de regresar

a pagar.

El domingo, aunque no comentó nada con Christine, Andrew repasó la semana con amargura. ¿Había cometido un inmenso error al adquirir ese consultorio abandonado, al enterrar todos sus ahorros en esa casa que parecía una tumba? ¿Cuáles eran sus fallos o defectos? Tenía treinta años, sí, cumplidos. Era doctor en Medicina y M. R. C. P. Poseía cualidades para la medicina clínica y un hermoso trabajo de investigación en su haber. Sin embargo, allí estaba, cobrando tres chelines y seis peniques, con lo que apenas podía comer. «Es el sistema —pensó indignado—, es un sistema senil. Debería estar mejor organizado, de modo que todo el mundo pudiera tener una oportunidad, digamos, ¡oh!, digamos un control por parte del Estado». Pero luego suspiró, recordando al doctor Bigsby y al T. C. M. «No, eso no sirve de nada, la burocracia mata el esfuerzo individual —me asfixiaría—. ¡Yo debo triunfar, maldita sea, y triunfaré!».

Jamás le había preocupado tanto el lado práctico de la medicina. Y no se podía haber imaginado un método más sutil para llegar a ese punto que esas angustias auténticas del apetito —el eufemismo era suyo— que soportaba varios días a la semana.

Unos cien metros más abajo, en la ruta principal de autobuses, había una pequeña salchichería, de una mujercita pequeña y gorda, alemana de origen, a la que llamaban señora Smith, pero que, a juzgar por su lenguaje cortado y la exageración de las eses, era evidentemente Schmidt. El establecimiento de la señora Schmidt era típicamente europeo, con un angosto mostrador de mármol lleno de arenques en escabeche, aceitunas en jarros, encurtidos, varias clases de salchichas, pasteles y un queso delicioso llamado Liptauer. Tenía también el mérito de ser muy barato. Ya que el dinero andaba escaso en el número 9 de la calle Chesborough, y el horno de la cocina era una ruina, Andrew y Christine recurrieron a la señora Schmidt. En los días propicios servían chorizos calientes y pastel de manzana; en los malos, arenques en escabeche y patatas asadas.

Por la noche iban a menudo a la salchichería Schmidt, y tras escudriñar ávidamente la multitud de comestibles a través de la vidriera empañada, salían con algo sabroso en una bolsa.

La señora Schmidt les tomó pronto estima, especialmente a Christine. Su inflado rostro de pastelera se arrugaba hasta cerrarle casi los ojos bajo su alto casquete de pelo rubio, mientras le decía, sonriente y moviendo la cabeza, a Andrew:

—Le irá muy bien. Usted tendrá éxito. Tiene una buena esposa. Es pequeña, como yo. Pero es buena. Espere un poco... ¡yo le enviaré enfermos!

Casi de repente cayó sobre ellos el invierno, y las calles se vieron envueltas en la niebla que parecía intensificada por el humo de la estación ferroviaria cercana. Andrew y Christine les quitaban importancia a sus penurias, fingían despreocupación, pero en ninguno de sus años en Aberlath habían pasado tantas calamidades,

Christine hizo lo que pudo en aquellos cuartos helados. Blanqueó los techos, cosió

cortinas nuevas para la sala de espera. Empapeló de nuevo el dormitorio. Pintándolas de negro y oro, transformó las viejas puertas plegables que desfiguraban el salón del primer piso.

La mayoría de las escasas llamadas de Andrew lo llevaron a las casas de huéspedes de la vecindad. Era difícil hacerse pagar por tales pacientes: muchos de ellos eran tipos andrajosos, incluso de dudosa moralidad y aficionados al arte de estafar. Procuró hacerse agradable a las escuálidas mujeres que regentaban estos establecimientos. Entablaba conversación con ellas en los sombríos corredores. Decía: «No pensé que iba a hacer tanto frío. Debí haber traído el abrigo»; o bien: «Es molesto ir de un lado para otro. Mi auto está en el taller».

Trabó relación con el policía del distrito que habitualmente dirigía el tráfico en un cruce muy transitado, cerca de la tienda de la Schmidt. Se llamaba Donald Struthers, y enseguida se hicieron amigos, porque Struthers, como Andrew, procedía de Fife. Le prometió hacer cuanto estuviera a su alcance para contribuir al éxito de su paisano, diciéndole con humor de mal gusto:

—Sí atropellan a alguien aquí, no dude de que se lo enviaré a su consultorio, doctor.

Cierta tarde, Andrew fue a visitar a los farmacéuticos de las inmediaciones, y pretextando que necesitaba urgentemente una jeringa Voss especial, de 100 centímetros cúbicos, seguro de que ninguno de ellos la tenía, se presentó como el nuevo médico de Chesborough Terrace. Era más o menos un mes después de haber llegado. Al volver a casa advirtió que la expresión de Christine reflejaba cierto nerviosismo.

—Hay una paciente esperando —le susurró—. Ha entrado por la puerta delantera.

Se le iluminó el rostro. Era el primer paciente «acomodado» que lo visitaba. Tal vez era el anuncio de tiempos mejores. Entró alegremente en el despacho.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo servirla?

—Buenas tardes, doctor. Vengo por recomendación de la señora Smith.

Se levantó de la silla para darle la mano. Era gorda, robusta, llevaba un abrigo corto de piel y una cartera de mano. Andrew advirtió inmediatamente que se trataba de una de las prostitutas que frecuentaban el barrio.

—¿Sí? —preguntó él.

—¡Oh, doctor! —prosiguió ella, sonriendo con desconfianza—. Un amigo mío acaba de regalarme un par de aros de oro. Y la señora Smith, de la que soy clienta, me dijo que usted podría perforarme las orejas. Mi amigo teme que yo pueda usar alguna aguja sucia, doctor.

Andrew dio un gran suspiro. ¿Había llegado realmente a esto? Le contestó:

—Bien, le perforaré las orejas.

Lo hizo cuidadosamente, esterilizando la aguja, rociándole los lóbulos con cloruro de etilo y aun ajustándole los aros.

—¡Oh, doctor, qué bien! —dijo mirándose en el espejo de su cartera—. Y no me ha dolido nada. Mi amigo estará muy contento. ¿Cuánto es, doctor?

La tarifa reglamentaria para los clientes «acomodados» de Foy, por mucho que fueran un mito, era de siete chelines y seis peniques. Mencionó esta suma.

La mujer le entregó un billete de diez chelines. Mientras recibía el cambio, miró a Andrew y le pareció un caballero muy bondadoso, distinguido y bien parecido —le gustaban morenos—, y pensó que tenía pinta de pasar hambre.

Cuando ella hubo partido, Andrew no dio saltos sobre la alfombra, como en otros tiempos hubiera hecho, indignado de haberse prostituido por este acto mezquino y servil. Sentía una extraña humillación. Con el arrugado billete en la mano, se fue a la ventana y la vio desaparecer en la calle, moviendo las caderas, balanceando la cartera, y muy ufana con sus nuevos aros.

CAPÍTULO II

Abrumado por sus dificultades, Andrew anhelaba la amistad de sus colegas. Había asistido a una reunión de la Asociación Médica local sin quedar muy satisfecho. Denny estaba aún en el extranjero. Habiendo encontrado de su gusto Tampico, Philip había aceptado un puesto de cirujano en la compañía petrolera Nuevo Siglo. Al menos por el momento, estaba perdido para Andrew. Enviado a Cumberland, Hope, entretanto, coleccionaba corpúsculos para el «Paraíso de los locos», según le decía en una tarjeta postal de colores chillones.

Andrew sintió muchas veces la tentación de ponerse en contacto con Freddie Hamson, y, aunque más de una vez estuvo a punto de llamarlo, siempre lo detuvo la reflexión de que todavía no tenía éxito, de que no estaba establecido decorosamente. Freddie seguía en Queen Anne Street, aunque se había mudado a otro número. Andrew se preguntaba a menudo cómo había logrado Freddie abrirse camino, recordando las viejas aventuras de sus días de estudiante, hasta que al fin la tentación fue irresistible. Lo llamó.

—Probablemente te has olvidado de que existo —le dijo, preparado para un mal recibimiento—. Soy Manson... Andrew Manson. Ejerzo aquí, en Paddington.

—¡Manson! ¡Cómo voy a olvidar a un viejo amigo como tú! —Freddie le hablaba efusivamente desde el otro extremo de la línea—. ¡Hombre, por Dios! ¿Por qué no me has llamado antes?

—¡Oh!, apenas acabamos de instalarnos —le respondió Andrew, sonriente dentro de la cabina, alentado por la efusión de Freddie—. Y, cuando estuve trabajando para el departamento, viajábamos por toda Inglaterra, mi mujer y yo. Estoy casado.

—¡Yo también! Tenemos que vernos, y pronto. ¡No puedo creerlo! ¡Tú aquí, en Londres! ¡Maravilloso! ¿Dónde está mi agenda? Escucha, ¿qué te parece el próximo jueves? ¿Puedes venir a cenar ese día...? Sí, sí. ¡Magnífico! Hasta pronto, pues. Entretanto, le diré a mi mujer que le envíe cuatro letras a la tuya.

Christine no mostró mayor entusiasmo cuando le comunicó la invitación.

—Ve tú, Andrew —le propuso ella, después de una pausa.

—No tiene sentido que vaya yo solo. Freddie quiere que conozcas a su mujer. Sé que él no te agrada mucho, pero seguramente habrá más gente, otros médicos. Tal vez se nos abran allí nuevos horizontes, querida. Además, necesitamos un poco de distracción. Corbata negra, me dijo. Afortunadamente me compré aquella americana de etiqueta para el banquete de las minas de Newcastle. ¿Y tú tienes algo que ponerte?

—Lo que necesito es una nueva cocina de gas —respondió ásperamente.

Aquellas últimas semanas la habían malhumorado. Había perdido algo de su habitual

frescura, que siempre había sido su mayor encanto. Y algunas veces, como ahora, su tono era cortante y desalentado.

El jueves por la noche, cuando llegó el momento de salir para Queen Anne Street, Andrew se quedó impresionado al ver lo guapa que estaba Christine. Llevaba el vestido blanco que había comprado para el banquete de Newcastle, y que ella había retocado. Parecía nuevo y más hermoso. También se había peinado de forma distinta, con el pelo más ajustado a la cabeza, lo que lo hacía resaltar sobre la pálida frente. Mientras ella le hacía el nudo de la corbata, pensó en comentarle lo guapa que estaba, pero con las prisas se le olvidó.

Sin embargo, no llegaron tarde, sino demasiado pronto, tanto, que transcurrieron tres desagradables minutos antes de que acudiese alegremente Freddie, con los brazos abiertos, excusándose y saludándolos a la vez, diciéndoles que acababa de llegar del hospital y que su mujer bajaría dentro de unos instantes. Les ofreció aperitivos, palmoteo a Andrew en la espalda y los hizo sentarse. Freddie había engordado desde aquella tarde en Cardiff, y le había aumentado el rosado rollo de carne que tenía detrás del cuello, pero le brillaban los ojillos y ni un solo mechón de pelo rubio estaba fuera de su sitio. Se le veía resplandeciente.

—¡Créeme! —dijo alzando su copa—. Es maravilloso veros de nuevo. Esta vez sí que nos seguiremos viendo. ¿Qué te parece mi casa? ¿No te dije en aquella cena...?, ¡por cierto, qué cena! Apuesto a que esta será mejor. El año pasado adquirí la propiedad absoluta de esta casa. Y me costó cara. —Se arregló el nudo de la corbata a modo de aprobación—. Por supuesto, aunque yo tenga éxito, no hay por qué pregonarlo. Pero no importa que tú lo sepas.

Sin duda, se respiraba un ambiente de suntuosidad: pulido mobiliario moderno, chimenea, un piano con una magnolia artificial hecha de madreperla en un gran jarro blanco... Andrew estaba a punto de expresar su admiración cuando entró la señora Hamson, alta, fría, de pelo oscuro con raya en medio y un vestido extraordinariamente distinto del de Christine.

—Ven, querida.

Freddie la recibió con afecto, incluso con deferencia, y se adelantó para ofrecerle un vaso de jerez. Apenas había tenido tiempo de aceptarlo displicentemente cuando fueron anunciados los otros invitados: el señor Charles Ivory y el doctor Paul Deedman, con sus respectivas esposas. Tras las presentaciones, los Ivory, los Deedman y los Hamson entablaron una animada charla. Transcurrido un buen rato, pasaron al comedor.

El servicio de mesa era extraordinariamente refinado. Parecía una exposición de piezas valiosas. Había hasta candelabros, que Andrew había visto en la vitrina de Labin&Benn, los famosos joyeros de Regent Street. No se podía distinguir si el primer guiso era de carne o de pescado, pero estaba exquisito. Y había champán. Después de

dos copas, Andrew se sintió muy animado. Comenzó a conversar con la señora Ivory, sentada a su izquierda, una mujer muy frágil, vestida de negro, que llevaba una extraordinaria cantidad de joyas en torno al cuello y tenía unos ojos azules, grandes y saltones, que de vez en cuando volvía hacia Andrew con una mirada casi infantil.

Su marido era el cirujano Charles Ivory. Ella se echó a reír ante la pregunta de Andrew, pues imaginaba que todo el mundo conocía a Charles. Vivían en la New Cavendish Street, al doblar la esquina, y eran propietarios de todo el edificio. Era muy agradable estar cerca de Freddie y su esposa. Charles, Freddie y Paul Deedman eran buenos amigos, socios del Sackville Club. La dama quedó sorprendida cuando Andrew le confesó que no pertenecía al club. Ella creía que todo el mundo pertenecía al Sackville.

Viéndose abandonado, se volvió a la señora Deedman, que tenía al otro lado, encontrándola más amable, más cordial, de una belleza casi oriental. También la animó a que hablara de su marido. Se dijo para sí: «Quiero informarme sobre esos señores; se les ve tan prósperos y elegantes...».

Paul —le contó la señora Deedman— era médico, y aun cuando ocupaban un departamento en Portland Place, el consultorio estaba en Harley Street. Tenía una clientela maravillosa —ella hablaba con demasiada sinceridad como para fanfarronear—, principalmente en el Plaza Hotel..., él debía conocer el enorme Plaza, nuevo, frente al Parque. A la hora del almuerzo, el comedor se llenaba de celebridades. Se podía decir que Paul era el médico oficial del Plaza Hotel. Estaba lleno de americanos ricos y artistas de cine... —se interrumpió, riendo—, ¡oh!, todo el mundo acudía al Plaza, lo que era una maravilla para Paul.

Andrew simpatizó con la señora Deedman. La dejó disertar hasta que se levantó la señora Hamson, momento que aprovechó él para retirarle galantemente la silla.

—¿Un cigarrillo, Manson? —le ofreció Freddie, con aire familiar, una vez que hubieron salido las damas—. Estos te gustarán. Y te aconsejo que no desprecies este brandy de 1894, auténtico.

Con el cigarro y una ventruda copa de brandy en la mano, Andrew acercó su silla a la de los otros. Esto era lo que estaba esperando: una animada conversación confidencial, sin rodeos.

—Hoy —dijo Freddie— he comprado una de esas nuevas lámparas de Iradium en la tienda de Glickert. Bastante buena. Alrededor de ochenta guineas. Pero las vale.

—Sí —dijo pensativamente Deedman. Era delgado, de ojos oscuros, con un inteligente rostro judío—. Supongo que sí.

Andrew dio una calada, preparándose a discutir sobre aquel tema.

—No creo mucho en esa lámpara, ¿saben? ¿Han leído el artículo de Abbey en el *Journal* sobre la falsa helioterapia? Esas lámparas carecen de toda capacidad para los rayos infrarrojos.

Freddie le miró y luego rio.

—Pero tiene una capacidad infernal para las guineas. Además, su bronce reluce magníficamente.

—Mira, Freddie —interrumpió Deedman—, yo no soy partidario de los aparatos caros. Hay que pagarlos antes de sacarles provecho. Además, pasan de moda. Sinceramente, no hay nada como la vieja jeringa hipodérmica.

—Tú la empleas, sin duda —dijo Hamson.

Intervino Ivory. Era obeso, mayor que los otros, de rostro pálido y afeitado, con el desenfado del hombre de mundo.

—A propósito. Hoy he anotado en mi libreta una serie de inyecciones. Doce. Manganeseo. Y os diré lo que hice..., lo que se debe hacer en estos tiempos que corren. Le dije al tipo: «Mire, usted es un hombre de negocios. Esta serie le costará cincuenta guineas, pero, si me paga ahora mismo, le costará cuarenta y cinco». Me firmó el cheque allí mismo.

—¡Viejo pillo! —le dijo Freddie—. Creí que eras cirujano.

—Lo soy —replicó Ivory—. Mañana tengo una operación en Sherrington.

—Trabajos de amor perdidos... —dijo distraídamente Deedman, haciendo alusión a la obra de Shakespeare. Y luego, volviendo a su primer pensamiento—: No hay que apartarse de este camino. Es fundamental. En una buena práctica profesional, la medicación oral está definitivamente pasada de moda. Si yo me dedicara a extender recetas en el Plaza, no obtendría ni para comprar hielo por valor de una guinea. Pero, si administro el mismo preparado hipodérmicamente, friccionando la piel, esterilizando, etc., el paciente piensa que se le está dando algo estupendo.

Hamson declaró con energía:

—Es magnífico para la profesión médica que la administración oral se halle eliminada en el West End. Tomen como ejemplo el presente caso de Charles. Si hubiera prescrito manganeseo, o manganeseo y hierro, el clásico frasco de medicina, probablemente de igual utilidad para el enfermo, habría obtenido por él tres guineas. En cambio, inyectando la misma droga, cobra cincuenta..., perdón, Charles, quiero decir cuarenta y cinco.

—Menos doce chelines —murmuró suavemente Deedman—. El precio de los inyectables.

La cabeza de Andrew oscilaba. Era un argumento en favor de la abolición del frasco de medicina, que le sorprendía por su novedad. Tomó otro trago de brandy para reanimarse.

—Hay otro punto —reflexionó Deedman—. La gente no sabe lo poco que cuestan estas cosas. Cuando la paciente ve los inyectables en nuestros escritorios, piensa instintivamente: «¡Cielos! ¡Esto va a costar un dineral!».

—Como podrás observar —Hamson le guiñó el ojo a Andrew—, Deedman siempre

usa el femenino cuando habla de sus pacientes. Por cierto, Paul, ayer oí hablar de lo del tiro al blanco. Dummer quiere que formemos una sociedad, si tú, Charles y yo vamos con él.

En los diez minutos siguientes hablaron de tiro al blanco, de golf, que jugaban en diferentes y costosos campos de los alrededores de Londres, y de automóviles. Ivory le estaba poniendo una carrocería a su gusto a un pequeño Rex nuevo. Andrew escuchaba, bebía brandy y fumaba. Todos tomaron una buena cantidad de brandy. Algo achispado, Andrew sintió que eran excelentes colegas. No lo excluyeron de la conversación, pues siempre hallaron el modo de hacerle sentir, con una palabra o una mirada, que estaba con ellos. En cierto modo le hicieron olvidar que no había almorzado más que un arenque en escabeche. Y cuando se levantaron, Ivory le palmoteó en la espalda.

—Le enviaré mi tarjeta, Manson. Sería un verdadero placer examinar juntos alguna vez a un enfermo.

De vuelta en el salón, la atmósfera pareció tornarse formal, por contraste, pero Freddie, muy animado, más radiante que nunca, con las manos en los bolsillos, resplandeciente la pechera inmaculada, resolvió que, como aún era temprano, deberían terminar la velada en el Embassy.

—Creo que deberíamos irnos —le dijo Christine a Andrew con una mirada de desmayo.

—¡Imposible, querida! —respondió, sonriendo—. No podemos abandonar el barco.

En el Embassy, Freddie era evidentemente popular. Él y su grupo fueron objeto de saludos y sonrisas amables; ocuparon una mesa pegada a la pared. Hubo más champán. Y baile. «Estos tipos saben cuidarse —pensó Andrew, con la mente embotada—. ¡Oh!, están... están tocando una pieza espléndida. Tal... tal vez... a Christine le apetecería bailar».

En el taxi, de regreso por fin a la calle Chesborough, Andrew exclamó encantador.

—¡Gente excelente, Christine! Ha sido una noche magnífica, ¿eh?

Ella respondió con voz suave, pero firme:

—Ha sido una noche abominable.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Prefiero a Denny y a Hope, que a estos... a estos médicos encopetados.

—Pero Christine... ¿Qué hubo de malo...? —le interrumpió Andrew,

—¡Oh!, me parece que no te has enterado de nada —respondió con fría cólera—. La comida, los muebles, las conversaciones..., todo giraba alrededor del dinero, dinero todo el tiempo. Tal vez no advertiste la manera en que ella miraba mi vestido, quiero decir la señora Hamson. Tenías que haberla visto cómo se sorprendió al comprobar que ella gasta más en un hermoso vestido que yo en todo el año. Y también fue muy divertido en el salón, cuando descubrió qué ser anónimo era yo. Ella, por supuesto, es la hija de

Whitton... el del whisky Whitton. No puedes imaginarte lo que fue la conversación antes de que vosotros entrarais. Chismografía elegante, quién pasará con quién el fin de semana, lo que dijo el peluquero, el último aborto entre las mujeres de sociedad... Ni una sola palabra interesante. ¡Oh! Incluso llegó a decir que «le gustaba», fueron sus palabras, el director de la orquesta de baile.

El sarcasmo del tono de Christine era diabólico. Pensando que se trataba de envidia, Andrew balbuceó:

—Ganaré dinero para ti, Christine. Te compraré trajes caros.

—Yo no quiero dinero —repuso ella secamente—. Y odio los trajes caros.

—Pero, querida... —Se acercó a ella, ebrio, con movimientos torpes.

—¡No! —La voz de Christine lo sobrecogió—. Te amo, Andrew; pero no cuando estás bebido.

Andrew se hundió en su rincón, desconcertado, furioso. Era la primera vez que lo rechazaba.

—Está bien. Si lo prefieres así...

Pagó el taxi y entró en la casa antes que ella. Sin decir nada, subió la escalera y se fue al dormitorio de invitados. Todo parecía desteñido y feo después del lujo que acababa de presenciar. El interruptor eléctrico no funcionaba bien... Toda la instalación de la casa estaba en mal estado.

«¡Maldita sea! —pensó mientras se metía en la cama—. Saldré de esta cueva. Ya lo verás, Christine. Ganaré dinero. ¿Qué se puede hacer sin él?».

Desde que se casaron, jamás habían dormido separados.

CAPÍTULO III

Por la mañana, durante el desayuno, Christine se condujo como si hubiera olvidado todo lo ocurrido. Andrew advirtió que procuraba ser amable con él. Esto lo halagó y se sintió más satisfecho que nunca. «Una mujer —reflexionó, aparentando estar absorto en la lectura del diario— necesita que de vez en cuando se le señale su sitio». Pero, después de proferir unas cuantas respuestas impertinentes, Christine dejó repentinamente de mostrarse amable y se reconcentró en sí misma, manteniéndose sentada a la mesa, con los labios apretados, sin mirarlo, aguardando que terminara. «¡Diablillo taimado —pensó al levantarse y salir de la habitación—, yo la enseñaré!».

Lo primero que hizo al llegar al consultorio fue coger la Guía Médica. Tenía curiosidad, y ansiedad a la vez, de poseer informaciones más precisas acerca de los amigos de la víspera. Hojeó las páginas, buscando a Freddie. Sí, ahí estaba... Frederick Hamson, Queen Anne Street. M. B. y Ch. B., médico ayudante de enfermos externos, Walthamwood.

Andrew arrugó perplejo la frente. Freddie había hablado mucho la noche anterior del puesto en el hospital... «Nada como un cargo de hospital para alguien del West End», había dicho. Da confianza a los clientes saber que se es médico visitador. Pero ¿no era esta una institución de beneficencia... y Walthamwood, uno de los suburbios más nuevos? No podía haber error. La que tenía en sus manos era la guía vigente. La había comprado hacía apenas un mes.

Con menos interés, buscó a Ivory y Deedman, y luego dejó caer sobre las rodillas el gran libro rojo, quedándose inquieto y extrañamente pensativo. Paul Deedman era, como Freddie, un M. B. Pero sin la distinción de este. Deedman no tenía puesto en el hospital. ¿E Ivory? Charles Ivory, de la calle New Cavendish, no tenía más título quirúrgico que el modesto M. R. C. S., y ningún puesto de hospital. Su hoja de servicio indicaba cierta experiencia en tiempo de guerra y en hospitales de urgencia. Pero, fuera de eso..., nada.

Muy pensativo, se levantó y devolvió el libro a su sitio. Luego asomó a su rostro una resolución súbita. No había comparación entre sus propias calificaciones y las de los florecientes profesionales con quienes había cenado la noche anterior. Lo que ellos podían hacer lo podía él también. Más aún. A pesar del disgusto con Christine, estaba más resuelto que nunca a tener éxito. Pero primero era necesario que fuera admitido en un hospital. No en Walthamwood ni en otro establecimiento de beneficencia por el estilo; sino en uno de los hospitales de Londres. ¡Sí! Un verdadero hospital... Tal debía ser su objetivo inmediato. Pero ¿cómo?

Lo meditó durante tres días y enseguida se dirigió con cierto recelo a ver a sir Robert Abbey. Para él, lo más difícil del mundo era solicitar un favor; y ahora le resultó

especialmente arduo, en vista de la calurosa acogida con que Abbey lo recibió.

—¡Bien! ¿Cómo está nuestro medidor de vendas? ¿No le da vergüenza mirarme a los ojos? He oído decir que el doctor Bigsby está con la presión muy alta. ¿Sabe algo al respecto? ¿Qué es lo que desea, conversar conmigo o un puesto en la Junta?

—Bueno, no, sir Robert. Me preguntaba si... ¿podría usted ayudarme a encontrar un puesto de médico de enfermos externos de hospital?

—¡Hum!, eso es mucho más difícil que un puesto en la Junta. ¿Sabe usted cuántos jóvenes nos asedian? Todos en espera de nombramientos honorarios. Además, usted debe proseguir su trabajo sobre enfermedades pulmonares... lo que restringe su campo de acción.

—Bien..., supongo que tiene razón.

—El Victoria Chest Hospital. Este tiene que ser su objetivo. Uno de nuestros hospitales más antiguos de Londres. Haré algunos sondeos. ¡Oh!, no prometo nada, pero estaré a la expectativa.

Abbey le hizo quedarse a tomar el té. A las cuatro, invariablemente, cumplía el ritual de tomarse dos tazas de té chino en su consultorio, sin leche, sin azúcar ni acompañamiento alguno. Era un té especial que tenía sabor a flor de naranjo. Durante la conversación, Abbey habló de todo tipo de temas, desde las tazas sin platillo de Kiang-Si hasta la reacción cutánea de Von Pirquet, y luego, cuando se despidió de Andrew en la puerta, le dijo:

—¿Todavía sigue peleando con los libros de texto? No renuncia a ello, ¿eh? Si consigo colocarle en el Victoria, ¡por el amor de Galeno!, no trate familiarmente a los enfermos. —Y al decir esto le brillaban los ojos—. Eso es lo que me ha arruinado a mí.

Andrew se fue a casa muy ilusionado. Se sentía tan feliz que se olvidó de mantener su dignidad ante Christine, y se expresó a sus anchas.

—He estado con Abbey. Va a tratar de colocarme en el Victoria Chest. Es una gran oportunidad. —La alegría del rostro de Christine lo hizo sentirse súbitamente pequeño, avergonzado—. Me he portado bastante mal últimamente, Christine. No nos hemos entendido bien, creo. ¡Pero olvidémoslo, querida!

Christine corrió hacia él, diciendo que todo había sido culpa suya. Enseguida, por alguna extraña razón, le pareció a Andrew que el único culpable era él. Solo una pequeña parte de su mente albergaba la intención de abrumarla con la magnitud de su éxito material.

Se puso a trabajar con nuevo empeño, sintiendo que algo propicio le ocurriría dentro de poco. Entretanto, no cabía duda de que su clientela aumentaba. No era —se decía a sí mismo— la clase de gente que necesitaba, aquella que acudía a su consulta por tres chelines. Sin embargo, allí ejercía de verdad su profesión. Las personas que iban a verlo o lo llamaban eran demasiado pobres para soñar en importunar al médico, a menos que

estuvieran realmente enfermas. De este modo descubrió la difteria en singulares alcobas mal ventiladas, situadas sobre establos transformados; el reumatismo agudo en habitaciones subterráneas de criados; la neumonía en buhardillas de casas de huéspedes. Combatió la enfermedad en habitaciones deplorables, donde hombres o mujeres de edad madura vivían solos, desaseados, desatendidos, olvidados de parientes y amigos, calentando pobres alimentos en un mechero de gas. Había muchos casos semejantes. Le tocó el padre de una actriz conocida —cuyo nombre aún brillaba entre las luces relucientes de Shaftesbury Avenue—, un anciano de setenta años, paralítico, que vivía en medio de la inmundicia. Visitó a una anciana, escuálida y desfallecida de hambre, que le mostró su propia fotografía con el vestido de su presentación en la Corte y le habló de los días en que había recorrido esas mismas calles en su propio carruaje. A medianoche volvió a la vida —después se arrepintió de haberlo hecho— a una infeliz criatura, pobre y desesperada, que prefería la muerte al taller.

Muchos de sus casos eran urgentes, casos de intervención quirúrgica que reclamaban una inmediata atención hospitalaria. Y ahí es donde encontró Andrew mayores dificultades. Era la cosa más difícil del mundo conseguir la admisión, aun para los enfermos más graves. Parecía que esos casos eligieran la noche para presentarse. Al regresar, con la chaqueta y el abrigo sobre el pijama, una bufanda alrededor del cuello y el sombrero todavía en la cabeza, llamaba por teléfono a un hospital tras otro, rogando, suplicando, amenazando y encontrándose siempre con la misma negativa, el lacónico y a veces insolente: «¿Doctor quién? ¿Quién? No, no. Lo siento. ¡No hay camas!».

Se iba a ver a Christine, lívido, blasfemando:

—No es cierto que no haya camas en St. John. Para sus propios médicos sí tienen. Si no te conocen, no te hacen ni caso. Con gusto le hubiera retorcido el pescuezo a ese estúpido. ¿No es una canallada, Christine? Tienes un caso de una hernia estrangulada, y no puedes conseguir una cama. ¡Oh, supongo que algunos hospitales están repletos! ¡Y esto es Londres! Este es el corazón del despreciable Imperio británico. Este es el sistema de nuestros hospitales gratuitos. Y un bastardo filántropo se levantó el otro día en un banquete para decir que era el más maravilloso de los mundos. Significa, una vez más, el hospicio para el pobre diablo. Llenando formularios... ¿cuánto gana usted?, ¿qué religión practica? y ¿era legítima su madre...?, ¡y el infeliz, con peritonitis! ¡Oh! Sé amable, Christine, y telefonea al médico de turno.

Cualesquiera que fuesen las dificultades de Andrew, y por más que maldijese contra la sociedad y la pobreza con las que a menudo tenía que habérselas, Christine tenía siempre preparada la misma respuesta.

—De todos modos, este es el auténtico trabajo médico.

—Sí, un trabajo en el que uno no se ve libre de los chinches —replicó él yendo al baño a quitárselos.

Ella reía, pues había recuperado su antigua felicidad. Aunque la lucha había sido formidable, al fin había sometido a la casa. A veces intentaba alzar la cabeza y resistírsele, pero en lo esencial estaba limpia y acicalada, sumisa a su voluntad. Tenía una nueva cocina de gas, nuevas pantallas para las lámparas; había limpiado las fundas de las sillas, y los balaustres de la escalera brillaban como los botones de un centinela. Después de semanas de molestias con sirvientes que preferían trabajar en las casas de huéspedes por las propinas que allí recibían, Christine había encontrado a la señora Bennet, una viuda de cuarenta años, limpia y trabajadora, que a causa de su hijita de siete años no había podido colocarse «con cama». Juntas, la señora Bennet y Christine, se habían dedicado al sótano. Ahora el antiguo túnel de ferrocarril era un confortable dormitorio-sala, empapelado, con muebles pintados de color crema por Christine, en que se sentían seguras la señora Bennet y su hijita, la pequeña Florrie, que ahora asistía regularmente a la escuela de Paddington llevando su cartera escolar. A cambio de esta seguridad y comodidad —después de dos meses de angustiada incertidumbre—, la señora Bennet no sabía cómo demostrar su gratitud.

Las primeras flores primaverales que adornaban tan alegremente la sala de espera reflejaban la felicidad de la casa de Christine. Las había comprado en la calle por unos cuantos peniques cuando iba al mercado por la mañana. Todos los vendedores de la calle de Mussleburgh la conocían. Allí era posible comprar frutas, verduras y pescado baratos. Ella debería haber tenido más en cuenta su condición de esposa de médico, pero no era así. A menudo se la veía pasear por las calles con sus compras en su limpia bolsa y se detenía en la salchichería de la señora Schmidt a conversar unos minutos y comprar para Andrew un trozo de queso Liptauer.

Por las tardes recorría a menudo el Serpentine. Las hojas de los castaños estaban verdes y las aves acuáticas se deslizaban sobre el agua rizada por el viento. Era un buen sustituto del campo abierto, que ella amaba tanto.

A veces, por la noche, Andrew la miraba de esa manera extraña que indicaba que estaba contrariado porque el día había transcurrido sin haber estado con ella.

—¿A qué has dedicado todo el día, mientras yo he estado trabajando? Si alguna vez compro un automóvil, deberás aprender a manejarlo. Así podré tenerte cerca de mí.

Andrew aguardaba aún a esos pacientes acomodados que no acudían, ansioso de tener noticias de Abbey y contrariado de que la noche pasada en Queen Anne Street no le había brindado aún ninguna oportunidad. Secretamente estaba desconcertado por no haber tenido noticias de sus amigos.

En esta situación se encontraba, cuando una tarde, a finales de abril, entró una joven a su consultorio. Eran cerca de las nueve y estaba a punto de cerrar.

—No sabía si entrar por aquí o por la otra puerta —dijo ella, vacilante.

—Es exactamente lo mismo —replicó Andrew—. Solo que por aquí vale la mitad.

Dígame. ¿Qué le ocurre?

—No me importa pagar la tarifa íntegra.

La joven avanzó con particular seriedad y se sentó en una silla enfundada. Tendría unos veintiocho años, calculó él, era fuerte y bien proporcionada; tenía las piernas gruesas, un amplio rostro muy serio, y llevaba un vestido de color verde oliva. Mirarla era pensar instintivamente: ¡pocas bromas con esta!

Andrew dijo:

—¡No hablemos de dinero! Dígame su mal, de qué padece.

—Bien, doctor. —Todavía vacilaba, parecía no sentirse segura—. Fue la señora Smith, la de la tienda de alimentación, la que me recomendó que viniera a verlo. La conozco desde hace mucho tiempo. Me llamo Cramb y trabajo en Laurier's. Debo decirle que he consultado a muchos médicos de la zona. —Se quitó los guantes—. Se trata de mis manos.

Andrew le observó las manos, cuyas palmas estaban cubiertas de una dermatitis rojiza, más parecida a una psoriasis. Pero no se trataba de eso, pues los bordes no eran serpiginosos. Con todo interés tomó una lente de aumento y la examinó con detenimiento. Entretanto, ella seguía hablando con su tono ansioso y convincente.

—Puede usted imaginarse lo que esto significa para mí, dado mi trabajo. Daría cualquier cosa por quitarme esas manchas. He probado todo tipo de pomadas, pero ninguna me ha servido para nada.

—No, no podrían hacer nada. —Dejó la lente, experimentando toda la emoción de un diagnóstico oscuro, pero positivo—. Es una afección de la piel más bien rara, señorita Cramb. Es inútil el tratamiento local. Tiene que ver con la sangre, y la única manera de librarse de ello es mediante la alimentación.

—¿No existe ningún remedio? —Su ansiedad anterior dio paso a la duda—. Nadie me dijo eso antes.

—Yo se lo digo ahora.

Andrew se rio, y, tomando su libreta, anotó una dieta, añadiendo también una lista de alimentos que debía evitar.

Ella aceptó escépticamente.

—Bueno. Por supuesto, lo probaré, doctor. Probaría cualquier cosa. —Pagó escrupulosamente lo que le pidió, permaneció un instante, aún dubitativa, y enseguida se fue. Andrew la olvidó al momento.

Al cabo de diez días regresó, entrando esta vez por la puerta delantera, y pasando al despacho con tal expresión de fervor contenido que él apenas pudo reprimir una sonrisa.

—¿Quiere ver mis manos, doctor?

—Bien. —Ahora Andrew sonrió abiertamente—. Supongo que no está arrepentida de haber seguido el régimen.

—¡Arrepentida! —Le tendió las manos en un arranque de emocionada gratitud—. ¡Mire! Enteramente sanas. Ni una sola mancha. Usted no sabe cuánto significa para mí. No puedo explicárselo. Es usted un médico extraordinario.

—Es mi oficio —dijo Andrew en voz baja—. Váyase tranquila. Absténgase de tomar los alimentos que le señalé, y no volverán.

Ella se levantó.

—Y ahora permítame pagarle sus honorarios, doctor.

—Ya me los ha pagado.

Andrew se emocionó ante el hermoso gesto. Con todo gusto le hubiera aceptado otros tres chelines y seis peniques, o aun siete, pero no pudo resistir la tentación de dramatizar su triunfo.

—Pero doctor... —Contra su voluntad, ella se dejó conducir hasta la puerta, donde se detuvo para una efusión última—. Acaso pueda demostrarle mi gratitud de alguna otra manera.

Mirándole su cara de luna, un pensamiento lascivo cruzó por la mente de Andrew. Pero se limitó a mover la cabeza, y cerró la puerta tras ella. La olvidó una vez más. Estaba fatigado, y medio arrepentido de haber rehusado el pago. En todo caso, no le daba gran importancia a lo que pudiera hacer por él una empleada de una tienda. Pero en esto, al menos, infravaloró a la señorita Cramb. Más aún: desperdició una de aquellas oportunidades señaladas por Esopo y que, siendo mal filósofo, debió haber recordado.

CAPÍTULO IV

Martha Cramb era conocida como *la zaguera* de las «chicas» de Laurier's. Vigorosa, sin atractivos, asexuada, parecía extraño que fuera una de las empleadas principales de esa tienda exclusiva que vendía ropa de lujo, prendas interiores y pieles primorosas que costaban centenares de libras. Sin embargo, *la zaguera* era una vendedora admirable, muy apreciada por los clientes. El hecho era que Laurier's, en su orgullo, empleaba un sistema especial, conforme al cual cada vendedora seleccionaba a sus propios clientes, a quienes atendía exclusivamente, estudiaba, «vestía» y «reservaba» para ellos las últimas novedades. La relación era íntima, a menudo se prolongaba muchos años, y *la zaguera*, seria y honesta, reunía condiciones para desempeñarse con éxito.

Era hija de un procurador de Kettering. Muchas de las empleadas de Laurier's eran hijas de modestos profesionales de las provincias o suburbios. Se consideraba un honor ingresar en Laurier's y llevar el uniforme verde del establecimiento. El trabajo no era abrumador y las malas condiciones de vida que debían soportar a veces las empleadas de las tiendas corrientes no existían allí, pues las jóvenes eran admirablemente alimentadas, alojadas y cuidadas. El señor Winch, el único vendedor de sexo masculino, se preocupaba especialmente de que las jóvenes fueran respetadas. Estimaba particularmente a *la zaguera*, con quien tenía a menudo cordiales charlas. Era un caballero anciano, de tez rosada, maternal, que había trabajado durante cuarenta años en tiendas de ropa para señoras. Se le había gastado el pulgar de tanto palpar ponderativamente las mercancías y su espalda sufría de calambre crónico a fuerza de inclinarse reverencialmente. En aquel vasto y bullente mar de feminidad, Winch exhibía ante el extraño que entraba en Laurier's los únicos pantalones. Se mostraba poco simpático con aquellos maridos que iban con sus esposas a inspeccionar las maniqués. Conocía a la realeza. Era una institución casi tan grande como Laurier's.

El incidente de la curación de la señorita Cramb causó cierta sensación entre el personal. Y el resultado inmediato fue que, por curiosidad, muchas de las «chicas» acudieron al consultorio de Andrew con sus pequeñas dolencias. Entre risas, se decían unas a otras que deseaban saber «cómo era el médico de *la zaguera*».

Poco a poco, las jóvenes de Laurier's comenzaron a afluir en mayor número al consultorio de la calle Chesborough. Todas ellas disfrutaban del seguro de enfermedad. Por ley, estaban obligadas a visitarse con una serie determinada de médicos, pero con el orgullo propio de Laurier's se rebelaban contra el sistema. A finales de mayo no era raro que media docena de ellas estuvieran aguardando en el consultorio, muy elegantes, vestidas con los mismos modelos que sus clientas y con los labios pintados. El resultado fue un considerable aumento en las entradas del consultorio. También una risueña

observación de Christine:

—¿Qué haces con ese coro de bellezas, querido? Han debido de confundir nuestra puerta con la del escenario del teatro.

Pero la fervorosa gratitud de la señorita Cramb —¡oh, el encanto de esas manos sanas!— solo comenzaba a manifestarse. Hasta aquí el doctor McLean, hombre de edad e inofensivo, del Royal Crescent, había sido considerado como el médico semioficial de Laurier's, al que llamaban en los casos de urgencia, como, por ejemplo, cuando la señorita Twig, de la sastrería, se quemó con una plancha. Pero el doctor McLean estaba a punto de retirarse, y su socio y sucesor inmediato, el doctor Benton, era demasiado joven y demasiado atrevido. Los ojos curiosos del doctor Benton y su excesiva solicitud con las jovencitas más hermosas ya habían dado motivo de inquietud al señor Winch. La señorita Cramb y el señor Winch discutían esos temas en sus charlas, este asintiendo gravemente, con las manos cruzadas a la espalda, cuando la primera insistía en lo inadecuado de Benton y en la presencia de otro profesional en la calle Chesborough, estricto y serio, que se expedía admirablemente sin sacrificar a Thais. Nada se había decidido, el señor Winch siempre se daba plazo, pero sus ojos brillaban extrañamente cuando corría a atender a una duquesa.

En la primera semana de junio, cuando Andrew ya había llegado a avergonzarse de aquel desdén con que la había tratado, la señorita Cramb le hizo sentir otra manifestación de sus buenos oficios.

Recibió una carta, muy concisa —una informalidad como la de una llamada telefónica no hubiera convencido a la autora, lo comprendió después él—, en la que le pedía que fuera al día siguiente, martes, lo más cerca posible de las once, al número 9 de Park Gardens, para atender a la señorita Winifred Everett.

Cerró temprano el consultorio y salió para hacer esa visita con una sensación optimista. Era la primera vez que lo llamaban fuera de la modesta vecindad en la que hasta el momento se había circunscrito su trabajo profesional. Park Gardens era un hermoso grupo de casas, no del todo modernas, pero grandes y sólidas, con una hermosa vista sobre Hyde Park. Llamó en el número 9, nerviosamente, con la extraña convicción de que había encontrado su oportunidad.

Una criada de edad lo hizo entrar. La sala era espaciosa, tenía muebles antiguos, libros y flores, y le recordó a Andrew el salón de la señora Vaughan. Al entrar sintió que su previsión era acertada. La señorita Everett se volvió y lo estudió con la mirada.

Era una mujer bien formada, de unos cincuenta años, de pelo oscuro y tez pálida, sobriamente vestida, con un aire de entera seguridad. Comenzó en un tono mesurado:

—He perdido a mi médico, desgraciadamente, pues tenía gran fe en él. La señorita Cramb me recomendó a usted. Es una criatura muy leal y... tengo confianza en ella. Conozco sus antecedentes. Son buenos. —Se detuvo, inspeccionándolo abiertamente,

escrutándolo. Tenía el aspecto de una mujer bien alimentada, bien cuidada, que no toleraría que ni uno solo de sus dedos careciera de la debida inspección de la cutícula. Luego añadió, precavidamente—: Creo que acaso usted pueda convenirme. Habitualmente me hago administrar una serie de inyecciones por esta época del año. Padezco de fiebre intermitente. Usted sabe todo lo concerniente a este mal, supongo.

—Sí —respondió él—. ¿Qué inyecciones se aplica?

Ella mencionó el nombre de un medicamento muy conocido.

—Mi antiguo médico me las recetó. Les tengo gran fe.

—¡Oh, bien!

Irritado por el tono de la dama, estuvo a punto de decirle que el infalible remedio de su infalible médico era inservible, que había conseguido su popularidad gracias a una hábil propaganda de la firma productora y a la falta de polen en la mayoría de los veranos ingleses. Pero se contuvo con esfuerzo. Había una lucha entre sus convicciones y todo lo que deseaba alcanzar. Pensó receloso: «Si dejo escapar esta oportunidad, soy un necio». Le contestó:

—Creo que puedo aplicarle esas inyecciones como el mejor.

—Muy bien. Y ahora sus honorarios. Nunca le pagaba al doctor Sinclair más de una guinea por visita. ¿Puedo contar con que usted aceptará esta proposición?

¡Una guinea por visita... el triple del mayor honorario que jamás había recibido! Y algo más importante todavía: representaba su primer paso entre esa clientela superior que había estado anhelando todos esos meses. Una vez más sofocó la inmediata protesta de sus convicciones. ¿Qué importaba que las inyecciones fueran inútiles? Eso era asunto de ella, no de él. Estaba harto de fracasos, cansado de ser un peón de a tres chelines y seis peniques. Quería mejorar de situación, triunfar. Y triunfaría a cualquier precio.

Al día siguiente acudió nuevamente a las once en punto. Ella lo había prevenido, con su severo tono, contra el más ligero retraso. No quería que le interrumpieran su paseo de la mañana. Andrew le administró la primera inyección. Y en adelante acudió dos veces por semana, prosiguiendo el tratamiento.

Era puntual, exacto como ella, y nunca se jactaba. Era casi divertida la forma en que gradualmente fue confiando en él. Winifred Everett era una mujer extraña y de una personalidad sumamente acentuada. A pesar de su riqueza —su padre había sido un gran industrial de cuchillería en Sheffield, y todo el dinero que había heredado estaba bien invertido en títulos de la Deuda pública—, se esmeraba en obtener la máxima utilidad a cada penique. No era sordidez, sino más bien una extraña forma de egoísmo. Consideraba su cuerpo, aún blanco y hermoso, el centro del universo, lo cuidaba en extremo, y se sometía a toda clase de tratamientos que juzgaba que podían hacerle bien. Quería siempre lo mejor. Comía poco, pero solo de los platos más exquisitos. Cuando en la sexta visita de Andrew se dio el gusto de ofrecerle un vaso de jerez, él observó que era

amontillado de 1819. Se vestía en Laurier's. Su ropa de cama era lo más primoroso que había visto Andrew. Sin embargo, nunca desperdiciaba a sabiendas ni un cuarto de penique. Manson no podía imaginarla dándole media corona a un taxista sin antes mirar atentamente el taxímetro.

Debería aborrecerla; sin embargo, por alguna extraña razón, no lo hacía. Ella había elevado su egoísmo a la condición de filosofía. Y era extraordinariamente sensible. A Andrew le recordaba la mujer de un viejo cuadro holandés, un Terborch, que había visto un día con Christine. Tenía el mismo cuerpo grande, la misma piel suave, la misma boca desagradable, pero sensual.

Cuando Winifred vio que Andrew le convenía, según su misma frase, se mostró mucho menos reservada. Era para ella una ley tácita que la visita del médico durara veinte minutos, pues de otro modo le parecía que no le había exprimido todo su valor. Pero al cabo de un mes él la alargaba a media hora. Conversaban juntos. Él le refirió su deseo de éxito, y ella aprobó ese deseo. Su ámbito de conversación era limitado, pero el ámbito de su parentela era ilimitado, y uno de sus temas favoritos. Le hablaba frecuentemente a Andrew de su sobrina, Catalina Sutton, que vivía en Derbyshire e iba a menudo a la ciudad, ya que su marido, el capitán Sutton, era miembro del Parlamento, en representación de Barnwell.

—El doctor Sinclair solía atenderlos —observó Winifred, afectando indiferencia—. No veo por qué no había de hacerlo usted ahora.

En su última visita, ella le dio otro vaso de su amontillado, y le dijo muy agradablemente:

—Odio hacer cuentas. Permítame que nos arreglemos ahora —y le entregó un cheque doblado por valor de doce guineas—. Por supuesto que pronto lo llamaré de nuevo. Acostumbro a aplicarme una vacuna antigripal en invierno.

Lo acompañó hasta la puerta del piso y allí se detuvo un instante, iluminándosele ligeramente el rostro en lo más próximo a una sonrisa que jamás Andrew había visto en ella. Pero enseguida volvió a su expresión habitual y, mirándole con aire admonitorio, le dijo:

—Siga el consejo de una mujer de bastante edad como para ser su madre. Vaya a un buen sastre. Al sastre del capitán Sutton... Rogers, en la calle Conduit. Usted me ha manifestado lo mucho que desea triunfar. Nunca lo conseguirá vestido de esa forma.

Andrew se alejó, maldiciéndola a su antigua manera apasionada, sintiendo que todavía le quemaba en la frente la impertinencia. ¡Vieja entrometida! ¿Qué le importaba a ella? ¿Qué derecho tenía a decirle cómo debía vestirse? ¿Lo tomaba por un perrito faldero? Eso era lo peor de los compromisos, de la sumisión a las convenciones. Sus pacientes de Paddington le pagaban solo tres chelines y seis peniques, pero no le pedían que fuera un maniquí de sastre. En el futuro se limitaría a ellos, pero sería dueño de sí

mismo.

Pero el mal humor se disipó. Era cierto que jamás había puesto el menor interés en sus ropas, que un traje cualquiera siempre le había servido excelentemente, le había cubierto y protegido del frío. Christine, asimismo, aunque tan correcta, nunca se preocupaba de la ropa. Se sentía dichosa con una falda de paño escocés y una blusa de lana tejida por ella misma.

Mentalmente, hizo un inventario de sí mismo, de sus viejos y estrambóticos pantalones arrugados, manchados de lodo en los bajos. Después de todo, pensó, esa mujer tiene toda la razón. ¿Cómo puedo conquistar pacientes acomodados con este aspecto? ¿Por qué no me lo habrá dicho Christine? ¡Es tarea suya, no de esa vieja Winifred! ¿Qué nombre dijo? ¡Rogers, de la calle Conduit! Demonios, iré.

Había recuperado el ánimo cuando llegó a su casa. Extendió el cheque ante los ojos de Christine.

—¡Mira, querida! ¿Recuerdas cuando llegué corriendo con aquellos míseros tres chelines y pico del consultorio? ¡Bah! Esto sí que es verdadero dinero, au-tén-ti-cos honorarios, como se merece un doctor en Medicina y distinguido M. R. C. P. Doce guineas por conversar amablemente con Winifred la tonta, inyectándole inofensivamente Eptone de Glickert.

—¿Qué estoy oyendo? —preguntó Christine riendo. Pero inmediatamente se puso pensativa—. ¿No era eso lo que siempre habías criticado?

A Andrew se le alteró el semblante, la miró sombríamente, desconcertado. Christine le había hecho la única observación que no hubiera querido escuchar. Al instante se sintió malhumorado, no consigo mismo, sino con ella.

—¡Vaya, Christine! Nunca estás satisfecha. —Dio media vuelta y salió de la habitación. Se pasó el resto del día enfurruñado, pero al día siguiente se alegró de nuevo, y fue a Rogers, de la calle Conduit.

CAPÍTULO V

Andrew se sentía orgulloso como un colegial cuando, quince días después, bajó del dormitorio con uno de sus dos trajes nuevos. Era de color gris oscuro, cruzado, que por una sugerencia de Rogers usaba con un cuello de puntas vueltas y una corbata de lazo, también oscura, a juego con el traje. Sin duda, el sastre de la calle Conduit conocía su oficio, y el nombre del capitán Sutton había hecho que trabajara a conciencia.

Ocurrió que esa mañana Christine no se sentía bien. Le dolía la garganta y se había envuelto el cuello y la cabeza con su vieja bufanda. Estaba sirviéndose el café cuando de pronto surgió ante ella la figura deslumbradora de Andrew.

Por un instante se quedó demasiado aturdida para hablar.

—¡Vaya, Andrew! —murmuró—. Estás estupendo, ¿vas a alguna parte?

—¿Ir a alguna parte? Voy a mis visitas, a mi trabajo, por supuesto. —Su engreimiento le hizo sentirse audaz—. ¡Bien! ¿Te gusta?

—Sí —contestó ella, pero no lo bastante rápido para Andrew—. Estás sumamente elegante..., pero... —sonrió— no sé, no pareces tú.

—Preferirías verme como un vagabundo, quizá.

Ella enmudeció y su mano, al alzar la taza, se contrajo súbitamente de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos: «¡Ah —pensó él—, no tiene respuesta!».

Terminó el desayuno y se fue al despacho.

Christine lo siguió cinco minutos después, con la bufanda todavía alrededor del cuello, indecisa e implorante la mirada.

—¡Querido! —le dijo—, por favor, no me malinterpretes. Me alegra verte con tu traje nuevo. Quiero que lo tengas todo, todo lo que necesites. Siento haber dicho eso hace un momento; pero... estoy acostumbrada a ti. ¡Oh!, es terriblemente difícil explicarlo, pero siempre te he identificado con..., ¡por favor, no me interpretes mal!, con alguien a quien no le importa lo que parece o lo que piense la gente de él. ¿Recuerdas aquella cabeza de Epstein que vimos? No hubiera parecido la misma si... si hubiera sido afeitada y acicalada.

Andrew contestó secamente:

—Yo no soy una cabeza de Epstein.

Christine no respondió. Últimamente era difícil razonar con Andrew, y ahora, herida por esta incomprensión, no supo qué decir. Todavía vacilante, se alejó.

Tres semanas después, cuando la sobrina de la señorita Everett fue a pasar unas pocas semanas a Londres, Andrew fue recompensado por su dócil observancia de los consejos de la dama. Con un pretexto, la señorita Everett lo llamó a Park Gardens, donde lo examinó, otorgándole una severa aprobación. Casi pudo verla Andrew

adoptándolo como candidato digno de sus recomendaciones. Al día siguiente recibió una llamada de la señora Sutton, que, puesto que aquel mal parecía estar en la familia, deseaba el mismo tratamiento para la fiebre intermitente que su tía. Esta vez no tuvo remordimiento alguno de inyectarle el inútil Eptone de los útiles señores Glickert. A la señora Sutton le produjo una excelente impresión, y antes de fin de mes era llamado por una amiga de la señorita Everett, que también ocupaba un departamento en Park Gardens.

Andrew estaba sumamente contento de sí mismo. Ganaba, ganaba, ganaba. En su violento anhelo de éxito, se olvidó de cuán opuesto era su progreso a todo cuanto había creído hasta entonces. Su vanidad se había despertado. Se sentía animado y optimista. No se paraba a meditar en que esta rodante bola de nieve y su clientela «acomodada» había sido empujada, en primer término, por una alemanita gordinflona detrás del mostrador de una pequeña salchichería, cerca del vulgar Mercado de Mussleburgh. Casi antes de que hubiera tenido tiempo de reflexionar, la bola de nieve dio otro salto cuesta abajo... y otra oportunidad, más emocionante aún, se le ofreció a su avidez.

Una tarde de junio, en esa hora vacía que va de las dos a las cuatro, en que no ocurría normalmente nada de importancia, estaba sentado en su consultorio computando las entradas del último mes cuando de pronto sonó el teléfono. Tres segundos después descolgaba el aparato.

—Sí, sí, habla el doctor Manson.

Escuchó una voz angustiada y palpitante:

—¡Ah, doctor Manson! Siento verdadero alivio de encontrarlo. Soy Winch, de Laurier's. Le ha ocurrido un pequeño accidente a una de nuestras clientes, ¿podría venir? ¿podría venir al instante?

—Estaré allí dentro de cinco minutos.

Colgó el auricular y corrió en busca del sombrero. Salió apresuradamente y cogió el ómnibus número 15. A los cuatro minutos y medio atravesaba las puertas giratorias de Laurier's, donde fue recibido por la angustiada señorita Cramb y conducido rápidamente sobre mullidas alfombras, pasando frente a espejos dorados y paneles en los que pudo ver, como por casualidad, un encaje y un abrigo de armiño. Mientras avanzaban, la señorita Cramb le explicó:

—Es la señorita Le Roy, doctor Manson. Una de nuestras clientas. No mía, gracias a Dios, pues siempre da mucho trabajo. Pero, doctor Manson, ya sabe, yo le hablé al señor Winch de usted...

—¡Gracias! —dijo bruscamente. Todavía podía ser brusco a veces—. ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que ha tenido..., ¡oh, doctor Manson!, que le ha dado un ataque en el probador.

En lo alto de la ancha escalera, la señorita Cramb condujo a Andrew ante el señor Winch, que, sonrojado en su agitación, le dijo:

—Por aquí, doctor, por aquí; espero que pueda hacer algo. Es una terrible desgracia...

En la sala de pruebas, tibia, exquisitamente tapizada en tonos verdes pálidos, con artesonados dorados y verdes, había una multitud de chicas vocingleras, una silla dorada patas arriba, una toalla por el suelo, un vaso de agua derramada... una batahola, en fin, de mil diablos. Y allí, en el centro, la señorita Le Roy, la dama del ataque. Yacía en el suelo, rígida, apretando espasmódicamente las manos y sacudiendo súbitamente los pies. De cuando en cuando le brotaba de la apretada garganta un chillido forzado y atemorizador.

Al ver entrar a Andrew con el señor Winch, una de las vendedoras de más edad rompió a llorar desconsolada.

—No ha sido culpa mía —sollozó—. Solo le hice ver a la señorita Le Roy que era el modelo que ella había escogido.

—¡Oh, querida, por Dios! —exclamó Winch—. Esto es espantoso, espantoso. ¿Llamo a la ambulancia?

—No, aún no —dijo Andrew, con su tono acostumbrado.

Se inclinó hacia la señorita Le Roy. Era joven, de unos veinticuatro años, de ojos azules y pelo sedoso muy claro, desparramado bajo su oblicuo sombrero. Su rigidez y sus espasmos convulsivos iban en aumento. Al otro lado de ella, estaba de rodillas otra mujer, de ojos oscuros, al parecer, su amiga.

—¡Oh, Topsy, Topsy! —murmuraba.

—Por favor, despejen la habitación —dijo de pronto Andrew—. Quiero que salgan todos... —Sus ojos se posaron en la joven morena—. Salvo esta señora.

Las chicas se fueron, algo contrariadas. Había sido una verdadera diversión asistir al ataque de la señorita Le Roy. En cuanto hubieron salido todos, incluidos la señorita Cramb y el señor Winch, las convulsiones se tornaron espantosas.

—Es un caso sumamente serio —dijo Andrew, hablando de un modo muy distinto.

La señorita Le Roy volvió los ojos hacia él.

—Tenga la bondad de acercarme una silla.

La otra mujer levantó la silla derribada en el centro de la estancia.

Enseguida, muy lentamente y con la mayor suavidad, sosteniéndola por las axilas, Andrew sentó a la convulsa señorita Le Roy, manteniéndole erguida la cabeza.

—¡Míreme! —dijo con mayor suavidad aún. Luego, con la palma de la mano, le aplicó un resonante golpe en la mejilla. Era su acción más enérgica desde hacía muchos meses, y siguió siéndolo, ¡ay!, durante muchos más.

La señorita Le Roy dejó de chillar, cesó el espasmo, sus ojos extraviados dejaron de

estarlo. Miró a Andrew con asombro infantil y doloroso. Antes de que pudiera reincidir, Andrew le dio una nueva y fuerte palmada en la otra mejilla: ¡Pam! La angustia del rostro de la señorita Le Roy era divertida. Se estremecía, parecía a punto de chillar de nuevo y enseguida comenzó a quejarse suavemente. Lloró, volviéndose a su amiga.

—Quiero regresar a casa, querida.

Andrew miró como excusándose a la dama joven y morena, que ahora lo miraba con extraordinario interés, aunque contenido.

—Lo siento mucho —murmuró—. Era la única manera. Histeria..., espasmos de manos y pies. Podía haberse hecho daño a sí misma, y no he traído anestésico ni nada. En todo caso, ha surtido efecto.

—Sí, ha surtido efecto.

—Déjela que grite —dijo Andrew—. Gritar es una buena válvula de escape. Dentro de pocos minutos estará enteramente bien.

—¿No cree que debería usted acompañarla a su casa?

—Muy bien —dijo Andrew, con el más grave tono profesional.

Al cabo de cinco minutos, Topsy Le Roy estuvo en condiciones de retocarse el rostro, larga operación interrumpida por unos sollozos inconexos.

—No estoy demasiado fea, ¿verdad? —le preguntó a su amiga, sin hacer caso de Andrew.

Enseguida abandonaron la sala de pruebas, y su paso por los corredores de la tienda causó sensación. El espanto y el alivio dejaron casi sin habla al señor Winch. No sabía, no sabría nunca cómo había ocurrido aquello, cómo habían hecho andar a la convulsa parálitica. Los siguió, balbuciendo palabras deferentes. Al salir Andrew por la puerta principal, detrás de las dos damas, le dio un caluroso apretón de manos.

El taxi los llevó por la calle Bayswater en dirección a Marble Arch. Nadie decía nada. La señorita Le Roy estaba ahora huraña, como una niña mimada que ha sido castigada. De vez en cuando emitía sollozos ahogados y se le contraían involuntariamente los músculos de la cara y las manos. Pero ya casi había vuelto a su ser. Era muy delgada y bonita, y su vestido era hermoso; pero a Andrew le parecía un polluelo recién salido del cascarón que recibiera periódicamente corrientes eléctricas. Él mismo estaba nervioso, consciente de la delicada situación, y, sin embargo, dispuesto a aprovecharla plenamente.

El taxi dobló por Marble Arch, corrió a lo largo de Hyde Park y, tomando a la izquierda, se detuvo frente a una casa de Green Street. La mansión dejó con la boca abierta a Andrew, que no había imaginado jamás nada tan suntuoso... El amplio corredor de madera de pino, el saloncito resplandeciente de jade, las sillas de laca de un dorado rojizo, los amplios canapés, la única y extraña pintura colocada en un valioso marco, los suelos cubiertos de finísimas pieles...

Topsy Le Roy se echó en un sofá de cojines de seda, ignorando todavía a Andrew,

se quitó el sombrero y lo tiró al suelo.

—Llama al servicio, querida, necesito beber algo. Gracias a Dios, papá no está en casa.

Rápidamente un criado trajo unos cócteles. Cuando se hubo ido, la amiga de Topsy miró pensativamente a Andrew, casi con una sonrisa.

—Creo que le debemos una explicación, doctor. Todo ha sido tan precipitado... Soy la señora Lawrence. Topsy, aquí presente, la señorita Le Roy, sufrió un contratiempo a causa del vestido que se está haciendo confeccionar especialmente para el baile de beneficencia de los artistas, y... ¡bueno...!, ha tenido mucho quehacer últimamente; es una chiquilla muy nerviosa, y en resumidas cuentas, aunque se halla muy enojada con usted, ambas le estamos enormemente agradecidas por habernos acompañado hasta aquí, y... Y voy a tomarme otro cóctel.

—Yo también —dijo Topsy de mal humor—. ¡Esa maldita mujer de Laurier's! Le diré a papá que vaya y haga que la echen. ¡Oh, no, no lo haré! —Mientras se tomaba su segundo cóctel se dibujó lentamente en su rostro una risita de agradecimiento—. En todo caso, le di trabajo, ¿no, Frances? Me puse sencillamente salvaje. La expresión del rostro del viejo *mamá* Winch era divertidísima. —Su flaco cuerpecillo se sacudió de risa. Su mirada se cruzó con la de Andrew, sin malevolencia—. Ríase, doctor. Fue algo divertidísimo.

—No, no creo que fuera tan divertido. —Andrew hablaba rápidamente, deseoso de explicarse, de fijar su posición, de convencerla de que aún estaba enferma—. Usted sufrió un fuerte ataque. Siento haberla tratado como lo hice. Si hubiese tenido un anestésico, se lo habría dado. Habría sido mucho menos... molesto para usted. Y le ruego no suponga en modo alguno que yo pienso que usted prolongó deliberadamente el ataque. La histeria... sí, porque fue eso, es un síndrome definido. La gente no debería tomárselo tan a la ligera. Es una enfermedad del sistema nervioso. Usted está extremadamente fatigada, señorita Le Roy; todos sus ademanes están alterados, se halla sumamente nerviosa.

—Eso es cierto —asintió Frances Lawrence—. Has trabajado demasiado últimamente, Topsy.

—¿Me habría administrado cloroformo? —le preguntó Topsy a Andrew, con infantil extrañeza—. Eso habría sido divertido.

—En serio, Topsy —dijo la señora Lawrence—, deberías cuidarte.

—Hablas como papá —repuso la joven, perdiendo su buen humor.

Hubo una pausa. Andrew había terminado su cóctel. Dejó el vaso sobre la repisa de pino tallado, que estaba detrás de él. Le pareció que ya no tenía nada que hacer allí.

—Bueno —dijo—, debo continuar mi tarea. Tenga la bondad de seguir mi consejo, señorita Le Roy. Coma cosas ligeras, acuéstese y, ya que no puedo prestarle otro

servicio, llame a su médico mañana. Adiós.

La señora Lawrence lo acompañó hasta la puerta, con un andar tan pausado que él se vio obligado a moderar la precipitación de su salida. Era alta y delgada, con hombros más bien altos y cabeza pequeña y elegante. En su pelo oscuro hermosamente ondulado, unas cuantas hebras grises le daban una curiosa distinción. Sin embargo, era muy joven, no tendría más de veintisiete años, estaba seguro. A pesar de su altura, era proporcionada, sus muñecas eran pequeñas y hermosas, y su figura parecía flexible, exquisitamente templada, como la de un esgrimista. La dama le tendió la mano, sus ojos verdosos fijos en él, y con aquella sonrisa suave, cordial, serena.

—Solo quería decirle cuánto admiro su nuevo método de tratamiento. —Se le contrajeron los labios—. No lo abandone por nada. Creo que le proporcionará grandes éxitos.

Mientras caminaba por la Green Street para tomar un autobús, vio con gran asombro que eran cerca de las cinco. Había pasado tres horas en compañía de esas dos mujeres. Tenía derecho a cobrar unos elevados honorarios. Y sin embargo, a pesar de ese pensamiento alentador —tan sintomático de su nuevo y audaz modo de ver las cosas—, se sentía confundido, extrañamente descontento. ¿Había sacado realmente todo el partido de la oportunidad? Parecía haber agradado a la señora Lawrence. Pero nunca se podía estar seguro con gente como esa. ¡Qué casa tan maravillosa, además! De pronto se mordió los labios, exasperado. No solo no había dejado su tarjeta, sino que había olvidado decirles quién era. Al tomar asiento en el autobús, junto a un anciano obrero de sucio suéter, se censuró acerbamente por haber dejado escapar aquella magnífica ocasión.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, a las once y cuarto, cuando se disponía a salir para hacer unas cuantas visitas de poca monta por los alrededores del mercado Mussleburgh, sonó el teléfono. Le hablaba un criado con un tono gravemente solícito.

—¿El doctor Manson, señor? ¡Ah! La señorita Le Roy desea saber, señor, a qué hora vendrá a verla hoy. ¡Ah!, excúseme, señor, no se retire, la señora Lawrence le hablará personalmente.

Andrew se quedó expectante, tembloroso, mientras la señora Lawrence le hablaba muy amistosamente, explicándole que esperaba que fuera sin falta.

Al colgar el auricular se dijo a sí mismo, radiante de felicidad, que, después de todo, no había desperdiciado la oportunidad del día anterior, no, no.

Postergó todas las demás llamadas, urgentes o no, y se fue directamente a la casa de Green Street.

Allí se encontró por primera vez con Joseph Le Roy. Este lo aguardaba impaciente en el vestíbulo adornado con jade. Era un hombre grueso y calvo, bajo y erguido, que apuraba el cigarro como un hombre que no tiene tiempo que perder. En un segundo, sus ojos traspasaron a Andrew, rápida operación quirúrgica, que terminó a satisfacción suya. Enseguida habló enérgicamente, con una pronunciación colonial.

—Mire, doctor, estoy apurado. La señora Lawrence se ha vuelto loca esta mañana para encontrarlo. Entiendo que es usted un joven de talento y serio. También es casado, ¿no? Bien; ahora, hágase cargo de mi hija. Mejórela, robustézcala, sáquele toda esa maldita histeria de su sistema. No escatime nada. Puedo pagar. Hasta la vista.

Joseph Le Roy era oriundo de Nueva Zelanda. Y a pesar de su dinero, de su casa de Green Street y de su exótica y pequeña Toppy, no era difícil intuir su verdadera condición: su bisabuelo fue un tal Michael Cleary, un campesino iletrado de los alrededores de Greymouth Harbour, conocido familiarmente por sus «desharrapados» camaradas como *Leary*. Joseph Le Roy había hecho frente a la vida como Joe Leary, niño cuyo primer oficio fue el de ordeñador en las grandes granjas de Greymouth. Pero Joe había nacido, según decía, para ordeñar otras cosas que vacas. Y treinta años después, en la oficina del último piso del rascacielos de Auckland, era Joseph Le Roy quien ponía su firma al contrato que unificaba las granjas de la isla en una gran compañía productora de leche condensada.

Era un plan mágico... La Sociedad Cremogen. Por ese tiempo los productos de leche condensada eran desconocidos, y estaban comercialmente desorganizados. Fue Le Roy quien vislumbró sus posibilidades, quien asaltó el mercado mundial anunciándolo como un alimento caído del cielo para niños e inválidos. La esencia del negocio radicaba no en

los productos de Joe, sino en su propia audacia. El exceso de nata de la leche, que había sido arrojada a las alcantarillas o dada a los cerdos en centenares de haciendas de Nueva Zelanda, era vendida ahora en las ciudades del mundo en las latas de Joe, elegantemente presentadas como Cremogen, Cremax y Cremefat, a un precio que triplicaba el de la leche fresca.

El codirector de la sociedad Le Roy y administrador de los intereses en Inglaterra era Jack Lawrence, que había sido, incomprensiblemente, oficial de la Guardia Real antes de dedicarse a los negocios en la urbe. Sin embargo, lo que unió a Toppy y a la señora de Lawrence fue algo más que la mera asociación de intereses. Frances, rica por derecho propio y más integrada en la elegante sociedad de Londres que Toppy —a quien a menudo delataban sus antecedentes campesinos—, tenía un complaciente carino por la *niña terrible*. Cuando Andrew subió a la planta superior después de su entrevista con Le Roy, ella estaba esperándolo en el cuarto de Toppy.

Los días siguientes Frances estuvo presente a la hora de la visita, ayudando a Andrew con su caprichosa y exigente enferma, pronta a ver cualquier mejoría en ella, empeñada en que continuara el tratamiento y preguntando cuándo debían esperar su próxima visita.

Aunque agradecido a la señora Lawrence, a Andrew le resultaba extraño que esa aristócrata, mujer encumbrada, a quien sabía importante antes de que llegase a ver sus fotografías en las revistas, mostrara interés hacia las personas que no eran de su círculo próximo, como era su caso; pero, por alguna razón, con él se comportaba de un modo amable. Andrew sentía un deseo extraordinario, mayor que la curiosidad, de sondear su carácter, su personalidad. Le parecía no saber nada de la verdadera señora Lawrence. Era una delicia observar los mesurados movimientos de sus miembros mientras se movía por la habitación. Era ágil y ligera, cuidadosa en todo lo que hacía, con una intención en el fondo de sus ojos benévolos, a pesar del gracioso descuido de su conversación.

En cuanto Andrew se dio cuenta de que la señora Lawrence se lo había sugerido sutilmente —aunque no le dijo nada a Christine, que todavía barajaba alegremente su presupuesto doméstico en chelines y peniques—, comenzó a preguntarse impacientemente cómo un médico podía cultivar una clientela en las altas esferas sin un automóvil elegante. Era ridículo que caminase por Green Street, con el maletín, los zapatos cubiertos de polvo, presentándose sin auto ante el criado, que le miraba con aire de superioridad. Tenía un garaje de ladrillos en la parte posterior de la casa, lo que reduciría considerablemente el coste de manutención, y había empresas especializadas en proporcionar autos a los médicos, empresas admirables que no tenían inconveniente en facilitar amablemente las condiciones de pago.

Tres semanas después, un cupé de capota plegable, flamante y lustroso, se detenía en la calle Chesborough, número 9. Andrew salió de él y subió corriendo la escalera de su casa.

—¡Christine! —gritó, procurando ahogar el temblor emocionado de su voz—. ¡Christine! ¡Ven a ver esto!

La quería deslumbrar, y lo consiguió.

—¡Dios mío! —Le tomó el brazo a Andrew—. ¿Es nuestro? ¡Oh, qué hermoso!

—¿Verdad? Míralo, querida; no toques la pintura, podrías rayarlo —y Andrew le sonreía enteramente, a su antigua manera—. Grata sorpresa, ¿no, Christine? Y lo he comprado, he conseguido la licencia y todo lo demás sin decirte una palabra. Nada que ver con el viejo Morris. Suba, señora, y le haré una demostración.

Christine no daba crédito mientras daban una vuelta alrededor de la plaza. Cuatro minutos después estaban de pie en la acera, deleitándose Andrew con la contemplación del tesoro. Sus momentos de intimidad, de mutua comprensión y felicidad común eran tan escasos ahora, que ella no quería interrumpir este. Murmuró:

—Te será fácil triunfar ahora, querido. —Y después, recelosa—: Y si pudiéramos dar una vueltecita los domingos por el campo... ¡Oh, sería maravilloso!

—Por supuesto —respondió Andrew, ausente—. Aunque en realidad lo he comprado para el trabajo. No podemos ir por ahí, manchándolo de barro.

Pensaba en el efecto que causaría a sus clientes aquel cupé resplandeciente.

El efecto principal, sin embargo, superó sus expectativas. El jueves de la semana siguiente, al salir de la pesada puerta de cristal y hierro labrado de la Green Street, 17 A, se topó de frente con Freddie Hamson.

—¡Hola, Hamson! —exclamó. No pudo reprimir un estremecimiento de satisfacción al ver cómo reaccionaba su viejo amigo. Al principio, este apenas lo había reconocido, y al hacerlo, su expresión, después de recorrer varios grados de sorpresa, era todavía francamente de estupor.

—¡Vaya! ¡Hola! —dijo Freddie—. ¿Qué haces por aquí?

—Un paciente —respondió Andrew, volviendo la cabeza en dirección al número 17 A—. Tengo a la hija de Joe Le Roy en mis manos.

—¡Joe Le Roy!

Esa sola exclamación valía mucho para Manson. Puso una mano de propietario en la portezuela de su nuevo y hermoso cupé.

—¿En qué dirección vas? ¿Puedo dejarte en alguna parte?

Freddie se repuso rápidamente. Rara vez se desconcertaba, y nunca por tiempo prolongado. En treinta segundos su opinión sobre Manson, toda su idea acerca de la utilidad que Manson podía tener para él, había experimentado una rápida e inesperada revolución.

—Sí —sonrió amigablemente—. Iba a Bentinck Street... a la casa de Ida Sherrington, caminando... para conservar la línea. Pero iré contigo.

Permanecieron en silencio durante algunos minutos, mientras circulaban por la calle

Bond. Hamson meditaba. Había saludado a Manson a su llegada a Londres, porque esperaba que el trabajo de este pudiera proporcionarle de vez en cuando alguna consulta de tres guineas en Queen Anne Street. Pero, ahora, el cambio operado en su antiguo compañero de clase, el auto y sobre todo la mención de Joe Le Roy —el nombre tenía para él una significación mundana infinitamente mayor que para Manson—, le mostraban su error. Existían, además, las características idealistas de Andrew, útiles, utilísimas.

Mirándole astutamente a lo lejos, Freddie vio los fundamentos de una nueva cooperación entre ellos, mucho mejor y más provechosa. Quiso ir con tino, por supuesto, pues Manson era un hombre sumamente inseguro y suspicaz.

—¿Por qué no vienes conmigo a ver a Ida? Te será útil conocerla, aunque tiene la peor clínica de Londres. Y ciertamente cobra más.

—¿Sí?

—Ven a ver a mi enferma. Es inofensiva... la anciana señora Raeburn. Ivory y yo le estamos haciendo algunas pruebas. Tú eres fuerte en pulmones, ¿no? Examínale el tórax. Le agradecerá enormemente. Y serán cinco guineas para ti.

—¿Cómo! ¿Pretendes que...? Pero ¿tiene algún problema pulmonar?

—No creo —dijo sonriente Freddie—. No te asustes. Tal vez tenga algo de bronquitis senil, pero se alegraría de verte. Así es como lo hacemos aquí. Ivory, Deedman y yo. Debes unirte a nosotros, Manson. Ya hablaremos de ello..., sí, a la vuelta de aquella esquina..., te asombrará ver cómo funciona el sistema.

Andrew detuvo el auto en la casa indicada por Hamson, un edificio corriente, alto y estrecho, que evidentemente no había sido concebido para su actual función. Considerando la bulliciosa calle, de un tránsito ensordecedor, era difícil imaginar cómo podía hallar la paz allí una persona enferma. Era precisamente el sitio indicado para provocar, más que para curar, un trastorno nervioso. Andrew se lo comentó a Hamson mientras subían las escaleras de acceso a la puerta principal.

—Lo sé, mi querido amigo —convino Freddie con pronta cordialidad—. Pero este rincón del West End es así, y nosotros debemos buscar nuestra propia comodidad. —Hizo una mueca—. Sí, lo ideal sería un sitio tranquilo, pero... ¿qué cirujano recorrería diez millas cada día para ver a su enfermo cinco minutos? ¡Oh, ya verás con el tiempo los refugios de los enfermos en nuestro pequeño West End! —Pasaron al estrecho vestíbulo—. En esos sitios siempre hay tres tipos de olores: anestésicos, cocina y excrementos... Y ahora vamos a ver a Ida.

Con el aire de quien conoce el camino, le llevó a una pequeña oficina de la planta baja, donde una mujer pequeña, con un uniforme lila y una toca blanca almidonada, estaba sentada frente a un pequeño escritorio.

—Buenos días, Ida —exclamó Freddie, entre el halago y la familiaridad—. ¿Haciendo sumas?

Ella alzó los ojos y sonrió amablemente. Era baja, robusta y en extremo sanguínea. Pero su brillante cara roja estaba de tal modo cubierta de polvos, que el resultado era un color lila igual al de su uniforme. Tenía un aspecto de vitalidad dinámica, de buen humor, de energía. Llevaba dentadura postiza y el cabello era de color gris. Era fácil suponerle un vocabulario grueso e imaginarla desempeñándose admirablemente como empresaria de un club nocturno de segundo orden.

Sin embargo, la clínica de Ida Sherrington era una de las más solicitadas de Londres. La mitad de los Pares habían estado en el consultorio de Ida; mujeres de sociedad, personajes del mundo de las carreras de caballos, famosos abogados y diplomáticos. Bastaba hojear el diario de la mañana para enterarse de que otro brillante actor o actriz de la escena o de la pantalla había dejado su apéndice entre las manos maternas de Ida. Vestía a todas las enfermeras en un delicado tono malva, le pagaba a su proveedor de vinos doscientas libras al año y a su cocinero, el doble de dicha suma. Los precios que les cobraba a sus enfermos eran astronómicos. Cuarenta guineas semanales por una habitación no era una suma poco frecuente. Y amén de eso venían los extras, la cuenta del farmacéutico —a veces, cuestión de libras—, la enfermera especial para la noche, el derecho a pabellón. Pero, cuando se le discutía, Ida tenía una respuesta que ella adornaba a menudo con un adjetivo libre y expedito. Tenía sus preocupaciones, debía pagar sueldos y comisiones, y a veces parecía como si fuera ella la esquilma.

Ida tenía debilidad por los médicos jóvenes, y saludó amablemente a Manson mientras Freddie decía:

—Mírelo bien. Pronto le enviará tantos pacientes que tendrá usted que recurrir al Plaza Hotel.

—De momento, el Plaza Hotel tiene que recurrir a mí —replicó Ida Sherrington, inclinando significativamente la cabeza.

—¡Ja, ja, ja! —rio Freddie—. Eso está bien... se lo diré a Deedman. Le gustará. Ven, Manson. Subiremos a la cumbre.

El ascensor repleto, lo bastante grande para dar cabida a una camilla de ruedas colocada diagonalmente, los llevó al cuarto. El corredor era angosto. Junto a las puertas había vasijas y jarrones de flores marchitas en la cálida atmósfera. Entraron en la habitación de la señora Raeburn.

Era una mujer de más de sesenta años, que, acomodada sobre sus almohadas, aguardaba la visita del doctor con un papelito en la mano, en el que había anotado algunos síntomas experimentados durante la noche, juntamente con las preguntas que tenía que hacer. Andrew la clasificó certeramente como hipocondríaca de edad, la *enferma del trocito de papel*, de Charcot.

Sentado sobre la cama, Freddie conversó con ella, le tomó el pulso —nada más—, la escuchó y la reconfortó alegremente. Le dijo que Ivory iría a verla por la tarde con los

resultados de algunas pruebas altamente científicas. Le pidió que le permitiera a su colega el doctor Manson, especialista en pulmón, que la auscultara. La señora Raeburn se sintió halagada. Le encantó. Resultó que llevaba dos años en manos de Hamson. Era rica, carecía de parientes y compartía su tiempo entre hoteles selectos y aristocráticos y clínicas del West End.

—No te imaginas qué mina de oro ha sido para nosotros esta vieja —dijo Freddie cuando salieron de la habitación—. ¡La de libras que le hemos extraído!

Andrew no respondió. El ambiente de ese sitio lo enfermaba. Los pulmones de la anciana dama estaban completamente sanos, y solo su conmovedora mirada de gratitud hacia Freddie salvaba todo aquello de ser francamente deshonesto. Trató de convencerse a sí mismo. ¿Por qué era tan intransigente? Nunca triunfaría si continuaba aferrado a sus convicciones. Y Freddie se lo había dado a entender al proporcionarle la oportunidad de examinar a esa enferma.

Le dio un amistoso apretón de manos a Hamson antes de subir a su cupé. Y a final del mes, cuando recibió un cheque por cinco guineas, prolijamente escrito, de la señora Raeburn, juntamente con sus mejores agradecimientos, se rio de sus tontos escrúpulos. Ahora se regocijaba de recibir cheques, y para su gran satisfacción le llegaban en número cada vez mayor.

CAPÍTULO VII

El consultorio había experimentado un prometedor aumento de clientela y un ascenso vertiginoso en todos los sentidos, lo que tuvo por efecto que Andrew se dejase arrastrar más rápidamente por la corriente. En cierto sentido era víctima de su propia energía. Siempre había sido pobre. En el pasado, su individualismo obstinado solo le había procurado derrotas. Ahora podía justificarse a sí mismo con las sorprendentes demostraciones de su éxito material.

Poco después de la llamada urgente de Laurier's tuvo una entrevista sumamente halagadora con el señor Winch, y, desde entonces, las nuevas chicas de la tienda y aun algunas de las clientas vinieron a su consulta. Acudían principalmente con achaques triviales; sin embargo, una vez que una joven lo había visitado, era difícil que no repitiera; sus maneras eran tan bondadosas, tan amables, tan vivas...

Aumentaron los ingresos del consultorio. Hizo pintar nuevamente la fachada de la casa, y con la ayuda de una de esas empresas de proveedores de médicos —impacientes por ayudar a los jóvenes profesionales a ampliar sus ingresos—, reamuebló el consultorio y el despacho con un nuevo diván, un sillón giratorio tapizado, varios elegantes botiquines y vitrinas de cristal y esmalte blanco.

La evidente prosperidad de la casa recién pintada de color crema, el auto, el resplandeciente equipo moderno, llamaron pronto la atención en el vecindario, recuperando muchos de los clientes «acomodados» que habían consultado al doctor Foy en el pasado, pero que lo habían ido abandonando a medida que el anciano y su consultorio decayeron progresivamente.

Se habían terminado para Andrew los días de espera, de inactividad forzosa. Las consultas de la tarde excedían su capacidad de trabajo; sonaba la campanilla, rechinaba la puerta de la sala de espera, los pacientes aguardaban a ambos lados, obligándole a multiplicarse y apresurarse entre las dos habitaciones. No había otro remedio. Se vio en la necesidad de organizar las cosas de otro modo, para ahorrar tiempo.

—Escucha, Christine —le dijo una mañana—. Acabo de discurrir algo que me va a simplificar mucho estas terribles horas. Cuando he examinado a un paciente en el consultorio, vengo a casa a prepararle su remedio, lo que me quita habitualmente cinco minutos. Y es una lamentable pérdida de tiempo..., que yo podría utilizar en atender a uno de los clientes «acomodados» que me aguardan en la otra sala. Bueno, ¿entiendes mi plan? ¡En lo sucesivo tú serás mi farmacéutico!

Christine lo miró con una instantánea contracción de las cejas.

—Pero yo no sé nada de preparar remedios.

Andrew sonrió tranquilamente.

—Las mezclas las prepararé yo. Lo único que tienes que hacer es llenar los frascos, rotularlos y envolverlos.

—Pero... —la perplejidad de Christine se delataba en sus ojos—. ¡Oh, yo quiero ayudarte, Andrew...! Solo que..., ¿crees realmente...?

—Tengo que creerlo. —La mirada de Andrew evitó la de Christine. Se bebió malhumorado el resto del café—. Ya sé que en Aberalaw abominaba de las drogas. ¡Puras teorías! Ahora soy... soy médico práctico. Además, todas esas muchachas de Laurier's padecen anemia. Una buena preparación de hierro no les hará ningún daño.

Antes de que ella pudiera responder, Andrew tuvo que acudir a la llamada de la campanilla del consultorio.

En otros tiempos ella habría discutido, adoptado una posición firme. Pero ahora reflexionaba tristemente en la inversión de sus relaciones recíprocas. Ya no influía, ya no lo guiaba. Era él quien tomaba la delantera.

Christine comenzó a estacionarse en el reducto de la farmacia durante aquellas horas febriles de consultas, en espera de alguna exclamación imperiosa de Andrew en su rápido tránsito entre los clientes «acomodados» y los otros. «Hierro», o «alba», o «carminativo», o a veces, cuando ella le decía que la preparación de hierro se había acabado, él exclamaba significativamente: «¡Cualquier cosa! ¡Diablo! ¡Cualquier cosa!».

Con frecuencia, las consultas no terminaban hasta después de las nueve y media. Entonces verificaban el libro, el pesado libro mayor del doctor Foy, que solo estaba lleno hasta la mitad cuando ellos cogieron el consultorio.

—¡Dios mío! ¡Qué día, Christine! —exclamaba—. ¿Recuerdas aquellos primeros míseros tres chelines y seis peniques que obtuve, como un tímido colegial? Bueno..., hoy hemos ganado más de ocho libras sonantes.

Andrew metía el dinero —pesados montones de plata y algunos billetes— en la bolsita de tabaco Afrikander que usara el doctor Foy con ese mismo fin, y lo guardaba con llave en el cajón del escritorio. Al igual que el libro mayor, seguía usando el viejo saquito como amuleto de la suerte.

Había olvidado todas sus primeras dudas y elogiaba el acierto de haberse hecho cargo del consultorio.

—Nos ha resultado espléndido en todos los sentidos, Christine. Un consultorio productivo y una firme vinculación con la clase media. Y, además, me estoy creando por mi cuenta una clientela de lujo.

El primer día de octubre, Andrew le dijo a su mujer que amueblara de nuevo la casa. Después de la consulta de la mañana, manifestó con indiferencia, como solía hacerlo ahora:

—Quisiera que hoy fueras de compras. Ve a la tienda de Hudson... o a la de Ostley, si lo prefieres. A la mejor. Y compra todos los muebles nuevos que necesites. Un par de

dormitorios, sillones para el salón; en fin, compra de todo.

Christine lo miró en silencio mientras él encendía su cigarrillo, riendo.

—Esa es una de las satisfacciones de ganar dinero: poder darte todo lo que necesites. No creas que soy avaro. No. Tú has sido un ángel durante nuestros días malos. Ahora estamos comenzando a disfrutar de nuestros buenos tiempos.

—Comprando muebles lujosos y sillones tapizados en Ostley...

Andrew no advirtió la amargura del tono de Christine.

—Eso es, querida. Ya es tiempo de que nos deshagamos de nuestras antiguallas estilo Regencia.

A Christine se le saltaron las lágrimas. No pudo contener su indignación:

—En Aberlaw no te parecían antiguallas. Y no lo son. ¡Oh, aquellos sí que fueron días felices! —Ahogando un sollozo dio media vuelta y abandonó la habitación.

Él la miró desconcertado. Últimamente se comportaba de un modo extraño. Estaba indecisa y deprimida, con súbitos arranques de incomprensible amargura. Andrew sentía que se estaban alejando el uno del otro, perdiendo aquella misteriosa unidad, ese oculto lazo de camaradería que siempre había existido entre ellos. ¡Bueno! No era culpa suya. Él hacía todo lo que podía. Y pensó amargamente: «La mejoría de mi posición no significa nada para ella, nada». Pero no tenía tiempo para detenerse en lo irrazonable e injusto de la conducta de Christine. Veía ante sí una larga lista de llamadas. Además era martes, y debía hacer su visita habitual al banco.

Regularmente dos veces por semana iba al banco a efectuar depósitos en su cuenta, pues no era prudente acumular dinero en efectivo en el escritorio. Era notable el contraste entre estas visitas agradables y su experiencia en Drineffy, en que, como modestísimo ayudante, había sido humillado por Aneurin Rees. Aquí el señor Wade, el gerente, le dispensaba siempre una cálida sonrisa de deferencia y a menudo le invitaba a fumar un cigarrillo en su despacho privado.

—Si me lo permite, doctor, le diré que está usted trabajando notablemente bien. Aquí deseamos trabajar con médicos progresistas, que posean la dosis justa de conservadurismo. Como usted, doctor. Por cierto, esas acciones de Southern Railway Guaranteed, sobre las que conversábamos el otro día...

La deferencia de Wade no era más que un ejemplo del cambio general de opinión. Ahora, los demás doctores del distrito le dedicaban un amistoso saludo cuando se cruzaban sus cupés. En la reunión local de la Asociación Médica que se celebraba en otoño, en la misma sala en que, en su primera presentación, le habían hecho sentirse como un paria, le dieron la bienvenida, otorgándole importancia, y el doctor Ferrie, el vicepresidente, le ofreció un cigarro.

—Me alegro de verle entre nosotros, doctor —le dijo, servilmente, el pequeño y rojizo Ferrie—. ¿Qué opina usted, doctor, de mi discurso? Tenemos que defender

nuestros honorarios. Especialmente en las visitas nocturnas, he adoptado una posición firme. La otra noche vino un niño a mi consulta..., un simple chiquillo de doce años: «Apresúrese, doctor —me dijo—. Mi padre está en el trabajo y mi madre se siente horriblemente mal». Usted sin duda ha mantenido ese tipo de conversaciones a las dos de la mañana... Y yo no había visto a ese muchacho en mi vida. «Mi querido niño —le dije—, tu madre no es cliente mía. Márchate y vuelve con media guinea, y entonces acudiré». Por supuesto que no volvió más. Ya le digo, doctor, esta zona es terrible.

La semana siguiente a la reunión médica, la señora Lawrence le llamó. Andrew siempre se deleitaba con la graciosa incongruencia de sus conversaciones telefónicas, pero esta vez, después de referirle que su marido estaba pescando en Irlanda, y que posiblemente iría a reunirse con él después, lo invitó a almorzar el próximo viernes, deslizándolo la invitación con toda naturalidad.

—Toppy estará también. Y una o dos personas... menos tontas, creo, que las que uno suele encontrar. Tal vez le sea de algún provecho conocerlas.

Andrew colgó el auricular entre complacido y extrañamente irritado. En su corazón experimentaba el resquemor de que Christine no hubiera sido invitada. Después, poco a poco, llegó a la conclusión de que no se trataba de una reunión social, sino de negocios. Él debía relacionarse, trabar amistades, especialmente entre la clase de personas que estarían presentes en ese almuerzo. En cualquier caso, no había por qué informar a Christine de ello. Cuando llegó el viernes, le dijo que había quedado para almorzar con Hamson y subió a su auto, aliviado, olvidando que no sabía mentir en absoluto.

La casa de Frances Lawrence estaba en Knightsbridge, en una calle tranquila entre Hans Place y Wilton Crescent. Aunque no tenía el esplendor de la mansión Le Roy, su gusto refinado daba testimonio de un mismo sentido de opulencia. Andrew llegó tarde y la mayoría de los invitados ya estaban allí: Toppy, Rosa Keane, la novelista, sir Dudley Rumbold-Blane, doctor en Medicina y M. R. C. P., médico famoso y miembro del equipo directivo de Productos Cremo, Nicolás Watson, viajero y antropólogo, y otros cuantos de nombres menos resonantes.

Andrew ocupó un lugar a la mesa junto a la señora Thornton, que vivía, según le contó, en Leicestershire, y que venía periódicamente al Hotel Brown a pasar cortas temporadas en la urbe. Aunque ahora era capaz de afrontar serenamente el ritual de las presentaciones, se alegró de recuperar su aplomo al abrigo de la charla que mantuvo con ella sobre una herida en un pie, recibida jugando al hockey, por su hija Sybil, colegiala de Roedean.

Escuchando con un oído a la señora Thornton, que tomaba su muda atención por interés, se dio maña para pescar algo de la amable e ingeniosa conversación de sus vecinos: las agudas bromas de Rosa Keane y el fascinante y divertido relato de Watson sobre un viaje que había realizado últimamente por el interior del Paraguay. También

admiraba la destreza con que Frances animaba la conversación, soportando al mismo tiempo la discreta pedantería de sir Rumbold, que se hallaba a su lado. Una o dos veces sintió Andrew fijos en los suyos los ojos de la dama.

—Por supuesto —concluyó Watson su narración con una sonrisa—, mi peor experiencia fue llegar a casa y verme asaltado al instante por un ataque de gripe,

—¡Oh! —dijo sir Rumbold—. ¿Usted también ha tenido gripe?

Con el recurso de despejarse la garganta y colocarse los lentes en su prominente nariz, atrajo la atención de los comensales. Sir Rumbold se hallaba cómodo en esta posición: durante muchos años la atención del gran público británico se había concentrado en él. Fue él quien, hacía un cuarto de siglo, conmovió a la humanidad al declarar que cierta parte del intestino humano era no solo inútil, sino francamente pernicioso. Centenares de personas se habían precipitado a extraérsela, y, aunque sir Rumbold no se hallaba entre ellos, la fama de la operación, que los cirujanos llamaban «escisión Rumbold-Blane», asentó su reputación de galeno. Desde entonces se había mantenido en primer plano, introduciendo en las costumbres alimentarias del país el salvado, el yogur y los bacilos del ácido láctico. Posteriormente inventó la masticación Rumbold-Blane, y ahora, además de sus actividades en muchos consejos directivos de compañías industriales, confeccionaba los menús para la famosa cadena de restaurantes Railey: *Vengan, señoras y caballeros, que sir Rumbold-Blane, doctor en Medicina y miembro de la Real Academia, les ayudará a elegir sus calorías*. Eran muchos los comentarios proferidos entre médicos en el sentido de que sir Rumbold debería haber sido borrado del Registro de Médicos hacía años; a lo que la respuesta era evidente: ¿qué sería el Registro sin sir Rumbold?

Mirando paternalmente a Frances, Rumbold dijo:

—Una de las características más interesantes de esta creciente epidemia ha sido el asombroso efecto terapéutico del Cremogen. Tuve oportunidad de decir lo mismo en la reunión de nuestra compañía la semana pasada. No tenemos, ¡ay!, específico alguno contra la gripe. Y, en su ausencia, la sola manera de resistir su homicida invasión consiste en provocar un estado vigoroso de resistencia, una defensa vital del organismo contra las incursiones de la enfermedad. Yo he dicho, tengo la satisfacción de haber dicho, que hemos demostrado incontestablemente, no en conejos de Indias, como nuestros amigos de laboratorio, sino en seres humanos, el poder fenomenal del Cremogen para organizar y dar energía a la defensa vital del cuerpo.

Watson se volvió a Andrew con su extraña sonrisa:

—¿Qué piensa usted de los productos Cremo, doctor?

Cogido por sorpresa, Andrew respondió:

—Es una manera tan buena como cualquier otra de tomar la crema de la leche.

Rosa Keane, con una oblicua mirada aprobatoria, fue lo suficientemente cruel para

reírse. Frances se rio también. Apresuradamente, sir Rumbold pasó a describir su reciente visita a Trossachs, en calidad de huésped de la Unión Médica del Norte.

Por lo demás, el almuerzo fue cordial. Andrew acabó por tomar parte con toda naturalidad en la conversación general. Antes de que él se despidiera de Frances en el salón, esta le dijo unas cuantas palabras:

—Realmente, usted descuella fuera de la sala de consultas —le dijo por lo bajo—. La señora Thornton no ha podido tomar su café por hablarme de usted. Tengo el presentimiento de que se la ha «metido en el bolsillo», ¿es esta la expresión?, como paciente.

A la mañana siguiente, sin embargo, a las diez y media, tuvo una desagradable sorpresa: Freddie Hamson lo llamó para preguntarle vivamente:

—¿Fue agradable el almuerzo de ayer? ¿Que cómo lo he sabido? ¡Vaya! ¿No has visto *The Tribune* esta mañana?

Anonadado, Andrew fue a la sala de espera, donde dejaban los diarios después de que él y Christine los habían leído. Por segunda vez hojeó *The Tribune*, uno de los diarios ilustrados más conocidos. De pronto se estremeció. ¿Cómo no lo había visto antes? Allí, en la sección «Vida social», había una fotografía de Frances Lawrence con una reseña que describía el almuerzo del día anterior. Entre los nombres de los invitados figuraba el de Andrew.

Con un gesto de mortificación en el rostro, arrancó la página, hizo una pelota con ella y la arrojó al fuego. Entonces se dio cuenta de que Christine ya había leído el diario. Tuvo un acceso de furor. Aunque estaba seguro de que ella no había visto la maldita reseña, se fue rabiando a su consulta.

Pero Christine la había leído. Y, después de un momentáneo desconcierto, se sintió herida en lo más hondo. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué? ¿Por qué? Ella no hubiera puesto objeciones a su asistencia a ese estúpido almuerzo. Trató de tranquilizarse. Aquello era demasiado insignificante para ocasionarle tal ansiedad y sufrimiento. Pero vio con dolor sordo que sus consecuencias no eran insignificantes.

Cuando Andrew salió a sus visitas, Christine procuró continuar sus quehaceres en la casa. Pero no pudo. Iba de un lado a otro con la misma opresión en el pecho. Comenzó a sacudir el polvo del consultorio sin el menor ánimo. Junto al escritorio estaba el viejo maletín médico de Andrew, el primero que poseyera, el que usara en Drineffy, llevándolo por las calles y en sus llamadas de urgencia al fondo de la mina. Lo acarició con extraña ternura. Ahora Andrew tenía un maletín nuevo, más hermoso y acorde con esa clientela nueva y encumbrada que él perseguía febrilmente y de la que ella recelaba en el fondo de su corazón. Sabía que era inútil intentar hablarle de sus pensamientos. Él estaba tan sensible —señal de su intranquilidad interior—, que una palabra suya lo exaltaba, provocando al instante una disputa. Tenía que tratar de reconquistarlo de otra manera.

Era sábado por la mañana y le había prometido a Florrie llevarla consigo cuando saliera de compras. Florrie era una niñita muy viva, y Christine se había encariñado con ella. Ahora la veía esperándola al pie de la escalera del sótano, enviada por su madre, muy limpia y con traje nuevo, como preparada para un gran paseo. A menudo salían juntas los sábados, como ahora.

Christine se sintió mejor al aire libre, con la niña de la mano, caminando por el mercado, hablando con los vendedores, comprando frutas, flores, procurando llevar algo que le agradara a Andrew especialmente. Sin embargo, la herida todavía estaba abierta. ¿Por qué, por qué no se lo había dicho? ¿Y por qué no la había llevado a ella? Recordó aquella primera ocasión en Aberalaw, cuando habían ido a visitar a los Vaughan y ella había tenido que insistirle para que fuera. ¡Qué distinta era ahora la situación! ¿Tenía ella la culpa? ¿Había cambiado, se había vuelto insociable? No lo creía. Le agradaba ver y conocer gente, sin importarle quién o quiénes eran. Su amistad con la señora Vaughan subsistía aún gracias a su regular intercambio de cartas.

Pero, en realidad, aunque se sentía herida y desdeñada, estaba más preocupada por él que por ella. Sabía que los ricos se enferman tanto como los pobres, que Andrew era tan buen médico en la calle Green, en Mayfair, como en la calle Cefan, en Aberalaw. No exigía la supervivencia de objetos tan heroicos como las polainas y la vieja motocicleta Red Indian. Sin embargo, sentía con toda su alma que en aquellos días su idealismo había sido puro y maravilloso, que había iluminado la vida de los dos con una blanca llama. Ahora la llama se había puesto más amarillenta y el globo de la lámpara estaba empañado.

Al llegar a la tienda de la señora Schmidt, procuró deshacer las arrugas de inquietud que surcaban su frente. Sin embargo, advirtió que la miraba vivamente. Y, en efecto, le dijo:

—Usted no come lo bastante, hija mía. No está como solía. Y eso que ahora tiene un hermoso auto, dinero y de todo. ¡Mire! Le daré a probar esto. ¡Es muy bueno!

Empuñando el largo y afilado cuchillo le cortó una tajada de su famoso jamón cocido y le hizo un pequeño bocadillo a Christine. Al mismo tiempo, Florrie recibía un pastel helado. La señora Schmidt seguía hablando sin interrupción:

—Y ahora necesita un poco de Liptauer. El doctor se ha comido kilos y kilos de mi queso, y nunca le cansa. Algún día le voy a pedir que me escriba un certificado para colocarlo en la vidriera. Este queso es el que me ha hecho famosa...

Entre risas, Frau Schmidt siguió hablando hasta que la dejaron.

Christine y Florrie se detuvieron en la acera a esperar que el agente —su viejo amigo Struthers— hiciera la señal para atravesar. Christine sujetaba con una mano el brazo de la impulsiva Florrie.

—Aquí tienes que fijarte siempre en el tráfico —le advirtió—. ¿Qué diría tu madre si

te atropellaran?

A Florrie, que tenía la boca llena de pastel, pareció hacerle gracia el comentario.

Cuando llegaron a casa, Christine comenzó a deshacer los envoltorios de las compras. Mientras trajinaba en el vestíbulo, colocando en un vaso los crisantemos color bronce que había comprado, se sintió triste de nuevo.

De pronto sonó el teléfono.

Fue a contestar con el rostro inmóvil y los labios ligeramente contraídos. Al regresar, su expresión se había transfigurado. Sus ojos brillaban excitados. De vez en cuando miraba hacia afuera por la ventana, ansiosa del regreso de Andrew, olvidada de su abatimiento con la buena noticia que había recibido, noticia tan importante para él, para los dos, sí. Christine tenía la convicción de que nada podía haber sido más propicio. Ningún antídoto mejor que aquel contra el veneno de un éxito fácil. ¡Y al mismo tiempo un magnífico avance en su carrera! Anhelante, fue de nuevo a la ventana.

Cuando llegó no pudo contenerse, sino que corrió a su encuentro en el vestíbulo,

—¡Andrew! He recibido un recado para ti de sir Robert Abbey. Acaba de llamar por teléfono.

—¿Sí? —Su rostro, tocado de súbito arrepentimiento al verla, se iluminó.

—¡Sí! Quería hablar contigo. Le dije que no estabas, que yo era tu mujer. ¡Oh, estuvo sumamente amable! ¡Oh, qué mal te lo estoy contando! ¡Querido! Vas a ser nombrado médico titular para los enfermos externos del Victoria Hospital, inmediatamente.

Los ojos se le llenaron lentamente de emocionada comprensión.

—¡Vaya, es una buena noticia, Christine!

—¡A que sí! —exclamó ella feliz—. De nuevo tu propio trabajo, oportunidades de investigación... lo que querías.

Le echó los brazos al cuello y lo acarició.

Andrew fijó en ella su mirada, e indescriptiblemente conmovido por su amor, por su generosa abnegación, experimentó una momentánea angustia.

—¡Qué alma tan noble tienes, Christine mía! ¡Y qué bruto soy yo!

CAPÍTULO VIII

El 14 del siguiente mes, Andrew comenzó a trabajar en el departamento de enfermos externos del Victoria Chest Hospital. Sus días eran los martes y jueves, y el horario de tres a cinco de la tarde. Era exactamente lo mismo que sus antiguos días de consultorio en Aberlaw, salvo que ahora todos los enfermos que le llegaban eran del pulmón o de los bronquios. Y él, para su enorme y secreto orgullo, ya no era un ayudante, sino médico honorario de uno de los hospitales más antiguos y famosos de Londres.

El Victoria Hospital era indiscutiblemente antiguo. Situado en Battersea, en una red de callejuelas junto al Támesis, rara vez se veían, ni siquiera en verano, más que unos débiles rayos de sol, mientras que en el invierno los balcones, hacia los cuales se hacían rodar las camas de los enfermos, estaban casi siempre envueltos en la neblina del río. Sobre la fachada, sombría y deteriorada, había un gran cartel en blanco y rojo, con un mensaje claro y redundante: «El Hospital Victoria se viene abajo».

El departamento de los pacientes externos, donde se hallaba Andrew, era, en parte, una reliquia del siglo XVIII. En el vestíbulo de entrada se exhibían muy orgullosamente, en una caja de cristal, un triturador y un mortero usados por el doctor Lintel Hodges, médico honorario del mismo departamento del hospital desde 1761 hasta 1793. Las desgastadas paredes estaban pintadas de un particularísimo color chocolate oscuro y los irregulares corredores, aunque escrupulosamente limpios, tenían tan mala ventilación que rezumaban humedad, y en todas las habitaciones flotaba el olor característico que exhalan las cosas vetustas.

El primer día lo acompañó el doctor Eustace Thoroughgood, el antiguo honorario, hombre de unos cincuenta años, correcto, de talla menos que mediana y de maneras bondadosas de hombre de iglesia. El doctor Thoroughgood tenía sus salas propias en el hospital, y, según el sistema vigente —herencia de una antigua tradición, en la que él era un consumado erudito—, resultaba «responsable» por Andrew y por el doctor Milligan, el otro joven honorario.

Después de su vuelta de inspección por el hospital llevó a Andrew a la larga sala común del sótano, cuyas luces ya estaban encendidas, aun cuando apenas eran las cuatro. Ardía allí un hermoso fuego y en las paredes tapizadas con lienzo colgaban retratos de médicos distinguidos del hospital; el del doctor Lintel Hodges, muy obeso, con su peluca, en el sitio de honor sobre la repisa de la chimenea. Era una supervivencia perfecta de un pasado vasto y venerable, y el doctor Thoroughgood, solterón y mayordomo de una iglesia como era, lo amaba como a su propio hijo.

En compañía del personal restante tomaron muy agradablemente el té, con tostadas calientes cubiertas de mantequilla. Los médicos del establecimiento le resultaron jóvenes

muy agradables. Sin embargo, al notar la deferencia que le guardaban al doctor Thoroughgood y a él mismo, no pudo evitar sonreír al recordar sus choques con otros colegas insolentes, no hacía muchos meses, en las frecuentes luchas por conseguir que admitieran a sus pacientes en el hospital.

Se hallaba sentado junto a él un joven, el doctor Vallance, que había pasado doce meses estudiando en Estados Unidos con los hermanos Mayo. Andrew y él comenzaron a conversar sobre la famosa clínica y su sistema, y luego aquel, con súbito interés, le preguntó si había oído hablar de Stillman mientras estaba en América.

—Sí, desde luego —replicó Vallance—. Allí se le estima mucho. Por supuesto que carece de título, pero extraoficialmente es un profesional reconocido. Consigue los resultados más extraordinarios.

—¿Ha visto usted su clínica?

—No —replicó Vallance moviendo la cabeza—. No llegué hasta Oregón.

Andrew calló un momento, vacilando entre seguir hablando de aquello o no.

—Creo que es un sitio muy notable —dijo al fin—. Yo he mantenido contacto con Stillman durante un tiempo; él me escribió primero sobre una publicación mía aparecida en la *Revista Americana de Higiene*. He visto fotografías y leído detalles de su clínica. No se podría imaginar un sitio más ideal para tratar a los propios enfermos. Situado a una altitud idónea, en el centro de un bosque de pinos, aislada, con balcones protegidos por vidrios, un sistema especial de aire acondicionado para garantizar una pureza perfecta y una temperatura constante en invierno.

Andrew se interrumpió, excusándose de su entusiasmo, pues un paréntesis en la charla general había ocasionado que todos le escuchasen.

—Cuando se piensa en nuestras condiciones en Londres, aquello nos parece inalcanzable.

El doctor Thoroughgood sonrió con adusta aspereza:

—Nuestros clínicos de Londres siempre han sabido desempeñarse muy bien en estas condiciones, doctor Manson. No podemos tener los recursos exóticos de que usted habla. Pero me atrevo a sugerir que con nuestros métodos firmes, bien experimentados, aunque menos espectaculares, se consiguen resultados igualmente satisfactorios y quizá más duraderos.

Andrew, con la mirada baja, no respondió. Sintió que como nuevo miembro del personal había sido indiscreto al expresar tan sin ambages su opinión. Y el doctor Thoroughgood, para mostrar que no era su intención reprenderle, cambió amablemente el tema de conversación. Habló sobre el arte de aplicar ventosas. La historia de la medicina había sido durante mucho tiempo su «distracción» predilecta y poseía una vasta información a propósito de los cirujanos barberos del Londres de antaño.

Cuando se levantaron de la mesa, declaró amablemente a Andrew:

—Aún conservo un auténtico par de copas para ventosas. Algún día se las mostraré. Es una vergüenza que se haya renunciado a las ventosas. Era..., todavía puede serlo..., un recurso admirable para disminuir la congestión.

Fuera de aquel primer y suave encontronazo, el doctor Thoroughgood demostró ser un colega simpático y servicial. Era un médico juicioso, un diagnosticador casi infalible y siempre se alegraba de ver a Andrew por sus salas. Pero, en cuanto a los tratamientos, su espíritu metódico era refractario a lo novedoso. No quería oír hablar de la tuberculina, y sostenía que su valor terapéutico no había sido demostrado aún. Era circunspecto en el empleo del neumotórax, y su porcentaje de aplicaciones resultaba el más bajo del hospital. Sin embargo, se mostraba extremadamente liberal en lo referente al aceite de hígado de bacalao y la malta. Los prescribía a todos sus pacientes.

Andrew se olvidó de Thoroughgood al comenzar su trabajo. Era maravilloso, se dijo, encontrarse comenzando de nuevo tras meses de espera. En un principio mostró el mismo ardor y entusiasmo que en sus viejos tiempos.

Su trabajo anterior sobre las lesiones tuberculosas producidas por la inhalación de polvo lo había llevado inevitablemente a la consideración de la tuberculosis pulmonar en toda su amplitud. Se propuso vagamente, teniendo presente la prueba de Von Pirquet, investigar los primeros signos físicos de la lesión inicial. Disponía de material aprovechable en los niños desnutridos llevados por sus madres, con la esperanza de aprovechar la generosidad con que el doctor Thoroughgood ordenaba extracto de malta.

Y, sin embargo, aunque puso el máximo empeño, no pudo dedicarse de todo corazón al trabajo. No logró recuperar aquel entusiasmo espontáneo por sus investigaciones sobre la inhalación. Tenía muchas preocupaciones en su espíritu, demasiados casos importantes en su consultorio para escrutar signos oscuros que incluso podían no existir. Nadie sabía mejor que él cuánto tiempo exigía el examen prolijo de un solo enfermo. Y él andaba siempre con prisas. Este argumento era incontestable. Humanamente hablando, no podía hacerlo.

Las pobres gentes que iban al dispensario no le exigían mucho. Parecía que su predecesor era algo antipático y, con tal de que Andrew recetara copiosamente y dijera de cuando en cuando alguna broma, su popularidad no corría peligro. También se entendió con el doctor Milligan, su colega rival, y pronto adoptó su método de tratar enfermos corrientes. Los hacía presentarse en grupo ante su escritorio al comienzo de la sesión y firmaba rápidamente sus tarjetas. Cuando anotaba «Rec. Hab.» —la receta habitual—, no tenía tiempo de recordar cómo en otro tiempo se había burlado de la frase clásica. Se hallaba en camino de convertirse en un admirable médico honorario.

CAPÍTULO IX

Seis meses después de haberse hecho cargo de su puesto en el Victoria, mientras tomaba el desayuno con Christine, abrió una carta que venía con el matasellos de Marsella. Mirándola incrédulamente por un instante, prorrumpió después en una súbita exclamación:

—¡Es de Denny! ¡Al fin se ha cansado de México! Regresa para establecerse, dice..., lo creeré cuando lo vea. ¡Pero será magnífico verlo otra vez! ¿Cuánto tiempo ha estado ausente? Me han parecido siglos. Regresa por China. ¿Tienes por ahí el diario, Christine? Mira a ver cuándo llega el *Oreta*.

Christine se alegró tanto como Andrew de la inesperada noticia, pero por diferente razón. Había un poderoso instinto maternal en ella, un extraño anhelo de protección respecto a su marido. Siempre había reconocido que Denny y, en menor grado, Hope ejercían sobre él una influencia benéfica. Christine estaba más ansiosamente alerta. Apenas había llegado la carta, y ya proyectaba reunirlos.

El día anterior a la arribada del *Oreta* a Tilbury, ella abordó el asunto:

—Me pregunto si te gustaría, Andrew... si organizo una pequeña cena la próxima semana..., para ti, Denny y Hope.

Andrew la miró algo sorprendido. Dada la sorda tirantez que existía entre ellos, era extraño que ella hablara de diversiones. Respondió:

—Hope está probablemente en Cambridge. Y Denny y yo podemos quedar en alguna parte. —Luego, mirando su rostro, reaccionó rápidamente—. ¡Oh! Perfectamente. Creo que el mejor día para todos sería el domingo.

El domingo siguiente llegó Denny, más vigoroso y rubicundo que nunca. Se le veía más maduro, menos pesimista y más contenido en sus maneras. Sin embargo, era el mismo Denny.

—Magnífica casa. Estoy seguro de no haberme equivocado. —Volviéndose a Christine, dijo gravemente—: Este caballero bien vestido es el doctor Manson, ¿no? Si lo hubiera sabido, le habría traído un canario.

Un momento después, ya sentado, rehusó beber:

—¡No! Ahora soy un adicto al zumo de lima. Por extraño que parezca, voy a ponerme a trabajar de forma muy seria. Ya he visto bastante cielo infinito y estrellado. La mejor manera de comenzar a querer este vituperado país es ausentarse de él.

Andrew le dirigió una mirada de cariñoso reproche.

—Deberías establecerte, Philip —le dijo—. Después de todo, estás cerca de los cuarenta; y con tu talento...

Denny le lanzó una extraña mirada, por debajo de las cejas.

—No sea tan grave, profesor. Todavía puedo mostrarle a usted algunas tretas uno de estos días.

Les dijo que había tenido la suerte de ser designado cirujano inspector de la South Hertfordshire Infirmary, con trescientas libras al año, casa y comida. No lo consideraba algo definitivo, por supuesto, pero había allí mucho que operar y él podría renovar su técnica quirúrgica. Después ya vería lo que debía hacer.

—¿Sabéis cómo me dieron el puesto? Debe de ser otro caso de identidad equivocada.

—No —fue la respuesta algo simple de Andrew—. Es por tu título de doctor en cirugía, Philip. Un título como ese ayuda a ir lejos.

—¿Qué te ha ocurrido? —dijo Denny—. No pareces el mismo que voló conmigo aquella alcantarilla.

En aquel momento llegó Hope. No conocía a Denny, pero bastaron cinco minutos para que ambos se entendieran. Cuando se dirigían al comedor, ya se habían unido para hostigar a Andrew.

—Por supuesto, Hope —observó tristemente Philip, mientras desdoblaba la servilleta—, no hay que esperar que nos den muy bien de cenar. ¡Oh, no! Hace mucho que conozco a esta gente, antes de que el profesor se convirtiera en un lanudo personaje del West End. Fueron echados de la última casa que habitaron por matar de hambre a sus conejos de Indias.

—Yo siempre llevo algo de comer en el bolsillo —dijo Hope—. Es una costumbre que aprendí de Billy *Botones* en la última expedición a Kitchengunga. Pero desgraciadamente no he traído huevos. Las gallinas de mamá no ponen, por el momento.

Parecidos comentarios se repitieron al comienzo de la cena —la chispa de Hope parecía particularmente estimulada por la presencia de Denny—, pero poco a poco se pusieron a conversar en serio. Denny relató algunas de sus experiencias en los Estados del Sur (contó una o dos historias de negros que hicieron reír a Christine), y Hope les refirió algunas actividades de la Junta. Whinney había conseguido, al fin, comenzar con sus experimentos sobre la fatiga muscular.

—Eso es lo que hago ahora —se lamentó Hope—. Pero gracias al cielo solo le quedan nueve meses más a mi compromiso. Entonces haré algo. Estoy cansado de realizar ideas ajenas y ser mandado por viejos... —Su tono se tomó burlón—. «¿Cuánto ácido sarcoláctico encontró esta vez, señor Hope?». Quiero hacer algo por mí mismo. Quisiera tener un pequeño laboratorio propio.

Entonces, como esperaba Christine, la conversación derivó por completo hacia el tema médico. Después de cenar —a pesar del melancólico pronóstico de Denny, se habían despachado un par de patos—, ella les llevó el café y mostró deseos de quedarse. Y, aunque Hope le aseguró que el lenguaje no sería apropiado para damas, ella permaneció allí, con los codos sobre la mesa, el mentón entre las manos, escuchando

silenciosamente, abstraída, con los ojos fijos en el rostro de Andrew.

Al principio este se había mostrado terco y reservado. Aunque se alegraba de ver nuevamente a Philip, sentía que su viejo amigo se mostraba algo indiferente hacia su éxito, desdeñoso, incluso burlesco. Después de todo, él no lo había hecho tan mal. ¿Y qué había hecho él, sí, qué había hecho Denny? Cuando Hope adoptó un tono más incisivo, Andrew les dijo con toda claridad que debían abstenerse de hacer bromas a su costa.

Luego la conversación se tornó más seria, y Andrew, arrastrado inconscientemente, contagiado por los otros dos, se manifestó con mucho de su antiguo ardor.

Hablaban de hospitales, lo que le hizo pronunciarse de pronto sobre el sistema hospitalario de Gran Bretaña.

—Yo lo veo así. —Dio una larga chupada a su cigarro. Ya no era un cigarrillo Virginia, barato, sino un puro de la caja que había sacado a relucir ex profeso para provocar la envidia de Denny—. El sistema es anticuado. No penséis que estoy desprestigiando mi propio hospital. Me gusta el Victoria, y puedo deciros que hacemos un gran trabajo. Pero es el sistema. Nadie sino el indolente pueblo británico lo toleraría. Como nuestros caminos, por ejemplo, un caso anacrónico sin remedio. El Victoria se está cayendo, y también el Saint John. La mitad de los hospitales de Londres claman que se están cayendo... ¿Y qué hacemos nosotros? Juntar peniques. Recoger unas migajas por suscribir los anuncios que se colocan en las fachadas. «Cerveza Brown, la mejor». ¿No es divertido? En el Victoria, si tenemos suerte, dentro de diez años comenzaremos a construir una nueva ala, con una zona privada para las enfermeras. ¡Deberíais ver dónde duermen las enfermeras! Pero ¿de qué sirve reparar la vieja armazón? ¿Para qué sirve un hospital de enfermedades broncopulmonares en el centro de una ciudad bulliciosa y húmeda como Londres? ¡Demonios!, es como llevar a un paciente que padece neumonía al fondo de una mina de carbón. Y lo mismo ocurre con la mayoría de los hospitales y clínicas. Tiemblan en medio de un tránsito ensordecedor, con los cimientos sacudidos por la circulación subterránea; hasta las camas de los enfermos trepidan cuando pasan los autobuses. Si yo me hospedara allí sano, todas las noches necesitaría una dosis de hipnótico para conciliar el sueño. Pensad en los enfermos que sufren esa tortura después de una seria operación abdominal o con una temperatura de cuarenta grados y meningitis.

—Bueno, ¿cuál es el remedio? —Philip, irritado, arqueó una ceja—. ¿Una junta de hospitales contigo como jefe?

—No seas borrico, Denny —contestó Andrew, malhumorado—. El remedio es la descentralización. No, no es precisamente una noción libresca, sino el resultado de todo lo que he visto desde que llegué a Londres. ¿Por qué nuestros grandes hospitales no pueden estar situados en un área verde fuera de Londres, digamos a veinte kilómetros? Un sitio como Benham, por ejemplo, que está a quince kilómetros de distancia, donde

todavía hay tierra verde, aire puro y tranquilidad. El transporte no sería un problema. El ferrocarril subterráneo (¿y por qué no un servicio de transporte propio de los hospitales, una línea directa y silenciosa?) podría llevarnos allí en dieciocho minutos. Considerando que nuestra ambulancia más rápida tarda cuarenta minutos por término medio en llevar a un enfermo, esto otro me parece un progreso. Podríais alegar que de trasladar los hospitales privaríamos a cada zona de sus servicios médicos. ¡No! El dispensario permanece en la zona, el hospital se traslada. Y, ya que hablamos de esto, este asunto del servicio local es precisamente un gran problema sin solución. Cuando llegué aquí, vi que el único sitio adonde podía llevar a mis enfermos de este barrio del oeste era el hospital del este. También allí, en el Victoria, recibimos enfermos de todas partes: Kensington, Ealing, Muswell Hill, No hay el menor propósito de señalar zonas; todo viene a juntarse en el centro de la ciudad. A menudo la confusión es increíble: puedo afirmarlo lisa y llanamente. ¿Y qué se hace? Nada, absolutamente nada. Continuamos con el viejo sistema, celebrando días de fiesta, haciendo que los estudiantes obtengan dinero, actuando como juglares con trajes de fantasía. Una cosa sobre estos nuevos países europeos: en ellos se hacen las cosas. ¡Ah, si yo tuviera poder, arrasaría el Victoria y construiría un nuevo hospital para broncopulmonares en Benham, con una línea directa de comunicación! ¡Y por Dios! Luego verían un alza en la curva de nuestra situación sanitaria.

Esto solo fue la introducción. La discusión continuó *in crescendo*.

Philip insistió en su antigua idea: la locura de pedir al médico corriente que lo hiciera todo, que lo sacara todo de una cartera, como un prestidigitador, la estupidez de hacerlo cargar con la responsabilidad de toda clase de enfermos, hasta el momento feliz en que, por cinco guineas, algún especialista recién llegado dijese que ya no había nada que hacer.

Hope, sin miramiento alguno, se refirió al caso del bacteriólogo joven, acorralado entre el mercantilismo y el conservadurismo: por un lado, la empresa de farmacéuticos que le pagaba por preparar drogas patentadas y, por otro, una junta de viejos chochos.

—¿Podéis imaginaros —dijo Hope— a los hermanos Marx en un automóvil desvencijado, con cuatro mandos independientes y un número ilimitado de bocinas? Tal es nuestro papel en el T. C. M.

No terminaron hasta las doce, y entonces, inesperadamente, vieron ante sí bocadillos y café sobre la mesa.

—¡Oh, señora Manson! —protestó Hope, en un tono teatralmente cortés, muy distinto al que había empleado en sus pullas anteriores con Denny, como para darle a entender que él era en el fondo un buen chico—. Ya la hemos aburrido bastante. Es curioso el apetito que da la conversación. Se lo sugeriré a Whinney como un nuevo derrotero de investigación: el efecto en las secreciones gástricas por la fatiga que produce

el aire caliente. ¡Ja, ja, ja!

Cuando Hope se hubo marchado, alabando calurosamente lo agradable de la reunión, Denny permaneció todavía unos pocos minutos, acogiéndose al privilegio de su antigua amistad. Entonces, mientras Andrew iba al teléfono para pedir un taxi, él sacó de un bolsillo, excusándose, una mantilla española pequeña y hermosísima.

—El profesor me matará, probablemente —dijo—. Pero esto es para ti. No se lo digas hasta que yo esté fuera de su alcance. —Y ahogó la manifestación de gratitud de Christine, para él la más molesta de las emociones—. Es increíble, pero todos estos chales vienen de China. No son realmente españoles. Conseguí este en Shangai.

Ambos callaron cuando oyeron los pasos de Andrew, que regresaba del teléfono.

Denny se levantó, evitando sus ojos bondadosos la mirada de Christine.

—No me inquietaría mucho por él. —Sonrió—. Pero debemos procurar que vuelva a las costumbres de Drineffy, ¿verdad?

CAPÍTULO X

A comienzos de las vacaciones de Pascua, Andrew recibió una nota de la señora Thornton en la que le pedía que acudiera al Brown's Hotel para ver a su hija. En la carta le decía brevemente que el pie de Sybil no había mejorado, y ya que ella había quedado muy complacida por el interés que Andrew le había demostrado en casa de la señora Lawrence, deseaba que le diese su parecer.

El examen de la enferma le reveló algo muy sencillo pero que exigía una pronta operación.

Se enderezó sonriéndole a la robusta Sybil, que estaba sentada con las piernas desnudas en el borde de la cama, poniéndose sus largas medias negras, y le explicó a la señora Thornton:

—El hueso ha aumentado de tamaño. Si no se lo trata, puede formar una protuberancia. Aconsejo que se la opere al momento.

—Es lo que decía el doctor de la escuela. —La señora Thornton no se sorprendió—. En realidad estamos preparados. Sybil puede ingresar aquí en una clínica. Pero... tengo confianza en usted, doctor. Y quiero que se encargue usted de todo lo necesario. ¿Quién sugiere usted que debería operarla?

La pregunta le colocaba ante un dilema. Siendo su trabajo casi únicamente médico, conocía a muchos de los clínicos más eminentes de Londres, pero a ningún cirujano. De pronto pensó en Ivory, Dijo amablemente:

—El doctor Ivory..., si él no tiene inconveniente.

La señora Thornton había oído hablar de Ivory. ¿No era el cirujano que había aparecido el mes anterior en todos los diarios con ocasión de haber volado a El Cairo para atender un caso de insolación? Un hombre sumamente conocido. La dama juzgó admirablemente la idea de que se hiciera cargo de su hija. Su única condición consistía en que su hija fuese a la clínica de la señora Sherrington. Tantas amigas suyas habían estado allí que no podía permitir que fuera a otra parte.

De vuelta en casa, Andrew telefoneó a Ivory, con el tono vacilante de quien efectúa un tanteo preliminar. Pero la actitud de Ivory, amistosa, de confianza y amable, lo tranquilizó. Convinieron en ver juntos el caso al día siguiente, e Ivory manifestó que, aunque sabía que Ida no tenía lugar disponible, la persuadiría para que de algún modo le diese una habitación a la señorita Thornton en caso de ser necesario.

A la mañana siguiente, después de que Ivory, pomposamente, en presencia de la señora Thornton, se mostrara de acuerdo con todo lo dicho por Andrew —añadiendo que se imponía una intervención inmediata—, Sybil fue trasladada a la clínica de la señora Sherrington y dos días después se efectuó la operación.

Andrew estuvo presente. Ivory insistió en ello de la manera más sincera y amistosa imaginable.

La operación no era difícil —en realidad, en sus días de Drineffy, Andrew la habría realizado él mismo—, y aunque no parecía agraderle mucho la celeridad, la efectuó con destreza sorprendente. Tenía un aspecto de serenidad y fuerza con el delantal blanco, sobre el cual emergía el rostro firme, sólido, de poderosa mandíbula. Nadie respondía mejor a la imagen popular del gran cirujano que Charles Ivory. Tenía las manos finas y flexibles con que la imaginación popular adorna siempre al héroe de la sala de operaciones. En su seguridad y arrogancia, resultaba dramáticamente impresionante. Andrew, que también se había enfundado un delantal, lo observaba desde el otro lado de la mesa con profundo respeto.

Quince días después, cuando Sybil Thornton hubo abandonado la clínica, Ivory lo invitó a almorzar al Sackville Club. Fue muy agradable. Ivory era un conversador perfecto, llano y entretenido, con un caudal de chismes que en cierto modo colocaba a su interlocutor en idéntica intimidad que él con el gran mundo. El comedor del Sackville, con su cielo raso pintado por Adam, y sus candelabros de cristal de roca, estaba lleno de «nombres famosos», según los llamaba irónicamente Ivory. Andrew encontró halagadora la experiencia, lo que Ivory, sin duda, se esforzó por conseguir.

—Permítame que inscriba su nombre para la próxima reunión —le expresó el cirujano—. Encontrará aquí a buen número de amigos, Freddie, Paul, yo mismo...; Jackie Lawrence es miembro también. Interesante ese matrimonio: son perfectos amigos y cada cual anda por su cuenta. Verdaderamente, quisiera que viniera usted por aquí. Me ha parecido que abrigaba algún recelo respecto a mí, amigo mío. Su prudencia escocesa, ¿no? Como usted sabe, yo no visito en hospitales. Prefiero mi libertad. Además, querido amigo, estoy demasiado ocupado. Algunos de estos vejesterios de hospitales no tienen ni un caso privado al mes. ¡Yo tengo diez por semana de media! A propósito, no nos desentenderemos de los Thornton, por ahora. Déjemelo todo a mí. Son gente «muy bien». Y a propósito, ya que hablo de ellos, ¿no cree que también se le deberían extraer las amígdalas a Sybil? ¿Se las miró usted?

—No..., no lo hice.

—¡Oh, debería haberlo hecho! Enteramente obstruidas. Me tomé la libertad..., espero que no le parezca mal, de decirle que se las deberíamos extirpar cuando llegue el buen tiempo.

Mientras regresaba a su casa pensó en lo agradable que le había resultado Ivory; realmente, debía estarle agradecido a Hamson por la presentación. Esto había sido soberbio. Los Thornton estaban especialmente contentos. No podía haber prueba mejor.

Tres semanas después, mientras tomaba el té con Christine, el correo de la tarde le trajo una carta de Ivory.

Mi querido Manson:

La señora Thornton acaba de venir gentilmente a pagar los honorarios. Tal como le envié su parte al anestésista, le remito a usted la suya... por haberme ayudado tan espléndidamente en la operación. Sybil irá a verlo cuando se reponga. Recuerde lo de las amígdalas de que le hablé. La señora Thornton está encantada.

Siempre cordialmente suyo.

C.I.

Dentro había un cheque por veinte guineas,

Andrew lo miró estupefacto. Él no había hecho nada en ayuda de Ivory en la operación. Y luego le invadió el cálido sentimiento que siempre le producía el dinero. Con sonrisa complaciente le entregó la carta y el cheque a Christine para que lo viera.

—Se ha portado bien ese diablo de Ivory, Christine, ¿no? Apuesto a que este mes batiremos nuestro récord de ingresos.

—Pero no comprendo. —La expresión de Christine era de perplejidad—. ¿Son tus honorarios de la señora Thornton?

—No, tonta. Es un pequeño extra... por el rato que le dediqué a la operación.

—Quieres decir que Ivory te ha dado una comisión.

Andrew se sonrojó, súbitamente indignado.

—¡Por Dios, no! Eso está absolutamente prohibido. Esto lo he ganado por asistir, por estar allí, como el anestésista ganó lo suyo por aplicar anestésicos. Ivory es quien lo cobra todo con su cuenta. Y apuesto que fue una enormidad.

Christine dejó el cheque sobre la mesa, abrumada, triste.

—Es mucho dinero.

—Bien, ¿por qué no? —Andrew cerró su argumento con un relámpago de indignación—. Los Thornton son enormemente ricos. Para ellos esto no es más de lo que son tres chelines y seis peniques para uno de nuestros enfermos de consultorio.

Cuando Andrew se hubo ido, los ojos de Christine quedaron fijos sobre el cheque con angustiosa inquietud. Andrew no se daba cuenta de que aquel dinero le había asociado profesionalmente con Ivory. Nunca debería haberse celebrado esa reunión con Denny y Hope, por todos sus efectos sobre Andrew. ¡Cuán ávido, cuán terriblemente ávido de dinero estaba ahora! Su trabajo en el Victoria parecía no importarle al lado de aquella sed devoradora de éxito material. Aun en el consultorio había observado ella que empleaba más y más drogas, recetándoselas a personas que no tenían nada y obligándolas a volver una y otra vez. Sentada allí, frente al cheque de Ivory, se le

acentuaba el aspecto atormentado de su rostro, que parecía comprimido y pequeño. Las lágrimas le llenaron lentamente los ojos. Debía hablarle, debía hacerlo y muy pronto, antes de que fuera demasiado tarde.

Por la noche, después de la consulta, se acercó a él, recelosa.

—Andrew, ¿querías hacer algo para complacerme? ¿Me llevarás al campo en el auto el domingo próximo? Me lo prometiste cuando lo compraste. Y durante todo el invierno no lo hemos hecho.

Andrew la miró desconfiadamente.

—¡Está bien!

Llegó el domingo, suave, hermoso, primaveral, como ella había deseado que fuese. A las once él había hecho sus visitas indispensables y partieron llevando un mantel y un canasto de provisiones en la parte posterior del coche. El ánimo de Christine se rejuvenecía mientras corrían atravesando el puente de Hammersmith y tomaban el Kingston ByPass en dirección a Surrey. Pronto estuvieron en Dorking, y giraron a la derecha por el camino de Shere. Hacía tanto tiempo que no estaban juntos en el campo, que su dulzura, el verde intenso y brillante de los prados, la púrpura de los olmos en gemación, el polvo dorado de los amentos colgantes, el amarillo pálido de las primaveras agrupadas a la orilla, inundaron su ser, embriagándola.

—No vayas tan de prisa, querido —le murmuró en un tono suave que no usaba desde hacía semanas—. ¡Esto es delicioso!

Andrew parecía decidido a dejar atrás todos los autos que encontraban.

Alrededor de la una llegaron a Shere. La aldea, con sus pocas casas de techo rojo y su arroyo que se deslizaba mansamente por entre los lechos de berros, no había sido perturbada todavía por el bullicio de los turistas veraniegos. Llegaron a la colina boscosa que estaba más allá y estacionaron el auto cerca de una de las sendas cubiertas de césped. Allí, en un pequeño claro sobre el que extendieron el mantel, había una soledad melodiosa que solo les pertenecía a ellos y a los pájaros.

Comieron unos bocadillos al sol y bebieron café del termo. En torno a ellos, en los grupos de alisos, crecían las primaveras en gran profusión. Christine ansiaba cogerlas, hundir el rostro en su fresca blandura. Andrew estaba tendido, con los ojos medio cerrados y la cabeza cerca de ella. Una dulce tranquilidad había caído sobre la oscura angustia del alma de Christine. ¡Si la vida de ambos pudiera ser siempre así!

La mirada soñolienta de Andrew había estado fija algunos momentos en el coche, y dijo de pronto:

—No está mal, Christine, ¿verdad?, quiero decir por lo que nos costó. Pero compraremos otro nuevo.

Ella se estremeció, renovada su inquietud con ese nuevo ejemplo de la incansable ambición de Andrew.

—¡Pero si lo acabamos de comprar! Me parece que colma todos nuestros deseos.

—¡Hum! Es lento. ¿No viste cómo nos pasó aquel Buick? Quiero uno de estos nuevos coches lujosos de gran velocidad.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Puedo comprarlo. Sabes que ahora vamos bien, Christine. ¡Sí! — Encendió un cigarrillo y se volvió hacia ella, lleno de satisfacción—. Por si no lo has advertido, mi querida maestra de Drineffy, he de decirte que nos estamos enriqueciendo rápidamente.

Christine no respondió a su sonrisa. Sintió que su cuerpo, tibio y calmo bajo la caricia del sol, se enfebrecía de repente. Comenzó a recoger un manojo de hierba y a enroscarlo tontamente en un extremo del mantel. Dijo lentamente:

—Pero, querido, ¿necesitamos ser ricos? Yo no. ¿Por qué siempre hablamos de dinero? Cuando apenas teníamos con qué vivir, éramos... ¡Oh, éramos infinitamente felices! Entonces nunca hablábamos de él. Y ahora no hablamos de otra cosa.

Andrew sonrió otra vez con superioridad.

—Después de años de chapotear en el fango, de comer arenques en escabeche y salchichas, de ser víctimas de los abusos de un comité testarudo y atender a las mujeres de los mineros en alcobas sucias, propongo a cambio de todo eso que mejoremos nuestra suerte. ¿Qué tienes que objetar?

—No lo tomes a broma, querido. Antes no solías hablar así. ¡Oh! ¿No ves que te estás convirtiendo en víctima del mismo sistema que solías condenar, de todas las cosas que aborrecías? —Presa de la agitación, el rostro de Christine tenía un aspecto lamentable—. ¿No recuerdas ya cómo concebías la vida, como un salto a lo desconocido, como una conquista, como si hubieras de tomar un castillo que sabías que estaba allá, en la cima, pero que no podías ver?

Andrew, incómodo, murmuró:

—¡Oh!, entonces era joven..., ignorante. Charlas románticas. Si te fijas, verás que todos hacen lo mismo. ¡Juntar lo que pueden! Es lo único que hay que hacer.

Ella suspiró fatigosamente. Comprendía que debía hablar ahora o nunca.

—¡Amor mío! No es lo único. Escúchame, por favor. ¡Por favor! He sido tan desgraciada con esto..., con tu cambio. Denny lo advirtió también. Nos está alejando al uno del otro. Tú no eres el Andrew Manson con quien me casé. ¡Oh, si solo fueras como antes!

—¿Qué he hecho? —preguntó irritado—. ¿Te pego, me embriago, asesino? Dame un solo ejemplo de mis crímenes.

Christine replicó desesperada:

—No se trata de cosas concretas, querido; es toda tu actitud. Por ejemplo, ese cheque que te envió Ivory. Es algo insignificante a primera vista; sin embargo, en el

fondo, es una cosa mezquina y deshonesta.

Christine lo vio erguirse, ponerse luego en pie, mirándola iracundo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué sacar a relucir eso de nuevo? ¿Qué tiene de malo que lo aceptara?

—¿Es que no lo ves? —Toda la emoción acumulada en los últimos meses la abrumó, ahogando sus argumentos y haciéndola estallar en llanto. Gritó histéricamente—: ¡Por el amor de Dios, querido! ¡No te vendas, no te conviertas en un mercenario!

Andrew apretó los dientes, furioso. Habló lentamente, con frialdad cortante:

—¡Por última vez! Te advierto que debes dejar de comportarte como una tonta neurótica. ¿No puedes tratar de ser una ayuda para mí en vez de un obstáculo, reprochándome a cada instante?

—No te he reprochado... —sollozó—. Quería haberte hablado antes, pero no lo hice.

—Entonces no lo hagas. —Perdió el dominio de sí mismo y gritó de repente—: ¿Me oyes? ¡No! Son complejos tuyos. Hablas como si yo fuera un estafador inmundo. Solo quiero ganar dinero. Y, si lo quiero, es solo como medio para un fin. La gente nos juzga por lo que somos, por lo que tenemos. Si somos unos pordioseros, nos dominan. Y en un tiempo ya lo fui bastante. En adelante seré de los que mandan. ¿Lo entiendes? En lo sucesivo, no menciones siquiera este maldito asunto.

—De acuerdo —repuso ella, llorando—. No lo haré. Pero te lo advierto, algún día te arrepentirás.

La excursión se había malogrado, sobre todo para ella. Aunque se secó los ojos y cogió un gran ramo de primaveras, aunque pasaron otra hora en la soleada falda y se detuvieron de regreso en Lavender Lady a tomar té, aunque conversaron con aparente armonía de cosas triviales, todo el encanto del día estaba muerto. El rostro de Christine, mientras corrían en medio de las primeras sombras crepusculares, estaba pálido y rígido.

La irritación de Andrew se trocó en indignación. ¿Por qué sería Christine la única en hacerle reproches? Otras mujeres, encantadoras además, se entusiasmaban con su rápido triunfo.

Pocos días después lo llamó Frances Lawrence. Había estado ausente, pasando el invierno en Jamaica —en los dos últimos meses Andrew había recibido varias cartas desde el Myrtle Bank Hotel—, pero ahora estaba de vuelta, ansiosa de ver a sus amigos, irradiando el sol que había absorbido. Le dijo a Andrew que deseaba que la viera antes de perder el tono tostado de su piel.

Andrew asistió a su té. Como ella le había anunciado, estaba hermosamente bronceada; sus manos, sus frágiles muñecas y su rostro delgado e interrogativo estaban oscurecidos como los de un fauno. La satisfacción de verla de nuevo fue extraordinariamente acentuada por el placer que leyó en los ojos de la dama, aquellos

ojos indiferentes para con tantas personas y tan dulces para él.

Charlaron como viejos amigos. Ella le habló de su viaje, de los campos de coral, de los peces vistos a través de botes con fondo de vidrio, del clima celestial. Andrew le relató, en cambio, la historia de sus progresos. Tal vez en sus palabras asomó algo de sus pensamientos, porque ella replicó:

—Está usted muy solemne y lamentablemente prosaico. Siempre le ocurre lo mismo cuando me ausento. ¡No! Francamente, creo que es porque trabaja demasiado. Por cierto, ¿no cree que debería cambiar de consultorio? Yo opino que ha llegado el momento de que busque algo en West, calle Wimpole o Welbeck, por ejemplo.

En ese momento entró su marido, alto, de ademanes lánguidos. Saludó a Andrew, al que conocía muy bien ahora —habían jugado al *bridge* una o dos veces en el Sackville Club—, y aceptó de buen grado una taza de té.

Aun cuando dijo alegremente que no les interrumpiría, su llegada desvió el giro serio de la conversación. Comenzaron a recordar, de forma muy divertida, la última fiesta de Rumbold-Blane.

Pero media hora después, al regresar a Chesborough Terrace, el consejo de la señora Lawrence le atenazaba el espíritu. ¿Por qué no habría de alquilar un despacho para sus consultas en la calle Welbeck? Había llegado el momento de hacerlo. No renunciaría a su trabajo en Paddington... El consultorio era demasiado productivo para abandonarlo a la ligera. Pero podía combinarlo fácilmente con otro en el West End, usar esa dirección para su correspondencia, poner el membrete en sus cartas y en sus cuentas.

El pensamiento centelleaba dentro de él, lo incitaba a mayores conquistas. ¡Qué suerte tan grande era Frances para él, tan servicial como la señorita Everett, pero infinitamente más encantadora, más excitante! Además, mantenía excelentes relaciones con su marido. No tenía por qué salir a escondidas de la casa, como un vil sabueso de *boudoir*. ¡Oh, la amistad era una gran cosa!

Sin decirle nada a Christine, comenzó a buscar un despacho adecuado en el West. Y cuando lo encontró, un mes después, declaró afectando indiferencia, mientras leía el diario de la mañana:

—A propósito, puede interesarte saberlo..., he alquilado un consultorio en la calle Welbeck, para mi clientela más acomodada.

CAPÍTULO XI

El consultorio de la calle Welbeck, número 57, le proporcionó a Andrew una nueva sensación de triunfo: «Estoy allí —se decía regocijado, para sus adentros—, al fin estoy allí». Aunque no grande, la pieza se hallaba bien iluminada por una ventana que daba a la calle, y estaba en el primer piso, una ventaja, ya que la mayoría de los pacientes aborrecían subir escaleras. Además, aunque la sala de espera la compartía con otros profesionales cuyas chapas brillaban junto a la suya en la puerta de enfrente, el consultorio era de uso exclusivo suyo.

El 19 de abril, cuando se firmó el contrato, Freddie Hamson lo acompañó al ir a tomar posesión. Freddie se había mostrado extraordinariamente servicial en todos los preliminares y le había encontrado una enfermera eficiente, amiga de la que trabajaba para él en Queen Anne Street. La enfermera Sharp no era hermosa. De edad mediana, tenía una expresión como de pena contrariada, pero inteligente. Freddie la definió de una forma concisa:

—Lo que más le perjudica a un profesional joven es una enfermera hermosa. Ya sabes lo que quiero decir. Las diversiones son diversiones, y los negocios, negocios. Y no pueden conciliarse. A ninguno de nosotros nos conviene. Eres lo bastante perspicaz para comprenderlo. Y tengo la certeza de que felizmente vamos a estrechar lazos, ahora que te has trasladado a mi barrio.

Mientras Freddie y Andrew discutían sobre cómo decorar la habitación, apareció inesperadamente la señora Lawrence. Pasaba por allí y había subido, alegremente, a dar su opinión. Tenía un modo simpático de presentarse como por casualidad, de no parecer jamás indiscreta. Ahora estaba singularmente encantadora, con un vestido y un abrigo negros, y una riquísima gargantilla color café. No se quedó mucho tiempo, pero dio ideas, sugerencias para el decorado, para las cortinas que debían colocarse en la ventana y detrás del escritorio, de mucho mejor gusto que los vulgares diseños de Freddie y Manson. Privada de su animadora presencia, la habitación pareció repentinamente vacía. Freddie murmuró:

—Si he visto algún hombre afortunado, eres tú. Es apetitosa. —Sonrió con envidia—. ¿Qué dijo Gladstone en 1890 con respecto a la manera más segura de impulsar la carrera de un hombre?

—No sé qué quieres decir.

Cuando todo estuvo listo, Andrew tuvo que convenir con Freddie y con Frances, que volvió a pasarse por allí para ver el resultado final, que habían acertado: moderno y, no obstante, profesionalmente correcto. Tres guineas por consulta parecía un honorario justo en aquella zona.

Al principio no tuvo muchos pacientes. Pero, a fuerza de escribir cortésmente a cuantos médicos le enviaban enfermos al Victoria —cartas referentes, naturalmente, a estos enfermos del hospital y sus síntomas—, pronto dispuso de una red que se extendía por todo Londres, y comenzaron a llegarle pacientes a su puerta. Era ahora un hombre muy ocupado, que se desplazaba como un relámpago en su nuevo y lujoso coche entre Chesborough Terrace y el Victoria, entre el Victoria y la calle Welbeck, con muchas visitas además, y el consultorio siempre lleno, en el que frecuentemente permanecía hasta las diez de la noche.

El tónico del éxito lo estimulaba para todo, corría por sus venas como un generoso elixir. Tuvo tiempo para ir a Rogers a hacerse confeccionar tres trajes, y luego a un camisero de Jermyn Street que le había recomendado Hamson. En el hospital aumentaba su popularidad. Es verdad que disponía de menos tiempo que consagrar a su trabajo con los enfermos externos, pero se decía a sí mismo que lo que sacrificaba en tiempo lo ganaba en experiencia. Aun para sus amigos se revistió de una brusquedad de hombre muy atareado, aunque simpática gracias a su fácil sonrisa: «Tengo que trabajar: he de apresurarme lo más posible».

Un viernes por la tarde, cinco semanas después de haberse mudado a la calle Welbeck, una dama de edad fue a consultarle porque le dolía la garganta. No tenía más que una simple laringitis, pero era una mujer quisquillosa y parecía querer la opinión de otro profesional. Algo herido en su amor propio, Andrew reflexionó a qué médico la enviaría. Era ridículo que le fuera a quitar su tiempo a un hombre como sir Robert Abbey. De pronto se le iluminó el rostro al pensar en Hamson, que estaba a la vuelta de la esquina. Este había sido muy gentil con él últimamente. Mejor que se «embolsara» las tres guineas él que cualquier extraño desagradecido. Andrew la envió con una nota a Freddie.

Tres cuartos de hora más tarde, regresó con un aire distinto, tranquilizada y satisfecha de sí misma, de Freddie y, sobre todo, de él.

—Excúseme, doctor. Solo deseaba darle las gracias por la molestia que le he causado. Vi al doctor Hamson y confirmó lo que usted me había dicho. Y me dijo que la receta que usted me había dado era sencillamente inmejorable.

En junio le extrajeron las amígdalas a Sybil Thornton. Las tenía inflamadas, y últimamente, en el *Journal*, se había sugerido que la absorción tonsilar estaba relacionada con la etiología del reumatismo. Ivory efectuó la extirpación con tediosa prolijidad.

—Prefiero ir con cautela con estos tejidos linfáticos —le dijo a Andrew, mientras se lavaban—. Seguro que usted ha presenciado extirpaciones más rápidas, pero yo no trabajo así.

Cuando Andrew recibió el cheque de Ivory —de nuevo llegó por correo—, Freddie estaba con él. Frecuentemente se visitaban en sus respectivos consultorios. Hamson lo

había recompensado de inmediato, enviándole una hermosa gastritis a cambio del caso de laringitis. Por este tiempo, varios pacientes habían recorrido ya el camino, portadores de sendas notas, entre las calles Welbeck y Queen Anne.

—Manson, me alegro de que hayas abandonado tu vieja posición de perro del hortelano, de puritano —le dijo Freddie—. Sin embargo, aún no le estás exprimiendo todo el jugo a la naranja. —Miró el cheque por encima del hombro de Andrew—. Únete conmigo, muchacho, y tendrás un banquete más succulento.

Andrew se rio.

Al regresar a casa aquella tarde, iba extraordinariamente contento. No tenía cigarrillos, y entró en un estanco de la calle Oxford. Al salir vio a una mujer que curioseaba en una vidriera vecina. Era Blodwen Page.

Aunque la reconoció de inmediato, parecía muy distinta de la enérgica matrona de Biyngower. Ya no era vigorosa, caminaba pesadamente, y, cuando él le habló, lo miró apática e indiferente.

—¿La señorita Page..., o debo decir la señora Rees? ¿No se acuerda de mí? El doctor Manson.

Ella lo observó, advirtió su correcto vestir y su aire de prosperidad. Suspiró lentamente y dijo:

—Le recuerdo, doctor. Parece que le va muy bien. —Luego, como temerosa de permanecer allí, se volvió hacia donde, unos metros más allá, la esperaba, impaciente, un hombre alto y calvo. Terminó, atemorizada—: Tengo que irme, doctor. Mi marido me espera.

Andrew observó la precipitación de Blodwen para irse y vio cómo los labios de Rees se movían para formular un reproche: «¿Qué es eso..., haciéndome esperar?», mientras ella agachaba sumisamente la cabeza. Por un instante sintió Andrew que se posaban en él los ojos fríos del administrador del banco. Poco después la pareja desapareció entre la multitud.

Andrew no se pudo quitar esa imagen de la cabeza. Cuando llegó a casa, encontró a Christine en la habitación que daba a la calle, tejiendo, con el té —que había pedido al sentir el ruido del auto— en una bandeja. Andrew la miró, sondeándola. Quería referirle el incidente, anhelaba poner fin a ese período de tensión. Pero cuando hubo aceptado una taza de té, y antes de que pudiera hablar, ella lo hizo tranquilamente:

—La señora Lawrence ha llamado de nuevo esta tarde. No ha dejado recado.

—¡Oh! —Él enrojeció—. ¿Qué quiere decir «de nuevo»?

—Es la cuarta vez que te llama esta semana.

—Bien, ¿y qué?

—Nada. No quiero decir nada.

—Tu modo de mirar... Yo no puedo evitar que me llame.

Christine callaba, con la mirada fija en su labor. Si Andrew hubiera podido ver la tormenta que se agitaba en ese pecho aparentemente tranquilo, no habría perdido la calma, como le ocurrió.

—Parece que pienses que tengo algo con ella. Ella es una mujer enteramente correcta. Su marido es uno de mis mejores amigos. Son gente encantadora. ¡Oh, demonio!

Se tomó de un sorbo el resto del té y se levantó. Sin embargo, al momento de salir, ya estaba arrepentido. Se fue al consultorio y encendió un cigarrillo, reflexionando en que las cosas iban de mal en peor entre él y Christine. Y no quería que empeorasen. Su creciente alejamiento le irritaba y deprimía; aquella era la única nube en el cielo diáfano de su éxito.

Christine y él habían sido muy felices en su vida matrimonial. El inesperado encuentro con la señorita Page le había traído una ráfaga de dulces e inefables recuerdos de su noviazgo en Drineffy. Ya no la idolatraba como en aquel tiempo, pero, a pesar de todo, la quería. Acaso la había herido una o dos veces últimamente. Sintió un repentino deseo de reconciliación, de complacerla, de halagarla. Pensó mucho. De pronto brilló una idea en sus ojos. Miró el reloj y vio que le quedaba media hora antes de que cerrase Laurier's. Un minuto después estaba en su auto, en busca de la señorita Cramb.

Cuando Andrew le mencionó su deseo, esta se puso encantada a sus órdenes. Conversaron muy seriamente y luego pasaron a la sección de pieles, donde examinó varias. La señorita Cramb las acariciaba con dedos expertos, señalando el lustre, la tonalidad y las características de cada piel. Una o dos veces se mostró en desacuerdo con los gustos de Andrew, indicándole nerviosamente qué pieles eran de verdadera calidad. Finalmente escogió una y ella aprobó la elección. Enseguida fue en busca del señor Winch y regresó para explicar, radiante:

—Dice el señor Winch que puede llevársela a precio de coste. —Jamás los labios de una empleada de Laurier's habían proferido la expresión «al por mayor»—. Son cincuenta y cinco libras, es lo que realmente valen, créame, doctor. Es una piel hermosa, muy hermosa. Su señora se sentirá orgullosa de llevarla.

El sábado siguiente, a las once, Andrew tomó la caja verde oliva, con la inimitable marca aristocráticamente grabada en la tapa, y fue al salón,

—¡Christine! —llamó—. Ven un momento.

Ella estaba arriba, ayudándole a hacer las camas a la señora Bennet, pero bajó al instante, algo intrigada.

—¡Mira, querida! —Ahora que llegaba el instante crítico, Andrew sintió una turbación casi sofocante—. Te he comprado esto. Sé..., sé que no nos hemos entendido muy bien últimamente. Pero quiero demostrarte...

Se interrumpió, y como un colegial le entregó la caja.

Christine se puso pálida. Las manos le temblaban al desatar la cuerda. Luego, dio un grito de estupor:

—¡Qué piel tan maravillosa!

Allí, sobre el papel de seda, había una piel de zorro plateada, en realidad dos piezas, unidas primorosamente, formando una sola. Andrew la tomó y la acarició como había hecho la señorita Cramb, hablando con voz alterada:

—¿Te gusta, Christine? Pruébatela. La buena *Zaguera* me ayudó a elegir. Es de primera calidad, la mejor que tenían. Y también muy valiosa. ¿Ves cómo brilla?

Corrían lágrimas por las mejillas de Christine. Se volvió hacia él, loca de contenta:

—Me quieres, ¿verdad, querido? Eso es lo único que me importa en el mundo.

Tranquilizada al fin, se la probó. Era magnífica. Andrew no acababa de admirarla. Quiso reconciliarse definitivamente con ella y le dijo:

—Mira, Christine, ya puestos, podríamos celebrarlo almorzando fuera. Te espero a la una en el comedor del Plaza.

—Bueno, querido —y observó tímidamente—: Solo que... había hecho pastel de cordero... tu plato favorito.

—¡No, no! —La risa de Andrew era alegre—. No te comportes como una vieja casera. A la una. Cita en el Plaza con el gentil caballero de negro. No hace falta que lles un clavel rojo. Te reconoceré por las pieles.

Andrew estuvo toda la mañana de excelente humor. ¡Qué tonto había sido... olvidando a Christine! A todas las mujeres les agrada que se les preste atención, que las lleven de paseo, que se les den satisfacciones. El comedor del Plaza era el lugar ideal. Todo Londres, al menos lo más selecto de la ciudad, estaba allí de una a tres.

Christine llegó tarde, cosa inusitada que impacientó ligeramente a Andrew, que, sentado en el pequeño vestíbulo frente a la mampara de vidrio del comedor, veía cómo se ocupaban las mejores mesas. Se hizo traer un segundo aperitivo. Era la una y veinte cuando ella llegó presurosa, confundida por el ruido, la gente, los elegantes camareros y el hecho de que, durante la última media hora, había estado esperando tontamente en el vestíbulo de la entrada.

—Lo siento, querido —le dijo—. Me he equivocado. Te estaba esperando en el vestíbulo de la entrada.

Les dieron una mala mesa, pegada a una columna, al lado del servicio. Esa zona estaba atestada, y las mesas tan próximas entre sí, que los comensales parecían estar sentados unos encima de otros. Los camareros se movían como equilibristas. Hacía un calor tropical. El bullicio crecía y menguaba como en el patio de un colegio.

—Bien, Christine, ¿qué te apetece? —le dijo en forma algo imperativa.

—Elige tú, querido —contestó.

Andrew ordenó un magnífico y costoso menú: sopa Príncipe de Gales, caviar, pollo,

espárragos, *fraises de bois in syrup*, y una botella de Liebfraumilch 1829.

—En nuestros días de Drineffy no sabíamos mucho de estas cosas. —Andrew reía, decidido a hacerla feliz—. No hay nada como cuidarse bien.

Ella procuró corresponder a la efusividad de su marido. Eligió el caviar e hizo un esfuerzo heroico con la exquisita sopa. Aparentó interés cuando Andrew le señaló a Glen Roscoe, la estrella de cine; a Mavis Yorke, una americana famosa por sus seis maridos, y a otros cosmopolitas igualmente distinguidos. La elegante vulgaridad del lugar le era odiosa a Christine. Los hombres vestían impecablemente. Todas las mujeres que veía eran rubias, vestidas de negro, elegantes, pintadas, negligentemente aristocráticas.

Christine estaba aturdida. Comenzó a sentir mareos. Habitualmente sus maneras eran de una natural sencillez, pero últimamente había vivido momentos de gran tensión nerviosa. En ese momento tuvo conciencia del contraste entre sus nuevas pieles y su vestido corriente. Sintió fijas en ella las miradas de otras mujeres. Comprendió que allí estaba tan fuera de lugar como una margarita en un invernáculo de orquídeas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó súbitamente Andrew—. ¿No estás contenta?

—Sí, por supuesto —dijo ella, procurando sonreír. Pero sus labios estaban rígidos. Apenas pudo tragar, y menos saborear el pollo excesivamente cubierto de crema que tenía en el plato.

—Estás como ausente —protestó Andrew—, y ni siquiera has probado el vino. Cuando un hombre saca a su mujer...

—Quisiera tomar un poco de agua —solicitó.

Tenía ganas de gritar. Ella no pertenecía a ese mundo. No tenía el pelo teñido, ni la cara maquillada, por lo que no era raro que incluso los camareros la mirasen. Nerviosamente pinchó con el tenedor un tallo de espárrago, y al llevárselo a la boca se partió en dos y le salpicaron unas gotas de salsa sobre su piel nueva.

La rubia platino de la mesa contigua miró a su compañero con una sonrisa irónica. Andrew lo advirtió, y abandonó su propósito de divertirse. El almuerzo terminó en un silencio lúgubre.

El regreso a casa fue aún más lúgubre. Andrew partió al momento a atender sus llamadas. Estaban más distanciados que antes. La pena en el corazón de Christine era intolerable. Comenzaba a perder la fe en sí misma, a preguntarse si realmente era ella la mujer que le convenía a Andrew. Esa noche le echó los brazos al cuello y lo besó, agradeciéndole una vez más las pieles y la invitación.

—Me alegro de que te hayas divertido —le respondió él escuetamente. Y se fue a su dormitorio.

CAPÍTULO XII

A los pocos días ocurrió un acontecimiento que por el momento distrajo la atención de Andrew de sus dificultades domésticas. Vio un párrafo en *The Tribune* que anunciaba la llegada en el *Imperial* del señor Richard Stillman, el conocido científico de Portland, Estados Unidos, que se hospedaría en el Brooks Hotel.

En otro tiempo habría corrido anhelante a casa, con el diario en la mano, diciendo: «Mira, Christine. Ha llegado Richard Stillman. ¿Te acuerdas? Me carteeé con él durante un tiempo. ¿Le apetecerá verme? Me encantaría tener una charla con él».

Pero había perdido la costumbre de acudir a Christine. En vez de hacerlo, meditó profundamente, con el diario en la mano, contento de poder ver a Stillman, no como un ayudante médico, sino con la autoridad de un profesional de la calle Welbeck. Redactó cuidadosamente una carta dándose a conocer al americano e invitándolo para el miércoles al restaurante del Plaza.

A la mañana siguiente lo llamó Stillman por teléfono. Su voz era tranquila, amistosa, atenta.

—Me alegro de hablar con usted, doctor Manson. Me gustaría que almorzáramos juntos, pero no en el Plaza. Odio ese lugar. ¿Por qué no viene a mi hotel?

Andrew encontró a Stillman en el recibidor de su habitación del Brooks, hotel selecto y tranquilo, lo más opuesto al bullicioso Plaza. Era un día caluroso, la mañana había sido agitada y Andrew casi se arrepintió de haber ido cuando vio al norteamericano. Tenía unos cincuenta años, era pequeño y frágil, con una cabeza desproporcionadamente grande y la mandíbula inferior como desencajada. Su tez era de un tono rosado, como de niño. Tenía el pelo rubio, muy fino y peinado con raya en medio. Solo cuando Andrew lo miró a los ojos, azules, firmes y glaciales, captó, casi sintió, la energía oculta tras aquel cuerpo insignificante.

—Espero que no le haya causado molestia venir aquí —dijo Richard Stillman con ese tono tranquilo del hombre que se sabe admirado—. Sé que ustedes creen que a los americanos nos gusta el Plaza —sonrió, comprensivo—, pero allí acude una muchedumbre indeseable. —Se detuvo—. Y ahora que lo tengo delante, permítame felicitarlo por ese espléndido trabajo sobre la inhalación. ¿No le molestó lo que le dije sobre la ceresita? ¿Qué ha hecho últimamente?

Bajaron al restaurante, donde el *maître* se puso a las órdenes de Stillman.

—¿Qué le apetece? Yo tomaré un zumo de naranja —dijo Stillman rápidamente, sin mirar la larga carta de nombres franceses—, unas chuletas de cordero con guisantes y café.

Andrew hizo su elección y se volvió luego, con creciente respeto, hacia su

compañero. Era imposible permanecer largo tiempo en presencia de Stillman sin rendirse al interés avasallador de su personalidad. Su historia, que Andrew conocía a grandes rasgos, era única.

Richard Stillman provenía de una antigua familia de Massachusetts, que durante generaciones había ejercido la abogacía en Boston. Pero, a pesar de esta tradición, el joven Stillman manifestó un vivo deseo de ser médico y, finalmente, a los dieciocho años persuadió a su padre para que le permitiera cursar la carrera de Medicina en Harvard. Llevaba allí dos años cuando su padre murió repentinamente, dejando a Richard, a su madre y a una hermana en una difícil situación económica.

El viejo John Stillman, abuelo de Richard, insistió en que su nieto debía abandonar los estudios médicos para honrar la tradición familiar. El anciano era implacable, y la resistencia del nieto resultó inútil. Así, al cabo de tres años de tedioso estudio, Richard obtuvo no el diploma médico que había deseado, sino la licenciatura en Derecho. Al poco tiempo, corría el año 1906, ingresó en el gabinete de la familia en Boston, y durante cuatro años se consagró al Derecho.

Sin embargo, era una consagración a medias. La bacteriología, y en particular la microbiología, lo habían fascinado desde sus primeros días de estudiante, y en el desván de su casa de Beacon Hill instaló un pequeño laboratorio, tomó a su empleado como ayudante y dedicó todos los momentos libres a satisfacer su pasión. Ese desván fue en realidad el germen del Instituto Stillman. Richard no era un aficionado. Por el contrario, desplegaba no solo la más alta habilidad técnica, sino una originalidad rayana en la genialidad. Y cuando en el invierno de 1908 su hermana Mary, a la que quería mucho, murió de una tisis galopante, comenzó a concentrar sus esfuerzos sobre el bacilo de la tuberculosis. Se sirvió de los trabajos de Pierre Louis y del discípulo americano de aquel, James Jackson, hijo. Su estudio de la obra de Laenec sobre la auscultación lo llevó al estudio fisiológico del pulmón. Inventó un nuevo tipo de estetoscopio y comenzó sus tentativas para producir un suero de la sangre.

En 1910, cuando falleció el viejo John Stillman, Richard había conseguido, por fin, erradicar la tuberculosis en conejos de Indias. Los resultados de este doble acontecimiento fueron inmediatos. La madre de Stillman había simpatizado siempre con su labor científica. No necesitó mucho para renunciar a la abogacía en Boston, y, tras heredar la finca de su abuelo, compró una propiedad cerca de Portland, en Oregón, donde se entregó por completo al verdadero objetivo de su vida.

Ya había malgastado tantos años valiosos, que no hizo la menor tentativa por alcanzar una titulación médica. Quería progresos, resultados. Pronto produjo un suero de los caballos bayos y tuvo éxito con una vacuna bovina en la inmunización en masa de vacas en Jersey. Al mismo tiempo aplicaba las observaciones fundamentales de Helmholtz y Willard Gibbs, de Yale, y de médicos posteriores, como Bisailon y Zinks, al

tratamiento de los pulmones enfermos mediante la inmovilización. De aquí pasó directamente a la terapéutica.

Su labor curativa en el nuevo instituto le procuró triunfos todavía mayores que los de su laboratorio. Muchos de sus pacientes eran tuberculosos «ambulantes», que vagaban de un sanatorio a otro, tenidos por incurables. Su éxito con estos casos le atrajo inmediatamente las invectivas, las acusaciones y la resuelta hostilidad de los profesionales.

Entonces comenzó para Stillman una lucha muy distinta y más larga: la batalla en pro del reconocimiento de su obra. Había invertido todo el dinero que poseía en la creación de su instituto, cuyo mantenimiento era costoso. Aborrecía la publicidad y rechazó todas las ofertas para comercializar su trabajo. A veces parecía que las dificultades materiales, sumadas a una oposición inclemente, iban a hundirlo. Stillman, sin embargo, con magnífico coraje, se sobrepuso a todas las crisis, incluso a una campaña periodística nacional dirigida contra él.

Pasada esa etapa, decayó la tempestad de la controversia. Poco a poco, ganó Stillman el malhumorado reconocimiento de sus adversarios. En 1925 visitó el instituto una comisión de Washington que informó muy favorablemente sobre su labor. Stillman, reconocido ahora, comenzó a recibir grandes donaciones de individuos particulares, de grandes corporaciones y aun de organismos públicos. Dedicó esos fondos a la ampliación y perfeccionamiento de su instituto, que con su magnífico instrumental y situación, sus baños de Jersey y de caballos irlandeses para sueros, llegó a ser un centro importantísimo en el estado de Oregón.

Aun cuando Stillman no se hallaba del todo libre de enemigos —en 1929, por ejemplo, las acusaciones contra él de un ayudante de laboratorio despedido ocasionaron otro escándalo—, cuando menos se había asegurado la inmunidad para proseguir sus trabajos. Sin dejar que el triunfo lo envaneciese, siguió siendo la misma persona reposada y modesta que veinticinco años atrás había ensayado sus primeros cultivos en el desván de Beacon Hill.

Y ahora, sentado allí en el restaurante del Brooks Hotel, miraba a Andrew con apacible benevolencia.

—Es muy agradable estar en Inglaterra —dijo—. Me gusta su país. Nuestros veranos no son tan frescos como los de aquí.

—Supongo que ha venido a dar conferencias, ¿no?

Stillman sonrió.

—¡No! Ahora no doy conferencias, ¿será vanidad decir que dejo que mis resultados hablen por mí? Estoy aquí por otro motivo. Resulta que el señor Cranston, su compatriota, me refiero a Herbert Cranston, el fabricante de esos autos pequeños maravillosos, vino a verme a Estados Unidos hace cosa de un año. Ha padecido asma

toda su vida, y yo... bueno, en el instituto logramos curarle. Desde entonces ha estado insistiendo para que venga a instalar aquí una pequeña clínica según el modelo de la de Portland. Convine en ello hace seis meses. Aprobamos los planos, y los trabajos están ya a punto de terminarse, en un lugar que llamamos Bellevue, en Chiltners, cerca de High Wycombe. Una vez que esté en pleno funcionamiento se lo confiaré a Marland, uno de mis ayudantes. Es un experimento prometedor, por las especiales condiciones, desde el punto de vista climático y étnico, que presenta este país. ¡El aspecto financiero carece de importancia!

Andrew se inclinó hacia adelante.

—Parece muy interesante. ¿En qué se va a especializar? Me agradecería visitar el sitio.

—Puede ir cuando estemos listos; tendremos mucho gusto en recibirle, doctor. Habrá un departamento para el asma. Esto es cosa de Granston. Y, además, he indicado especialmente el tratamiento de unos pocos casos de tuberculosis incipientes. Digo unos pocos porque... —aquí sonrió Stillman— no olvido que soy un biofísico que sabe algo sobre el aparato respiratorio... En Estados Unidos nuestra mayor dificultad es evitar que nos aplasten... ¿Qué le estaba diciendo? ¡Ah, sí! Estas tuberculosis incipientes. Esto le interesará a usted. Poseo un nuevo método para aplicar el neumotórax. Es realmente un progreso,

—¿Se refiere al Emile-Weil?

—No, no. Mucho mejor. Sin los inconvenientes de la fluctuación negativa. —El rostro de Stillman se iluminó—. Usted conoce la dificultad del aparato de frasco fijo, ese punto en que la presión intrapleurale equilibra la presión del fluido y cesa completamente la emisión de gas. En el instituto hemos recurrido a una cámara accesoria de presión, que se la mostraré cuando venga, con lo cual podremos introducir gas con una presión negativa determinada desde el principio.

—¿Y la embolia gaseosa? —insinuó rápidamente Andrew.

—Eliminamos totalmente ese peligro. Introduciendo un pequeño manómetro de bromoformo junto a la aguja, evitaremos la rarefacción. Una fluctuación de catorce centímetros proporciona solo un centímetro cúbico de gas en la punta de la aguja. Por otra parte, nuestra aguja tiene un cuádruple enchufe que funciona mejor que el de Sangman.

A pesar suyo —y de su puesto de médico honorario en el Victoria—, Andrew estaba impresionado.

—¡Vaya! —dijo—. Si es así, se va a reducir a nada el *shock* pleural. Señor Stillman... bueno, es sorprendente que todo esto proceda de usted. ¡Oh!, perdóneme, me he expresado mal, pero ya sabe lo que quiero decir... Con la cantidad de médicos que siguen usando los viejos aparatos...

—Mi querido doctor —le contestó Stillman con una mirada picaresca—, no olvide

que Carson, el primero que usó el neumotórax, era solo un experimentador fisiológico.

A continuación se sumieron en cuestiones técnicas. Discutieron sobre la apicolisis y la frenicotomía, sobre los cuatro puntos de Brauer, y pasaron después al oleotórax y al trabajo de Brenon en Francia: inyecciones intrapleurales en el empiema tuberculoso. Solo cesaron cuando Stillman miró el reloj y advirtió, con una exclamación, que llegaría con media hora de retraso a su cita con Churston.

Andrew abandonó el Brooks Hotel con el espíritu tonificado y exaltado. Pero tras eso le sobrevino una extraña sensación de confusión, de descontento con su propio trabajo. «Olvídalo, Andrew, te has dejado arrastrar por ese hombre», se dijo para sí, molesto.

Al llegar a la calle Chesborough no se hallaba en una disposición de espíritu muy favorable. Sin embargo, decidió imprimir a sus facciones un aire indiferente. Su relación con Christine había llegado a exigirle esta actitud, pues ella se presentaba ahora ante él con un rostro tan sumiso e inexpresivo que Andrew sentía, por mucho que interiormente estuviese disgustado, que debía responder en el mismo tono bondadoso.

Le parecía que ella se había concentrado en sí misma, recluyéndose en una vida interior, a la que él no podía tener acceso. Christine leía mucho, escribía cartas. Una o dos veces, al regresar, la encontró jugando con Florrie; juegos infantiles, con fichas de colores que compraban en las tiendas. Comenzó también, con discreta regularidad, a frecuentar la iglesia. Y esto le exasperaba más que todo.

En Drineffy, Christine acompañaba todos los domingos a la iglesia parroquial a la señora Watkins, y a Andrew no le parecía mal. Pero ahora, alejado de ella y nada benévolo, solo vio en ello un nuevo desaire, una actitud hostil hacia su persona.

Aquella tarde, al entrar en el saloncito, Christine estaba allí sola, sentada, con los codos sobre la mesa, calados los lentes —a los que últimamente recurría—, un libro frente a ella, como una colegiala concentrada en sus deberes. Un áspero sentimiento de verse desdeñado agitó a Andrew. Acercándose por detrás, le arrebató el libro, y allí, en el margen superior, pudo leer: *El Evangelio según san Lucas*.

—¡Bueno, bueno! —Andrew estaba ofuscado, furioso—. ¿A este punto has llegado? ¡Dedicada a leer la Biblia!

—¿Por qué no? Acostumbraba a leerla antes de conocerte.

—¡Ah!, lo hacías, ¿eh?

—Sí. —En los ojos de Christine había una extraña mirada de tristeza—. Es posible que a tus amigos del Plaza no les guste, pero al menos es buena literatura.

—¡Ya! Déjame que te diga una cosa, por si no lo sabes: te estás convirtiendo en una neurótica.

—Probablemente. Pero déjame que te diga a ti otra: prefiero ser una neurótica y espiritualmente viva, a ser un triunfador... y espiritualmente muerto.

Se interrumpió de repente, mordiéndose los labios, reprimiendo las lágrimas. A duras

penas consiguió dominarse. Mirándolo firmemente, con ojos tristes, le dijo en voz baja:

—Andrew, ¿no crees que sería bueno para los dos que yo me fuera por un tiempo? La señora Vaughan me ha escrito invitándome a pasar con ella dos o tres semanas. Han alquilado una casa en Newquay para el verano. ¿No crees que debería ir?

—¡Sí! ¡Ve! —Dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO XIII

La partida de Christine a Newquay fue un alivio, una deliciosa emancipación. Pero enseguida Andrew comenzó a cavilar, a preguntarse qué haría ella y si lo echaría de menos, y a irritarse pensando celosamente cuándo regresaría. Aunque se dijo a sí mismo que ahora era libre, experimentaba el mismo sentimiento de pérdida que le había apartado del trabajo en Aberlraw cuando ella había ido a Bridlington, dejándolo entregado a la preparación de su examen.

Su imagen surgió a los ojos de Andrew, pero no las frescas facciones de aquella primera Christine, sino un rostro más pálido, más maduro, con las mejillas ligeramente hundidas y ojos miopes tras unas lentes redondas. No era un rostro hermoso, pero tenía una inolvidable expresión de sufrimiento.

Andrew salió mucho, jugó al *bridge* con Ivory, Freddie y Deedman en el club. A pesar de las extrañas sensaciones que le habían provocado su primer encuentro con él, siguió frecuentando a Stillman, que se movía entre el Brooks Hotel y la clínica, ahora casi terminada, en Wycombe,

Le escribió a Denny pidiéndole que fuera a Londres, pero a este le fue imposible, por ser tan reciente su nombramiento. Hope era inaccesible en Cambridge.

Procuró concentrarse en su investigación clínica del hospital. Pero era imposible. Estaba demasiado inquieto. Con este mismo afán nervioso, trató de sus inversiones con Wade, el administrador del banco. Todo era satisfactorio; todo marchaba bien. Comenzó entonces a madurar un plan para comprar una casa en la calle Welbeck —gran inversión, pero que resultaría altamente beneficiosa—, y dejar la de Chesborough, conservando solamente el consultorio contiguo. Una agencia inmobiliaria le ayudaría. Se despertaba en las noches calurosas con la cabeza llena de proyectos, pensando en su clientela, con los nervios agotados, echando de menos a Christine, mientras su mano buscaba automáticamente un cigarrillo en la mesa de noche.

En medio de todo esto, llamó a Frances Lawrence.

—Estos días estoy solo. ¿Tendría inconveniente en salir por ahí alguna tarde? ¡Hace tanto calor en Londres!

El acento de la dama le llegó suave, extrañamente para él.

—Sería muy agradable. Esperaba su llamada. ¿Conoce Crossways? Estilo muy isabelino, aunque temo que con demasiada luz. Pero hay un río magnífico.

La tarde siguiente despachó el consultorio en tres cuartos de hora. Mucho antes de las ocho recogía con su coche a Frances en Knightsbridge y ponía rumbo a Chertsey.

Siguieron hacia el oeste, a través de los bajos jardines del mercado, más allá de Staines, cegados por el sol poniente. Ella iba al lado de Andrew, hablando muy poco,

pero llenando el coche con su presencia encantadora y extraña. Llevaba un traje de tela fina, de color café claro, y un sombrero oscuro ceñido a su pequeña cabeza. Andrew experimentaba el sentimiento abrumador de la gracia de Frances, de su consumada elegancia. Su mano desnuda, junto a él, blanca, fina, expresaba curiosamente esta cualidad. Cada uno de sus largos dedos terminaba en un exquisito óvalo escarlata. Era una mujer sumamente delicada.

Crossways era una magnífica residencia isabelina en medio de unos jardines perfectos, sobre el Támesis, que en modo alguno se acomodaban a que, por conveniencias modernas, la hubiesen transformado de mansión señorial en lugar de recreo, con una abominable *jazz-band*. Pero aunque un mozo saltó al auto cuando ellos entraron en el patio, lleno de coches suntuosos, los viejos ladrillos brillaban detrás de las parras y las altas chimeneas se alzaban serenamente hacia el cielo.

Pasaron al restaurante. Era elegante, amplio, con mesas colocadas en torno de un cuadro de suelo lustroso. Se acercó a ellos un *maître* que podía ser hermano del que trabajaba en el Plaza. Andrew odiaba y temía a los *maîtres*. Pero se debía, descubrió ahora, a que nunca los había afrontado al lado de una mujer como Frances. Una rápida mirada y se veían reverencialmente conducidos a la mejor mesa de la sala, rodeados de un ejército de camareros, uno de los cuales desdobló la servilleta de Andrew y la colocó ritualmente sobre sus rodillas.

Frances comió muy poco: una ensalada, melva asada y agua helada en vez de vino. Impertérrito, el *maître* parecía ver en esa frugalidad la confirmación de la alta condición social de la dama. Andrew se dio cuenta, con una súbita sensación de pena, de que, si hubiese entrado en ese santuario con Christine y pedido esa comida tan vulgar, habría sido arrojado con desprecio al camino.

Volvió en sí para encontrarse con la mirada sonriente de Frances.

—¿Se da cuenta de que nos conocemos hace ya bastante tiempo y que esta es la primera vez que me invita a salir con usted?

—¿Lo lamenta?

—Yo no diría tanto, creo.

Una vez más la familiaridad encantadora de ese rostro suavemente sonriente lo exaltó, lo hizo sentirse más despierto, más cómodo, en un plano superior. No era mera afectación ni tonta jactancia. El sello de la distinción de Frances era algo que en cierto modo se difundía hasta envolverlo a él mismo. Andrew se daba cuenta de que las gentes de las mesas vecinas los observaban con interés, y de la admiración masculina, que ella desdeñaba serenamente. No pudo menos que experimentar el sentimiento de una unión más firme con ella.

—¿Le halagaría saber que he deshecho un compromiso anterior para venir aquí? —le dijo ella—. Nicol Watson..., ¿lo recuerda? Me iba a llevar al ballet, una de mis

diversiones favoritas; ¿qué pensará usted de mi gusto infantil? Massine, en *La Boutique Fantasque*.

—Recuerdo a Watson. Y su viaje por el Paraguay. Un hombre inteligente.

—Es sumamente agradable.

—Pero ¿no le parece que hace demasiado calor para ir al teatro?

Ella sonrió sin contestar, y sacó un cigarrillo de una cajita plana de esmalte, en cuya tapa se hallaba grabada en colores suaves una exquisita miniatura de Boucher.

—Sí, tuve noticias de que Watson andaba detrás de usted —insistió Andrew, con repentina vehemencia—. ¿Qué piensa de eso su marido?

De nuevo calló Frances, alzando simplemente una ceja, como si deplorara suavemente la falta de sutileza de Andrew. Al cabo de un momento, dijo:

—Él lo comprende. Jackie y yo somos los mejores amigos. Sin embargo, tenemos nuestras propias amistades. Él está ahora con las suyas, y no le pregunto por qué ni con quién. —Luego, débilmente, le susurró—; ¿Bailamos... solo una vez?

Bailaron. Ella se movía con su habitual gracia fascinadora, y él la sentía leve en sus brazos, impersonal.

—Me temo que no sirvo para esto —dijo Andrew cuando regresaron. Estaba adoptando el lenguaje de ella. Estaban lejos, muy lejos, los días en que habría dicho: «¡Demonios, Christine, me carga el baile!».

Frances no respondió. Una vez más, sintió Andrew la delicadeza de aquella mujer. Otra mujer le habría lisonjeado, o le habría contradicho, o le habría hecho sentirse rudo como un campesino. Llevado de una curiosidad impulsiva, Andrew preguntó:

—Tenga la bondad de decirme una cosa. ¿Por qué ha sido tan amable conmigo, ayudándome como lo ha hecho... todos estos meses?

Ella le miró algo irónica, pero sin rehuir la pregunta.

—Usted es extraordinariamente atractivo para las mujeres. Y su mayor encanto es que lo ignora.

—No, en serio... —protestó Andrew, enrojeciendo. Luego murmuró—: Supongo que también valgo como médico.

Frances sonrió, aventando lentamente el humo del cigarrillo con la mano.

—Usted no se convencerá. O no se lo debía haber dicho. Y, por supuesto, es un médico excelente. Precisamente la otra noche hablábamos de usted en Green Street. Le Roy está aburrido del confeccionador de menús de nuestra compañía. ¡Pobre Rumbold!, no le habría hecho mucha gracia oírle gritar a Le Roy: «Debemos hacer salir al abuelito». Pero Jackie conviene en ello. En el directorio necesitan alguien más joven, con más empuje... ¿emplearé la fórmula consabida?... un hombre de porvenir. Parece que proyectan una gran campaña en los periódicos médicos; quieren ganarse a los profesionales, darle a la cosa un toque científico, como dijo Le Roy. Y, por supuesto,

Rumbold no tiene el respeto de sus colegas. Pero ¿por qué hablo de esto? ¡Perder una noche como esta! No ponga esa cara de querer asesinarme a mí, o al mozo, o al director de la orquesta... Me gustaría realmente que usted... Usted sigue igual que aquel primer día en que nos conocimos en la sala de pruebas de Laurier's..., altanero, orgulloso y nervioso..., incluso un tanto ridículo. ¡Pobre Toppy! En teoría, es ella la que debería estar aquí.

—Me alegro de que no sea así —repuso Andrew, con los ojos fijos en la mesa.

—Por favor, no me crea vulgar. No lo podría tolerar. Supongo que somos lo bastante inteligentes... y nosotros..., bueno, yo, para empezar, no creo en las grandes pasiones... ¿No es suficiente la frase? Pero creo que la vida es mucho más alegre si se tiene... un amigo... que recorra con uno parte del camino. —De nuevo hubo ironía en sus ojos—. Ahora parezco enteramente «ruborizada», y eso es demasiado terrible para mí. —Frances tomó su cigarrera—. Aquí hace demasiado calor. Quiero que vea la luna sobre el río.

Andrew pagó y la siguió a lo largo de las ventanas de vidrio que un acto de vandalismo decorativo habían colocado en la hermosa muralla antigua. La música del baile llegaba tenuemente a la terraza, rodeada de una balaustrada. Frente a ellos, conducía hasta el río una amplia avenida de césped entre hileras oscuras de tejos podados. Como decía Frances, había una luna que proyectaba grandes sombras desde los tejos y destellaba pálidamente unas flechas de luz que iban a hacer blanco en los prados del fondo. Más allá, el resplandor plateado del agua.

Caminaron hasta el río y se sentaron en un banco que había junto a la orilla. Ella se quitó el sombrero y contempló en silencio la mansa corriente, cuyo rumor eterno se fundía extrañamente con el ruido sordo de un potente automóvil que pasaba a lo lejos, a gran velocidad.

—¡Qué extraña es la noche! —murmuró Frances—. Lo antiguo y lo nuevo. Y allí reflectores en competencia con la luna. Son cosas de esta época en que vivimos.

Andrew la besó. Ella no hizo ademán alguno. Sus labios estaban secos y ardientes. Al cabo de un minuto dijo:

—Fue muy dulce y muy mal hecho.

—Puedo hacerlo mejor —balbució Andrew, mirando al frente, sin moverse. Se sentía cohibido, falto de aplomo, avergonzado y nervioso. Se dijo emocionado que era maravilloso estar allí en una noche como esa, con una mujer tan graciosa y encantadora. Según todas las normas de los claros de luna y de las revistas, él debería haberla estrechado locamente entre sus brazos. De pronto fue consciente de su posición violenta, de su deseo de fumar, de que el vinagre de la ensalada le irritaba su antigua dispepsia.

Y el rostro de Christine se reflejaba, de modo inexplicable, en el agua del río, un rostro fatigado y más bien torturado que lucía en la mejilla una lastimosa mancha de

pintura de la brocha con que ella misma había pintado la pesada puerta plegable al llegar por primera vez a Chesborough Terrace. Lo inquietaba y exasperaba. Allí estaba él, retenido por la necesidad de las circunstancias. Y era un hombre, ¿no...?, no un candidato de Voronoff. Desafiante, besó de nuevo a Frances.

—Creí que se iba a tomar otros doce meses para decidirse. —Los ojos de Frances conservaban esa afectuosa ironía—. ¿No cree que deberíamos irnos, doctor? ¿Estos aires nocturnos... no son más bien peligrosos para el espíritu puritano?

Andrew la ayudó a levantarse y ella le retuvo la mano, que oprimía ligeramente mientras caminaban hacia el auto. Andrew le dio un chelín al vigilante del aparcamiento y puso rumbo a Londres. El silencio de Frances delataba su felicidad.

Pero él no se sentía feliz. Se sentía vil y tonto. Maldiciéndose, desengañado de sus propias reacciones, todavía temía volver a su alcoba sofocante, a su lecho solitario y febril. Tenía el corazón helado y la cabeza llena de pensamientos atormentadores. Recordó la inefable dulzura de su primer amor por Christine, del éxtasis de aquellos remotos días de Drineffy. Rechazó furioso semejante recuerdo.

Habían llegado a la casa de Frances y el espíritu de Andrew aún se debatía. Bajó del coche y abrió la portezuela. Ambos permanecieron un instante sobre el pavimento mientras ella abría la cartera y sacaba la llave.

—¿Sube? Las criadas ya deben de estar acostadas.

Andrew vaciló, tartamudeando:

—¿No es muy tarde?

Ella aparentó no oír y subió los peldaños de piedra con la llave en la mano. Mientras la seguía, ocultándose tras ella, Andrew tuvo una débil visión de Christine caminando por el mercado con su vieja chaqueta tejida.

CAPÍTULO XIV

Tres días después, Andrew estaba sentado tras su escritorio en el consultorio de la calle Welbeck. Era una tarde calurosa y a través de la cortina de la ventana abierta le llegaba el molesto rumor del tránsito. Estaba fatigado, agotado, temeroso del regreso de Christine ese fin de semana, expectante y sin embargo nervioso ante cualquier llamada telefónica, agobiado por la tarea de luchar con seis enfermos de a tres guineas en el espacio de una hora y el pensamiento de que debía llevar a cenar a Frances. La enfermera Sharp miró impacientemente al entrar, con más acrimonia en sus facciones que de costumbre.

—Hay un hombre que desea verle, tiene un aspecto terrible. No es un paciente y dice que no es viajante. Se llama Boland.

—¿Boland? —repitió perplejo Andrew; luego se le iluminó el rostro—. ¿No será Con Boland? Que pase.

—Pero hay un paciente esperando. Y dentro de diez minutos vendrá la señora Roberts.

—¡Oh, no se preocupe por la señora Roberts! —repuso irritado—. ¡Haga lo que le digo!

La enfermera Sharp enrojeció al oírle gritar. Estuvo a punto de decirle que no estaba acostumbrada a que le hablaran así. Dio un respingo y salió. Un minuto después hacía entrar a Boland.

—¡Vaya, Con! —dijo Andrew dando un salto.

—¡Hola, hola, hola! —gritó Con, avanzando con su amplia sonrisa peculiar. Era el dentista pelirrojo en persona, tan real y desaliñado, con su brillante traje azul que le quedaba grande y con unos enormes botines de color café, como aquella vez que trabajaba en su garaje, algo más viejo acaso, pero con la escobilla de su rojo mostacho no menos rígida, y todavía espontáneo, hirsuto. Palmeó con fuerza la espalda a Andrew.

—¡En nombre de Dios, Manson! Es magnífico verle de nuevo. Está maravillosamente. Le habría reconocido entre un millón. ¡Bueno, bueno! Veo que está bien instalado. —Miró a la agriada Sharp, que lo observaba desdeñosamente—. Esta señora no quería dejarme entrar, hasta que le dije que yo también era un profesional. Es muy cierto, enfermera. Este muchacho elegante para el que trabaja usted estaba hace poco en el mismo servicio médico que yo. Allá arriba, en Aberalaw. Si pasa por allí alguna vez, háganos una visita a mi mujer y a mí y le daremos una taza de té. ¡Cualquier amigo de mi viejo amigo Manson es tan bien recibido como el día!

La señorita Sharp lo miró y salió. Con, efusivo como era, de una alegría pura y espontánea, comenzó a dar vueltas en tomo a Andrew y dijo:

—No es guapa, pero seguro que es una mujer decente. Bueno, bueno. ¿Cómo están ustedes dos? ¿Cómo va todo?

Mantenía apretada la mano de Andrew, sonriendo de satisfacción.

Era un raro tónico ver de nuevo a Con en este día enervante. Cuando Andrew soltó su mano por fin, se dejó caer en la silla giratoria, sintiéndose humano una vez más. Le ofreció un cigarro a Con. Entonces este, con un pulgar en la sisa del chaleco y el otro oprimiendo la punta humedecida del cigarro recién encendido, explicó el motivo de su visita.

—Me correspondía un día de vacaciones, y tenía que tratar un par de asuntos, por lo que mi mujer me hizo hacer la maleta y partir. He estado trabajando en una especie de invento, un resorte para apretar los frenos sueltos. He estado dedicando toda la chispa de mi sustancia gris a la idea. Pero que el diablo se los lleve, no hay nadie que se preocupe del asunto. Pero dejemos este tema, no tiene ninguna importancia... en comparación con el otro. —Con dejó caer en la alfombra la ceniza del cigarro y adoptó una expresión más seria—. Escuche, Manson. Se trata de Mary... ¿Se acuerda de ella? Ella sí se acuerda mucho de usted. Últimamente no se encuentra bien. La hemos llevado a Llewellyn, y maldito el provecho que ha sacado. —Con se acaloró de repente y su voz bajó de tono—. ¡Demonios, Manson, ha tenido las agallas de decir que tiene tuberculosis! Como si todo eso no hubiera terminado en la familia Boland cuando el tío Dan fue al sanatorio hace quince años. Mire, Manson, ¿hará algo por nuestra antigua amistad? Sabemos que es ahora un gran hombre, se habla de usted en Aberlaw. ¿Querrá examinar a Mary? Ya sabe la confianza que ella y nosotros tenemos en usted. Por eso mi mujer no para de insistirme: «Cuando puedas, ve a ver al doctor Manson, y, si puede examinar a nuestra hija, se la enviamos cuando le parezca oportuno». Bien, ¿qué dice usted, Manson? Si está demasiado ocupado, no tiene más que decírmelo y no le importunaré.

Andrew lo escuchaba con todo interés.

—¿Importunarme? De ningún modo. Estoy encantado de verle. ¡Pobre Mary!..., haré lo que pueda por ella, todo lo que pueda.

Desentendiéndose de las significativas apariciones de la enfermera Sharp, Andrew ocupó su precioso tiempo conversando con su amigo Con hasta que, finalmente, aquella no lo pudo soportar más.

—Le esperan cinco pacientes, doctor Manson. Lleva más de una hora de retraso. Ya no les puedo dar más excusas, no estoy acostumbrada a tratar así a los clientes.

A pesar de todo, Andrew todavía hablaba con Con y lo acompañó hasta la puerta, ofreciéndole su casa.

—No le voy a permitir que regrese sin más a Aberlaw, Con. ¿De cuánto tiempo dispone? Tres o cuatro días... ¡Bueno! ¿Dónde se hospeda? ¿En el Westland, en Bayswater? ¿Por qué no se viene a casa? Tenemos muchas habitaciones. Christine

regresará el viernes. Se alegrará de verlo, Con, se alegrará mucho. Hablaremos de los viejos tiempos.

Al día siguiente, Con llevó su maleta a Chesborough Terrace. Después del consultorio de la tarde fueron al anexo del Palladium Music-hall. Era sorprendente lo agradable que parecía todo en compañía de Con. La pronta risa del dentista resonaba, suave al principio y luego más fuerte, contagiando a los que estaban cerca. La gente se volvía para sonreír con él.

—¡En nombre de Dios! —Con se revolvía en su asiento—. ¿Ve a ese muchacho en bicicleta? ¿Tiene que hacer, Manson...?

En el descanso fueron al bar. Boland, con el sombrero en la nuca, la espuma en los bigotes y sus zapatos de color café, que a él le quedaban muy bien, dijo:

—¡Qué bien me trata, Manson, hijo mío! ¡Es usted la bondad en persona!

Frente a la cordial gratitud de Con, Andrew se sintió en cierto modo un hipócrita.

Después se tomaron un bocadillo y una cerveza en el Caldero; de regreso, atizaron el fuego en el salón y se sentaron a conversar. Charlaron, fumaron y bebieron más cerveza. Andrew olvidó por un momento las complejidades de la vida supercivilizada. La tensión del trabajo, la perspectiva de asociarse con Le Roy, la posibilidad de su ascenso en el Victoria, el estado de sus inversiones, la suave atadura a la delicadeza de Frances Lawrence, el temor de la acusación en los ojos de Christine..., todo eso lo olvidó mientras Con exclamaba:

—¿Recuerda los tiempos en que peleamos con Llewellyn? Urquhart y los otros se echaron atrás... Urquhart es el mismo de siempre: le envía saludos... y luego entre los dos nos pusimos manos a la obra y..., ¿terminamos la cerveza?

Pero llegó el día siguiente. Y trajo inexorablemente el instante del encuentro con Christine. Andrew arrastró al inocente Con hasta el extremo del andén, sintiendo, irritado, lo inseguro de su situación y comprendiendo que Boland era su salvador.

Cuando al fin llegó el tren, su corazón latía penosamente. Tuvo un instante de remordimiento y angustia al divisar el pequeño rostro familiar de Christine, que avanzaba entre la multitud de extraños, esforzándose ansiosa por llegar hasta los suyos.

—¡Hola, Christine! Creí que no llegarías nunca. Sí, míralo. Es Con en persona. Está igual que siempre. Está hospedado en casa, Christine..., en el auto te lo contaremos todo. ¿Lo has pasado bien? ¡Oh!, deja que te lleve la maleta.

Sorprendida por esa inesperada recepción en el andén —de hecho temía que nadie la esperara—, Christine perdió su expresión desabrida y el color volvió a sus mejillas. También había estado recelosa, en nerviosa tensión, con ansias de un nuevo comienzo. Ahora se sentía casi esperanzada. Cómodamente instalada en el asiento posterior del coche, acompañada de Con, habló mucho, dirigiendo miradas furtivas al perfil de Andrew, que manejaba el volante.

—¡Oh, qué agradable es estar en casa! —Respiró profundamente al traspasar el umbral, y luego, rápida, gravemente, añadió—: ¿Me has echado de menos, Andrew?

—Sí. Todos te hemos echado de menos, ¿verdad, señora Bennet?, ¿verdad, Florrie? ¡Con! ¿Qué diablos está haciendo con ese equipaje?

Corrió innecesariamente a ayudar a Boland con la maleta, y enseguida, antes de que nada se pudiera hacer o decir, se fue a atender sus visitas. Insistió en que lo esperasen a tomar el té. Al arrellanarse en el asiento del auto, pensó:

«Gracias a Dios, ya ha pasado lo peor. No parece haber aprovechado en absoluto su viaje. ¡Oh, demonio...! Estoy seguro de que no ha notado nada. Y esto es lo principal, por el momento».

Aunque tardó en regresar, su viveza y alegría eran enormes. Con estaba encantado de verlo así.

—¡En nombre de Dios! Usted tiene mucha más vida ahora que en aquellos viejos tiempos, Manson.

Una o dos veces sintió Andrew los ojos de Christine en los suyos, como solicitando una señal, una mirada de comprensión. Se daba cuenta de que la enfermedad de Mary le perturbaba... En un paréntesis de la conversación, Christine le explicó que le había pedido a Con que telegraficara a casa para que Mary acudiera cuanto antes, a ser posible al día siguiente. Estaba preocupada por ella, y creía que había que actuar sin demora.

Resultó mejor de lo que había imaginado Andrew. Mary telegrafió comunicando su llegada al día siguiente antes del almuerzo, y Christine se concentró en los preparativos para recibirla. El movimiento y la excitación de la casa cubrían la falsa alegría de Andrew.

Pero, cuando llegó Mary, fue de nuevo él mismo. A primera vista, era evidente que la muchacha no estaba bien. Transformada en esos años en una joven delgada de veinte abriles, con una ligera inclinación de hombros, tenía esa tez bella no natural que le sirvió a Andrew de advertencia inmediata.

Estaba cansada del viaje y, aunque, con el placer de verlos, deseaba seguir tomando parte en la charla, la convencieron de que se acostara. Entonces subió Andrew a auscultarla.

Estuvo con ella solo quince minutos, y cuando volvió al salón su expresión era de inquietud.

—Creo que no hay duda. El vértice izquierdo. Llewellyn tenía toda la razón, Con. Pero no se alarme. Solo es de primer grado.

—Quiere decir... —dijo Con, sombríamente receloso—, quiere decir que puede curarse.

—Me atrevo a decir que sí. Necesita vigilancia, observación constante, todos los cuidados. —Reflexionó, frunciendo el ceño—. Me parece, Con, que en Aberlaw no

pueden hacer nada por ella. ¿Por qué no me permite llevarla al Victoria? Tengo influencia con el doctor Thoroughgood. Con seguridad la admitiría en su sala. Yo la observaría.

—¡Manson! —exclamó Con, impresionado—. Lo suyo es verdadera amistad. ¡Si supiera la confianza que le tiene mi niña! Si alguien la puede curar, es usted.

Andrew se fue a telefonar a Thoroughgood al instante. Volvió a los cinco minutos con la noticia de que Mary sería admitida en el Victoria el próximo fin de semana. Con se iluminó visiblemente, y en su optimismo, pensando en el Hospital Victoria, en la atención de Andrew y en la supervigilancia de Thoroughgood, dio a Mary por curada.

Los dos días siguientes fueron de mucho trabajo. El sábado por la tarde, cuando Mary fue admitida y Con hubo tomado el tren en Paddington, Andrew logró por fin dominarse, como exigían las circunstancias. De camino al consultorio, cogió del brazo a Christine y exclamó:

—¡Cuánto me alegro de estar juntos otra vez, Christine! ¡Dios mío! ¡Vaya semanita!

Pareció muy a tono. Pero felizmente no vio Andrew la expresión del rostro de Christine. Esta se sentó sola en la alcoba, con la cabeza ligeramente inclinada, las manos en la falda, muy quieta. ¡Había abrigado tantas esperanzas al regresar! Pero ahora se alzaba dentro de ella la terrible interrogación: «¡Santo Dios! ¿Cuándo y cómo terminará esto?».

CAPÍTULO XV

Su éxito continuaba cobrando mayores proporciones, cual una presa desbordada cuyo torrente siempre rumoroso y creciente lo impulsaba sin remisión.

Su asociación con Hamson e Ivory era más estrecha y provechosa que nunca. Más aún: Deedman le había pedido que lo reemplazara en el Plaza durante una semana, mientras iba a jugar al golf a Le Touquet, y, a modo de reconocimiento, se dividieran los honorarios. Habitualmente era Hamson quien reemplazaba a Deedman, pero Andrew sospechaba alguna desavenencia producida últimamente entre ellos.

¡Cuán halagador era para Andrew poder entrar en la alcoba de una artista de cine desmayada, sentarse sobre sus sábanas de seda, palpar con manos seguras su anatomía sin sexo y acaso fumar un cigarrillo en su compañía, si disponía de tiempo!

Pero más halagador aún era el patrocinio de Joseph Le Roy. En el último mes había almorzado dos veces con él. Sabía que maduraba en su cabeza ideas importantes. En su último encuentro, Le Roy le había dicho, a manera de sondeo:

—Usted sabe, doctor, que he estado familiarizándome con usted y conociéndolo. Ando detrás de algo muy grande y necesitaré el concurso de inteligentes consejeros médicos. Ya no quiero nada con esos potentados importantes... El viejo Rumbold no sirve para nada y, sencillamente, vamos a deshacernos de él. Y tampoco necesito a esos llamados «técnicos», que arman una barahúnda y que me vuelven loco. Necesito un consejero médico sensato, y comienzo a creer que usted podría serlo. Como ve, hemos llegado a gran parte del público con nuestros productos más populares. Pero creo honradamente que ha llegado el momento de ampliar nuestros intereses y ensayar derivados más científicos. Separar los componentes de la leche, electrificarlos, irradiarlos, ponerlos en pastillas. «Crema con vitamina B». «Cremofax y lecitina», para la desnutrición, el raquitismo, los insomnios... ¿Comprende, doctor? Y voy más lejos, creo que, si seguimos las líneas profesionales más ortodoxas, podremos contar con la ayuda y simpatía de todo el cuerpo médico; convertir a cada médico, por así decirlo, en un vendedor virtual. Ahora bien, esto representa propaganda científica, acercamientos científicos, y es aquí donde creo que un médico joven con cualidades podría ayudarnos. Deseo que me comprenda bien. Todo esto es perfectamente claro y científico. Y si consideramos los extractos sin valor que recomiendan los médicos como Marrobin C., Vegatog y Bonebran... Creo que, elevando el nivel general de la salud, le estamos prestando un gran servicio a la nación.

Andrew no se detuvo a considerar que probablemente había más vitaminas en un guisante fresco que en varios tarros de Cremofax. Estaba entusiasmado, no por los honorarios que recibiría por trabajar para esa sociedad, sino por el interés de Le Roy.

Fue Frances la que le hizo ver el magnífico escaparate que sería para él el espectacular mercado de operaciones de Le Roy. Y qué agradable era ir a tomar el té con ella, sentir que esa encantadora mujer de mundo le reservaba una mirada especial, una insinuante sonrisa de intimidad. Su trato también le proporcionó habilidad, aplomo. Inconscientemente se adaptó a su modo de ver el mundo. Guiado por ella, estaba aprendiendo a cultivar los refinamientos superficiales, abandonando las cosas más profundas.

Ya no le suponía ninguna dificultad afrontar a Christine; podía llegar a casa con toda naturalidad después de haber pasado una hora con Frances. No se detuvo a reflexionar en este cambio asombroso. Si pensaba en ella, era para argüir que él no amaba a Frances, que Christine no sabía nada, que todo hombre en algún momento de su vida llegaba a esta encrucijada. ¿Por qué iba a ser él diferente?

A modo de compensación procuraba ser simpático y amable con Christine, hablarle con consideración, incluso discutir con ella sus planes. Ella sabía que Andrew se proponía comprar la casa de la calle Chesborough en cuanto terminara el contrato. Ahora no discutía nunca con él, nunca le lanzaba recriminaciones, y, si experimentaba amarguras, él no las advertía. Parecía enteramente pasiva. La vida de Andrew tenía un ritmo demasiado vertiginoso como para detenerse en largas reflexiones. La acción le alegraba. Tenía una falsa sensación de fuerza. Se sentía vigoroso, cada vez más importante y, por lo tanto, dueño de sí mismo y de su destino.

Y entonces cayó el rayo desde lo alto.

La noche del 5 de noviembre fue a su consultorio de la calle Chesborough la mujer de un pequeño comerciante de la vecindad.

Era la señora Vidler, una mujer charlatana, de edad mediana, pero de ojos vivos y lista, una londinense cabal que en su vida se había alejado de Bow Belis más allá de Margate. Andrew conocía bien a los Vidler; había atendido a su pequeño de un achaque infantil cuando acababa de establecerse en el barrio. También en aquellos días les enviaba a ellos sus zapatos para que se los remendasen, pues los Vidler, gente de trabajo, respetable y muy laboriosa, tenían una doble tienda al comienzo de la calle Paddington, pomposamente llamada Renovations Ltd.; la mitad dedicada a arreglos de zapatos, y la otra, a la limpieza y planchado de la ropa. A menudo se podía ver al mismo Harry Vidler, hombre robusto y de rostro pálido, sin cuello y en mangas de camisa, con la horma entre las rodillas o, aunque tenía un par de ayudantes, usando la tabla de planchar, si era necesario.

Era de Harry de quien quería hablar la señora Vidler.

—Doctor —dijo con su tono vivo—, mi marido no está bien. Lleva semanas enfermo. Le he instado repetidas veces a que venga, pero se niega. ¿Quiere ir mañana, doctor?

Andrew prometió ir.

A la mañana siguiente encontró a Vidler en la cama. Este le dijo que tenía dolores y que no paraba de engordar. Su cintura había aumentado extraordinariamente en los últimos meses, e inevitablemente, como la mayoría de los pacientes que han disfrutado de buena salud durante toda la vida, tenía varias explicaciones para su mal. Sugería que tal vez bebía demasiada cerveza inglesa o que llevaba una vida sedentaria.

Pero Andrew, tras examinarlo, se vio obligado a contradecir estas elucubraciones. Estaba convencido de que se trataba de un quiste que, sin ser peligroso, exigía una intervención quirúrgica. Hizo lo que pudo por tranquilizar a Vidler y a su esposa, explicándoles que un simple quiste como ese podía desarrollarse interiormente y ocasionar un sinfín de molestias, que desaparecían una vez eliminado. Andrew no abrigaba la menor duda en cuanto al resultado de la operación y propuso que Vidler se fuera al punto al hospital.

Al oír esto, la señora Vidler alzó las manos.

—¡No, señor; yo no enviaré a mi Harry a un hospital! —La mujer se esforzó por dominar su agitación—. Tenía el presentimiento de que esto iba a suceder... Hemos trabajado mucho y, gracias a Dios, podemos hacer frente a esta situación. No somos ricos, doctor, como usted sabe, pero tenemos nuestros ahorritos. Y ahora es el momento de utilizarlos. No quiero que Harry vaya a suplicar en busca de recomendaciones, a hacer cola y a ingresar en una sala común como si fuera un indigente.

—Pero, señora Vidler, puedo disponer...

—¡No! Llévelo a una clínica privada, señor. Hay muchas por ahí. Busque a algún doctor particular para que lo opere. Puedo asegurarle, señor, que, mientras yo esté aquí, ningún hospital público hospedaría a Harry Vidler.

Andrew comprendió que la resolución de la señora Vidler era inquebrantable. Incluso el mismo Vidler, frente a esa desagradable contingencia, era de la misma opinión que su mujer. Quería el mejor tratamiento que se le pudiera proporcionar.

Esa tarde Andrew llamó a Ivory. Recurrir a él se había convertido en algo automático para Andrew, tanto más en una ocasión como esa.

—Quisiera que me hiciese un favor, Ivory. Tengo aquí un abdominal que necesita ser operado... Gente decente, muy trabajadora, pero no rica, ¿comprende? Temo que no haya mucho para usted aquí, pero le quedaría muy agradecido si pudiera hacer la operación, digamos..., por la tercera parte del honorario corriente.

Ivory estuvo muy amable. Nada podía complacerlo más que prestar a su amigo Manson cualquier servicio que estuviera en su poder. Hablaron del caso durante varios minutos y al final de la conversación Andrew telefoneó a la señora Vidler.

—Acabo de hablar con el doctor Charles Ivory, cirujano del West End y amigo mío. Irá conmigo a ver a su marido mañana a las once. ¿Conforme? Y dice, ¿me escucha?,

dice, señora Vidler, que, si la operación se impone, la hará por treinta guineas. Teniendo en cuenta que sus honorarios habituales tal vez serían de cien guineas o más, creo que no está mal.

—Sí, doctor, sí. —El tono de la señora acusaba inquietud; sin embargo, hizo un esfuerzo por parecer complacida—. Es muy amable de su parte. Creo que de alguna manera arreglaremos eso.

A la mañana siguiente Ivory vio el caso con Andrew, y al día siguiente Harry Vidler se trasladaba a la clínica Brunsland, en la plaza del mismo nombre.

Era una clínica limpia, a la antigua, no lejos de Chesborough Terrace, una de las muchas en la zona, donde los precios eran módicos y el equipo, escaso. La mayoría de sus enfermos no eran casos quirúrgicos: hemipléjicos, cardíacos, ancianas postradas... El mayor problema que presentaban era evitar las llagas ocasionadas por la permanencia en cama. Como las demás clínicas que había visitado Andrew en Londres, no había sido construida con miras a su función actual. Carecía de ascensor, y la sala de operaciones había sido en otro tiempo un conservatorio. Pero la señorita Buxton, la propietaria, era una enfermera titular y una mujer muy trabajadora. Cualesquiera que fuesen sus defectos, la Brunsland era inmaculadamente aséptica..., aun hasta el más remoto rincón de sus suelos resplandecían con el linóleo.

La operación fue fijada para el viernes, y, puesto que Ivory no podía llegar temprano por tener que atender antes a sus pacientes, se señaló una hora extraordinariamente tardía: las dos.

Andrew llegó primero a Brunsland Square, e Ivory lo hizo puntualmente, en compañía del anestesista. Cuidó de que su chófer le llevara su gran maletín de instrumentos y que nada pudiera ser un estorbo a sus escrúpulos operatorios. Y, aunque la clínica le pareció modesta, sus maneras siguieron siendo tan suaves como de costumbre. Al cabo de diez minutos había tranquilizado a la señora Vidler, que aguardaba en la sala de espera, se había conquistado a la señorita Buxton y a sus enfermeras, y luego, habiéndose colocado el delantal y los guantes en la caricatura de sala de operaciones, estuvo imperturbablemente preparado.

El enfermo entró por sus propios pasos con resuelta alegría, se quitó la bata, que una de las enfermeras llevó afuera, y trepó a la angosta mesa. Asumiendo que tenía que someterse a aquella prueba, Vidler había llegado a mirarla con valor. Antes de que el anestesista le colocara la máscara, le sonrió a Andrew.

—Quedaré mejor después de esto.

Un momento más tarde había cerrado los ojos y absorbía casi ansiosamente el éter en profundas inspiraciones. La señorita Buxton quitó las vendas y apareció el área enyodada, hinchada, una protuberancia brillante. Ivory comenzó la operación.

Empezó con algunas inyecciones en los músculos lumbares.

—Contra el *shock* —le dijo gravemente a Andrew—. Siempre acostumbro hacerlo. Enseguida comenzó el verdadero trabajo del cirujano.

La incisión central fue ancha, y de inmediato, casi ridículamente, se descubrió el mal. El quiste se movía en medio de la abertura como una pelota mojada, enteramente inflada. Si algo podía acrecentar el amor propio de Andrew era esta justificación de su diagnóstico. Pensó en que Vidler se sentiría muy bien una vez liberado de ese molesto accesorio, y, pensando en su enfermo siguiente, miró a hurtadillas el reloj.

Entretanto, Ivory, a su modo magistral, jugaba con la pelota, procurando imperturbablemente llegar con las manos hasta su punto de adherencia, fracasando sin inmutarse. Cada vez que lo intentó, la bola le resbaló. No lo intentó una vez, sino veinte.

Andrew miraba irritado a Ivory, pensando: «Pero ¿qué hace?». No había mucho espacio para trabajar en el abdomen, pero era suficiente. Había visto a Denny, a Llewellyn, a una docena más de su antiguo hospital manipulando sin problemas en mucho menos espacio. Era arte de cirujano palpar en las posiciones más embarazosas. De pronto se dio cuenta de que esta era la primera operación abdominal que Ivory realizaba a petición suya. Disimuladamente guardó el reloj en el bolsillo y se inclinó más sobre la mesa, con cierta rigidez.

Ivory se esforzaba por alcanzar la parte posterior del quiste, todavía tranquilo, incisivo, sereno. La señorita Buxton y una enfermera joven estaban allí, ignorantes y confiadas. El anestesista, un hombre maduro algo canoso, acariciaba con el pulgar el extremo del frasco tapado. La atmósfera de la pequeña estancia de techo de vidrio estaba enteramente serena. No había sensación de tensión o de tragedia; Ivory, alzando un hombro, maniobrando con sus manos enguantadas, procuraba llegar a la parte de atrás de la suave pelota. Sin embargo, Andrew se sintió invadido por una sensación de frío.

Se encontró frunciendo el ceño, observando con la mayor tensión. ¿Qué temía? No había nada que temer, nada. Era una operación sencilla, que estaría terminada en unos cuantos minutos.

Ivory, con una débil sonrisa, como de satisfacción, renunció al intento de hallar el punto de inserción del tumor. La enfermera joven lo miró humildemente cuando pidió el bisturí. Ivory lo tomó con un movimiento reposado. Acaso nunca en su carrera había sido como en ese momento el gran cirujano de novela. Bisturí en mano, antes de que Andrew supiera lo que iba a hacer, practicó una profunda incisión en la pared brillante del quiste. Después de esto, todo fue rápido.

El quiste reventó, lanzando al aire gran cantidad de sangre envenenada y volcando su contenido en la cavidad abdominal. En un instante, la esfera redonda, tensa, se había convertido en una bolsa flácida de tejido en medio de una masa de sangre gorgoteante. La señorita Buxton, como loca, buscó las esponjas de hilas. El anestesista se irguió de repente. La enfermera joven parecía a punto de desmayarse. Ivory dijo gravemente:

—Grapas, por favor.

Un estremecimiento de horror sacudió a Andrew. Vio que Ivory, sin poder alcanzar el pedículo de la ligadura, había roto el quiste, ciegamente, despreocupado.

Y era un quiste hemorrágico.

—Esponja de hilas, por favor —dijo Ivory con su voz impasible. Estaba palpando en medio de todo aquello, procurando comprimir el pedículo, limpiando la cavidad llena de sangre, apretando, sin conseguir detener la hemorragia. A Andrew se le reveló de pronto la evidencia: «¡Dios todopoderoso! Este hombre no puede operar, no puede operar en modo alguno».

—Ivory, me temo que... este hombre se nos va.

Ivory, abandonando las grapas, llenó de gasas la cavidad del vientre y comenzó a suturar la gran incisión. Ya no había hinchazón. El estómago de Vidler estaba vacío, pálido, por la sencilla razón de que Vidler había muerto.

—Ha muerto —dijo el anestesista.

Ivory dio una última puntada, aseguró metódicamente la sutura con clips y se volvió hacia la bandeja de instrumentos para dejar las tijeras. Paralizado, Andrew no podía moverse. La señorita Buxton, con el rostro del color de la arcilla, sacando de entre las mantas las botellas de agua caliente, las encajonaba automáticamente. Con un gran esfuerzo de voluntad, parecía conservar su lucidez. Salió. El portero, ignorante de lo acontecido, trajo la camilla. Un minuto después el cuerpo de Harry Vidler era llevado a su habitación, escalera arriba.

Ivory habló por fin:

—Lástima —dijo con su voz mesurada mientras se quitaba el delantal—. Creo que ha sido un *shock*... ¿No le parece, Gray?

Gray, el anestesista, que estaba empaquetando su aparato, refunfuñó una respuesta.

Andrew no podía hablar. En medio del estupor de su emoción, recordó de pronto a la señora Vidler, que aguardaba abajo. Pareció como si Ivory leyera sus pensamientos. Le dijo:

—No se inquiete, Manson. Yo atenderé a la mujer. Venga. Yo me encargaré de ella.

Instintivamente, incapaz de actuar por sí mismo, Andrew se encontró siguiendo a Ivory escalera abajo, en dirección a la sala de espera. Todavía estaba aturdido, amargado, incapaz de hablarle a la señora Vidler. Fue Ivory el que lo hizo y estuvo casi a la altura de la situación.

—Mi querida señora —le dijo en tono compasivo, colocándole gentilmente la mano sobre el hombro—, siento... sentimos tener que darle malas noticias.

Ella se retorció las manos, estrujando los guantes. El terror y la súplica se fundían en su atemorizada mirada.

—¿Cómo?

—Su pobre marido, señora Vidler, a pesar de todo lo que hicimos por él...

La señora Vidler se desplomó sobre la silla, con el rostro pálido y las manos enguantadas todavía asidas.

—¡Harry! —exclamó con voz desgarradora—. ¡Harry!

—Solo puedo asegurarle —prosiguió tristemente Ivory—, en nombre del doctor Manson, del doctor Gray, de la señorita Buxton y de mí mismo, que ningún poder sobre la tierra podría haberlo salvado; y aun si hubiera sobrevivido a la operación... —y el doctor se encogió de hombros significativamente.

Ella lo miró, comprendiendo lo que le quería decir, reconociendo aun en ese momento terrible la condescendencia, la bondad que había tenido para con ella.

—Es lo más consolador que podía haberme dicho, doctor.

Hablaba a través de las lágrimas.

—Esfuércese por ser animosa. Y gracias, gracias por su valor.

Ivory salió de la habitación, y una vez más Andrew lo siguió.

Al otro extremo del corredor estaba la oficina vacía, cuya puerta se hallaba abierta. Ivory entró buscando la pitillera. Encendió un cigarrillo y le dio una larga calada. Su rostro estaba tal vez algo más pálido que de ordinario, pero su mandíbula seguía firme, como sus manos, y como sus nervios, absolutamente incólumes.

—Bueno, todo ha terminado —reflexionó fríamente—. Lo siento, Manson. No pensé que este quiste fuera hemorrágico. Pero estas cosas ocurren en los servicios mejor llevados, ya lo sabe usted.

Era una habitación pequeña, cuya única salida estaba detrás del escritorio. Andrew se sentó en el guardafuego cubierto de cuero que rodeaba la chimenea. Miraba febrilmente las aspidistras de la vasija verde amarillenta, colocada en la rejilla vacía. Estaba enfermo, destrozado, al borde de un desfallecimiento total. No podía alejar la visión de Harry Vidler, caminando sin ayuda hasta la mesa de operaciones. «Me sentiré mejor después de esto», y diez minutos más tarde, inerte, sobre la camilla, un cadáver mutilado y sangriento.

Apretó los dientes y se cubrió el rostro con las manos.

—Por supuesto —dijo Ivory mirando el extremo de su cigarrillo—, no murió sobre la mesa. La operación ya estaba concluida..., lo que lo allana todo. No hay necesidad de investigación.

Andrew alzó la cabeza. Temblaba, enfurecido por el sentimiento de su propia debilidad en aquella situación terrible, que Ivory había soportado con semejante sangre fría. En un arrebató, le dijo:

—¡Por Cristo, no diga nada más! Usted sabe que lo mató. Usted no es un cirujano. ¡Nunca lo fue..., nunca lo será! Es el peor chapucero que he visto en toda mi vida.

Hubo un silencio. Ivory le lanzó a Andrew una fría mirada.

—No me agrada que me hable en ese tono, Manson.

—Sé que no. —Un penoso sollozo histérico conmovió a Andrew—. Sé que no. Pero es la verdad. Todos los enfermos que le había dado hasta ahora habían sido un juego de niños. Pero este..., el primer enfermo verdadero que habíamos tenido... ¡Oh, Dios mío! ¡Yo debería haberlo sabido! Soy tan culpable como usted...

—¡Reprímase, estúpido histérico! Van a oírle.

—¿Y qué? —Otro acceso de cólera se apoderó de Andrew—. Usted sabe igual que yo que es la verdad. Fue tan chapucero... que fue casi un asesinato.

Por un instante pareció como si Ivory fuese a golpearlo hasta dejarlo exánime, esfuerzo físico que, con su peso y su fuerza, hubiera podido realizar fácilmente, a pesar de sus años. Pero se dominó con gran trabajo. No dijo nada, sino que sencillamente dio media vuelta y salió. Pero en su rostro frío y duro se reflejó una expresión de odio reveladora del rencor que no perdona.

Andrew no supo cuánto tiempo permaneció en la oficina, con la frente pegada al frío mármol de la repisa de la chimenea. Pero se levantó al fin, comprendiendo torpemente que le quedaba trabajo por hacer. El choque terrible de la desgracia lo había anonadado con la violencia destructora de un explosivo. Era como si también él estuviera sin vísceras y vacío. Sin embargo, todavía se movía automáticamente, avanzando como podría hacerlo un soldado mortalmente herido, impelido por el hábito a cumplir con su deber.

En estas condiciones hizo como pudo sus visitas restantes. Después regresó a casa con dolor de cabeza y el corazón oprimido. Era tarde, cerca de las siete. Llegaba a tiempo para sus consultas vespertinas.

La sala de espera estaba repleta. Pesadamente, como un moribundo, hizo inventario de los pacientes, apretujados allí a pesar de la hermosa tarde de verano para rendir tributo a su habilidad, a su personalidad. La mayoría eran mujeres, muchas de ellas jóvenes de Laurier's, que habían ido a consultarlo durante semanas, estimuladas por su sonrisa, su tino, su sugestión de que continuaran con su droga... «¡La vieja camarilla! —pensó torpemente—, ¡el viejo juego!».

Se dejó caer en la silla giratoria del consultorio y comenzó con rostro impasible el acostumbrado rito de la tarde.

—¿Cómo está usted? Sí, creo que tiene mejor aspecto. Sí, el pulso tiene mucha más firmeza. El remedio le está haciendo bien. Supongo que no lo encontrará demasiado desagradable de sabor, mi estimada señorita.

Y con esto salía Andrew camino de la sala de consultas, entregándole de paso el frasco de remedio vacío a Christine, apostada en el corredor, para hacer allá las mismas preguntas vulgares, mostrar idéntica simpatía falsa, y recorrer nuevamente el pasillo en sentido contrario, cogiendo ahora el frasco lleno con el que regresaba al otro consultorio,

y cerrando así el círculo de su propia condenación.

Era una noche sofocante, Andrew sufría abominablemente, pero continuaba con su labor, en parte para torturarse, y en parte porque no podía detenerse, temeroso de afrontar el vacío mortal de su espíritu. Entre idas y venidas, se seguía preguntando, en medio de su angustia: «¿Adónde voy? ¡En nombre de Dios!, ¿adónde voy?».

Al fin, más tarde que de costumbre, a las diez menos cuarto, aquello terminó. Le echó la llave a la puerta exterior del consultorio y fue al despacho, donde, según la rutina, lo esperaba Christine, pronta para dictarle las listas, para ayudarle a hacer sus cuentas.

Por primera vez después de muchas semanas, Andrew la miró profundamente mientras ella, con la vista baja, estudiaba la lista que tenía en la mano. A pesar de la torpeza de Andrew, el cambio de Christine le impresionó. Su expresión era quieta y fija, su boca flácida. Aunque no lo miraba, había una tristeza mortal en sus ojos.

Sentado allí, en el escritorio, frente al pesado libro, Andrew sintió una terrible punzada en el costado. Pero su cuerpo, esa envoltura exterior de su inercia, no dejó traslucir nada de su agitación interna. Antes de que pudiera hablar, ella había comenzado a leer la lista.

Y Andrew seguía y seguía anotando en el libro, una cruz por una visita, un círculo por una consulta, anotando el conjunto de sus iniquidades. Terminada la tarea, ella preguntó, con un tono cuya aguda ironía solo entonces percibió Andrew:

—¡Bueno! ¿Cuánto hay?

Él no respondió, no podía hacerlo. Christine abandonó la habitación. La oyó subir la escalera hasta su cuarto y percibió el débil sonido con que cerró la puerta. Estaba solo, vacío, quebrantado, anonadado. «¿Adónde voy? ¿Adónde voy, en nombre de Dios?».

Repentinamente, sus ojos dieron con la bolsita de tabaco llena de dinero, hinchada con los ingresos del día. Otro acceso de histeria lo acometió. Cogió el saquito y lo arrojó a un rincón, donde cayó con un sonido sordo.

Andrew se levantó. Se ahogaba, no podía respirar. Salió del despacho y fue al patio posterior de la casa, un pequeño pozo de tinieblas bajo las estrellas. Allí se apoyó débilmente en la pared divisoria de ladrillos, y comenzó a vomitar violentamente.

CAPÍTULO XVI

Se agitó inquieto en la cama durante toda la noche hasta que, a las seis de la mañana, por fin, se quedó dormido. Se despertó tarde, después de las nueve, y bajó, pálido, con los ojos pesados. Christine ya había desayunado y salido. Normalmente esto no le habría perturbado, pero ahora, en medio de su angustia, le hizo sentir cuánto se habían distanciado.

Cuando la señora Bennet le llevó su exquisito jamón cocido con huevos, no pudo comer; los músculos de la garganta se negaban a funcionar. Bebió una taza de café y luego, obedeciendo a un impulso, se preparó un vaso bien lleno de whisky con soda y se lo bebió. Ya estaba listo para hacer frente al día.

Aunque la rutina aún le sostenía, sus movimientos eran menos automáticos que antes. Un resplandor débil, un vacilante rayo de luz había comenzado a romper sus tinieblas. Se sabía al borde de un enorme y colosal derrumbamiento. Sabía también que, si algún día caía en ese abismo, no saldría jamás de él. Entretanto, con precaución, abrió el garaje y sacó el coche. Todo le suponía un gran esfuerzo. Le sudaban las manos.

Su principal objetivo esa mañana era llegar al Victoria. Tenía el compromiso de ver a Mary Boland con Thoroughgood. Ese, por lo menos, era un compromiso al que no quería faltar. Se dirigió al hospital. Realmente se sentía mejor en el auto que cuando caminaba: estaba tan habituado a él que su manejo había llegado a serle automático, mecánico.

Cuando llegó, aparcó el coche y subió a la sala. A una señal de la enfermera, se acercó al lecho de Mary, cogiendo de camino su tarjeta. Se sentó en el borde del lecho de cobertores rojos, advirtiendo la sonrisa acogedora de la enferma, pero sin dejar de estudiar su tarjeta, que no era satisfactoria.

—Buenos días —le dijo la joven—. Hermosas flores, ¿no? Christine me las trajo ayer.

Andrew la miró. Estaba descolorida, algo más delgada que cuando llegó.

—Sí, son lindas flores. ¿Cómo te sientes, Mary?

—¡Oh..., perfectamente! —Sus ojos evitaron por un momento los de él, y luego lo miraron de nuevo llenos de confianza—. De todos modos sé que no será largo. Usted me curará pronto.

La confianza de sus palabras y, sobre todo, de su mirada le produjeron mucha pena. «Si algo anda mal aquí —pensó—, será el golpe final».

En ese momento llegó el doctor Thoroughgood, en su ronda de visitas. Al ver a Andrew, se acercó a él.

—Buenos días, Manson —le dijo amablemente—. ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra

mal?

Andrew se levantó.

—Estoy perfectamente, gracias.

El doctor Thoroughgood le dirigió una mirada extraña y luego se volvió hacia la cama de Mary.

—Me alegro de que haya querido ver conmigo a esta enferma. Corra las cortinas, enfermera.

Dedicaron diez minutos a examinar juntos a Mary; luego Thoroughgood fue hasta un extremo de la habitación, donde no podían ser escuchados.

—¿Bien? —dijo Thoroughgood.

Entre la bruma que lo envolvía, Andrew se oyó decir:

—No sé qué opina usted, doctor Thoroughgood, pero creo que la evolución de esta enferma no es satisfactoria.

—Hay uno o dos síntomas... —Thoroughgood se tiró de la barbilla recta y recortada.

—Me parece que hay una ligera extensión.

—No lo creo, Manson,

—La temperatura es más inconstante.

—Es posible...

—Perdóneme que le haga una sugerencia. Comprendo perfectamente nuestras respectivas posiciones, pero este caso significa mucho para mí. Dadas las circunstancias, ¿no indicaría usted el neumotórax?

Thoroughgood miró de soslayo a Manson. Su rostro adquirió un adusto perfil.

—No, Manson... No creo que sea este un caso de inducción.

Hubo un silencio. Andrew no pudo decir nada más. Conocía a Thoroughgood, su obstinación inflexible. Se sentía gastado, física y moralmente, incapaz de insistir en un argumento que sería estéril. Escuchó con rostro impasible mientras Thoroughgood le exponía sus ideas sobre el caso. Cuando terminó y partió para ver a los demás enfermos, Andrew retornó al lecho de Mary, le dijo que iría a verla al día siguiente y dejó la sala. Antes de irse del hospital le dijo al portero que llamara a su casa para avisar que no volvería a almorzar.

No era mucho más de la una. Todavía estaba desolado, sumido en una dolorosa introspección y débil por falta de alimento. Cerca del puente de Battersea se detuvo frente a un pequeño y modesto café. Pidió café y unas tostadas calientes con mantequilla. Pero solo pudo tomarse el café, pues su estómago se resistió a las tostadas. Advirtió que la muchacha que lo atendía lo miraba con curiosidad.

—¿No están a su gusto? —le dijo—. Le traeré otras.

Sacudió la cabeza y pidió la cuenta. Mientras ella garabateaba en un papel, él se sorprendió contando estúpidamente los brillantes botones negros del vestido de la

muchacha. Un día, hacía mucho tiempo, había mirado tres botones color perla en un aula de la escuela de Drineffy. Sobre el río, fuera, se proyectaba un resplandor amarillo. Recordó que tenía dos visitas esa tarde en la calle Welbeck, y se dirigió hacia allí lentamente.

La enfermera Sharp estaba de mal humor, pero también ella le preguntó si se encontraba mal. Enseguida, en un tono más suave, pues el doctor Hamson era objeto particular de su consideración, le dijo que Freddie lo había llamado dos veces después del almuerzo.

Cuando ella salió de la sala de consultas, Andrew se sentó junto al escritorio, mirando al frente. El primero de sus pacientes llegó a las dos y media, un cardíaco, joven empleado del Departamento de Minas, que había ido por indicación de Gill y que padecía una lesión valvular. Se detuvo largo rato en examinarlo con la mayor solicitud, y le explicó los detalles del tratamiento. Al fin, cuando el otro buscaba afanosamente su escuálida cartera, le dijo:

—No me pague ahora, por favor. Espere hasta que le envíe la cuenta.

El pensamiento de que nunca se la enviaría, de que había perdido su sed de dinero y podía desdeñarlo otra vez, lo tranquilizaba extrañamente.

Después entró el segundo cliente, una dama de cuarenta y cinco años, la señorita Basden, una de sus más fieles pacientes. Su corazón desfalleció al verla. Rica, egoísta, hipocondríaca, era un remedo, más joven y más egoísta, de aquella señora Raeburn a quien había visto un día con Hamson en la clínica Sherrington.

Escuchó aburrido con la mano en la frente mientras ella, sonriente, se explayaba en una relación de todo cuanto le había acontecido a su constitución desde la última consulta, pocos días atrás. De pronto Andrew levantó la cabeza:

—¿Para qué viene aquí, señorita Basden?

Ella se interrumpió a mitad de una frase, con la parte superior de la cara todavía alegre, y dejando caer la mandíbula inferior.

—¡Oh, sé que yo soy el culpable! —dijo Andrew—. Soy yo quien le digo siempre que vuelva. Pero no padece usted mal alguno.

—¡Doctor Manson! —tartamudeó sin poder dar crédito a sus propios oídos.

Era enteramente cierto. Andrew comprendió, con cruel discernimiento, que todos los síntomas de la dama eran debidos al dinero. Ella no había trabajado un día en su vida, su cuerpo estaba fofo, rozagante, sobrealimentado. No dormía porque no ejercitaba sus músculos. Ni siquiera ejercitaba el cerebro. No tenía que hacer otra cosa que recortar cupones, pensar en sus dividendos, reñir a su criada y meditar en lo que comerían ella y su lulú de Pomerania. Si tan solo saliera de su habitación e hiciera algo útil, si abandonara todas esas píldoras, sedantes, hipnóticos, colagogos y demás porquerías; si diera algo de su dinero a los pobres y ayudara a otros y dejara de pensar en sí misma... Pero jamás

haría eso, era inútil pedírselo siquiera. Estaba espiritualmente muerta y también lo estaba él.

Andrew dijo reposadamente:

—Siento no poder seguir siéndole útil, señorita Basden. Es posible que me vaya. Pero no dudo de que usted hallará otros médicos por aquí que se sentirán muy felices sirviéndole de alcahuetes.

La mujer abrió varias veces la boca, como un pez que se asfixia. Luego se dibujó en su rostro una expresión de auténtico terror. Estaba segura, absolutamente segura, de que Manson había perdido el juicio.

No se detuvo a razonar con Andrew. Se levantó, cogió sus cosas y salió de la habitación.

Andrew se preparaba para irse a su casa, cerrando los cajones del escritorio como si fuera de forma definitiva. Pero, antes de que se levantara, la enfermera Sharp entró sonriendo en la habitación.

—¡El doctor Hamson viene a verlo! Ha venido en persona, en vez de llamarlo por teléfono.

Un minuto después, Freddie estaba allí, encendiendo despreocupadamente un cigarrillo e instalándose en una silla como con un propósito determinado. Nunca había sido más amistoso su tono.

—Siento molestarte en sábado. Pero sabía que estabas aquí y he decidido llevar la montaña a Mahoma. Sé todo lo de la operación de ayer y no tengo reparo alguno en decirte que me alegro mucho. Era tiempo de que conocieses por dentro al querido Ivory. —La voz de Hamson adquirió bruscamente un tono de rencor—. Creo que debes saber que me he apartado de Ivory y de Deedman. No han estado haciendo el juego conmigo. Hemos hecho juntos algún camino, y muy provechoso, pero ahora estoy seguro de que estos dos me están escamoteando algo de lo que me corresponde. Además de esto, me tiene enfermo la torpeza de Ivory. No es cirujano. Tú tienes toda la razón. No es más que un mísero abortero. No lo sabías, ¿eh? Bueno, créemelo como el Evangelio. Hay dos clínicas a cien kilómetros de esta casa, donde no hacen otra cosa, por supuesto, todo muy en orden y a la luz del día, e Ivory es el «raspador» jefe. Deedman no es mucho mejor. No es más que un vicioso zalamero interesado, sin la astucia de Ivory. Uno de estos días va a recibir una seria censura de la D. D. A. Ahora, escúchame, te estoy hablando por tu bien. Me interesa que conozcas toda la historia íntima de estos dos sujetos, porque quiero que los dejes y te asocies conmigo. Has sido demasiado inexperto. No has aprovechado lo que te correspondía. ¿No sabes que, cuando Ivory saca cien guineas de una operación, declara cincuenta? Así es él. ¡Ya lo ves!, y ¿qué te han entregado a ti? Unas míseras quince o veinte. ¡No es suficiente, Manson! Y, después de lo de ayer, yo no lo toleraría más. Aún no les he dicho nada, soy demasiado listo para

eso, pero he aquí mi plan. Rompamos del todo con ellos, tú y yo, y comencemos una pequeña sociedad entre nosotros. Después de todo, somos viejos compañeros de estudios, ¿no? Te aprecio. Siempre te he apreciado. Y te puedo enseñar muchas cosas. —Freddie se interrumpió para encender otro cigarrillo y luego sonrió amable, expansivamente, exhibiendo sus posibilidades como socio virtual—. No puedes imaginar la suerte que he tenido. ¿Sabes la última? Tres guineas cada vez por inyección... *¡de agua esterilizada!* La enferma vino un día para que le pusiera su vacuna. Había olvidado pedirla y, en vez de desanimarme, recurrí al H₂O. Volvió al día siguiente para decirme que nunca había experimentado una reacción mejor. Así que continué en consecuencia. ¿Y por qué no? Todo está en la fe y en el frasco de agua de color. Piensa que les puedes introducir en el cuerpo toda la farmacopea cuando es necesario. No soy un patán. ¡No, señor! Si tú y yo nos asociamos, Manson, tú con tus títulos y yo con mi experiencia, haríamos el gran negocio. Tenemos que ser los dos. Tú siempre necesitas otra opinión. Y yo he puesto los ojos en un cirujano joven muy hábil, ¡infinitamente mejor que Ivory!, a quien podríamos manejar después. Finalmente, podríamos tener nuestra propia clínica. Y entonces... estaríamos en Klondyke.

Andrew permaneció inmóvil, rígido. No sentía animosidad contra Hamson, sino tan solo una amarga repugnancia hacia sí mismo. Nada mejor que esa proposición de Hamson para revelarle más brusca y violentamente su situación, lo que había hecho, por dónde se encaminaba. Al fin, viendo que se esperaba alguna respuesta suya, murmuró:

—No puedo asociarme contigo, Freddie. De la noche a la mañana me ha asqueado todo eso. Creo que me ausentaré por un tiempo. Hay demasiados chacales en este kilómetro cuadrado en que vivimos. Hay un grupo de hombres buenos que procuran hacer su trabajo de forma honesta, noble; pero los demás son chacales. Son chacales los que administran todas esas inyecciones innecesarias, extraen amígdalas y apéndices que no hacen daño alguno, juegan a la pelota entre ellos mismos con sus enfermos, se reparten los honorarios, practican abortos, patrocinan remedios pseudocientíficos, andan todo el tiempo a la caza del dinero.

El rostro de Hamson se había ido enrojeciendo lentamente.

—Pero ¿qué... qué diablos te pasa? —exclamó, tartamudeante.

—Lo sé, Freddie —dijo Andrew lenta y tristemente—. Yo también soy culpable de todo eso. No quiero que haya desavenencias entre nosotros. Tú habías sido mi mejor amigo.

—¿No estás en tus cabales, o qué?

—Quizá. Pero voy a hacer la prueba y a dejar de pensar en el dinero y en el éxito material. No es ese el barómetro que mide a un buen médico. Cuando un médico gana cinco mil al año, no es honesto. Y ¿por qué..., por qué debe un hombre hacer dinero a costa de la humanidad doliente?

—Eres un tonto de remate —dijo desdeñosamente Hamson. Giró sobre sus talones y salió.

De nuevo Andrew se sentó mecánicamente frente a su escritorio, solo, abatido. Al fin se levantó y se fue a casa. Al aproximarse sintió el latir acelerado del corazón. Eran más de las seis. Todo el curso de su tedioso día parecía acercarse a su culminación. Le tembló violentamente la mano al girar el picaporte.

Christine estaba en la sala. La visión de su rostro pálido y tranquilo le produjo un estremecimiento. Andrew ansiaba que ella le preguntara, que mostrara algún interés sobre cómo había pasado aquellas horas lejos de ella. Pero se limitó a decir, con su tono reservado y evasivo:

—Has trabajado mucho hoy. ¿Quieres un poco de té antes de las consultas?

—No habrá consultas esta tarde.

Ella lo miró.

—Pero es sábado... es tu tarde más ocupada.

Su respuesta fue escribir un aviso informando de que el consultorio permanecería cerrado esa tarde. Recorrió el pasillo y lo clavó en la puerta. El corazón le palpitaba de tal modo que creyó que le iba a estallar.

Cuando regresó, Christine estaba con el rostro más pálido todavía y los ojos turbados.

—¿Qué ocurre? —preguntó con acento extraño. Andrew la miró. La angustia de su corazón lo venció; se desbordó en una explosión incontenible.

—¡Christine!

Todo lo que tenía dentro se volcó en esa sola palabra. Se echó a sus pies, arrodillándose, sollozante.

CAPÍTULO XVII

Su reconciliación fue la cosa más maravillosa que les había acontecido desde el momento en que se enamoraron. A la mañana siguiente, domingo, él yacía junto a ella, como en aquellos días de Aberlaw, conversando y como si le hubieran quitado años de encima, desahogando su corazón en el de ella. Fuera, flotaba en el ambiente la quietud del domingo, el tañido de las campanas, sedante y apaciguador. Pero Andrew no tenía paz.

—¿Cómo he podido llegar a este punto? —dijo nerviosamente—. ¿Estaba loco, Christine? ¡Oh! No puedo creerlo cuando miro hacia atrás. ¡Yo, mezclado con esa gente, teniendo a Denny y a Hope! ¡Dios mío!, debería ser ejecutado.

—Todo ocurrió muy rápido, querido —le tranquilizó Christine—. Hubiera arrastrado a cualquiera.

—No es verdad. Christine, me vuelvo loco cuando pienso en ello. ¡Y lo que te he hecho pasar a ti! ¡Dios mío! ¡Ha tenido que ser horrible!

Ella sonreía, sonreía verdaderamente. Era la experiencia más maravillosa para él ver su rostro libre de aquella palidez mortal, tierna, feliz y solícita. «¡Oh, Dios mío! —pensó Andrew—, ahora vivimos otra vez».

—Solo hay que hacer una cosa —dijo frunciendo el ceño con decisión. A pesar de su excitación nerviosa se sentía fuerte, libre de aquella bruma de engaño, dispuesto a obrar—. Tenemos que irnos de aquí. Estoy demasiado envuelto en todo esto, Christine, demasiado. A cada instante algo me haría recordar el ambiente de ficción en que he estado moviéndome, sí, y tal vez me haría reincidir. Podemos vender fácilmente el consultorio y... ¡oh, Christine, tengo una idea maravillosa!

—¿Sí, querido?

Andrew aflojó su adusto ceño para sonreírle tímida, tiernamente.

—¿Cuánto tiempo hace que me hablaste de eso? Me agrada. Sí, lo sé, lo merecía... ¡Oh, no me dejes comenzar a pensar otra vez, Christine! Esa idea me ha venido a la cabeza nada más despertarme. Estaba pensando en la ruin propuesta que me había hecho Hamson de formar una sociedad con él, cuando de pronto se me ocurrió. ¿Por qué no una sociedad legítima y noble? Es lo que hacen los médicos de Estados Unidos, aunque Stillman no es médico... Cada vez que lo veo, me acuerdo de eso... Y aquí no se ha avanzado mucho en este sentido. Incluso en una pequeña ciudad de provincia se podría montar una clínica, con un pequeño equipo médico en que cada cual hiciera su propia tarea. Escúchame, querida; en vez de unirme con Hamson, Ivory y Deedman, ¿por qué no reunir a Denny y a Hope y formar un verdadero trío? Denny haría el trabajo quirúrgico, ¡y ya sabes lo bueno que es!, yo me encargaría de la parte médica, y Hope

sería nuestro bacteriólogo. Las ventajas son evidentes, cada uno se perfecciona en su especialidad y pone a disposición de los otros sus conocimientos. Tal vez recuerdes los argumentos de Denny, y también los míos, sobre nuestro mísero sistema del médico universal, cómo este se ve obligado a hacerlo todo, es decir, lo imposible. La medicina en grupo es la solución, la perfecta solución: a mitad de camino entre la medicina del Estado y el esfuerzo individual. La única razón de que no lo hayamos tenido aquí es que los grandes hombres gustan de tenerlo todo en sus manos. Pero ¿no sería maravilloso, querida, si nosotros pudiéramos formar una pequeña unidad de acción científica... sí, déjame decirlo, espiritualmente intacta, una especie de fuerza avanzada que combatiera los prejuicios, derribara los viejos fetiches, iniciara acaso una revolución completa en todo nuestro sistema médico?

Con la mejilla sobre la almohada, Christine lo contemplaba con ojos radiantes.

—¡No sabes cómo me gusta oírte hablar así, como en aquellos días de antaño! ¡Oh!, es como empezar de nuevo. ¡Soy feliz, Andrew mío, soy feliz!

—Tengo mucho que reparar —añadió sombríamente—. He sido un tonto. Y peor —se oprimió la frente con las manos—. No puedo quitarme de la cabeza al pobre Harry Vidler. Y no lo conseguiré hasta que realice algo que repare aquello —suspiró de repente—. Fui culpable de eso, Christine, tanto como Ivory. No puedo dejar de pensar que me he escapado muy fácilmente. No parece justo que yo deba quedar impune. Pero trabajaré tenazmente, Christine. Y creo que Denny se muere por volver otra vez a los azares de la profesión. Y Hope, si le damos un pequeño laboratorio donde pueda trabajar, además de fabricarnos nuestros sueros, nos seguirá a cualquier parte.

Saltó de la cama y comenzó a pasearse por la alcoba, tan impetuosamente como antes, repartidos sus sentimientos entre el entusiasmo por el futuro y el remordimiento por el pasado, revolviéndolo todo en su cabeza, inquietándose, esperando, proyectando.

—¡Tengo tantas cosas que arreglar, Christine! —exclamó—; pero voy a proponerte algo inmediato. Mira, querida, una vez que hayas escrito algunas cartas, después de comer, ¿qué te parece si diéramos un paseíto por el campo?

Ella le dirigió una mirada interrogativa.

—Pero estás muy ocupado...

—No estoy demasiado ocupado para eso. Sinceramente, Christine, tengo un peso terrible encima con lo de Mary Boland. No está bien donde está, y yo no me he preocupado bastante por ella. Thoroughgood no entiende su caso, al menos a mi juicio. Si le ocurriera algo a Mary después de haberme hecho responsable de ella ante Con, creo que me volvería loco. Es terrible decir esto de mi propio hospital, pero en el Victoria no mejorará jamás. Debería ir al campo, al aire puro, a un buen sanatorio.

—¿Sí?

—Por eso quiero que vayamos a Bellevue, el centro de Stillman. Es el lugar más

agradable y maravilloso que puedas imaginar. Si pudiera persuadirlo de que aceptara a Mary... ¡Oh!, no solo estaría satisfecho, sino que sentiría que habría hecho realmente algo bueno.

Christine dijo con decisión:

—Saldremos en cuanto estés libre.

Cuando Andrew se hubo vestido, bajó y escribió una larga carta a Denny y otra a Hope. Solo tenía tres enfermos graves en sus manos, y, tras visitarlos, llevó las cartas a Correos. Luego, después de comer algo, salió con Christine para Wycombe.

El viaje, a pesar de la tensión emocional que subsistía en su espíritu, transcurrió sin novedad. Sentía más que nunca que la felicidad era un estado interior, enteramente espiritual, independiente —dijeran lo que dijeran los cínicos— de los bienes mundanos. Durante todos esos meses —mientras se había estado consumiendo por alcanzar riqueza y posiciones, triunfando materialmente—, se había creído feliz, pero no lo había sido. Vivía en una especie de delirio, anhelando poseer cada vez más. «¡Dinero —pensaba amargamente—, todo era por el sucio dinero!». Primero se había propuesto ganar mil libras al año. Cuando lo consiguió, duplicó la cantidad. Y, una vez logrado ese objetivo, quiso más. Y así sucesivamente. Siempre más y más. Y eso habría acabado matándolo.

Miró de soslayo a Christine. ¡Cuánto habría sufrido por él! Pero, si hubiera necesitado alguna confirmación de lo sano de su propósito, le habría bastado la visión del rostro transfigurado y radiante de Christine. No era un rostro hermoso, pues conservaba la huella del sufrimiento y de las lágrimas; estaba algo ojerosa y tenía una débil depresión en las mejillas, que fueran antaño firmes y rozagantes. Pero era un rostro que siempre había ostentado un aire de serenidad y de verdad. Y esta nueva vida que lo animaba era tan luminosa y conmovedora, que Andrew se sintió intensamente conmovido por un nuevo impulso de dolor y de remordimiento. Juró que jamás volvería a hacer nada que la entristeciera.

Llegaron a Wycombe cerca de las tres, y enseguida tomaron un camino cuesta arriba que los condujo a la cumbre de la colina, hasta más allá de Lacey Green. La situación de Bellevue era soberbia, sobre una pequeña meseta que, aunque cerrada por el norte, franqueaba el panorama de ambos valles.

Stillman los acogió cordialmente. Era un hombrecillo reservado, poco efusivo, que rara vez se entusiasmaba. Sin embargo, reveló el agrado que le producía la visita de Andrew, mostrándole toda la hermosura y eficacia de su creación.

Bellevue era intencionadamente pequeña, pero no cabía discusión acerca de su perfección. Constaba de dos alas, orientadas hacia el suroeste y unidas por una sección central administrativa. Sobre el vestíbulo de entrada y las oficinas había una sala para tratamientos magníficamente equipada, cuya pared sur era toda de vidrio. Todas las ventanas eran de este mismo material, y la calefacción y el sistema de ventilación, la

última expresión de la eficiencia moderna. Mientras recorría el establecimiento, Andrew no pudo evitar comparar su perfección ultramoderna con esos edificios construidos hacía un siglo, que eran muchos de los hospitales de Londres, y con aquellas antiguas casas con habitaciones, mal reformadas y mal equipadas, que se disfrazaban de clínicas.

Una vez que los hubo paseado por todas partes, Stillman los invitó a tomar el té. Y en ese momento Andrew le formuló su petición de buenas a primeras.

—No me agrada pedir favores, señor Stillman. —Christine tuvo que sonreír al escuchar la casi olvidada fórmula—. Pero pienso que quizá usted podría hacerme uno: recibir a una enferma. Tuberculosis incipiente. Probablemente necesita neumotórax. Es hija de un gran amigo mío, un dentista, y no se encuentra bien donde está...

Advirtió una expresión como de ironía tras los ojos azules de Stillman.

—No me diga que desea enviarme una enferma. Los médicos de aquí no me envían enfermos..., aunque sí lo hacen en mi país. Olvida que aquí yo no soy más que un impostor, un curandero al frente de un sanatorio dirigido con métodos empíricos, que hace caminar descalzos a sus pacientes por el rocío antes de conducirlos a tomar un desayuno de zanahorias ralladas.

Andrew no sonrió.

—No bromea, señor Stillman. Le hablo muy en serio. Esa joven me tiene muy preocupado.

—Me temo que no hay plazas, amigo mío. A pesar de la antipatía que me profesa su hermandad médica, tengo una lista de postulantes tan larga como mi brazo. ¡Es asombroso! —Al fin Stillman sonrió impasiblemente—. La gente me pide que la cure, a pesar de los doctores.

—¡Bien! —murmuró Andrew. La negativa de Stillman constituía para él un gran desencanto—. Sabía que esto podía suceder. Si hubiéramos podido traer aquí a Mary..., ¡oh, me habría sentido aliviado! Usted tiene el mejor centro médico de Inglaterra. No es por halagarle. Sencillamente lo sé. Cuando pienso en esa sala del Victoria donde ella yace ahora, escuchando las cucarachas que se mueven detrás de los zócalos.

Stillman se inclinó y tomó un pequeño bocadillo de pepino de la mesita de centro que tenían delante. Tenía una manera característica, casi afectada, de coger las cosas, como si hubiera acabado de lavarse las manos y temiera ensuciárselas de nuevo.

—Señor Manson, está usted interpretando una pequeña comedia satírica. Sé que no debería hablar así; pero veo que está preocupado, y le ayudaré. Aunque sea usted *médico*, me haré cargo de su enferma. —Se le contrajo el labio al advertir la expresión turbada del semblante de Andrew—. Poseo un espíritu abierto. No tengo reparos en alternar con la profesión médica cuando me veo obligado. ¿Por qué no se ríe?, es una broma. No importa. Aun cuando usted carece del sentido del humor, tiene una perspicacia superior a la de la mayoría de sus colegas. Déjeme pensar. No tengo

habitación vacante hasta la semana próxima. El miércoles, creo. Tráigame a su enferma el miércoles de la semana próxima y le prometo hacer por ella todo lo que pueda.

El rostro de Andrew se encendió de gratitud.

—No sé..., no sé cómo agradecerle...

—Pues no lo haga, entonces. Y no sea tan cumplido. Le prefiero cuando parece disparar las cosas. Señora Manson, ¿lanza los platos su marido alguna vez? Tengo un gran amigo en Estados Unidos, dueño de dieciséis diarios, que cada vez que se encoleriza rompe un plato de los que valen cinco centavos. Un día ocurrió que...

Y les refirió una historia larga y, para Manson, en absoluto desprovista de interés. Pero, mientras regresaba a casa con el fresco de la tarde, le explicaba a Christine:

—Esto está arreglado, Christine. Me he quitado un gran peso de encima. Estoy seguro de que es el sitio indicado para Mary. Es un hombre excelente, este Stillman. Me agrada mucho. Parece poquita cosa, pero por dentro tiene la firmeza del acero. ¡Ojalá Denny, Hope y yo tengamos algún día una clínica por el estilo, una reproducción en pequeño! Es un sueño disparatado, ¿no? Pero nunca se sabe. Y he pensado que, si nos instalamos en algún lugar del campo, podríamos estar lo suficientemente cerca de alguna mina de carbón para que yo reanude mi trabajo sobre la inhalación. ¿Qué te parece, Christine?

A modo de respuesta, se inclinó hacia él y, sin preocuparse del riesgo que corrían al estar Andrew conduciendo, lo besó intensa y largamente.

CAPÍTULO XVIII

A la mañana siguiente Andrew se levantó temprano y descansado. Se sentía ágil, con el temple necesario para acometerlo todo. Fue directamente al teléfono y puso su consultorio en manos de Fulger y Turner, agentes de transferencias médicas, de la calle Adam. El señor Gerald Turner, jefe actual de la agencia, respondió personalmente, y, en atención a lo solicitado por Andrew, se presentó de inmediato en Chesborough Terrace. Tras revisar los libros, ocupación que le llevó toda la mañana, le aseguró que no tendría la menor dificultad en encontrar un comprador.

—Por supuesto, tenemos que dar una razón en el anuncio, doctor —dijo Turner, golpeándose suavemente los dientes con el cabo del lápiz—. Los interesados se preguntarán por qué renuncia un médico a semejante mina de oro. Porque, discúlpeme que se lo diga, doctor, es una mina de oro. Jamás he visto tales ingresos en dinero contante durante tantos días. ¿Diremos que por motivos de salud?

—¡No! —contestó bruscamente Andrew—. Diga la verdad. Diga... —se contuvo—, ¡oh!, diga que por razones personales.

—Muy bien, doctor. —El señor Gerald Turner escribió un borrador del anuncio: «Venta de consultorio por motivos puramente personales y sin relación con la profesión».

Andrew concluyó:

—Y recuerde, no pido una fortuna..., solo un buen precio. Hay unos cuantos cicateros que no seguirán con mi sustituto.

A la hora del almuerzo, Christine le llevó dos telegramas que habían llegado. Andrew les había pedido a Denny y a Hope que respondieran telegráficamente a las cartas que les había escrito el día anterior.

El primero, de Denny, decía: «Cuenta conmigo. Espérame mañana por la tarde».

El segundo declaraba, con su habitual impertinencia: «Está visto que debo pasar toda mi vida con locos. Características de ciudades provincianas inglesas: cantinas, ganado, catedrales y mercados de cerdos. ¿Dijo usted laboratorio?» (Firmado): *Contribuyente indignado*.

Después del almuerzo, Andrew se fue al Victoria. No era la hora de visita del doctor Thoroughgood, lo que sirvió admirablemente a sus propósitos. No deseaba alborotos ni disgustos, y menos que nada deseaba molestar a su jefe, que, no obstante su obstinación y excesivo interés por los médicos barberos del pasado, le había tratado bien.

Sentado junto al lecho de Mary, le explicó privadamente lo que pensaba hacer.

—Es culpa mía que estés aquí —le dijo palmoteándole la mano tranquilamente—. Debí prever que este no era el sitio para ti. Notarás una gran diferencia cuando llegues a Bellevue, una gran diferencia, Mary. Pero aquí han sido muy bondadosos contigo, y no

hay por qué herir los sentimientos de nadie. Debes decir que deseas salir el miércoles próximo; si no lo quieres hacer, le diré a Con que escriba una carta manifestando tu deseo de salir. Tienen tanta gente esperando camas, que será fácil. Entonces yo te llevaré en auto a Bellevue, el mismo día. Dispondré de una enfermera y de todo lo necesario. Nada más sencillo, ni mejor para ti.

Volvió a casa con el sentimiento de una realización más, experimentando que comenzaba a despejar el laberinto en que había caído su vida. Aquella tarde en el consultorio comenzó a despedir a los crónicos, a sacrificar sin piedad a su clientela predilecta. Doce veces en el curso de una hora declaró firmemente:

—Esta será su última visita. Lleva demasiado tiempo viniendo. Se encuentra mucho mejor ahora. Y no le aprovecha seguir tomando medicinas.

Era asombroso el alivio que sentía. Ser capaz de decir de forma honrada, y valiente, lo que pensaba. Era un lujo que se había negado durante mucho tiempo. Fue a ver a Christine con paso casi infantil.

—Ahora me parezco menos a un vendedor de sales de baño. —Y poco después—: ¡Dios mío! ¡Cómo puedo hablar así! ¡Con todas las cosas que han ocurrido!... Vidler..., todo lo que he hecho.

Entonces sonó el teléfono, y Christine fue a contestar. A Andrew le pareció que tardaba mucho en volver, y, cuando lo hizo, le pareció que su semblante revelaba una extraña tensión.

—Alguien te espera al teléfono.

—¿Quién?

En el mismo instante comprendió que se trataba de Frances Lawrence. Había en la habitación un gran silencio. Luego, apresuradamente, dijo:

—Dile que no estoy. Que he salido. No, ¡espera! —Su expresión acusó una resolución enérgica y salió con paso firme—. Yo mismo le hablaré.

Volvió a los cinco minutos y la encontró sentada en su rincón familiar cerca de la luz, con una labor en las manos. La miró disimuladamente y luego miró afuera, avanzó hasta la ventana y se quedó allí, con las manos en los bolsillos. El apacible sonido de las agujas de tejer lo hizo sentirse extremadamente tonto, como un perro triste y estúpido que vuelve a casa sucio, zalamero y con el rabo entre las piernas, después de alguna correría ilícita. Al fin ya no se pudo contener. Todavía dándole la espalda a Christine, dijo:

—Eso también ha concluido. Puede interesarte saber que fue mi estúpida vanidad... y el interés. Siempre te he amado. —De pronto se lamentó—: Fue todo culpa mía, Christine. Estas no conocen a nadie distinto de ellas mismas; pero yo sí. Estoy saliendo de esto demasiado fácilmente. Pero déjame decirte..., ya que estaba al teléfono, llamé a Le Roy para solucionar otro asunto pendiente. Los productos Cremo ya no se interesarán por mi futuro. Yo mismo me he quitado de en medio,

Christine no respondió, pero el ruido de sus agujas ponía una nota alegre en la estancia silenciosa.

Andrew permaneció mucho tiempo allí, con sus avergonzados ojos fijos en el movimiento de la calle, en las luces que surgían en la oscuridad. Cuando por fin se volvió, la creciente oscuridad había invadido toda la habitación; pero ella todavía estaba sentada allí, casi invisible en la silla, una leve figura abstraída en su labor.

Esa noche Andrew se despertó angustiado y transpirando, buscándola a tientas, todavía trémulo por los terrores de su sueño.

—¿Dónde estás, Christine? Estoy arrepentido. Estoy verdaderamente arrepentido. Haré cuanto pueda para ser bueno contigo en adelante. —Luego, más tranquilo, ya casi despierto—: Será un descanso cuando vendamos esto. ¡Dios mío! Tengo los nervios destrozados. ¡Y pensar que un día te llamé neurótica! Y cuando nos instalemos, dondequiera que sea, tendrás un jardín, Christine. Sé que te gusta. Recuerdas... ¿Recuerdas Vale View, Christine?

A la mañana siguiente le llevó un gran ramo de crisantemos. Se esmeraba con todo su antiguo ardor por mostrarle su cariño, no con aquella generosidad que ella aborrecía —¡el recuerdo de aquel almuerzo en el Plaza todavía la hacía estremecerse!—, sino por vías discretas, casi olvidadas.

A la hora del té, cuando él llegó con un bizcocho de los que tanto le gustaban a Christine, y con las zapatillas, que estaban en el armario, al final del corredor, ella se irguió en la silla frunciendo el ceño y protestando suavemente:

—No, querido, no... o voy a molestarme. Dentro de una semana te estarás tirando del pelo y andarás dando puntapiés por la casa..., como hacías antes.

—¡Christine! —exclamó Andrew, entristecido—. ¿No adviertes que todo ha cambiado? De hoy en adelante yo te haré las cosas.

—Sí, muy bien, querido.

Se frotó sonriente los ojos. Enseguida, con un fuego que nunca Andrew hubiera sospechado en ella, prosiguió:

—No me importa nada, con tal de que estemos juntos. No quiero que andes tras de mí. Todo lo que te pido es que no andes tras de nadie más.

Aquella tarde llegó Denny, como había prometido, para la cena. Traía un recado de Hope, que lo había llamado por teléfono desde Cambridge para decirle que no podría llegar a Londres esa noche.

—Me dijo que lo retenían los negocios —declaró Denny sacudiendo su pipa—. Pero mucho me temo que el amigo Hope tendrá pronto mujer. Negocios románticos... el matrimonio de un bacteriólogo.

—¿Te dijo algo respecto de mi idea? —preguntó vivamente Andrew.

—Sí, está ansioso..., pero es igual; podríamos metérselo en el bolsillo y llevarlo a

cualquier parte. Y yo también estoy ansioso. —Denny desdobló la servilleta y se sirvió ensalada—. No puedo comprender cómo un proyecto magnífico como este ha salido de tu insensata cabeza. Particularmente cuando ya te imaginaba instalado como comerciante de jabón del West End. Infórmame al respecto.

Andrew se lo refirió todo y, con entusiasmo creciente, comenzaron a discutir los detalles más prácticos. De pronto se dieron cuenta de cuánto habían avanzado en el plan, cuando dijo Denny:

—Opino que no debemos elegir una población demasiado grande. Menos de veinte mil habitantes... sería ideal. Allí podríamos hacer grandes cosas con la mayor facilidad. Mira un mapa del West Midlands. Encontrarás muchísimos pueblos industriales atendidos por cuatro o cinco médicos que cortésmente luchan entre sí y donde el viejo doctor de turno saca media amígdala una mañana y prepara una droga la siguiente. Es precisamente allí donde podemos demostrar nuestra idea de cooperación especializada. No nos meteremos a la fuerza. Sencillamente, llegaremos. ¡Dios mío! Me gustaría verles la cara..., quiero decir, la cara de los doctores Brown, Jones y Robinson. Tendremos que tolerar muchas ofensas; podemos hasta ser linchados. Pero, hablando en serio, necesitamos una clínica central, como tú dices, con el laboratorio de Hope anexo. Incluso podríamos tener en los altillos un par de camas. Al principio no será gran cosa: se trata de remodelación, más que de edificación, supongo, pero tengo el presentimiento de que echaremos raíces.

De pronto, al advertir el brillo de los ojos de Christine mientras escuchaba sentada su disertación, sonrió:

—¿Qué le parece, señora? Descabellado, ¿no?

—Sí —replicó ella con voz ligeramente ronca—. Pero son las cosas descabelladas las que valen.

—¡Exacto, Christine! Eso es.

Andrew dio un golpe en la mesa con el mango del cuchillo.

—El plan es bueno, ¡pero lo mejor es lo que está detrás del plan! Una nueva interpretación del juramento hipocrático; una absoluta fidelidad al ideal científico; nada de empirismo, nada de métodos falsos, de recetar al azar, de arrebatarse los honorarios, de afán de dinero ni de seguir la corriente a los hipocondríacos. ¡Oh, por Dios! Denme un trago. Mis cuerdas vocales no resisten; debería tener un tambor.

Conversaron hasta la una de la madrugada. La gran excitación de Andrew era un estímulo hasta para el estoico Denny. Su último tren había partido hacía mucho. Durmió allí y, cuando a la mañana siguiente salió precipitadamente después del desayuno, prometió regresar el viernes próximo. Entretanto, vería a Hope y —prueba final de su entusiasmo— compraría un mapa detallado de West Midlands.

—¡Esto marcha, Christine, esto marcha! —dijo Andrew con tono triunfal—. Philip es

acre como la mostaza. No dice mucho. Pero lo conozco.

Ese mismo día fueron a ver el consultorio los primeros interesados, acompañados por Gerald Turner. Poseía este un lenguaje fluido y elegante, que utilizaba incluso para explicar la arquitectura del garaje. El lunes acudió dos veces el doctor Noel Lowry: por la mañana solo, y por la tarde acompañado del agente. Después Turner telefoneó a Andrew en tono confidencial:

—El doctor Lowry está interesado, doctor, muy interesado, diría yo, pero pide que esperemos unos días hasta que vuelva su esposa. Ella está en la costa con los niños. Llega el miércoles.

Era el día en que Andrew había dispuesto llevar a Mary a Bellevue, pero le pareció que la cosa podía quedar en manos de Turner. En el hospital todo había ocurrido como lo había previsto. Mary debía partir a las dos. Andrew había comprometido a la enfermera Sharp para que los acompañase en el auto.

Llovía a cántaros cuando, a la una y media, Andrew se dirigía a la calle Welbeck para recoger a la enfermera Sharp. Cuando llegó al número 57 A, ella le estaba esperando, de bastante mal humor. Desde que Andrew le había notificado que prescindiría de sus servicios al término del mes, sus maneras habían sido más desagradables todavía. Farfulló una respuesta a su saludo y subió al auto.

Afortunadamente, no tuvo dificultades con Mary. Cuando detuvo el coche delante del Victoria, ella salía, acompañada del portero, y un momento después estaba en el asiento trasero de su lujoso coche con la enfermera Sharp, confortablemente envuelta en una manta y con una botella caliente a los pies. No habían recorrido mucho camino cuando Andrew comenzó a arrepentirse de llevar consigo a la taimada y suspicaz enfermera. Era evidente que ella consideraba ese viaje como algo ajeno a sus obligaciones. Andrew no entendía cómo había logrado entenderse con ella tanto tiempo.

A las tres y media llegaron a Bellevue. La lluvia ya había cesado y el sol asomaba por entre las nubes cuando ascendían a la explanada. Mary miraba a través de la ventanilla, con un poco de recelo, aquel sitio en el que la habían hecho poner tantas esperanzas.

Andrew encontró a Stillman en su despacho. Estaba ansioso por examinar con él a la enferma, pues el asunto del neumotórax le pesaba como plomo en el espíritu. Habló de ello mientras fumaba un cigarrillo y bebía una taza de té.

—Muy bien —asintió Stillman cuando Andrew hubo terminado—. Subiremos ahora mismo a verla.

Y lo siguió a la habitación de Mary, que ya estaba en la cama, pálida a causa del viaje, y aún inquieta, mirando a la enfermera Sharp, que le estaba ordenando la ropa. Se agitó un poco cuando Stillman se acercó a ella.

Este la examinó meticulosamente. Calmo, silencioso, absolutamente preciso, la revisión de Stillman fue para Andrew una revelación. No era zalamero con los enfermos.

No era ostentoso. No parecía un médico, sino un hombre de negocios intentando arreglar una máquina de sumar estropeada. Aunque usaba el estetoscopio, la mayor parte de su reconocimiento era táctil; palpaba los espacios intercostales y supraclaviculares, como si con sus delicados dedos pudiera saber el estado de las celdillas del pulmón, vivo y palpitante allá dentro.

Cuando concluyó, no le dijo nada a Mary, sino que invitó a Andrew a salir de la habitación.

—Neumotórax —expresó—. No cabe duda. Ese pulmón debería haber sido comprimido hace semanas. Voy a hacerlo al instante. Dígaselo a la muchacha.

Mientras Stillman iba a poner a punto el aparato, Andrew regresó junto a Mary y la informó, restándole importancia al asunto; sin embargo, fue evidente que la perspectiva inmediata de la operación sobresaltó más todavía a la enferma.

—¿Lo hará usted? —preguntó con tono intranquilo—. ¡Oh, preferiría que lo hiciese usted!

—No es nada, Mary. No sentirás dolor alguno; yo estaré aquí. Vigilaré para que nada te ocurra.

Su intención, en principio, era delegar totalmente en Stillman, pero al verla tan nerviosa, tan dependiente de él, y porque se sentía responsable de ella, fue a la sala de reconocimiento y habló con Stillman del asunto.

Diez minutos después, estaban listos. Cuando llevaron a Mary, Andrew le aplicó anestesia local. Enseguida se hizo cargo del manómetro, mientras Stillman insertaba hábilmente la aguja regulando la entrada del nitrógeno esterilizado en la pleura. El aparato era sumamente delicado y Stillman, un maestro en su manejo. Hizo avanzar la cánula con destreza, con los ojos fijos en el manómetro para el sonido final que anunciaba la perforación de la pleura parietal. Tenía su propio método de manipulación profunda para prevenir el enfisema quirúrgico.

Después de una primera fase de crispación, la intranquilidad de Mary disminuyó poco a poco. Se abandonó a la operación con creciente confianza, y al final pudo sonreírle a Andrew, enteramente tranquila. De nuevo en su habitación, dijo:

—Tenía usted razón. No era nada. No siento que me hayan hecho nada.

—¿No? —Andrew frunció el ceño y luego rio—. Así debería ser siempre, sin la sensación de que te están haciendo algo terrible; me gustaría que todas las aplicaciones fuesen así. Pero, con todo, te hemos inmovilizado el pulmón. Ahora descansará. Y cuando comiences a respirar otra vez, créeme, estarás curada.

La mirada de Mary se clavó en él y luego vagó por la agradable habitación y a través de la ventana hasta el panorama del valle, allá abajo.

—No está tan mal esto, después de todo. Él no intenta parecer bondadoso... el señor Stillman, quiero decir..., pero se nota que lo es.

CAPÍTULO XIX

Eran cerca de las siete cuando Andrew se fue de Bellevue. Había permanecido más tiempo de lo que había previsto, conversando con Stillman en la galería de abajo, gozando del aire fresco y de la conversación. Al marchar se vio invadido de un extraordinario sentimiento de placidez, de tranquilidad, lo que atribuía a Stillman, cuya personalidad, con su calma, su indiferencia respecto a las trivialidades de la vida, actuaba favorablemente sobre su temperamento impetuoso. Más aún, ahora se sentía optimista respecto de Mary. Sentía el contraste entre su precipitada acción anterior, el haberla ingresado tan a la ligera en un hospital anacrónico, y todo lo que había hecho por ella aquella tarde, por más que le había ocasionado molestias y obligado a hacer arreglos dificultosos que iban contra las normas. Aunque no había hablado con Stillman sobre la cuestión del pago, era evidente que con no estaba en situación de afrontar los gastos de Bellevue y que, en consecuencia, él tendría que asumírselos. Pero todo eso era nada al lado del maravilloso sentimiento que lo invadía de haber hecho una buena obra. Por primera vez después de muchos meses, sintió haber realizado algo que valiera a sus propios ojos. Este pensamiento era el comienzo de su rehabilitación.

Condujo lentamente el auto, disfrutando de la quietud de la tarde. La enfermera Sharp iba en el asiento de atrás, en silencio, y él, entregado a sus propios pensamientos, casi no advertía su presencia. Cuando llegaron a Londres, le preguntó dónde quería que la dejara, y, a petición suya, se detuvo en la estación de Notting Hill. Andrew se alegró de verse libre de ella. Era una buena enfermera, pero de un temperamento concentrado y sombrío. Nunca habían simpatizado. Andrew decidió enviarle por correo su sueldo al día siguiente. No deseaba verla más.

Su humor cambió mientras recorría la calle Paddington. Siempre le afectaba pasar ante la tienda de Vidler. Con el rabillo del ojo divisó el letrero: «Renovations Ltd.». En ese momento, un empleado estaba bajando las persianas metálicas. El simbolismo de esa imagen le hizo estremecerse. Abrumado, llegó a su casa y metió el coche en el garaje. Entró enseguida, oprimido por una extraña tristeza.

Christine salió a su encuentro alegremente. Cualquiera que pudiera ser el estado de Andrew, a ella se la veía feliz. Las noticias que tenía se le adivinaban en los ojos.

—¡Vendido! —declaró alegremente—. Vendido íntegro, con todo su contenido. Han estado esperándote, querido. Se acaban de ir. El doctor Lowry y su señora, quiero decir. Como tú no estabas, no pudo evitarlo y él mismo atendió la consulta —añadió riéndose—. Después les invité a comer y seguimos conversando. La señora Lowry temía que hubieras tenido un accidente. Entonces comencé a inquietarme. Pero ya estás aquí, amor mío. Y todo está bien. Tienes que verte con él mañana en la oficina del señor Turner, a

las once, para firmar el contrato. Y... ¡oh, sí..., le ha dejado un depósito al señor Turner!

Andrew la siguió al salón, y vio que ya habían quitado la mesa. Andrew se alegró, naturalmente, de que el consultorio estuviera vendido, pero por el momento no podía dar muestras de gran satisfacción.

—Es magnífico —prosiguió Christine— que todo se haya arreglado tan rápidamente, ¿no? ¡Oh, he estado pensando tanto antes de que tú llegaras! Si pudiéramos tomarnos otras pequeñas vacaciones en Val antes de empezar otra vez. Fue tan delicioso, ¿verdad, querido?, y lo pasamos tan maravillosamente... —Se interrumpió—. Pero ¿qué te ocurre, querido?

—¡Oh, nada! —dijo Andrew, sentándose sonriente—. Creo que estoy algo cansado. Probablemente, porque no he comido.

—¡Cómo! —exclamó Christine, consternada—. Yo estaba convencida de que comerías en Bellevue. —Miró en tomo a ella—. No ha quedado nada, y la señora Bennet ha ido al cine.

—No importa.

—Ahora entiendo que no saltaras de alegría cuando te conté lo de la venta. Siéntate aquí un minuto, y te traeré algo. ¿Te apetece alguna cosa especial? Podría calentar un poco de sopa... o hacerte un huevo frito...

Andrew pensó un momento.

—Bueno, un huevo frito, si no te importa..., y tal vez un poco de queso.

Ella regresó al momento con una bandeja en que había un plato con huevos fritos, un vaso con caldo de apio, pan, galletas, mantequilla y la quesera. Dejó la bandeja sobre la mesa. Mientras él acercaba la silla, Christine sacó una botella de cerveza del aparador.

Mientras Andrew comía, ella lo observaba solícitamente.

—Muchas veces he pensado que, si hubiéramos vivido en Cefan Row, con una cocina y un dormitorio, habríamos estado perfectamente. La vida fastuosa no es para nosotros. Ahora que volveré a ser la mujer de un trabajador, me siento inmensamente feliz.

Él continuaba con su cena. Indudablemente, la comida le hacía sentirse mejor.

—Estos días —prosiguió Christine, apoyando la barbilla en las manos, como solía— he pensado mucho. Antes mi espíritu estaba como rígido, paralizado. Pero desde que... ¡oh!, desde que somos nosotros de nuevo, todo parece más simple. Las cosas solo adquieren valor cuando ha habido que luchar para conseguirlas. Si llegan por sí solas, no producen satisfacción. ¿Recuerdas aquellos días de Aberalaw, cuando teníamos que afrontar juntos todas aquellas dificultades? Todo el día lo he tenido presente en mi espíritu. ¡Bueno! Presiento que vamos a reanudarlas. Es nuestro tipo de vida, querido. Es lo nuestro. ¡Y soy tan feliz con ello!

—¿Eres realmente feliz, Christine?

Ella lo besó suavemente.

—En mi vida he sido más feliz que ahora.

Hubo una pausa. Andrew le puso mantequilla a una galleta y levantó la tapa de la quesera para servirse. Pero sufrió una desilusión al no ver su Liptauer favorito, sino un trozo de queso ordinario que la señorita Bennet empleaba en la cocina. En cuanto lo vio, Christine lanzó una exclamación, reprochándose a sí misma:

—¡Precisamente pensaba ir hoy a la tienda de Frau Schmidt!

—¡Oh! No importa, Christine.

—Sí, sí importa. —Christine retiró la fuente antes de que Andrew pudiera servirse—. Estoy en la luna, como una colegiala sentimental, sin darte nada de comer, cuando tú llegas cansado y muerto de hambre. ¡Excelente mujer para un trabajador! —Se levantó de un salto, mirando el reloj—. Aún me da tiempo de llegar antes de que cierre.

—¡No te molestes, Christine...!

—Por favor, querido. Quiero hacerlo. Quiero... porque tú adoras el queso de Frau Schmidt, y yo te adoro a ti.

Antes de que Andrew pudiera protestar de nuevo, ella ya había salido. Oyó sus rápidos pasos en el vestíbulo, el débil golpe al cerrarse la puerta de la calle. Manson sonreía suavemente. ¡Esa era Christine, ella era así! Le puso mantequilla a otra galleta, esperando la llegada del famoso Liptauer.

La casa estaba en paz: «Florrie duerme allá abajo», pensó él, y la señora Bennet había ido al cine. Se alegraba de que esta quisiera acompañarlos en su nueva aventura. Stillman había estado magnífico. Había sido hermoso volver a casa por el campo, tan fresco y apacible después de la lluvia. ¡Gracias a Dios, Christine tendría pronto otra vez su jardín! Él, Denny y Hope corrían el peligro de ser linchados por los cinco médicos de Muddletown. ¡Pero Christine tendría su jardín!

Comenzó a comer distraídamente una de las galletas con mantequilla. Perdería el apetito si Christine no se apresuraba. Debía de estar hablando con la señora Schmidt. Buena mujer: le había enviado sus primeros enfermos. Si él hubiera continuado decentemente, en vez de..., ¡oh, bueno, eso ya había pasado, gracias a Dios! Estaban unidos otra vez. Christine y él, felices como nunca. Era maravilloso habérselo oído decir a ella hacía un momento. Encendió un cigarrillo,

De pronto sonó violentamente la campanilla de la puerta. Andrew dejó el cigarrillo en el cenicero y salió a abrir.

En la calle había un gran alboroto de gente.

Antes de que pudiera explicarse el abigarrado cuadro, apareció ante él el policía que había hecho sonar la campanilla. Era Struthers, su antiguo amigo de Fife, el agente de tráfico.

—¡Doctor! —le dijo sin aliento, como si hubiera llegado corriendo—. Su esposa está herida. ¡Oh, santo Dios!, salió apresuradamente de la salchichería justo cuando pasaba el autobús.

Andrew se sintió oprimido por una gran mano de hielo. Antes de que pudiera hablar, se vio rodeado por la multitud. El vestíbulo se llenó en un instante: la señora Schmidt, que lloraba, un conductor de autobús, otro policía, extraños, todos apretujándose y haciéndole retroceder hasta el consultorio. Y entonces, a través de la multitud, transportada por dos hombres, apareció la figura de Christine, con la cabeza caída hacia atrás, pendiente de su delgado y albo cuello. Todavía tenía entre los dedos de la mano izquierda, atado con un cordelito, el pequeño paquete de la señora Schmidt. La colocaron sobre el diván del consultorio.

Estaba muerta.

CAPÍTULO XX

Andrew estuvo varios días conmocionado, como fuera de sí. Tenía momentos de lucidez cuando identificaba a la señora Bennet, a Denny y, una o dos veces, a Hope. Pero la mayor parte del tiempo su vida era meramente fisiológica y ejecutaba los actos que le sugerían por puro automatismo, reconcentrado, todo su ser sumido en una larga pesadilla de desesperación. Su debilitado sistema nervioso, la angustia de la pérdida, le creaba fantasías enfermizas y terribles remordimientos, de los que despertaba transpirando, gritando de angustia.

Oscuramente tuvo conciencia del sumario, del odioso procedimiento del tribunal, de los testimonios, relatados tan minuciosa e innecesariamente. Andrew miraba absorto la rechoncha figura de la señora Schmidt, por cuyas hinchadas mejillas caían sin cesar las lágrimas.

—Durante todo el tiempo que estuvo en la salchichería no paró de reír. «Apresúrese, por favor —decía—, no quiero hacer esperar a mi esposo...».

Cuando oyó al juez manifestar su condolencia al doctor Manson en su penosa situación de soledad, comprendió que todo había concluido. Se levantó mecánicamente y se encontró caminando por las aceras grises, con Denny al lado.

No supo cómo se cumplieron los trámites para el funeral; todo transcurrió misteriosamente, sin que él fuera consciente. Mientras se dirigía a Kensal Green, sus pensamientos iban y venían, como saetas, del pasado al presente. En el cementerio recordó las vastas mesetas barridas por el viento que había detrás de Vale View, donde corrían y sacudían sus crines enmarañadas los potros de la montaña. A Christine le gustaba andar por allí, sentir la brisa en las mejillas. Y ahora iba a ser depositada en esa horrible ciudad de los muertos.

Esa noche, en medio de la tortura de su neurosis, procuró insensibilizarse bebiendo. Pero el whisky no parecía provocarle más que indignación contra sí mismo. Se paseó por la habitación hasta tarde, hablando en voz alta, apostrofándose a sí mismo, como ebrio: «Imaginabas que ibas a escapar. Creías que ya habías escapado. Pero no es así. Crimen y castigo. Tú eres el culpable de lo que le ha ocurrido a Christine. Tienes que sufrir». Recorrió toda la calle, sin sombrero, tambaleándose, para contemplar con ojos de estupor las ventanas cerradas de la tienda de Vidler. Regresó balbuciendo con el llanto del ebrio: «Nadie puede burlarse de Dios». Christine lo dijo una vez: «Nadie puede burlarse de Dios, amigo mío».

Subió a trompicones la escalera, dudó, entró en el dormitorio de Christine, silencioso, frío, abandonado. Allí, en el tocador, estaba su cartera. La cogió, la apretó contra sus mejillas y luego la abrió con mano torpe. Dentro había unas monedas de cobre y plata,

un pequeño pañuelo, una cuenta. En el compartimento central halló algunos papeles, una instantánea borrosa de sí mismo tomada en Drineffy y..., sí, las reconoció, oprimido de angustia, aquellas esquelitas que había recibido para Navidad de sus pacientes de Aberlaw, con *sinceros* agradecimientos, que ella había guardado todos aquellos años. Un profundo sollozo agitó su pecho. Cayó de rodillas junto al lecho, en un acceso de llanto.

Denny no hizo nada para impedirle que bebiera. Denny iba a su casa casi todos los días. No era por la clientela, pues el doctor Lowry atendía ahora el consultorio; aunque vivía fuera, venía a las consultas y a coger la lista de las llamadas, Andrew no sabía nada de lo que ocurría, no quería saber nada. Evitaba encontrarse con Lowry. Sus nervios estaban destrozados. El sonido de la campanilla le hacía palpar locamente el corazón. Cualquier acontecimiento inesperado le provocaba sudor en las manos. Se sentaba en el sillón, con el pañuelo estrujado entre los dedos, enjugándose de vez en cuando las palmas empapadas, mirando el fuego, sabiendo que por la noche tendría que afrontar el espectro del insomnio.

Esta era su situación cuando Denny entró una mañana y le dijo:

—Al fin estoy libre, gracias a Dios. Ya podemos irnos.

Andrew era incapaz de negarse a nada, pues había perdido todo poder de reacción. Ni siquiera preguntó adónde iban. Con total indiferencia vio que Denny le empaquetaba un traje. Una hora después estaban en camino a la estación Paddington.

Viajaron durante toda la tarde por los condados del suroeste. Hicieron transbordo en Newport y continuaron por Monmouthshire. En Abergavenny bajaron del tren, y Denny alquiló un automóvil en la misma estación. Salieron del pueblo cruzando el río Usk y se internaron por la hermosa campiña, que ya presentaba matices otoñales. Denny le explicó a Andrew:

—Aquí solía venir antes... a pescar. Abadía Llantony. Creo que nos vendrá bien unos días en el campo.

A las seis de la tarde, a través de una red de senderos bordeados de avellanos, llegaron a su destino. En torno de un terreno de apretado césped, estaban las ruinas de la abadía, piedras grises lisas y unos cuantos arcos todavía en pie de los claustros. Y al lado estaba la casa de huéspedes, construida con las piedras de las minas. Muy cerca corría un arroyuelo con su infatigable y sedante murmullo. Una columna de humo de leña, recta y azul, ascendía en el tranquilo aire de la tarde.

A la mañana siguiente Denny sacó a pasear a Andrew. Era un día seco y tibio, pero Andrew, debilitado por la falta de sueño y por su estado de lasitud, ya quería regresar apenas habían subido la mitad de una cuesta. Pero Denny se mantuvo firme. Lo obligó a caminar doce kilómetros ese día, y quince al siguiente. Al cabo de una semana recorrían treinta kilómetros diarios, y por la noche Andrew, casi arrastrándose hasta su habitación,

se quedaba dormido al momento.

Nadie los importunaba en la abadía. Solo quedaban unos cuantos pescadores, pues ya terminaba la estación de la trucha. Comían en un refectorio embaldosado de piedra, en una larga mesa de encina, frente a una chimenea. La comida era buena y sencilla.

En sus paseos casi no hablaban. A menudo andaban todo el día sin intercambiar más que unas pocas palabras. Al principio, Andrew se mostraba indiferente al paisaje, pero, a medida que pasaban los días, la belleza de los bosques y los ríos, de las colinas cubiertas de helechos, se insinuó imperceptiblemente en sus sentidos dormidos.

El progreso de su mejoría no fue extraordinariamente rápido; sin embargo, al cabo de un mes ya resistía la fatiga de las largas caminatas, comía y dormía normalmente, se bañaba en agua fría todas las mañanas y miraba el futuro sin acobardarse. Era evidente que Denny no podía haber elegido un sitio mejor para su recuperación, ni mejor sistema que el de esa existencia espartana y monástica. Cuando cayó la primera helada sintió la instintiva alegría de su estado tonificador.

Inesperadamente comenzó a hablar. Al principio, sus temas de conversación eran inconexos. Su espíritu, como el del atleta que ejecuta ejercicios sencillos antes de acometer retos mayores, era cauteloso en su acercamiento a la vida. Pero Denny, poco a poco, imperceptiblemente, fue informándole de todos los sucesos que le incumbían.

El consultorio había sido vendido al doctor Lowry, no en la cantidad que había fijado Turner —ya que, debido a las circunstancias, no hubo presentación a la clientela—, pero muy aproximada. Hope había concluido por fin sus estudios y estaba en su casa de Birmingham. Denny también se hallaba libre. Había renunciado a su cargo de archivero antes de ir a Llanton. La conclusión era tan clara que Andrew alzó de pronto la cabeza.

—A principios de año tengo que estar listo para el trabajo.

Ahora conversaban seriamente y con entusiasmo, y al cabo de una semana había desaparecido su penosa apatía. Le parecía extraño y triste que la mente humana fuera capaz de reponerse de un golpe tan terrible como el que lo había derribado. Sin embargo, no podía evitarlo, la mejoría estaba allí. Al principio había vivido con estoica indiferencia, como una máquina que simplemente seguía funcionando. Ahora respiraba el aire helado con verdadero vigor, sacudía los helechos con el bastón, recibía su correspondencia de manos de Denny y maldecía cuando el correo no le traía la *Revista Médica*.

Por la noche estudiaba con Denny un mapa a gran escala. Ayudados de un almanaque, hicieron una lista de pueblos, la expurgaron y finalmente redujeron su selección a ocho nombres. Dos estaban en Staffordshire, tres en Northamptonshire y tres en Warwickshire.

El lunes siguiente Denny se ausentó por una semana. En este lapso experimentó Andrew el retorno impetuoso de su antiguo deseo de trabajar en su propia tarea, el verdadero trabajo que podía realizar con Denny y Hope. Su impaciencia crecía. El

sábado por la tarde caminó todo el trayecto hasta Abergavenny para esperar el último tren. Al regresar, desalentado, resignado a sufrir esa desesperante demora, se encontró con un Ford oscuro detenido frente a la casa de huéspedes. Entró apresuradamente. Allí, en el refectorio alumbrado por una lámpara, Denny y Hope estaban sentados a la mesa, sobre la que se veía una cena compuesta de jamón con huevos, té, crema batida y melocotones en conserva.

Ese fin de semana tuvieron aquellos parajes enteramente a su disposición. El informe de Philip, dado en el curso de esa cena succulenta, fue un animado prelude de la viveza de sus discusiones. Fuera, la lluvia y el granizo golpeaban las ventanas. El tiempo había empeorado. No tenía miramientos para ellos.

Dos de las poblaciones visitadas por Denny, Franton y Stanborough, «estaban maduras para la cosecha médica», según expresión de Hope. Ambas eran importantes centros agrícolas donde habían instalado recientemente sendas fábricas, una de piezas de motores, en Stanborough, y otra de azúcar de remolacha, en Franton. En los alrededores se edificaban casas y la población iba en aumento. Pero en ambos casos los servicios médicos se habían quedado atrás. Franton solo tenía un hospital mísero y Stanborough, ni siquiera eso. Los enfermos de urgencia eran enviados a Coventry, a quince millas de distancia.

Estos pocos detalles fueron suficientes para que saltaran como sabuesos tras una pista.

Pero Denny poseía informes aún más estimulantes. Sacó un plano de Stanborough, arrancado de un mapa general de la región, y observó:

—Lamento decir que lo robé del hotel de Stanborough. Es una buena manera de comenzar nuestra actividad allí, ¿no?

—¿Qué es esta marca? —preguntó impacientemente el siempre bromista Hope.

—Esto —dijo Denny, mientras las cabezas de todos se inclinaban sobre el plano— es la plaza del Mercado..., o el equivalente, solo que por alguna razón la llaman el Círculo. Está en el centro de la población, en situación magnífica. Ya sabéis la costumbre: un anillo de casas, comercios y oficinas, que son a la vez residencias y tiendas, más bien de estilo georgiano, con ventanas y pórticos bajos. El médico jefe del lugar, una ballena de hombre, con una gran cara colorada y mandíbula de carnero, trabaja actualmente con dos ayudantes y tiene su casa en el Círculo. —El tono de Denny era suavemente irónico—. Precisamente al frente, al otro lado de la encantadora fuente de granito que hay en medio del Círculo, existen dos casas vacías con habitaciones grandes, suelos en buen estado y una fachada decente. Están en venta. Me parece...

—Creo que nada me gustaría más —dijo Hope tomando aliento— que un pequeño laboratorio frente a esa fuente.

Siguieron conversando. Denny proporcionó nuevos detalles, sumamente interesantes.

—Por supuesto —concluyó—. Es probable que todos estemos locos de remate. Esta idea ha sido llevada a la perfección en las grandes ciudades norteamericanas gracias a una buena organización y enormes desembolsos. Pero aquí, en Stanborough... Y ninguno de nosotros tiene bastante dinero. Posiblemente peharemos como demonios entre nosotros mismos, pero...

—¡Que Dios ayude al de la mandíbula de carnero! —dijo Hope levantándose y estirándose.

El domingo adelantaron sus planes, disponiendo que el lunes, de regreso a su casa, Hope hiciese un rodeo y se pasase por Stanborough. Denny y Andrew llegarían el miércoles, se encontrarían con él en el hotel y uno de ellos efectuaría discretas averiguaciones entre los agentes inmobiliarios locales.

Con la perspectiva de todo un día por delante, Hope salió temprano a la mañana siguiente, levantando salpicaduras de barro con su Ford, antes de que los otros hubieran concluido su desayuno. El cielo se hallaba aún densamente nublado; pero el viento era fuerte: día tempestuoso y tonificador. Después del desayuno, Andrew salió durante una hora. Era agradable sentirse apto otra vez, con un trabajo que lo esperaba de nuevo en la gran aventura de la nueva clínica. No se había dado cuenta de lo que su plan significaba para él hasta ahora que, en un abrir y cerrar de ojos, estaba a punto de realizarse.

Cuando regresó, a las once, había llegado un montón de cartas despachadas desde Londres. Se sentó a la mesa ansioso de leerlas. Denny estaba junto al fuego hojeando el diario de la mañana.

La primera carta era de Mary Boland. A medida que recorría las hojas de apretada escritura, su rostro adquiría una expresión sonriente. La joven comenzaba con alusiones corteses, manifestando sus esperanzas de que Andrew estuviera del todo repuesto. Luego, le hablaba brevemente de sí misma. Estaba mejor, infinitamente mejor, casi bien. Su temperatura había sido normal durante las últimas cinco semanas. Se había levantado y hacía ejercicios graduales. Había aumentado tanto de peso que apenas se reconocía. Le preguntaba si no podría ir a verla. El señor Stillman había regresado a América por varios meses, dejando a su ayudante, el señor Marland, a cargo del establecimiento. Nunca podría agradecerle lo suficiente haberla llevado a Bellevue.

Andrew dejó la carta, con la expresión todavía iluminada por la noticia de la mejoría de Mary. Después, tras apartar un montón de circulares y literatura de propaganda, que venían en sobres muy delgados y con estampilla de medio penique, tomó la segunda carta. Era un gran sobre de procedencia oficial. Lo abrió y sacó el grueso pliego de oficio que contenía.

Entonces se le desvaneció la sonrisa. Miró el papel con expresión de estupor. Se le dilataron las pupilas. Se puso mortalmente pálido. Durante un minuto estuvo inmóvil, con los ojos fijos en la carta.

—Denny —le dijo en voz baja—, lee esto.

CAPÍTULO XXI

Ocho semanas antes, cuando Andrew dejó a la enfermera Sharp en la estación de Notting Hill, ella cogió el metropolitano hasta Oxford Circus y desde allí caminó hasta Queen Anne Street. Había quedado con su amiga la enfermera Trent, empleada del doctor Hamson, para ir al Queen's Theatre, donde Luis Savory, al que ambas adoraban, actuaba en *La confesión de la duquesa*. Pero eran las ocho y cuarto y la función comenzaba a las ocho y cuarenta y cinco, así que no le quedaba mucho tiempo para ir a por su amiga y llegar hasta las localidades altas del Queen's. Más aún, en vez de tomarse una apetitosa comida caliente en Corner House, como habían planeado, se verían obligadas a comer un bocadillo por el camino o tal vez a contentarse con nada. El estado de ánimo de la enfermera Sharp mientras caminaba por Queen Anne Street era el de una persona amargamente vejada. A medida que los acontecimientos de la tarde le daban vueltas en la cabeza, hervía de indignación y de cólera. Tras subir la escalera del número 17 C oprimió febrilmente el timbre.

La enfermera Trent abrió la puerta con una expresión de resignado reproche. Pero, antes de que pudiera hablar, la Sharp la asió del brazo.

—Querida mía —le dijo hablando rápidamente—, lo siento. ¡No puedes imaginarte qué día he tenido! Te lo contaré después. Déjame pasar un instante para dejar mis cosas. Si voy tal como estoy, creo que llegaremos a tiempo.

En ese momento, aún en la puerta, Hamson bajaba por la escalera, atildado, resplandeciente. Al verlas, se detuvo. Nunca perdía ocasión de mostrar el encanto de su personalidad. Era parte de su estrategia para hacerse querer por la gente, para sacarles el mejor partido.

—¡Hola, señorita Sharp! —la saludó alegremente, sacando un cigarrillo de la pitillera de oro—. Parece enfadada. Por cierto, ¿qué hacen ustedes todavía aquí? ¿No le oí algo a la enfermera Trent respecto de una función esta noche?

—Sí, doctor —respondió la Sharp—. Pero... me retrasé con una paciente del doctor Manson.

—¿Ah, sí? —El tono de Freddie insinuó una leve curiosidad.

Fue suficiente para la enfermera Sharp. Enconada, con antipatía por Andrew y admiración por Hamson, se desahogó al instante.

—Nunca me había pasado nada parecido, doctor Hamson. Tuve que llevar a una enferma del Victoria hasta un sitio llamado Bellevue, y allí fui retenida tres horas por el doctor Manson mientras él efectuaba un neumotórax con un hombre que no posee título...

Refirió toda la historia de la tarde, reprimiendo a duras penas sus amargas lágrimas de

víctima.

Cuando terminó, los ojos de Freddie adquirieron una extraña expresión.

—Terrible, enfermera —dijo al fin—. Pero supongo que ustedes no querrán perderse la función. Mire, enfermera Trent..., tomen un taxi y me lo carga a mi cuenta. Anótelos en su nota de gastos. Ahora tengo que irme, si ustedes me lo permiten.

—Ese sí es un caballero —murmuró la Sharp, siguiéndole con una mirada de admiración—. Vamos, querida, tomemos el taxi.

Freddie, muy pensativo, se encaminó hacia el club. Desde el disgusto con Andrew había tenido que olvidar su orgullo por necesidad y había vuelto a estrechar sus relaciones con Deedman e Ivory.

Ese día comían juntos los tres. Y, mientras lo hacían, Freddie, menos por maldad que por el deseo de interesarlos, de ganar de nuevo la estimación de sus colegas, subrayó con aire de superioridad:

—Manson parece estar haciendo juegos malabares desde que nos dejó. Sé que ha comenzado a enviarle enfermos a ese tal Stillman.

—¿Qué? —exclamó Ivory, soltando el tenedor.

—Y en colaboración, a lo que parece.

Hamson les proporcionó una divertida versión de la historia.

Cuando concluyó, Ivory preguntó con súbita brusquedad:

—¿Es verdad eso?

—Mi querido amigo —respondió Freddie en un tono solemne—, lo he sabido de su misma enfermera no hace ni media hora.

Hubo una pausa; Ivory bajó los ojos y continuó comiendo. Sin embargo, bajo la apariencia de su calma experimentaba un júbilo inmenso. Jamás le había perdonado a Andrew aquella observación final después de la operación de Vidler. Aunque no era quisquilloso, tenía el orgullo del hombre que conoce sus debilidades y las oculta cuidadosamente. En lo profundo de su corazón se sabía un cirujano incompetente. Pero nadie le había dicho con violencia tan cortante toda la magnitud de su incapacidad. Aborrecía a Manson por esa amarga verdad.

Después que los otros hubieron conversado un poco, levantó la cabeza. Su voz era impersonal.

—Esa enfermera de Manson..., ¿puedes conseguir su dirección?

—Sin duda.

—Me parece —dijo Ivory fríamente— que deberíamos hacer algo a este propósito. Entre nosotros, Freddie, nunca me ha interesado mucho ese doctor Manson, pero eso no viene al caso. Piensa únicamente en el aspecto ético. La otra tarde, sin ir más lejos, Gadsby me habló de Stillman. Comienza a aparecer en los diarios... Me refiero a Stillman. Algún asno ignorante de Fleet Street ha reunido una lista de pretendidas

curaciones de Stillman, casos en que los médicos han fracasado; ya sabéis los chismes que circulan por ahí al respecto... Gadsby está bastante irritado con todo eso. Creo que Churston fue un tiempo su paciente antes de que lo abandonara por ese curandero. Es precisamente lo que va a ocurrir si miembros de la profesión deciden apoyar a este patán extranjero. ¡Por Dios! Cuanto más pienso en ello, menos agradable me resulta. Llamaré a Gadsby para tratar directamente del asunto. ¡Mozo! Vea si el doctor Maurice Gadsby está en el club. En caso contrario, que el portero llame por teléfono y averigüe si está en su casa.

Hamson se sintió intranquilo esta vez. No había en él rencor ni mala voluntad para con Manson, al que siempre había querido, a su manera despreocupada y egoísta. Le manifestó:

—No me mezcles en el asunto.

—No seas tonto, Freddie. ¿Vamos a permitir que ese sujeto nos enlode hasta el cuello?

El mozo regresó para decir que Gadsby estaba en su casa.

—Temo que esto signifique mi ausencia en la partida de *bridge*, muchachos —dijo Ivory—. A menos que Gadsby esté comprometido.

Aunque no eran precisamente amigos, se conocían lo suficiente para que Gadsby sacase su mejor oporto y un buen puro. Tuviera o no noticias Gadsby de la reputación de Ivory, al menos conocía la situación social del cirujano, motivo más que suficiente para que Maurice Gadsby, aspirante a más altos honores, lo tratara con la debida amabilidad.

Cuando Ivory le mencionó el objeto de su visita, Gadsby no tuvo necesidad de aparentar interés. Se inclinó hacia adelante en la silla, con sus ojillos fijos en Ivory, escuchando el asunto con la mayor atención.

—¡Demonios! —exclamó con desacostumbrada vehemencia—. Conozco a Manson. Estuvo durante un corto tiempo en el T. C. M. y le aseguro que experimentamos un gran alivio cuando se fue. Un perfecto advenedizo, con los modales de un recadero. ¿Y dice usted que retiró a una enferma del Victoria? Debió de ser uno de los casos de Thoroughgood. Ya veremos lo que este dice al respecto. ¿Y se la llevó a Stillman?

—Más que eso, ayudó a Stillman en la operación.

—Si eso es verdad —dijo con toda intención Gadsby—, el caso corresponde a la G. M. C.

—Bien. —Ivory vaciló muy cumplidamente—. Esa era precisamente mi idea, pero yo prefiero abstenerme. Comprenda usted, en otro tiempo he tenido alguna relación con ese sujeto. La verdad, no me parecía adecuado presentar yo mismo la denuncia.

—Yo lo haré —dijo autoritariamente Gadsby—. Si lo que usted dice es cierto, me encargaré yo personalmente. Faltaría a mi deber si no tomase medidas inmediatas. Se trata de un problema fundamental, Ivory. Ese sujeto, Stillman, es una amenaza, no tanto

para el público como para la profesión. Creo que le referí mi experiencia con él la otra noche, en una cena: amenaza nuestra situación legal, nuestra técnica, nuestra tradición. Amenaza todo lo que nosotros defendemos. Nuestra defensa es eliminarlo del campo profesional, aunque tarde o temprano se hundirá él solo, por carecer de titulación legal. A Dios gracias, Ivory, hemos mantenido las titulaciones en manos de la profesión. Solo nosotros podemos extender un certificado de defunción. Pero, escúcheme, si ese sujeto y otros como él consiguen colaborar profesionalmente, estamos perdidos. Afortunadamente la G. M. C. ha caído siempre como una tonelada de ladrillos sobre tales intentos. Usted recordará el caso de Jarvis, el manipulador, hace varios años, cuando le pidió a un medicastro que le hiciese una anestesia. Fue condenado al momento. Cuanto más pienso en ese Stillman, más resuelto estoy a darle un escarmiento. Si usted me permite un instante, voy a telefonar a Thoroughgood. Y mañana sin falta interrogaré personalmente a esa enfermera.

Se levantó y habló con Thoroughgood. Al día siguiente, en presencia de este, le tomó una declaración escrita a la enfermera Sharp. Tan concluyente fue el testimonio de esta, que al instante se puso Gadsby en contacto con sus abogados, los señores Boon y Everton, de Bloomsbury Square. Aborrecía a Stillman, por supuesto, pero también sabía el prestigio que le otorgaría defender la moralidad médica.

Mientras Andrew, olvidado de todo, se iba a Llantonny, el proceso iniciado en su contra seguía su curso.

Es verdad que Freddie, al dar con un párrafo que hablaba de la investigación tocante a la muerte de Christine, había telefoneado a Ivory para que detuviera el proceso. Pero ya era demasiado tarde. La denuncia había sido presentada.

Posteriormente, el tribunal de asuntos penales consideró la denuncia, y bajo su autoridad se envió un oficio que citaba a Andrew a comparecer a la reunión de noviembre del Consejo, a fin de responder al cargo que había en su contra. Esta era la carta que tenía ahora en sus manos, pálido de ansiedad, intimidado por el tono amenazador de su fraseología jurídica:

Que usted, Andrew Manson, con conocimiento y consentimiento, ayudó el 15 de agosto a un tal Richard Stillman, persona no titulada, que ejerció la Medicina en una sala de operaciones, habiéndose asociado con él en el plano profesional, al llevar a cabo semejante operación. Y que, por consiguiente, ha sido usted culpable de indignidad profesional.

CAPÍTULO XXII

La audiencia estaba fijada para el 10 de noviembre, pero Andrew volvió a Londres una semana antes de esa fecha. Se hallaba solo, pues les había pedido a Hope y a Denny que lo dejaran a sus propias fuerzas. Y se hospedó, con un sentimiento de amargura y de melancolía, en el Museum Hotel.

Aunque exteriormente tranquilo, su estado de ánimo era desesperado. Oscilaba entre sombríos accesos de amargura y una incertidumbre emotiva que provenía no solo de sus dudas respecto al futuro, sino del recuerdo vivido de todos los momentos pasados a lo largo de su carrera médica. Seis semanas atrás, esa crisis lo habría sorprendido todavía anonadado por el dolor de la muerte de Christine, incapaz de toda atención o interés. Pero ahora, repuesto, ansioso y dispuesto a comenzar a trabajar de nuevo, experimentó con cruel intensidad el golpe que lo amenazaba. Entristecido, comprendió que la destrucción de sus esperanzas renacidas equivaldría a su muerte.

Estos y otros pensamientos dolorosos asediaban su cerebro, ocasionándole a veces estados de espantosa confusión. No podía creer que él, Andrew Manson, estuviera en esa horrible situación, próximo a afrontar la temible pesadilla de todo médico. ¿Por qué debía comparecer ante el Consejo? ¿Por qué deseaban borrarlo del Registro? No había hecho nada vergonzoso. No era culpable de ninguna felonía, de ninguna incorrección. Lo único que había hecho era tratar de curarle la tisis a Mary Boland.

Su defensa estaba en manos de Hopper y Cía., de Lincon's Inn Fields, firma de abogados que Denny le había recomendado con insistencia. A primera vista, Thomas Hopper no impresionaba; era un hombre pequeño, de cara encamada y gestos nerviosos, que llevaba unos anteojos con montura de oro. Por algún defecto de la circulación sanguínea, se veía sujeto a ataques de congestión de la piel, que le daban un aire de preocupación de sí mismo, peculiaridad que ciertamente no era la más indicada para inspirar confianza. Sin embargo, Hopper tenía las ideas claras respecto a la defensa que había de hacer. Cuando Andrew, en su primer ímpetu de angustiosa indignación, había querido correr a casa de Sir Robert Abbey, su único amigo influyente en Londres, Hopper le hizo saber que Abbey era miembro del Consejo. Con igual desaprobación, el inquieto abogado había rechazado el ardoroso deseo de Andrew de cablegrafiar a Estados Unidos para que Stillman regresara al momento. Poseían todos los testimonios que les pudiera proporcionar Stillman, y la presencia de ese profesional sin título solo podría contribuir a exasperar a los miembros del Consejo. Por la misma razón había de mantener al margen a Marland, director interino de Bellevue.

Poco a poco comenzó a comprender Andrew que el punto de vista legal del asunto era muy distinto del suyo. Mientras defendía su inocencia en la oficina de Hopper, su

lógica arrebatada hizo que este frunciere el ceño en señal de desaprobación. Al fin tuvo que decirle:

—Si hay algo que debo rogarle, doctor Manson, es que no se exprese en tales términos durante la audiencia del miércoles. Le aseguro que nada podría ser más fatal a nuestra causa.

Andrew se detuvo estupefacto, con las manos entrelazadas y mirando a Hopper con ojos ardientes.

—Pero quiero que sepan la verdad. Quiero mostrarles que curar a esa joven ha sido lo mejor que he hecho en años. Después de enlodarme durante meses, de ejercer la profesión de forma especulativa, he realizado algo hermoso, y por eso me acusan.

Los ojos de Hopper manifestaban un profundo interés detrás de sus lentes. En su disgusto, la sangre se le agolpó a la piel.

—Por favor, doctor Manson. Usted no comprende la gravedad de la situación. Debo aprovechar esta oportunidad para decirle francamente que, en el mejor de los casos, estimo escasas nuestras probabilidades de éxito. Los precedentes están absolutamente en contra de nosotros: Kent en 1909, Lourden en 1912, Foulger en 1919, fueron todos condenados por asociarse a gentes no profesionales. Y, por supuesto, en el famoso caso de Hexam, en 1921, este fue condenado por haber administrado una anestesia general a Jarvis, un curador de huesos. Lo que deseo rogarle ahora es esto: responda a las preguntas en forma afirmativa o negativa, o al menos de la forma más breve posible. Y le prevengo de que, si usted lanza una de esas digresiones suyas, perderemos con seguridad nuestra causa y será borrado del Registro tan ciertamente como me llamo Thomas Hopper.

Andrew comprendió oscuramente que debía tratar de reprimirse. Cual paciente tendido sobre la mesa, tenía que someterse a las operaciones formales del Consejo. Pero le era difícil alcanzar ese estado de pasividad. La sola idea de que debía renunciar a todo intento de reivindicarse, limitándose a responder estúpidamente «sí» o «no», era más de lo que podía soportar.

La tarde del martes 9 de noviembre, cuando su febril ansiedad por lo que ocurriría al día siguiente había llegado al máximo, se encontró, sin saber cómo, en Paddington, caminando en dirección a la tienda de Vidler, llevado de un extraño impulso subconsciente. Profundamente sepultada en su mente, yacía la creencia morbosa de que todas las calamidades de los últimos meses se habían producido en castigo por la muerte de Vidler. La deducción era involuntaria; acudía sin que él quisiera. No obstante, allí estaba, emergiendo de las raíces profundas de su creencia primitiva. Se sentía irresistiblemente atraído hacia la casa de la viuda de Vidler, como si el solo hecho de verla pudiera ampararlo, proporcionarle, por extraña vía, algún alivio a su tormento.

Era una noche oscura y lluviosa, y había poca gente en las calles. Andrew tenía un

sentimiento especial por ese barrio. Su figura oscura se convertía en un fantasma entre otras sombras que se apresuraban bajo la densa lluvia. Llegó a la tienda cuando estaban a punto de cerrar, vaciló y luego, al salir un parroquiano, entró precipitadamente.

La señora Vidler estaba sola, detrás del mostrador de la sección de limpieza y planchado, doblando un abrigo de mujer que le acababan de entregar. Llevaba una falda negra y una blusa teñida del mismo color, un poco ancha de cuello. El luto la hacía parecer algo más pequeña. De pronto alzó los ojos y lo vio.

—¡Doctor Manson! —exclamó, iluminándosele el rostro—. ¿Cómo está, doctor?

El tono del saludo le reveló a Andrew que la mujer no sabía nada de sus actuales dificultades. Permanecía de pie, cerca de la puerta de entrada, mirándola, mientras le caían gotas del ala del sombrero.

—Entre, doctor. ¡Está empapado! Hace una noche infame...

Él la interrumpió, con la voz alterada:

—Señora Vidler, hace mucho tiempo que deseo venir a verla. Me he preguntado a menudo cómo le irían las cosas.

—Mucho trabajo, doctor. El negocio no va del todo mal. Tengo un joven nuevo para los arreglos, y trabaja bien. Pero, por favor, entre y permítame ofrecerle una taza de té.

Andrew sacudió negativamente la cabeza.

—No, gracias. La verdad es que yo solo pasaba por aquí y... —Entró, casi desesperadamente—. Supongo que... debe de echar mucho de menos a Harry.

—Bueno, sí, por supuesto. Sobre todo al principio. Pero es increíble... —llegó hasta sonreír— cómo una se acostumbra a todo.

Andrew dijo rápida y confusamente:

—Yo... me siento responsable..., en parte. ¡Oh!, todo ocurrió tan rápido, que a veces pienso que usted podría culparme...

—¡Culparlo a usted! —La señora Vidler movió negativamente la cabeza—. ¿Cómo puede decir tal cosa, cuando usted lo hizo todo, le buscó la clínica y lo puso en manos del mejor cirujano?

—Pero si hubiera procedido de otra forma —prosiguió secamente Andrew, con una rigidez helada de todo su cuerpo—, si Harry hubiera ido a otro hospital...

—Habría sido lo mismo, doctor. Mi Harry tuvo lo mejor que podía proporcionarle el dinero. Vaya, incluso el funeral..., me habría gustado que lo hubiera visto... ¡Cuántas coronas! En cuanto a lo de culparlo a usted..., muchas veces he dicho en esta tienda que Harry no pudo tener un doctor más bondadoso, hábil ni mejor que usted...

Mientras ella seguía hablando, Andrew comprendió con pena que, aun cuando él lo confesara todo, ella nunca le creería. Aquella mujer se había creado su propia imagen de la muerte de su marido: una muerte apacible, inevitable..., y dispendiosa. Hubiera sido una crueldad quitarle esa ilusión a la que se asía tan felizmente. Después de una pausa,

dijo:

—Me alegro mucho de haberla visto de nuevo, señora Vidler. Como le he dicho, deseaba verla otra vez.

Le dio la mano deseándole buenas noches y se marchó.

El encuentro, lejos de tranquilizarlo o consolarlo, solo sirvió para aumentar su desdicha. Su estado de ánimo sufrió un completo trastorno. ¿Qué había esperado de aquella visita? El perdón, según la mejor tradición novelesca. ¿La condenación? Pensó amargamente que tal vez aquella mujer tenía ahora de él mejor idea que nunca.

Mientras caminaba de regreso por las calles mojadas, tuvo la repentina convicción de que al día siguiente perdería su causa, convencimiento que se acentuó hasta convertirse en una aterradora certeza.

No lejos de su hotel, en una tranquila calle lateral, pasó frente a la puerta abierta de una iglesia. Una vez más le dominó el impulso, se detuvo, volvió sobre sus pasos y entró. El interior estaba tenebroso, vacío y aún tibio, como si acabara de celebrarse una misa. No sabía qué iglesia era, ni le importaba. Se sentó en el último asiento y fijó la triste mirada en el ábside, envuelto en la penumbra. Reflexionó que Christine, en la época de su alejamiento mutuo, había tomado al pensamiento de Dios. Él no había sido jamás un hombre devoto; sin embargo, ahí estaba ahora, en esa iglesia desconocida. La tribulación atraía allí a los hombres, los volvía a sus sentidos, los volvía al pensamiento de Dios.

Permaneció allí sentado un rato, cabizbajo, como quien se toma un momento de reposo al final de la jornada. Sus pensamientos fluían, no en forma de plegaria, sino llevados en alas de los anhelos de su alma. «¡Dios! ¡No permitas que me condenen! ¡Oh, Dios!, ¡no lo permitas!». Continuó en esa extraña meditación un tiempo indefinido; luego se levantó y se fue al hotel.

A la mañana siguiente, aunque había dormido profundamente, se despertó con una sensación de angustia todavía mayor. Al vestirse le temblaban las manos. Se reprochaba haber acudido a ese hotel vinculado a los recuerdos de su examen. El sentimiento de miedo que experimentaba ahora era como el que sintió antes de aquel examen, pero multiplicado por cien.

Bajó a desayunar, pero no pudo probar bocado. Su causa se vería a las once, y Hopper le había pedido que estuviera antes de la hora. Calculó que no tardaría más de veinte minutos en llegar a la calle Hallam, así que se puso a hojear los diarios —un pretexto para calmar los nervios— en el vestíbulo del hotel. A las diez y media, salió y cogió un taxi. Pero en la calle Oxford había un embotellamiento, y cuando llegó a las oficinas de la G. M. C. eran las once.

Corrió a la sala del Consejo, recibiendo solo una perturbadora impresión de su tamaño, de la elevada mesa en que estaban los miembros del Consejo, con su presidente, sir Jenner Halliday, sentado en el centro. Frente a esa mesa, estaban los implicados en su

causa, como actores que esperan su turno: Hopper, Mary Boland, acompañada de su padre, la enfermera Sharp, el doctor Thoroughgood, el señor Boon, la enfermera de la sala, Myles. La mirada de Andrew recorrió las filas de asientos, y se sentó apresuradamente junto a Hopper.

—Creo que le pedí que llegara temprano —dijo el abogado en tono grave—. El caso anterior está a punto de terminar. El Consejo no tolera los retrasos.

Andrew no respondió. Como había dicho Hopper, el presidente pronunciaba en ese momento la sentencia del caso anterior, un fallo condenatorio: eliminación del Registro. Andrew no pudo apartar los ojos de aquel médico, acusado de alguna falta menor, un individuo desharrapado con aspecto de tener que trabajar mucho para poder vivir. La expresión de absoluta desesperanza de aquel hombre, condenado por sus propios colegas, hizo estremecer a Andrew.

Pero este no tenía tiempo para pensar, para sentir más que un estremecimiento pasajero de piedad. Un instante después se anunciaba su causa, y se le oprimió el corazón.

Se dio lectura a la acusación. Enseguida tomó la palabra el abogado fiscal, señor Jorge Boon. Delgado, perfectamente afeitado, usaba levita y se aseguraba los lentes con una ancha cinta negra. Hablaba muy mesuradamente.

—Señor presidente, señores: este caso que se va a considerar no tiene nada que ver con ninguna teoría médica de las definidas en el artículo veintiocho de la Ley Médica. Por el contrario, es un ejemplo neto y claro de asociación con una persona no registrada, tendencia que, permítanme que les recuerde, el Consejo ha tenido recientemente motivos para deplorar.

»Los hechos son los siguientes: La enferma Mary Boland, afectada de tisis apical, fue admitida en la sala del doctor Thoroughgood en el Hospital Victoria, el 16 de julio. Allí permaneció bajo los cuidados del referido médico hasta el 14 de septiembre, fecha en que abandonó el centro con el pretexto de que deseaba volver a su hogar. Digo “pretexto” porque el día de su partida, en vez de regresar a su casa, la enferma se encontró en la puerta del hospital con el doctor Manson, quien la llevó de inmediato a una institución conocida con el nombre de Bellevue, que pretende realizar la curación de las enfermedades pulmonares.

»Al llegar a dicho sitio de Bellevue, la enferma fue puesta en cama y examinada por el doctor Manson, en compañía del propietario del establecimiento, el señor Richard Stillman, persona no titulada y, según entiendo, extranjero. En vista del examen, el doctor Manson y el señor Stillman decidieron conjuntamente... pido al Consejo que tome nota de este hecho... practicarle a la enferma el neumotórax. El doctor Manson le administró la anestesia local y el neumotórax fue realizado por el doctor Manson y el señor Stillman.

»Ahora, señores, habiendo expuesto sumariamente los detalles del caso, propongo,

con permiso de ustedes, que escuchemos a los testigos. Doctor Eustaquio Thoroughgood, tenga la bondad.

El doctor Thoroughgood se levantó y se acercó a la mesa del tribunal. Quitándose los anteojos y teniéndolos listos en la mano para acentuar sus puntos, Boon comenzó a interrogarlo.

—Doctor Thoroughgood, no deseo molestarle. Todos conocemos su reputación como especialista en enfermedades del pulmón y no dudo que usted puede verse movido por un sentimiento de benignidad hacia su colega más joven; pero, doctor Thoroughgood, ¿no es un hecho que el 10 de septiembre el doctor Manson le pidió ver en consulta a Mary Boland?

—Sí,

—¿Y no es verdad, también, que en el curso de dicha consulta él lo urgió a seguir una clase de tratamiento que usted no juzgaba indicado?

—Él deseaba que le aplicaran el neumotórax.

—¡Exactamente! Y, teniendo en cuenta las necesidades de la paciente, usted se negó.

—Efectivamente.

—Cuando usted se negó, ¿advirtió algo particular en la actitud del doctor Manson?

—Bueno... —Thoroughgood vacilaba.

—¡Por favor, doctor Thoroughgood! Respetamos su natural repugnancia.

—No parecía el mismo esa mañana. Parecía estar en desacuerdo con mi opinión.

—Gracias, doctor Thoroughgood. Usted no tenía motivos para imaginar que la enferma se hallase descontenta con los cuidados del hospital —la sola idea hizo dibujar una sonrisa en el serio rostro de Boon—, que ella tuviese razón alguna de queja contra usted o el personal.

—No, en absoluto. Siempre pareció muy complacida, feliz y contenta.

—Gracias, doctor Thoroughgood.

Boon tomó otro papel.

—Y ahora, la enfermera Myles, por favor.

El doctor Thoroughgood volvió a su sitio, y la enfermera Myles avanzó hasta la mesa del tribunal.

—Enfermera Myles —continuó Boon—, la mañana del lunes 12 de septiembre, dos días después de esa consulta entre el doctor Thoroughgood y el doctor Manson, ¿solicitó este último ver a la enferma?

—Sí.

—¿A la hora en que él acostumbraba?

—No.

—¿Examinó a la enferma?

—No. No teníamos cortinas esa mañana. Se sentó y conversó con ella.

—Precisamente, enfermera... una conversación prolongada y animada, si puedo emplear las palabras de su declaración escrita. Pero díganos, enfermera, con sus propias palabras, ¿qué ocurrió inmediatamente después de la partida del doctor Manson?

—Como media hora después, la enferma número 17, es decir, Mary Boland, me dijo: «Enfermera, lo he estado pensando, y he resuelto irme. Usted ha sido muy bondadosa conmigo. Pero quiero irme el próximo miércoles».

Boon interrumpió rápidamente.

—El próximo miércoles. Gracias, enfermera. Era el punto que deseaba establecer. Bastará por el momento.

La enfermera Myles se retiró.

El abogado fiscal hizo un ademán muy gentil con sus anteojos.

—Y ahora la enfermera Sharp, por favor. —Una pausa—. Enfermera Sharp, usted está en situación de dar testimonio de los movimientos del doctor Manson la tarde del 14 de septiembre.

—¡Ya lo creo! ¡Estuve toda la tarde con él!

—Deduzco, por su tono, enfermera Sharp, que estuvo con él contra su voluntad.

—Cuando vi adónde íbamos y quién era ese Stillman, no un médico, ni cosa parecida, me sentí...

—... Ofendida —sugirió Boon.

—Eso es —asintió la enfermera Sharp—. Jamás he tratado sino con verdaderos médicos especialistas, durante toda mi vida.

—Exactamente —susurró Boon—. Ahora, enfermera Sharp, hay un punto que deseo deje usted bien claro una vez más al Consejo. ¿Cooperó, efectivamente, el doctor Manson con el señor Stillman en... en la ejecución de esa operación?

—Lo hizo —respondió ella en tono vengativo.

En este momento Abbey se inclinó hacia adelante y, previa autorización del presidente, formuló suavemente una pregunta:

—¿No es verdad que, cuando esto ocurrió, enfermera Sharp, el doctor Manson le había comunicado que cesaría usted en sus funciones?

La Sharp enrojeció, perdió la compostura y dijo con violencia:

—Sí, supongo.

Al sentarse esta, un minuto después, Andrew tuvo una débil chispa de esperanza. Cuando menos, Abbey continuaba siendo amigo suyo.

Boon se volvió a la mesa del Consejo, irritado por la interrupción.

—Señor presidente, señores: podría continuar llamando a testigos, pero estimo demasiado el valor del tiempo del Consejo. Por otra parte, creo haber probado en forma concluyente mi acusación. No parece haber la menor duda de que la enferma Mary Boland fue sustraída, con entera connivencia del doctor Manson, a los cuidados de un

especialista eminente de uno de los mejores hospitales de Londres para ser llevada a ese dudoso instituto, que por sí mismo constituye una grave transgresión de las normas profesionales, y que el doctor Manson se asoció deliberadamente con el propietario no titulado de dicho instituto en la ejecución de una operación peligrosa, contraindicada por el doctor Thoroughgood, el especialista éticamente responsable del caso. Señor presidente, señores: este caso no es, como pudiera parecer a primera vista, un ejemplo aislado, una incorrección accidental, sino una infracción premeditada y casi sistemática del Código médico.

El señor Roen se sentó muy complacido y comenzó a limpiar sus lentes. Hubo un instante de silencio. Andrew seguía con los ojos fijos en el suelo. Había sido un tormento para él soportar la exposición malintencionada del caso. Pensó con amargura que lo estaban tratando como a un salteador de caminos. Entonces, su abogado avanzó y se aprestó para dirigirse al Consejo.

Como de costumbre, Hopper parecía bebido, tenía la cara roja y ordenaba torpemente los papeles. Sin embargo, esto parecía más bien atraer la indulgencia del Consejo.

El presidente dijo:

—Bien, señor Hopper...

Este se aclaró la garganta.

—Señor presidente, señores, yo no discuto las pruebas aportadas por el señor Boon. No tengo intención de salirme de los hechos. Pero el modo de interpretarlos nos interesa profundamente. Hay además algunos puntos adicionales que le dan a la cuestión un aspecto mucho más favorable a mi cliente.

»Todavía no se ha establecido que la señorita Boland era paciente del doctor Manson, ya que lo consultó antes de ver al doctor Thoroughgood, el 11 de julio. Además, el doctor Manson estaba personalmente interesado en el caso. La señorita Boland es hija de un amigo íntimo suyo. Así pues, siempre se consideró responsable de la salud de la enferma. Debemos admitir que la acción del doctor Manson fue errónea, pero sugiero, con el debido respeto, que no fue ni deshonrosa ni malintencionada.

»Hemos oído lo referente a esta ligera diferencia de opinión entre el doctor Thoroughgood y el doctor Manson a propósito del tratamiento. Recordando el gran interés del doctor Manson por la enferma, es muy natural que él quisiera hacerse cargo de ella nuevamente. Por supuesto que no quería ocasionar ninguna molestia a su colega jefe. Esa y no otra fue la razón del subterfugio que ha subrayado tanto el señor Boon.

Hopper se detuvo, sacó un pañuelo y tosió. Tenía el aire de quien se aproxima a un punto más difícil.

—Y ahora llegamos al asunto del señor Stillman y de Bellevue. Presumo que los miembros del Consejo no ignoran el nombre del señor Stillman. Aunque sin títulos, goza

de cierta reputación e incluso se dice que ha efectuado ciertas curaciones difíciles.

El presidente interrumpió gravemente:

—Señor Hopper, ¿qué puede saber usted, un lego en esta materia?

—Convengo en ello, señor presidente —repuso de inmediato Hopper—. Mi verdadera tesis es que el señor Stillman es un hombre de carácter. Así acaeció que él mismo se presentó hace años al doctor Manson en una carta en que lo felicitaba por cierto trabajo de investigación referente a los pulmones, que este había realizado. Ambos se encontraron en un terreno ajeno a la profesión cuando el señor Stillman vino a establecer su clínica. De este modo, aunque mal considerado, es comprensible que el doctor Manson, al buscar un sitio en que él mismo pudiera hacer el tratamiento de la señorita Boland, se aprovechara de las facilidades que se le ofrecían en Bellevue. Mi colega, el señor Boon, se ha referido a Bellevue como un establecimiento «discutible». Sobre ese punto creo que le interesará al Consejo escuchar algún testimonio. Tenga la bondad, señorita Boland.

Al levantarse Mary, todas las miradas de los miembros del Consejo se posaron sobre ella con acentuada curiosidad. Aunque era de temperamento nervioso y mantenía su mirada fija en Hopper, sin mirar una sola vez a Andrew, parecía hallarse bien de salud, en estado normal.

—Señorita Boland —dijo Hopper—, quiero que usted nos diga francamente. ¿Halló algún motivo de queja mientras estuvo en Bellevue?

—¡No! ¡Todo lo contrario! —Andrew advirtió que la muchacha había sido aleccionada de antemano. Su respuesta fue prudente.

—¿No se le acentuaron los efectos de la enfermedad?

—Al contrario, estoy mucho mejor.

—¿El tratamiento practicado allí fue, efectivamente, el mismo que le sugirió el doctor Manson en su primera entrevista con él... déjeme ver... el 11 de julio?

—Sí.

—¿Es esto pertinente? —preguntó el presidente.

—He terminado con este testigo, señor —dijo rápidamente Hopper.

Mientras Mary se sentaba, él extendió las manos hacia el Consejo, en su estilo suplicante:

—Lo que me atrevo a sugerir, señores, es que el tratamiento efectuado en Bellevue era, en realidad, el tratamiento del doctor Manson, aplicado, con olvido de la ética, tal vez, por otras personas. Sostengo que, dentro del significado del hecho, no existió cooperación profesional entre Stillman y el doctor Manson. Quisiera llamar al doctor Manson.

Andrew se puso en pie, con la viva conciencia de su situación, de que todos los ojos se clavaban en él. Estaba pálido e indeciso. Tenía una sensación de vacío helado en la

boca del estómago. Escuchó que Hopper le decía:

—Doctor Manson, ¿percibió usted algún tipo de remuneración en relación con esta pretendida cooperación con el señor Stillman?

—Ni un penique.

—¿Tuvo usted una segunda intención, algún propósito especial al proceder como lo hizo?

—No.

—¿Intentó usted rebatir a su colega jefe, el doctor Thoroughgood?

—No. Nos entendíamos perfectamente. Solamente que... en este caso no coincidieron nuestras opiniones.

—Bien —dijo Hopper, más bien con cierta premura—. Entonces ¿puede usted asegurar al Consejo, honrada y sinceramente, que no tuvo intención de infringir el Código médico, y tampoco la más remota conciencia de que su conducta fuese indigna en forma alguna?

—Esa es la pura verdad.

Hopper reprimió un suspiro de alivio cuando, con una inclinación de cabeza, despidió a Andrew. Aunque se había sentido obligado a presentar su testimonio, temía la impetuosidad de su cliente. Pero, ahora que había terminado, sintió que, siendo breve su consideración final, podrían alentar alguna leve esperanza de éxito. Dijo con aire contrito:

—No deseo retener más tiempo al Consejo. He procurado demostrar que el doctor Manson solo incurrió en una desgraciada equivocación. Yo apelo no solo a la justicia, sino a la clemencia del Consejo. Y quisiera llamar la atención del Consejo hacia la historia de mi cliente. Su historial podría enorgullecer a cualquier hombre. Todos conocemos casos en que hombres eminentes han incurrido en un solo error y, por no hallar comprensión, vieron tronchadas sus carreras. Yo espero, y suplico, que el caso que se va a juzgar no sea uno de ellos.

La humildad de tono de Hopper, esa actitud como de quien se excusa, produjo un efecto admirable sobre el Consejo. Pero, casi al instante, Boon estaba de nuevo de pie, solicitando la autorización del presidente.

—Con su permiso, señor, quisiera formular una o dos preguntas más al doctor Manson. —Se volvió e invitó a Andrew a levantarse, con un movimiento hacia arriba de sus lentes—. Doctor Manson, su última respuesta me ha desconcertado. Usted dice que no sospechaba que su conducta fuese indigna. Sin embargo, sabía positivamente que el señor Stillman no posee título alguno.

Andrew miró a Boon. La actitud de aquel majadero le irritaba. En su helado interior sintió un calor lento.

—Sí, sé que no es médico —respondió, conteniéndose.

En el rostro de Boon se dibujó una suave sonrisa de satisfacción.

—Ya, ya —dijo provocativamente—. Sin embargo, ni siquiera eso le detuvo.

—Ni siquiera eso —repitió Andrew con súbita amargura. Sentía que perdía el dominio de sí mismo. Respiró profundamente—. Señor Boon, le he oído hacer muchas preguntas. ¿Me permite que le haga una a usted? ¿Ha oído hablar de Louis Pasteur?

—Sí —respondió Boon, algo excitado—. ¿Quién no ha oído hablar de él?

—Exactamente. ¿Quién no? Usted probablemente desconoce el hecho, señor Boon, pero acaso me permitirá decirle que Pasteur, la más alta figura de la medicina científica, no era médico. Ni lo fue Ehrlich, el hombre que le dio a la medicina el remedio mejor y más específico de toda la historia. Ni lo fue Haffkine, que combatió la peste en la India mejor que ningún caballero con título lo ha hecho jamás. Ni lo fue Metchnikoff, a quien solo Pasteur le sobrepasa. Perdóneme que le recuerde estos hechos elementales, señor Boon. ¡Pueden mostrarle que el hombre que lucha contra la enfermedad sin tener su nombre en el Registro no es necesariamente un pillo o un necio!

Silencio electrizante. Hasta aquí el procedimiento se había arrastrado en una atmósfera de monotonía solemne, de formalismo arcaico, propio de un tribunal de segundo orden. Pero ahora todos los miembros de la mesa del Consejo estaban erguidos en sus sillas. Abbey, en particular, tenía los ojos fijos en Andrew, con extraña intensidad. Pasó un momento.

Hopper, con las manos en las mejillas, gemía desalentadoramente. Ahora sí que estimó perdida la causa. Boon, aunque horriblemente desconcertado, hizo un esfuerzo para reponerse.

—Sí, sí, estos son nombres ilustres, lo sabemos. Pero supongo que usted no estará comparando al señor Stillman con ellos.

—¿Por qué no? —prosiguió Andrew, encendido de indignación—. Solo son ilustres porque están muertos. Virchow se rio de Koch cuando vivía, lo ultrajó. No hagamos lo mismo ahora. Ultrajamos a hombres como Stillman y Spahlinger. Ahí tiene otro ejemplo, Spahlinger, un pensador científico, grande y original. No es médico. No tiene título. Pero ha hecho más por la medicina que miles de hombres con títulos que viajan en automóviles y cobran honorarios, libres como el aire, en tanto que Spahlinger, combatido, denigrado y acusado, tiene que gastar su fortuna en la investigación y en tratamientos, y seguir luchando con la pobreza.

—¿Debemos inferir, entonces, que usted admira a Richard Stillman de la misma manera? —dijo Boon con aire despectivo,

—¡Sí! Es un gran hombre, un hombre que ha consagrado toda su vida al bien de la humanidad. Ha tenido que luchar contra la envidia y los prejuicios, y también contra la mentira. En su país ha vencido todos los obstáculos. Pero parece que aquí no. Sin embargo, tengo la convicción de que ha hecho más contra la tuberculosis que cualquiera de los que actualmente trabajan en este país. Está al margen de la profesión. ¡Sí! Pero

hay muchos dentro de la misma que han estado luchando con la tuberculosis toda su vida y no han efectuado el menor adelanto en ese sentido.

Hubo una gran conmoción en la sala. Los ojos de Mary Boland, fijos ahora en Andrew, brillaban de ansiedad y admiración. Hopper reunía lenta y tristemente los papeles, metiéndolos en su cartera de cuero.

El presidente intervino:

—¿Se da cuenta usted de lo que dice?

—Sí. —Andrew cogió vigorosamente el respaldo de su silla, comprendiendo que había sido arrastrado a una grave indiscreción, pero resuelto a mantener sus opiniones. Respirando anhelantemente, exaltado hasta el máximo, se apoderó de él una extraña inquietud. Si lo iban a descalificar, quería darles motivos para ello. Prosiguió impetuosamente—: He escuchado el alegato que se ha pronunciado hoy aquí, y me he estado preguntando todo el tiempo qué daño he hecho. No quiero trabajar con curanderos: no creo en falsos remedios. Por eso me resisto a abrir los anuncios altamente científicos que me llegan profusamente por cada correo. Sé que estoy hablando más de lo que debiera, pero no puedo evitarlo. Ni siquiera somos bastante liberales. Si continuamos pretendiendo que todo es malo fuera de la profesión y todo es bueno dentro de ella, será la muerte del progreso científico. Nos convertiremos en una pequeña y hermética sociedad mercantil de ayuda mutua. Es hora de que comencemos a poner en orden nuestra propia casa, y no me refiero solo a lo superficial. Hay que ir a las fuentes, pensar en la enseñanza irremediablemente inadecuada que reciben los médicos. Cuando yo obtuve mi licenciatura, constituía más bien una amenaza para la sociedad. Todo lo que sabía eran los nombres de algunas enfermedades. Ni siquiera podía manejar un par de fórceps de obstetricia. Todo lo que sé lo he aprendido después. Pero ¿cuántos médicos aprenden algo fuera de los rudimentos vulgares que adquieren en el ejercicio de la profesión? No tienen tiempo: los pobres diablos corren tras los honorarios. Ello se debe a que toda nuestra organización se halla en un estado lamentable. Deberíamos estructurarnos en unidades científicas. Debería haber clases obligatorias de posgraduados. Debería hacerse una gran tentativa para poner la ciencia en primer plano, para desterrar la vieja idea del frasco de medicina y dar a cada médico la oportunidad de estudiar, de cooperar en la investigación. ¿Y qué decir del mercantilismo? Los tratamientos inútiles con miras al dinero, las operaciones innecesarias, la enormidad de preparados pseudocientíficos e inútiles que usamos. ¿No deberían ser ya eliminados? La profesión en su conjunto es demasiado intolerante y presuntuosa. Somos orgánicamente conservadores. Jamás pensamos en progresar, en modificar nuestro sistema. Decimos que haremos las cosas y no las hacemos. Durante años nos hemos venido lamentando de las condiciones de explotación bajo las cuales trabajan nuestras enfermeras, de los míseros salarios que les pagamos. ¿Y bien? Todavía siguen siendo explotadas, recibiendo

salarios míseros. No es nada más que un ejemplo. Lo que pretendo decir es algo más profundo. No damos oportunidad a nuestros hombres de talento. El doctor Hexam, el hombre que fue lo suficientemente valiente para trabajar como anestesista con Jarvis, el manipulador, cuando este comenzaba su trabajo, fue borrado del Registro. Diez años más tarde, cuando Jarvis había curado a centenares de enfermos ante quienes se habían mostrado impotentes los mejores cirujanos de Londres, cuando hubo recibido un título de nobleza, cuando toda la «gente bien» lo proclamaba un genio, entonces volvimos sobre nosotros y le otorgamos un doctorado honorario. Pero para entonces, Hexam se había muerto de tristeza. Sé que he cometido muchas equivocaciones, y algunas graves. Las deploro. Pero no me he equivocado con Richard Stillman. Y no siento lo que hice con él. Todo lo que les pido es que miren a Mary Boland. Padecía de tuberculosis apical cuando fue puesta en manos de Stillman. Ahora está sana. Si quieren ustedes alguna justificación de mi indignidad profesional, está en esta sala, delante de ustedes.

Terminó en forma absolutamente brusca y se sentó. En la alta mesa del Consejo una extraña luz iluminaba el rostro de Abbey. Boon, todavía de pie, miraba a Manson con sentimientos encontrados. Después, reflexionando vengativamente en que al menos le había proporcionado a ese médico presuntuoso la cuerda suficiente para que él mismo se ahorcara, se inclinó ante el presidente y tomó asiento.

Por un momento hubo en la sala un silencio extraordinario, y, luego, el presidente hizo la declaración acostumbrada:

—Pido a todos los presentes que no pertenezcan a este tribunal que se retiren.

Andrew salió con los demás. Ahora se había disipado su inquietud; y su cabeza, como todo su cuerpo, vibraba como una máquina sobrecargada. La atmósfera de la sala del Consejo lo sofocaba. No podía tolerar la presencia de Hopper, de Boon, de Mary y los demás testigos. Temía especialmente ese reproche melancólico en el rostro de su abogado. Sabía que se había conducido como un necio, un pobre necio que declama. Su honradez le parecía ahora mera locura. Sí, había sido una locura arengar al Consejo como lo había hecho. No debería haber sido médico, sino un orador político de Hyde Park. ¡Bien! Pronto dejaría de ser médico. Lo borrarían sencillamente del Registro.

Fue al guardarropa, con el único deseo de estar solo, y se sentó en el borde de un lavabo, buscando maquinalmente un cigarrillo. Pero la lengua reseca le impedía sentir el sabor del tabaco y aplastó el cigarrillo con el pie. Era extraño, después de las cosas duras, cosas verdaderas, que había dicho hacía unos momentos, cuán miserable se sentiría al ser expulsado de ella. Quizá podría hallar trabajo con Stillman. Pero no era ese el trabajo que quería. ¡No!, quería estar con Denny y con Hope, seguir su propia inspiración, hundir la lanza de su sistema en la piel de la apatía y la rutina. Pero todo eso debía hacerse desde dentro de la profesión, nunca, nunca podría ser logrado desde fuera. Ahora Denny y Hope deberían montar solos el caballo troyano. Se sintió dominado por

un gran sentimiento de amargura. El porvenir se extendía desolado ante su vista. A su sensación de soledad, la más penosa de todas, se unía ahora la convicción de que todo estaba concluido, de que ese era el fin.

El ruido de la gente que transitaba por el corredor lo hizo ponerse fatigosamente de pie. Al unirse a ella y entrar de nuevo en la sala del Consejo, se dijo con decisión que solo le quedaba una cosa. No debía humillarse. Se rogaba a sí mismo no dar muestra alguna de servidumbre, de debilidad.

Con los ojos fijos en el suelo, no vio a nadie, no miró a la mesa del Consejo, permaneció pasivo e inmóvil. Todos los sonidos de la sala —toses, cuchicheos, movimiento de sillas, aun el ruido inverosímil de alguien que tamborileaba con un lápiz— lo golpeaban de forma enloquecedora.

Pero de pronto se hizo el silencio. Andrew se sintió presa de una espantosa rigidez. «¡Ahora —pensó—, ahora llega!». Habló el presidente. Habló lenta y solemnemente.

—Andrew Manson, debo informarle de que el Consejo, tras considerar serenamente los cargos que la acusación ha formulado contra usted y los testimonios que la apoyan, opina que, a pesar de las circunstancias particulares del caso y de su defensa personal, nada ortodoxa, usted actuó de buena fe y deseó sinceramente obedecer el espíritu médico. En consecuencia, tengo que comunicarle que el Consejo no ha creído conveniente disponer que el inspector borre su nombre del Registro,

Durante un segundo de deslumbramiento, Andrew no comprendió. Luego le invadió el escalofrío de la emoción. No lo habían condenado. Estaba libre, limpio, rehabilitado.

Alzó vacilante la cabeza hacia la mesa del Consejo. Todos los rostros, extrañamente confusos, se volvieron hacia él; el único que divisó con claridad fue el de Robert Abbey. La comprensión revelada en los ojos de Abbey lo emocionó todavía más. En un destello de lucidez percibió que Abbey lo había salvado. Ya no mostraba aquella expresión de indiferencia. Murmuró débilmente, y aun cuando se dirigió al presidente, fue a Abbey a quien le habló en realidad:

—Gracias, señor.

El presidente dijo:

—La causa se da por terminada,

Andrew se levantó, rodeado inmediatamente por sus amigos, Con, Mary, el desfavorido Hopper, por gentes a quienes no había visto jamás, que ahora le estrechaban calurosamente la mano. De algún modo llegó a la calle, todavía palmeteados en la espalda por Con. Fue restituido a la realidad en medio de su confusión nerviosa por los autobuses y la corriente habitual del tráfico. Recordaba de vez en cuando, con un estremecimiento de alegría, la increíble maravilla de su liberación. De pronto reparó en Mary, que lo contemplaba con los ojos llenos de lágrimas.

—Si le hubieran hecho algo, después de todo lo que usted ha hecho por mí, ¡oh!,

habría asesinado a ese vejestorio de presidente.

—¡En nombre de Dios! —exclamó Con incontinentemente—, no sé por qué se inquietaban tanto ustedes. En el instante en que Manson se levantó para hablar, supe que los iba a dejar sin aliento.

Andrew rio débilmente, feliz.

Los tres llegaron después de la una al Museum Hotel, donde los esperaba Denny. Se adelantó hacia ellos sonriendo gravemente. Hope le había comunicado la noticia por teléfono. Pero no tenía nada que comentar. Solo dijo:

—Tengo apetito, pero aquí no se puede comer. Vayamos todos a almorzar a algún sitio.

Lo hicieron en el restaurante Connaught. Aunque ningún temblor de emoción cruzó el rostro de Philip, aunque habló con Boland, principalmente de automóviles, supo celebrar el triunfo, convertirlo en un feliz acontecimiento. Cuando terminaron, le dijo a Andrew:

—Nuestro tren parte a las cuatro. Hope nos espera en el hotel de Stanborough. Podemos adquirir a buen precio aquella dichosa propiedad. Primero tengo que efectuar algunas compras, ¡pero nos encontraremos en Euston a las cuatro menos diez!

Andrew miró a Denny, con el sentimiento de su amistad, de todo lo que le debía desde el primer instante en que se conocieron, en el consultorio de Drineffy.

—¿Y si me hubieran borrado? —dijo de pronto.

—No lo han hecho. —Philip movió la cabeza—. Y yo me encargaré de que nunca lo hagan.

Cuando Denny partió a efectuar sus compras, Andrew acompañó a Con y a Mary a tomar el tren en Paddington. Mientras esperaban en el andén, casi vacío a esas horas, les repitió la invitación que ya les había hecho:

—Espero que vayan a ver a Stanborough...

—Lo haremos —le aseguró Con—. En primavera, en cuanto arregle mi cacharro.

Cuando partió el tren, aún le quedaba una hora a Andrew. Pero no abrigaba la menor duda sobre lo que deseaba hacer. Instintivamente subió a un autobús y pronto estuvo en Kensal Green. Entró en el cementerio y permaneció largo tiempo junto a la tumba de Christine, pensando. Era una tarde fresca y luminosa, con esa brisa áspera que a ella siempre le había gustado. En lo alto, sobre la cabeza de Andrew, en la rama de un árbol mustio, gorjeaba alegremente un gorrión. Cuando por fin se alejó apresuradamente, temeroso de llegar tarde, allá en el cielo, sobre él, resplandecía una hermosa nube en forma de muralla almenada.

Index

Primera parte	6
Capítulo primero	7
Capítulo II	13
Capítulo III	17
Capítulo IV	24
Capítulo V	32
Capítulo VI	38
Capítulo VII	42
Capítulo VIII	50
Capítulo IX	55
Capítulo X	63
Capítulo XI	67
Capítulo XII	70
Capítulo XIII	78
Capítulo XIV	84
Segunda parte	86
Capítulo primero	87
Capítulo II	91
Capítulo III	96
Capítulo IV	101
Capítulo V	105
Capítulo VI	109
Capítulo VII	115
Capítulo VIII	121
Capítulo IX	125
Capítulo X	133
Capítulo XI	142
Capítulo XII	147
Capítulo XIII	156
Capítulo XIV	162
Capítulo XV	166
Capítulo XVI	173
Tercera parte	177

Capítulo primero	178
Capítulo II	184
Cuarta parte	192
Capítulo primero	193
Capítulo II	200
Capítulo III	206
Capítulo IV	212
Capítulo V	217
Capítulo VI	223
Capítulo VII	229
Capítulo VIII	237
Capítulo IX	240
Capítulo X	245
Capítulo XI	252
Capítulo XII	258
Capítulo XIII	264
Capítulo XIV	269
Capítulo XV	274
Capítulo XVI	283
Capítulo XVII	289
Capítulo XVIII	294
Capítulo XIX	301
Capítulo XX	305
Capítulo XXI	311
Capítulo XXII	315